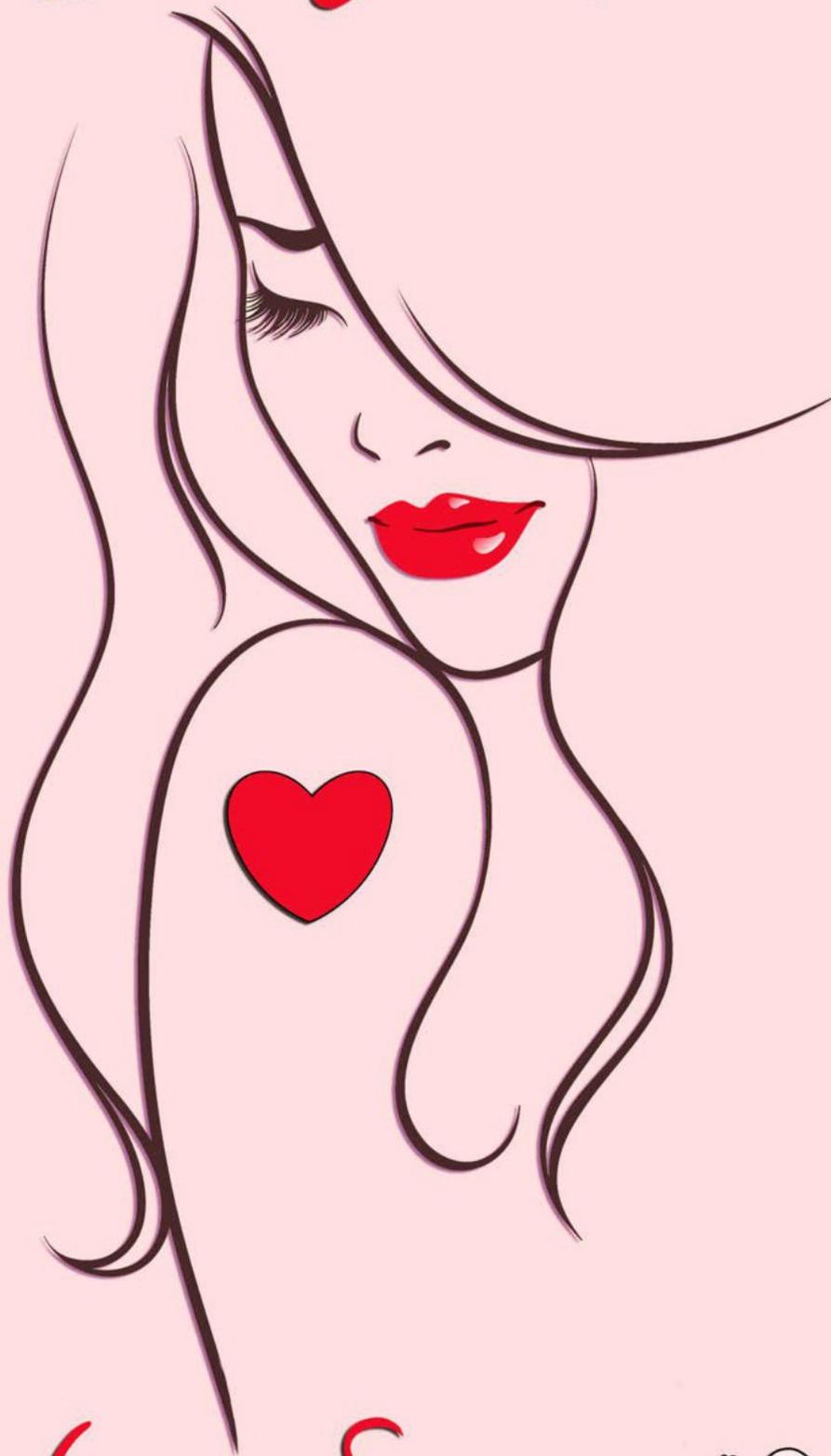
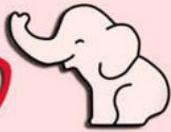


Beséame



Gema Samaro 

BESÉAME  
GEMA SAMARO



©Gema Samaro

Febrero 2016

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: Fotolia

Diseño de portada: AIRG

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son ficticios, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.



# ÍNDICE

## ÍNDICE

### SINOPSIS

1.

2.

3.

4.

5.

6.

7.

8.

9.

10.

11.

12.

13.

14.

15.

16.

17.

18.

19.

20.

21.

22.

23.

24.

[25.](#)

[26.](#)

[27.](#)

[28.](#)

[29.](#)

[30.](#)

[31.](#)

[32.](#)

[33.](#)

[34.](#)

[35.](#)

[36.](#)

[37.](#)

[38.](#)

[39.](#)

[40.](#)

[41.](#)

[42.](#)

[43.](#)

[44.](#)

[45.](#)

[46.](#)

[47.](#)

[48.](#)

[49.](#)

[50.](#)

[51.](#)

[52.](#)

53.

54.

55.

56.

57.

58.

59.

60.

61.

EPÍLOGO

## SINOPSIS

*Violeta huye de madrugada de la peor cita de su vida y, como llueve a mares, se refugia en el primer bar que encuentra que es el Beséame.*

*Javier, el dueño, la invita a que tome algo. Conversan de besos y de amor y Violeta llega a la conclusión de que debe seguir intentándolo con Ramón, su peor cita, a pesar de todo.*

*Y Javier... se queda fascinado con Violeta.*

*¿Crees en los flechazos? ¡Entonces, Javier te encantará!*

*La casualidad hace que la siguiente cita sea en el Beséame y que a partir de ese momento Javier y la gente loca del bar sean una presencia constante en la vida de Violeta y en la de su amiga Jacaranda.*

*Jacaranda, la amiga y compañera de trabajo de Violeta, tiene un hijo con un "reptil" que la abandonó hace diez años y que en la actualidad es el socio de Javier y el cocinero del Beséame. Un tío dispuesto a todo para que la mujer de su vida le perdone, aunque lo tenga bastante difícil.*

*¿Darías una segunda oportunidad al hombre que supuestamente te desgració la vida?*

*Beséame es la historia de Violeta, una chica que, aunque tenga una óptica, tiene serios problemas para ver lo que tiene enfrente.*

*Beséame es la historia de Jacaranda, una mujer de armas tomar que encontrará en quien menos espera a la horma de su zapato.*

*Y Beséame es un bar, con besos de película, amores, ilusiones y sueños... ¡Tienes que conocerlo!*

Una comedia romántica en la que no dejan de pasar cosas y que, si te gustó *Magia Inesperada*, te encantará.



Violeta corría bajo la lluvia huyendo de la peor cita de su vida, sin paraguas, en tacones, pero sin perder la esperanza de que mañana sería distinto, y mejor, y más intenso, y más romántico, y más todo.

De momento, era solo una mierda, y además llovía tanto que decidió esperar a que escampara un poco, refugiándose bajo la primera marquesina que salió a su paso.

Estaba tiritando de frío, con el pelo chorreando, el maquillaje destrozado por los gotones de agua helada que surcaban su rostro, la ropa empapada y los zapatos y el bolso calados. ¡Pero qué más daba ser la viva estampa de la desolación! Eran las cuatro de la mañana de un jueves cualquiera y por allí no había nadie que pudiera matarse de la risa por su suerte.

¿O sí?

De pronto, escuchó el inconfundible sonido del cierre metálico que se levanta, se dio la vuelta y apareció él, alto, moreno, pelos revueltos, ojos azules, sonrisa radiante y camisa de cuadros:

—¡Joder, cómo llueve! —exclamó mientras sujetaba el cierre con una mano, a media altura.

—Si no me lo dices, ni me doy cuenta... —Violeta se encogió de hombros, tiritando.

Javier, porque se llamaba Javier, la miró y sintió un escalofrío y no precisamente por la lluvia.

—Espera que te traigo un paraguas —atinó a decir mientras la miraba alucinado, como si estuviera viendo a fantasma—. O mejor, pasa, tómate algo y te secas, mientras esperamos a que deje de llover, si quieres...

Violeta pensó que debía de estar de horrible por la cara de susto con la que le estaba mirando ese tío, que a saber quién era. Buscando pistas, levantó la cabeza y leyó el letrero en neón rojo sobre el dintel de la puerta en el que ponía: Beséame, luego miró a través de la puerta de cristal que ocultaba la mitad del cierre y pudo atisbar una larga barra de bar y unas mesitas de madera. El típico bar de Malasaña, modernillo, acogedor y con encanto, en el que ni loca iba a terminar confesando sus desdichas a un guapo desconocido, para que se pasara tres semanas muerto de risa comentándolas con sus amigos.

Así que por prudencia, y aun cuando era difícil que la noche pudiese estropearse más todavía, decidió declinar la invitación:

—Te lo agradezco, pero tiene pinta de que son solo unos nubarrones pasajeros. Prefiero esperar aquí, tranquilamente... —dijo muy digna.

Luego, para no parecer demasiado digna, Violeta sonrió y la cosa comenzó a complicarse, por los rayos y por los truenos que caían sin piedad y porque Javier tuvo que agarrarse fuerte al cierre para cerciorarse de que no estaba soñando.

—Eres muy optimista —gritó Javier, para que su voz pudiera escucharse por encima de los truenos.

—Tormentillas de abril... —replicó Violeta, retirándose un mechón mojado de la frente—. ¡Me encantan! —exclamó disimulando el castaño de los dientes.

—A mí también, espera que cierro el bar y me quedo contigo disfrutando del espectáculo. Soy Javier Pereira, el Beséame es mi bar... —se presentó tendiéndole la mano.

—Soy Violeta —habló estrechándole la mano y obviando el apellido porque lo único que quería era escapar de allí cuanto antes.

—Encantado. ¡Tienes la mano helada! —replicó Javier, sin soltar la mano de Violeta.

—Siempre. De siempre. Siempre tengo las manos así... —mintió ella, retirando la mano.

—Es flipante —murmuró Javier, revolviéndose el pelo con una mano y mirándola fascinado.

—Soy normal, muy normal... —apuntó Violeta, aunque era otra mentira, por no hablar de que las cosas que le pasaban a ella eran de todo menos normales.

—Yo no mucho, pero esto que nos está pasando es maravilloso. ¿Sabes que llevo tres años esperándolo? ¿Qué digo? Tres años en el Beséame, pero en realidad, toda la vida —explicó Javier, muy emocionado.

Violeta que no estaba para jeroglíficos, se prometió a sí misma que en breve estaría en su casa, en su camita, descansando entre sábanas de nubecitas rosas y, al fin, ese día espantoso quedaría atrás para siempre.

—¿Esperando la tormenta perfecta? —inquirió la joven señalando al cielo con el dedo índice.

Javier negó con la cabeza y luego susurró con una sonrisa en los labios y los ojos brillantes como las luces de las farolas que se reflejaban en los charcos:

—A ti.

“Maldita tormenta”, pensó Violeta, porque entre tanto trueno le había parecido escuchar “a ti”. ¡Qué ridículo! Seguro que Javier había dicho otra cosa, algo como “a Trini”, “a Didi” o “a mil”. ¿Y a ella qué le importaba? Tan solo se limitó a replicar:

—Eso es genial.

Javier suspiró, bajó la vista al suelo, se metió una mano en el bolsillo, luego volvió a mirarla, con esa mirada azul preciosa y una sonrisa encantadora, y dijo:

—Es una historia un poco larga, si quieres te la cuento mientras vemos llover tras el ventanal. A lo mejor tienes hambre... ¿Te apetece un trozo de tarta?

¿Qué si tenía hambre? Violeta agradecía que estuviera tronando para que Javier no escuchara los rugidos de su tripa. ¡Se moría de hambre! Había estado cenando de tapas con Ramón, si bien casi todo lo que habían pedido se lo había comido él, mientras ella no paraba de hablar de estupideces, porque no recordaba haber dicho nada sensato en toda la noche. Pero para qué seguir recordando...

—Otro día que pase por aquí, me cuentas la historia... —se excusó Violeta, pensando que no tenía otra cosa que hacer que volver por el baretto ese a que le contaran la historia de Trini o de las mil.

Javier por su parte estaba hipnotizado por los ojos verdes de Violeta, unos ojos enormes de gata bajo la lluvia, mejor dicho bajo el diluvio pues llovía tanto que apenas se podían ver los locales de la acera de enfrente y tronaba con tal fuerza que parecía que el cielo iba a romperse sobre sus cabezas.

Desde luego, tenía pinta de todo, menos de que aquello fuera a ser una tormenta pasajera.

—Pasa, anda... —habló Javier, levantando el cierre metálico del bar—. Todavía está dentro Manuela, terminando de limpiar la cocina, venga no te quedes ahí.

Violeta tiritaba de frío y además estornudó, “ahora solo le faltaba coger una pulmonía para acabar de rematar la noche”, pensó. Aparte de que al día siguiente, no podía faltar al trabajo porque su compañera Jacaranda tenía que llevar a su hijo al médico. Así que decidió cambiar de

plan:

—¿No tendrás un secador de pelo? —preguntó Violeta, estrujándose el pelo húmedo con la mano.

—Y camisetas del Beséame...

—Vamos para dentro y si te queda algo de comer, me lo preparas por favor, mientras me cambio de ropa y me seco el pelo; es que la lluvia me da mucha hambre —mintió, porque le daba vergüenza confesarle que venía de tener una cita con un *zampatapas*.

—Sí, claro, pasa. Los servicios están al fondo a la derecha, tienes que pasar por debajo de la barra, y ya dentro verás un armario azul: ábrelo, allí encontrarás el secador y un montón de camisetas.

Violeta agradecida se fue hasta el fin de la barra, se metió por debajo y, tras recorrer un pequeño pasillo que estaba recién fregado, salió a su paso una mujer de unos sesenta años, muy amable, que le señaló dónde estaba el aseo de chicas.

Ya en el cuarto de baño, que estaba limpiísimo, Violeta se quitó la chaqueta y el vestido que tenía empapados, abrió el armario azul, y se puso una camiseta XXL que le llegaba hasta las rodillas. Luego se secó el pelo mientras repasaba la decoración: cortinas de estampado de cebra, espejo con bombillas como de camerino de cine y sanitarios ultramodernos.

Después, se quitó los churretes de rímel, se retocó el maquillaje y salió de nuevo con la camiseta Beséame, los tacones que estaban empapados y el bolso colgado del hombro. Debía estar hecha un adefesio pero llegados a ese punto de la noche, le daba todo lo mismo.

Javier, en cambio, en cuanto la vio aparecer con la melena resplandeciente, la camiseta y los tacones, tuvo que pestañear unas cuantas veces para convencerse de que aquello no era un sueño.

—Por fin estás aquí... —dijo de pie, junto a una de las mesas que estaban pegadas al ventanal que daba a la calle, mirándola como si fuera una aparición.

—¿He tardado mucho? —preguntó Violeta, arrugando la nariz.

—Demasiado. Llevo esperándote toda la vida...



—¿Tú estás muy mal de lo tuyo, no? —replicó Violeta, mientras se sentaba en la silla que Javier acababa de retirarle.

—Fatal, cada día peor. ¿Qué le voy a hacer? Por cierto, solo me queda tarta Jessica Rabbit, espero que te guste, es de zanahoria. —Violeta echó un vistazo a la tarta, que tenía una pinta estupenda, y sonrió encantada—. Y de beber ¿qué prefieres té, café, un refresco, tequila?

Ya puestos a elegir, a Violeta lo que más le apetecía era:

—¿No tendrás por ahí un poco de Nesquik?

—Sí, ahora te lo traigo, un momento, por favor.

Javier llenó dos vasos con leche caliente de la máquina y regresó a la mesa con varios sobres de Nesquik.

—Muchas gracias, te estoy esperando para empezar con la tarta —informó Violeta, con la cucharilla en alto.

—Probaré un poco, por no dejarte sola más que nada.

—Si es por gentileza, déjamela toda a mí —replicó probando un trozo de la tarta.

—¿Te gusta? —preguntó Javier, expectante. Las tartas del Beséame tenían fama, pero Violeta podía tener un gusto peculiar.

—¡Oh, está divina! —exclamó batiendo las manos—. Y el nombre de la tarta me encanta...

—No podía ser otro, estando aquí... —explicó Javier señalando las paredes.

Entonces, Violeta se percató de que las paredes de ladrillo visto pintadas en blanco, estaban cubiertas con cientos de cuadritos con besos de cine.

En las paredes del Beséame estaban todos: Ingrid Bergman y Humphrey Bogart, Grace Kelly y Cary Grant, Bela Lugosi y Frances Dade, Marilyn Monroe y Tony Curtis, Elizabeth Taylor y Montgomery Clift, Audrey Hepburn y George Peppard, Donna Reed y James Stewart, Clark Gable y Vivien Leigh, Deborah Kerr y Burt Lancaster, Barbara Streisand y Robert Redford, Julia Roberts y Richard Gere, Winona Rider y Johnny Depp, Kate Winslet y Leonardo di Caprio, Rachel McAdams y Ryan Goslin, Jake Gyllenhall y Heath Ledger...

—¡Eres un *friki* de los besos de película! ¡Te pega muchísimo tener un bar así! Tienes pinta de cinéfilo... —concluyó Violeta que seguía reconociendo besos en la paredes.

—Me gusta el cine, pero no puse el Beséame por mi amor al cine —confesó, abriendo el sobre del Nesquik.

—Por tu amor a los besos de cine, no me digas más: ¡te los censuraban en tu casa! ¡Como en *Cinema Paradiso*! Y entonces de niño te prometiste, cual Scarlato O'Hara que jamás volverías a pasar hambre de besos, que cuando fueras mayor vivirías rodeado de todos los besos que te robaron tus mayores...

Javier echó los polvos del Nesquik en la leche y luego confesó mientras los removía con la cucharilla:

—No. Fue por culpa de una bruja.

A Violeta esa respuesta no le gustó nada, por eso le advirtió apuntándole con el dedo índice:

—Espero que no seas un rencoroso de esos que habla mal de sus ex, me decepcionarías muchísimo.

Javier tras dar un sorbo a su Nesquik, que no probaba desde que tenía quince años, le aclaró:

—Te estoy contando la verdad. Monté el Beséame por culpa de una bruja que conocí en Estocolmo.

Violeta se revolvió en la silla, probó otro trozo de tarta, agitó un poco la cabeza para resetearse y preguntó:

—Cuando dices bruja ¿te refieres a una mujer que pasó por tu vida y te hizo daño?

—Tía, qué pesada. Cuando digo bruja es bruja, una chica que me leyó el tarot en el metro de Estocolmo.

Violeta abrió el sobre de Nesquik muerta de la curiosidad y le suplicó:

—Cuéntame la historia, por favor.

Un rayo cayó de repente y Violeta sintió un escalofrío que le estremeció por completo. Molaba. Todavía no se había repuesto del mal trago de la peor cita de su vida, pero estar tomándose un Nesquik con un chiflado que hablaba de brujas mientras fuera tronaba, la verdad es que molaba bastante...

—Yo tenía una vida en Estocolmo, soy filólogo, con veintisiete años encontré trabajo en una empresa de traducción en Suecia donde también trabajaba Ingrid. Lo nuestro no fue un flechazo, fue algo que se fue cociendo a fuego lento, despacito, y al final sucedió que nos enamoramos. Un año después nos fuimos a vivir juntos, nos lo pasábamos bien, había complicidad, risas, amor, éramos felices... Y así estuvimos cuatro años, hasta que un buen día Ingrid me dijo que ya no me quería...

—¿Así, de repente? —preguntó Violeta, que escuchaba con suma atención el relato.

—A ver... A los dos años de estar en Estocolmo, monté mi propia empresa de servicios de traducción y obviamente yo estaba cada día más ocupado, por lo que supongo que el último año algún detalle importante se me escaparía, pero sí, un buen día me dijo que ya no estaba enamorada de mí y me dejó.

Violeta estaba convencida de que el detalle importante debía de medir más de dos metros y que se llamaría Olav...

—Lo siento... —musitó Violeta, dando vueltas a su Nesquik.

—A veces pasa, crees que va a durar para siempre y resulta que no, que tu amor tiene fecha de caducidad. Y no hay nada que hacer más que agradecer la sinceridad, aceptarlo y seguir adelante.

—¡Qué deportividad la tuya! —apuntó Violeta, tras dar un sorbo a su Nesquik.

—La primera reacción es pensar qué cabrona, cómo me hace esto, pero si hace una semana que nos habíamos comprado una cama XXL...

Violeta estuvo a punto de escupir el Nesquik porque ahí estaba el dato que confirmaba la teoría de Olav. ¡La cama no era para él, sino para su vikingo de tres metros! Pero no dijo nada y se limitó a acompañarle en el dolor:

—Es un palo, la verdad...

—Sí, pero deberíamos ser más generosos en las rupturas, más que pensar que la otra es una traidora, deberíamos desear que la persona que amamos sea feliz. Es jodido pero si la otra siente que su felicidad está lejos de nosotros, deberíamos agradecer su sinceridad, entender que el amor se acaba y seguir adelante sin más... Pero no, elegimos vivirlo como una tragedia y se pasa fatal. Yo me hundí, perdí el norte, me convertí en una sombra a veces triste, a veces airada, y una de esas noches oscuras en la que regresaba a casa con unas cuantas copas de más, se sentó a mi lado una chica con el pelo de color rosa, que me propuso echarme las cartas.

—¡La bruja! —exclamó Violeta fascinada.

Javier apuró su Nesquik y tras asentir con la cabeza, siguió contando:

—Le dije que no creía en esas cosas, ella me contó que era muy buena, que cobraba cinco euros por tiradas cortas y que así se pagaba sus estudios universitarios. No me creí nada, pero metí la mano en el bolsillo y me topé con billete de cinco euros. ¿Una señal? Estaba demasiado borracho como para pensar, así que se lo di y ella me preguntó que qué quería saber...

—¿El amor? —preguntó Violeta arqueando una ceja.

—¿Qué si no? Tiró las cartas sobre un libro de Macroeconomía, porque según me dijo la bruja tenía al día siguiente un examen, y me contó que en sus cartas veía que venía de una ruptura muy dolorosa, pero que no me preocupara porque el amor de mi vida estaba por llegar.

—¿Y llegó? —inquirió Violeta, curiosa, aferrada a su vaso de Nesquik.

—Me dijo que todavía tendría que pasar un tiempo, unos tres años...

—¿Y esto hace cuánto fue?

—Unos tres años.

De nuevo, otro rayo iluminó la calle provocando otro escalofrío a Violeta...

—¡Qué susto! —exclamó dando un respingo en la silla—. ¿Y no te dio ninguna pista para reconocerla?

—Me aseguró que el amor de mi vida aparecería en un lugar en el que ella veía muchos besos de película, por eso monté este bar...

—¡No me lo puedo creer! —replicó Violeta, dando un manotazo al aire.

—Pues ahora sí que vas a alucinar, porque la bruja también me dijo que la chica de mi vida aparecería un día de muchísima lluvia y que la reconocería por sus ojos de gata, enormes y verdes... Luego, con esos datos, yo la dibujé y decidí que se convirtiera en el logo del bar. Es la mujer que llevas estampada en la camiseta... Pelo ondulado, ojos rasgados, boca gruesa... ¡Es idéntica a ti! —dijo Javier, sonriente, encogiéndose de hombros.

Violeta soltó una carcajada y luego columpiándose en su silla, concluyó:

—¡Eres el clásico cuentista de bar! ¡Pero me encanta...!



—Te estoy contando la verdad —dijo Javier, muy serio.

—El dibujo es muy chulo pero ¡no hay quien se crea que has montado este bar porque una pirada te dijera en el metro de Estocolmo que en un lugar así ibas a encontrar al amor de tu vida! —replicó Violeta, muerta de risa.

Javier sonrió porque lo cierto era que no había quien se lo creyera, pero esa era la verdad que intentó explicarle:

—Después de que Ingrid me dejara, se me hizo insoportable seguir en Estocolmo. Todo me recordaba a ella, así que decidí que lo mejor para mi salud mental era marcharme de allí. Lo ideal habría sido trasladar mi empresa a Madrid, pero la situación económica española de hace tres años lo desaconsejaba, por lo que finalmente cerré mi empresa y me vine a Madrid para emprender un proyecto nuevo.

—¿Por qué un bareto?—preguntó Violeta, curiosa.

—Porque tenía que conocerte a ti —respondió, divertido.

—¡Venga ya! ¡Deja de vacilarme! —replicó la joven, cruzándose de brazos.

—Te estoy contando la verdad —explicó Javier encogiéndose de hombros—. Entiendo que suena a estrategia de seducción barata o a que quiero ponerte ansiosa para que te pidas siete trozos de tarta más, o sea puro *marketing* cabrón, pero te prometo que es mi verdad.

—Con la seducción no tienes nada que hacer. Y más hoy después de la nochecita que he tenido, pero si quieres traerme algo más de comer que tengas por ahí... —sugirió echando una mirada hacia la zona donde estaban las cocinas.

—¿Te estoy poniendo ansiosa?—preguntó preocupado.

—Qué va. Venía bufando y ahora estoy relajadísima escuchando tus majaderías.

—Me alegro de que las estés disfrutando.

—¡Muchísimo! Lo que tengo es hambre, es que no he cenado nada... —Y lo dejó ahí porque no tenía sentido contar mucho más.

—Quedan croquetas *Jamón*, *Jamón* y empanadillas Akira Kurosawa, pero no sé si te apetecerán después de la tarta de zanahoria...

—Me apetecen, tráelas por favor, si no te importa —pidió juntando las manos.

Javier se levantó y al momento regresó de la cocina con una bandeja con la comida, una jarra de agua con dos vasos y dos cervezas.

—Me apetece una cerveza, te he traído otra a ti...

—Mejor agua, porque no es bueno mezclar drogas.

—Como quieras. Yo sí mezclo, me gusta vivir peligrosamente. Oye ¿y qué te ha pasado esta noche? ¿Vienes del curro? —preguntó Javier, mientras le llenaba el vaso de agua.

—Mejor sigue contándome tu historia, la mía es muy aburrida. ¿Cómo se te ocurrió montar un bar?

Javier abrió su cerveza, sin creerse que nada que tuviera que ver con esa mujer pudiera ser aburrido, y luego contó:

—En Estocolmo frecuentaba un bar español y me hice muy amigo del cocinero, Fon. Él llevaba unos años en Suecia, pero ya no aguantaba más por el clima —explicó agitando al aire la botella de cerveza—. Estaba loco por volver a España y después de que me dejara Ingrid empezamos a considerar la idea de montar algo relacionado con la restauración. —Mientras Javier hablaba, Violeta engullía una empanadilla japonesa, ¡vaya si tenía hambre!—. Estuvimos unos tres meses dándole vueltas al asunto y sobre todo después de que mi tía Mercedes decidiera participar como socia, nos pusimos manos a la obra.

—¿Y os va bien?

—Sí, tenemos mucho trabajo, nos lo pasamos bien y tú por fin has aparecido en mi vida. ¡No me puedo quejar! —Y dio un sorbo a su cerveza.

—Ah, sí, claro, que llenaste esto de besos para facilitarle las cosas a la aparición de la chica de tu vida —dijo divertida mientras se comía una croqueta.

—Eso es, cuando ya nos decidimos a montar el bar, yo lo tuve clarísimo. Tenía que ser un sitio lleno de besos de película...

—Quedan muy bien las paredes decoradas con los besos. ¿Pero lo de la bruja sería verdad? Como estabas borracho a lo mejor pegaste una cabezada y fue todo un sueño...

—Había bebido pero no estaba borracho. Sucedió —afirmó Javier clavándole la mirada y Violeta pensó que ese chico tenía los ojos demasiado bonitos y la lengua lo suficientemente larga, como para encontrarse cada noche de lluvia con decenas de candidatas a ser la chica de su vida.

—De todas formas, esa gente que echa las cartas suele decir lo que deseamos escuchar. Yo tampoco me lo habría tomado demasiado en serio, aunque bien pensado por cinco euros te dio una idea estupenda para un local. Aparte de que dice mucho de ti que hayas puesto un bar homenaje a los besos —comentó Violeta señalándole con el tenedor—. Es toda una declaración de intenciones, estás gritando al mundo de alguna manera que crees en el amor. Es bonito. Yo detesto a los tíos que se cierran al amor porque alguna vez les hicieron pupita.

—A mí me hicieron pupaza, fue una cornada importante, pero no quería convertirme en uno de esos imbéciles que se niegan a amar porque les han hecho daño. ¡El amor es para los valientes! Y aquí me tienes, sin miedo, mirándote a los ojos y ¡dispuesto a dártelo todo! —exclamó levantando la botella de cerveza.

—¿A darme qué? —replicó Violeta muerta de risa—. Con las empanadillas japonesas y las croquetas tengo de sobra. ¡Gracias! Por cierto, están buenísimas...

—Fon es un cocinero excelente, ya le conocerás. Es un raro, borde, bilioso, insoportable...

—Me están entrando unas ganas de conocerlo...

—Es un buen tío, ya verás.

Violeta sabía que no había nada que ver, porque en cuanto escampara jamás volvería por allí, pero siguió con la cháchara mientras disfrutaba de las delicias culinarias.

—Si tú lo dices... ¿Y no echas de menos tu trabajo como traductor?

—Sigo traduciendo como *freelance*, pero ahora solo las cosas que me gustan.

—No hay mal que por bien no venga... —dijo antes de beber un poco de agua.

—Solo sé que estás aquí y que soy feliz —reconoció Javier, llevándose la mano al corazón.

Violeta pensó que ese hombre era un tanto teatrero, pero qué más daba...

—Yo tanto como feliz, pero estoy contenta de haber terminado la noche en el Beséame... —confesó Violeta, mirando las fotos de las

paredes—. ¿El nombre de dónde lo sacaste? —preguntó señalando con el dedo índice el logo de la camiseta que llevaba puesta.

—De la esencia misma del beso de película. Un beso de cine es un *beseo*, o sea una combinación perfecta de amor, deseo y pasión. Un beso con todo, un beso perfecto, intenso, eterno, sublime.

Violeta suspiró.

—Quién pillara uno de esos... —susurró y luego dio un mordisco a la empanadilla.

—Yo te los daré —aseguró Javier con una voz tan sensual que Violeta estuvo a punto de atragantarse con la empanadilla.

—Te lo agradezco, pero ya tengo quien me los dé. —De momento, era mentira, pero faltaba muy poco para que Ramón se los diera.

—Yo los doy mejor...

—Ya, pero a mí me gusta él.

—Pero ahora estás conmigo.

—Por poco tiempo, parece que lo peor de la tormenta ya ha pasado... —anunció Violeta tras mirar por el ventanal.

—Es una pena porque los rayos y truenos le daban a la madrugada un toque precioso de romanticismo.

—Yo no quiero saber nada de romanticismos, al menos esta noche... —dijo Violeta, después de comerse la última croqueta.

—Me tienes que contar qué es lo que te ha pasado esta noche. No me puedes dejar con la intriga...

Violeta pensó que después de todo, tal vez le convenía hablar de ello, por lo que tras resoplar un poco, masculló:

—De acuerdo, pásame la cerveza...



—Solo he tenido la peor cita de mi vida, pero no pasa nada. Sé lo que quiero y no voy a parar hasta que lo consiga. —Y tras decir esto dio un sorbo a su cerveza.

—Y lo que tienes que conseguir ¿es el amor de la persona con la que has tenido la cita? —preguntó revolviéndose el pelo con la mano.

—¡Por supuesto! Se llama Ramón, le conocí hace un año en una exposición de varios artistas. Fui con unas amigas, pero de repente las perdí de vista y me vi sola en una sala con una especie de monstruo hecho con material de desecho: llantas, botellas, plásticos, cartones... La obra era perturbadora, me fijé que se titulaba “Capitalismo”, lo cierto es que yo no entiendo mucho de arte y...

Javier solo podía pensar en que lo verdaderamente perturbador era la mirada de Violeta, pero prefirió callarse y decir:

—No me digas más: saliste pitando de allí porque creíste que te habías equivocado de cuarto y que estabas en el trastero de la galería —bromeó, removiéndose en la silla.

—¡Qué gracioso! —protestó Violeta, poniendo una mueca de asco—. A pesar de que no sé mucho de arte, su obra me llegó, me transmitió cosas...

—¿Cosas como ganas de salir corriendo? —insistió arqueando una ceja.

—De verdad, que su obra conmueve, cuando estás frente a sus esculturas se te abre la perspectiva, te planteas muchas cosas, te remueves por dentro. Y es que es un gran artista que sabe crear belleza y al mismo tiempo hacer crítica social —dijo la chica entre orgullosa y admirada ante el genio de Ramón.

—¿No dices que hace monstruos con cosas del Punto Limpio? ¿Eso es belleza? —preguntó Javier mientras pensaba que no soportaba a ese Ramón y sus muñequetes desechables.

—Sus monstruos son muy desagradables, pero en esa fealdad hay una verdad que late que es bella como solo puede serlo el arte.

—Tendría que verlo...

—Se llama Ramón Montt, si tienes ocasión no te pierdas ninguna de sus exposiciones.

Javier soltó una carcajada que estuvo a punto de tirarle de la silla:

—¿Ramón Montt? ¿Qué nombre es ese? ¡Es cacofónico! ¡Es tan horrible como sus monstruos de chatarra! Me voy a por un chupito de algo...

—Es un nombre precioso y él es el tío más carismático que he conocido jamás —confesó echándose la melena hacia atrás, mientras Javier buscaba algo en la barra.

—Será todo lo que tú digas, pero tu cita con Mister Chatarra ha terminado aquí, en mi bar, conmigo —dijo Javier muerto de risa, ya de regreso a la mesa donde colocó dos vasitos y una botella de licor de melocotón sin alcohol.

—Puaj. ¿Te vas a vas a tomar eso? —preguntó la joven señalando la botella del licor.

—Sí, tan asqueroso como el relato de lo que me estás contando. ¿Qué quieres que abra una botella de champán mientras me hablas de Monmontt? —replicó con sorna, sentándose otra vez a la mesa.

—Me podría pasar la vida entera hablando de él —suspiró encantada, haciendo caso omiso a las bromitas de Javier—. ¡Es un genio! La primera vez que le vi, fue en la exposición. Yo estaba frente a su obra, emocionada, sintiendo como una especie de garra en el estómago, experimentando cosas muy fuertes...

—Se llama: ¡ganas de vomitar! —interrumpió Javier, dando un manotazo al aire.

Violeta respiró hondo, se puso muy seria y explicó:

—Ante la obra de Ramón, sentí una conexión muy profunda, como cuando te tocan el alma y sientes de verdad... Bien, pues cuando estaba envuelta en esa nube de sensaciones tan potentes apareció él, con su presencia arrebatadora, con su moño alto, ¡me fascinan los hombres con moño!, sus tatuajes en los brazos, su barba espesa...

—Como sus ideas... —apuntó Javier sirviéndose un chupito y preguntándose cuánto tiempo tendría que dejarse crecer el cabello para poder hacerse un maldito moño alto.

Violeta negó la cabeza y luego suspiró:

—¡Fue un flechazo! Ramón tiene la mirada más intensa que he visto jamás y una voz rasposa y grave que me vuelve loca. Por no hablar de sus manos de artista, llenas de anillos... ¡Me enamoré en ese mismo instante!

—¡Qué bien! —exclamó Javier trasegándose el mejunje de un solo trago.

—Se presentó y estuvo reflexionando sobre su obra durante media hora.

—¡Media hora! Pues sí que tiene palique el artista...

—Me habría pasado la noche entera escuchándole, pero luego aparecieron mis amigas, a él vino a buscarle la galerista, y tuvimos que separarnos. Como me vio tan entusiasmada en su obra, me dejó una tarjeta con sus redes sociales y nos emplazamos para la próxima exposición en un garito de La Latina. Por supuesto que asistí, a esa y a todas en las que ha participado en el último año, que han sido unas cuantas...

—¡Un año viendo chatarra! ¡Tienes mérito! —dijo Javier, poniéndose más mejunje.

—Me maravilla su obra y desde luego que si mi casa no fuera tan pequeña, me habría comprado ya alguna de sus esculturas. Pero es que no tengo sitio...

—¿No tienes trastero? —“No merecía otro sitio”, pensó Javier.

—Tienes que verlo, es un genio, de verdad.

—Yo solo le envidio por tenerte así de idiotizada.

—Mucho. ¡Aunque lo de hoy haya salido un poco mal, estoy pillada hasta las trancas! Mira, después de un año de exposiciones y de hablar por Facebook casi todos los días, la semana pasada ¡por fin! me propuso salir a cenar...

—Como sea así de rápido para todo... —bromeó feliz, porque era obvio que el artista era un pánfilo de primera.

Ya le gustaría a ella saber cómo era, pero de momento había que esperar.

—Pues no lo sé, si es rápido o es lento. Ya te lo diré. El caso es que hemos quedado hoy en Malasaña, hemos estado de tapas por aquí, se lo ha comido todo, porque yo no podía parar de hablar, ¡es que estaba tan emocionada de estar con él!

Javier bufó, mientras pensaba que cada vez le caía peor el artista del desguace, y luego apuntó:

—Y hablabas de él, claro. De lo tío maravillas que es, de su última obra con cajas de huevos y de lo bien que le luce el moño.

Violeta dio un sorbo a su cerveza y asintió con la cabeza:

—Es un genio. Sí. No he parado de hablar de él.

—Y se lo ha comido todo y tú has pagado todo, ¿me equivoco?

—Sí, él no llevaba dinero. Los artistas son así, locos, se desentienden de las cosas materiales... Pero no sé, tal vez estuvimos en demasiados sitios, yo hablé demasiado y él se cansó...

Al escuchar la palabra “cansó”, Javier estuvo a punto de levantarse a por una botella de champán para celebrarlo. Pero prefirió ser comedido y preguntar:

—¿Se cansó de qué?

—Cuando llegamos a su casa, vive muy cerca de aquí, me estuvo enseñando la última obra en la que está trabajando, una escultura que refleja el horror de la guerra de Siria, una obra muy impactante, con trozos de metal, vidrio, ropas rotas, zapatos viejos... Después, me invitó a sortear un montón de objetos, porque trabaja en su casa y no tiene taller, y acabamos en su habitación que es el único sitio que no está invadido por...

—La mierda.

—Por el arte. Así, a primera vista, parece que tiene el síndrome de Diógenes, pero no... todos esos cartones, botellas, plásticos, ladrillos, botes y demás son arte puro y duro. Para él se puede hacer arte con todo... Bueno, pues ya en su habitación, me dio un beso suave en los labios y a mí me entró un poco de ansiedad, porque no quiero ser un rollo, ni una más, quiero que lo nuestro sea algo bonito. Así que le confesé que quería ir despacio, que no quería que lo nuestro fuera un aquí te pillo, aquí te mato, y como él es tan sensible y tan mono le pareció perfecto, se metió en la cama, me pidió que me tumbara su lado, me dio un beso en la frente, se puso a hablar de su obra y a los cinco minutos se quedó dormido.

Violeta obvió que a pesar de que quería ir despacio, se quitó la ropa para meterse en la cama del genio y a él no le afectó lo más mínimo su presencia desnuda.

Javier, soltó una carcajada y doblado de la risa, soltó:

—¡Ese tío es gilipollas! ¿Y no se ha dado cuenta de que has huido de su cama?

Violeta miró su móvil y negó con la cabeza:

—De momento, no he recibido ninguna llamada, ni wasap, ni nada. Debe seguir durmiendo como un bendito.

—¡Voy a por champán! ¡Esto hay que celebrarlo!



A Violeta no le hizo ninguna gracia que Javier apareciera al momento con una botella de Moët y dos copas.

—No entiendo por qué traes el champán, es que no sé qué hay que celebrar.

—¿Te parece poco? Tu cita con Mister Chatarra ha resultado un rotundo fracaso y has acabado en mi bar, con tus ojos de gata, en un perfecto día lluvioso. Ahora solo hay que esperar un poco a que me conozcas, te enamores de mí y seamos felices para siempre. ¡Vamos a brindar por ello! —exclamó descorchando la botella de champán cuyo tapón salió despedido contra la pared.

Violeta se cruzó de brazos y con el ceño fruncido, le confesó:

—No voy a brindar por eso...

—Pues brindemos por otra cosa —dijo Javier mientras vertía el champán en la copa de la joven.

—Por Ramón y yo —replicó Violeta con una gran sonrisa.

Javier suspiró porque la sonrisa de esa chica era capaz de deshacer los polos, ¿cómo se podía haber quedado frito el artista del desecho con una mujer así a su lado?

—¿No has tenido bastante con la cita de hoy? —preguntó Javier mientras llenaba su copa.

—Nadie es perfecto —contestó Violeta, encogiéndose de hombros.

—Pero un tío que se pasa la primera cita comiéndoselo todo y luego se te queda dormido en la cama, no es que sea imperfecto, es que es un completo pufo al que no deberías volver a llamar en tu vida.

¿No llamar en la vida? ¡Ni en sueños! ¡Ramón iba a ser suyo, sí o sí!

—Ha sido todo culpa de los nervios, la próxima vez será diferente.

—La próxima vez se plantará en tu casa, te saqueará el frigorífico y se te quedará dormido en el sofá, mientras te comenta sus próximos proyectos con las cajas de madera de las mandarinas —vaticinó sosteniendo la copa de champán en alto.

—La próxima vez será maravilloso. ¡Brindo por eso! —dijo Violeta, chocando su copa con la de Javier.

—Tú lo flipas. Es imposible que salga algo bien con ese tío. Sé práctica y brinda mejor para que te des cuenta lo antes posible de que yo soy el hombre de tu vida.

Violeta dio un sorbo a su copa y luego contó:

—Soy demasiada práctica, sensata, juiciosa y prudente, por eso necesito caos y locura en mi vida, por eso ¡necesito a Ramón! ¡Brindo por él! —exclamó ella, entusiasmada, levantando su copa.

—¿De qué caos y de qué locura hablas si ese tío es un muermo? ¡Solo sabe hablar de él y se te queda dormido en la primera cita!

—Me refiero a que es un artista, a que es una persona creativa, apasionada, bohemia y soñadora que tiene justo lo que a mí me falta para ser plenamente feliz.

—¿Qué te hace falta? ¿Chatarra? —ironizó tras beber un poco de champán.

—Me hace falta él. Entero —suspiró ella mirando por la ventana y comprobando que ya casi había dejado de llover.

—Lo que menos te hace falta es un tío que besa tan mal.

—¿Dices eso porque no me metió la lengua hasta la campanilla? Es que es un chico dulce y sensible que besa como tal.

—O sea fatal.

La verdad es que cuando se quedaron a solas en la habitación, Violeta se quedó esperando un beso más largo, más profundo y más húmedo, más apasionado, con más lengua y menos respeto, un beso de esos que te obliga a arrancarte la ropa y que te deja temblando sobre las sábanas. Si bien, Ramón era un artista sensible que seguro que había captado su ansiedad y quería hacer las cosas bien, despacio, sin prisas. Por eso, cuando se quitó el vestido y se quedó frente a él con su lencería más *sexy*, no movió ni un solo músculo, se quedó inerte como sus esculturas durante unos instantes, que Violeta se sintió incapaz de descifrar y después él se metió en la cama vestido y se tapó con una colcha de abuela que debía tener mil años.

¿Se quedó congelado porque tal vez estaba fascinado ante la visión de su casi desnudez? ¿Estaba bloqueado por el deseo? ¿Paralizado por las ganas que le devoraban?

Tal vez intentando descubrir la respuesta, Violeta se deshizo de su ropa interior con toda la sensualidad de la que fue capaz, mientras él la miraba con un semblante impenetrable.

Después, ella se metió en su cama, él se giró para darle un beso en la frente y acto seguido clavó la vista en el techo para seguir hablando de su obra y quedarse dormido cinco minutos después.

La media hora siguiente ella se quedó velando su sueño emocionada, no podía creerse que estaba desnuda al lado del hombre al que tanto admiraba y que le hacía sentir tantas cosas. Y ¡además era tan guapo! Incluso dormido, con la boca abierta, estaba espectacular. Y era tan *sexy*, Violeta no pudo resistirse a acariciar suavemente los tatuajes tribales que lucía el artista en sus brazos, fuertes y trabajados durante las largas jornadas de duro trabajo creativo. ¿Por qué no sucedía un milagro, se despertaba y hacían salvajemente el amor?

Como pasaban los minutos y el milagro no sucedía, Violeta decidió morderle el hombro, primero con delicadeza y luego con más ganas, después recorrió con la lengua la clavícula del artista hasta terminar en el cuello que mordió con tanta fuerza que hubiese despertado a cualquiera menos a aquel hombre.

Quizá fuera por los nervios o quizá por un acto inconsciente, el caso es que a Violeta le entraron unas ganas tremendas de toser que no reprimió, tosió y tosió, cada vez más fuerte, pero no sirvió de nada porque a ese tío debían haberle puesto droga para dormir elefantes en la cerveza de los baretos de Malasaña.

No obstante, ella no pensaba tirar la toalla, pegó su cuerpo al de él, le abrazó muy fuerte y le susurró *Y tú y solamente tú* de Pablo Alborán que sabía con certeza por sus estados de Facebook, que Ramón odiaba con toda su alma.

Pero como todo el mundo sabe, con susurros no se despierta a un príncipe profundamente dormido, así que salió de la cama, sacó el móvil del bolso, buscó el video de Alborán en YouTube y se lo puso a todo volumen en la oreja.

Reconocía que era una cabronada, pero ella no podía resistir, ni un segundo más, estar al lado de ese hombre sin sentir sus besos por toda la piel.

Muerta de deseo, cuando llevaba sonando más de media canción, el que se despertó fue el vecino de al lado, que aporreó la pared y gritó:

—¡Apagad la música, coño! ¡Que no son horas!

Abochornada, Violeta apagó el móvil, se vistió a toda prisa y salió a la calle donde llovía a mares maldiciendo su suerte. ¿Acaso no era lo bastante *sexy* como para provocar en Ramón un arrebato de pasión? Que estaba bien que la respetara un poco, pero después de quitarse hasta las bragas con tanta intención, ¿no podía haberse animado algo? ¿Sería que no lo gustaba lo suficiente? Pero eso no podía ser porque le había dado un beso en los labios, dulce y suave, ¿tan tierno como el que estaría acostumbrado a dar a las amigas por la mera de gratitud de haberle invitado a tapas?

No lo sabía, pero lo único que tenía claro es que le gustaba muchísimo ese artista genial y que iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para estar juntos.

Aunque, de momento, seguía en el Beséame...

—Chicos, yo me marcho... —dijo Manuela, con un paraguas en la mano—. Voy a aprovechar que ya no llueve. A ti te veo mañana, corazón —le dijo a Javier.

Se despidieron de Manuela, y Violeta siguió hablando de Ramón...

—Nuestro beso será digno de un marco en tu bar —concluyó Violeta, alzando su copa.

—Ya lo sé. De hecho, tengo al final del pasillo un espacio reservado para él...

—Te lo mandaré muy pronto —aseguró ella triunfante y después, apuró su copa de champán.

—¿Por qué no ahora? —replicó Javier, echándose hacia delante.

—¡Porque no hecho foto del beso que nos hemos dado en su casa!

—No hablo de él, hablo de nosotros, de nuestro beso —susurró Javier con los ojos brillantes.

Violeta sonrió, le puso una mano en el hombro y luego le dijo divertida:

—Estás como una cabra, pero te agradezco la cena y la charla. Dime qué te debo que ya ha dejado de llover y mañana tengo que madrugar.

—¿Has venido en coche? —Violeta asintió—. Espera que te acerco en moto hasta el *parking*. Y me debes un beso, claro. Pero ya me lo pagarás... Muy pronto.



Muy pronto, sí, “tal vez dentro de ocho siglos”, pensó Violeta, pero no dijo nada y se fue al baño a ponerse el vestido y la chaqueta que ya estaban secos.

Cuando regresó Javier, que llevaba una cazadora de cuero y los cascos de la moto en la mano, le pidió que se quedara de recuerdo con la camiseta del Beséame y ella, después de resistirse un poquito, aceptó encantada.

Luego él cerró el bar y caminaron hasta un aparcamiento dos portales más allá, donde tenía guardada una Harley...

—Era la niña de mis ojos hasta que has llegado tú. Me la trajeron un día de lluvia y fíjate qué mirada tan bonita tiene...

—¡Lo que la bruja del metro vio en sus cartas fue la moto, no a mí! —exclamó Violeta divertida, mientras cogía el casco que Javier le tendía.

—Mejor no digas nada, que es muy sensible. Ella se da cuenta de todo. Sabe que ya solo respiro para ti...

Violeta soltó una carcajada y luego replicó convencida:

—Ella sabe que lo nuestro no puede ser, pero te agradezco el Nesquik, la tarta, las empanadillas japonesas y el champán. ¡Me lo he pasado genial! ¡Y además me llevo una camiseta! ¡Siempre que me la ponga, me acordaré de esta noche! —afirmó Violeta, llevándose la camiseta al pecho.

—Podrías hacerla tu segunda piel y acordarte a todas horas, como yo lo voy a hacer...

Javier sabía que estaba tensando demasiado la cuerda, que estaba a punto de pasar por un chiflado, pero es que esa era la verdad. Violeta le gustaba demasiado y, aunque su aparición no hubiera coincidido con los vaticinios de la bruja sueca, se habría quedado igual de colgado al verla con el cabello mojado, los ojos de gata, la sonrisa divina, el cuerpo menudo y esa forma aniñada de aferrarse a su Nesquik, esa forma apasionada de pedir caos y locura en su vida y esa vehemencia en defender a un gilipollas que se le había quedado dormido en la primera cita.

¿Cómo no iba a acordarse de ella a todas horas?

Violeta le miró con ternura y pensó que era una pena que ese chico no hubiera llegado a su vida antes que Ramón, porque no solo era guapo, tenía unos ojos preciosos y una sonrisa matadora, sino que además todavía conservaba la pureza y la inocencia para seguir creyendo en brujas y besos perfectos. Pero las cosas se habían dado así, y ya no había nada que hacer...

—Tienes que esperar a tu chica de ojos de gata, porque vendrán más días de lluvia... —dijo Violeta, convencida de que así iba a ser.

Javier se puso el casco, pensando que los días de lluvia no iban a traerle más que agua sucia, pero no quiso ser un pelma y se limitó a pedirle a Violeta que se subiera a la moto.

Ella se puso el casco, se montó y él arrancó feliz de sentir en su espalda los latidos del corazón de la chica enamorada de los monstruos de chatarra.

Ya en la calle, todavía de noche y sobre las calles mojadas, condujo convencido de que esa no iba a ser la última vez, que su historia no podía acabar así, que solo era el principio raro de algo que estaba destinado a ser muy largo, infinito.

Al llegar al *parking* de Tribunal, Javier paró, ella se bajó de la moto y él no pudo evitar pedirle el wasap:

—No soy un pesado, es solo para saber que has llegado bien.

Por supuesto que era una mentira como una catedral porque él no solo quería saber si había llegado bien, sino convertirse en su plasta oficial y escribirla a todas horas, llamarla, saber de ella, conocerla, intercambiarse *selfies* moñas y meterse poco a poco en su vida, hasta hacerse un hueco a perpetuidad en su cama y en su corazón.

—Ya sé que no lo eres y te agradezco mucho que me hayas acercado hasta aquí... —comentó Violeta, con una sonrisa amable.

Pobre chica, iba por la vida a pelo, con el corazón en la mano, sin escudos ni radares que la pusieran a salvo de gilipollas, plastas y mentirosos. Sintió hasta lástima por ella y más cuando con toda su buena fe, le dio su número de teléfono y volvió a agradecerle la cena extraña. Qué encanto...

—Ha sido un placer y vuelve cuando quieras, yo siempre estoy en el bar. —Lugar del que no pensaba moverse por si algún día a ella se le ocurría volver y si no se le ocurría ya haría algo él para traerla de regreso.

—Sí, algún día me pasaré...

Violeta le dio dos besos y se perdió por los laberintos del *parking*, dejando a Javier con una sonrisa de tonto que no pensaba quitarse en ocho meses.

Ella por su parte, condujo hasta su casa en la Alameda de Osuna pensando en Ramón, en si se enfadaría por no encontrarla en su cama al despertar, en si la llamaría para pedirle explicaciones o por si el contrario vería como lo más normal del mundo salir por piernas de madrugada en mitad de una tormenta.

En cualquier caso, le echaría las culpas al trabajo y haría lo posible para conseguir otra cita para el sábado o para la semana siguiente. Necesitaba volver a verlo, le urgía perderse en los destellos de su mirada lúcida, dejarse envolver por sus palabras sabias y sentir en su cuerpo las manos grandes y fuertes del creador torturado.

Lo necesitaba tanto que le dolía. Jamás le había pasado nada parecido en sus 34 años de vida, pero es que Ramón era muy especial, era una flor rara y delicada en un mundo salvaje y absurdo, un ser sensible y comprometido que intentaba encontrar respuestas en el arte al horror y la injusticia del mundo, un hombre honesto, al que admiraba con todo su ser, y por el que estaba dispuesta a todo para hacerle feliz.

Vamos, que se había pillado hasta la trancas del artista que a esas horas dormía plácidamente en su casa, mientras ella se metía al fin en la cama pasadas las seis de la mañana, no sin antes comprobar que Ramón no le había escrito y de mandarle un wasap a Javier para decirle que había llegado bien...

Javier le respondió al momento con un dedo pulgar hacia arriba y ocho corazones con lazo, ella sonrió y al poco se quedó dormida.

Dos horas después, sonó el despertador. A las nueve tenía que abrir la óptica que había heredado de su padre, y que llevaba con su amiga Jacaranda.

Su amiga no se llamaba Jacaranda, realmente se llamaba Pilar, pero desde que el padre de su hijo la abandonó hacía diez años, decidió cambiarse el nombre para empezar una nueva etapa sin resentimientos ni dramas. Todo lo malo se quedaba atrás, con Pilar, y el presente y el futuro era de Jacaranda que era luz, alegría, esperanza y sueños. O eso decía Pilar, o sea Jacaranda.

Jacaranda tenía 44 años, tenía los ojos pequeños y risueños, sonrisa franca, era rubia de bote, nunca se peinaba, era adicta a las cabinas de rayos UVA, al Pilates y al chocolate blanco de Milka.

Vivía con su madre y con su hijo y hacía y decía siempre lo que le daba la gana. Desde hacía diez años trabajaba en la óptica y desde el primer día hizo buenas amigas con Violeta, a pesar de ser completamente distinta a ella, o precisamente por eso.

Jacaranda era deslenguada, impulsiva, espontánea y loca y Violeta era reflexiva, prudente, introspectiva y sensata. Así que se complementaban a la perfección y se lo pasaban genial trabajando juntas.

Esa mañana Jacaranda llegó al trabajo un poco más tarde de lo habitual porque había ido a llevar a su hijo Felipe de nueve años al médico, ya que cada dos por tres tenía problemas de estómago, garganta u oídos. Aquello tenía pinta de que era una somatización en toda regla pero Jacaranda no quería verlo...

—¿Qué le han dicho a Felipín? —preguntó Violeta en cuanto Jacaranda entró en la óptica.

—Gastroenteritis. ¿Y a ti qué te pasa? ¡Vaya careto que tienes! ¡Te pasaste la noche follando con el genio creador? —quiso saber, mientras colgaba la chaqueta fucsia que llevaba en el perchero y se ponía una bata blanca.

—Casi...

Jacaranda la miró muy seria y le recordó:

—Se folla o no se folla. El casi no tiene cabida en el universo de la sexualidad.

—No follé, no. Estuvimos de tapeo por Malasaña, luego me llevó a su casa, que es su taller también, y me enseñó su último trabajo sobre la guerra de Siria. Una escultura tremenda, impactante, demoledora.

—¿Una escultura con material de estercolero, como las otras?

—Ya te he explicado mil veces que utiliza esos materiales como crítica social. Y sí, es una escultura del estilo de las que ya has visto...

—Pues tiene que oler bien la casa... La próxima vez métete ocho botes de Ambi Pur en el bolso... Pero ahora cuéntame, ¿cómo es que se te escapó vivo?

—Eso es lo que me gustaría saber, cómo es que se me escapó. Analicemos, por favor, hasta que entre algún cliente...



—Después de que te enseñara su obra basura ¿qué pasó? —preguntó Jacaranda mientras se sentaba en su mesa.

—Fuimos a su habitación, porque es la única parte de la casa donde no acumula objetos y me besó en los labios, suavécito.

—¿Suavécito por qué? ¿Tenía un herpes labial o qué?

Violeta después de colocar unas gafas de sol en una vitrina, se acercó hasta la mesa de su amiga y se encogió de hombros.

—¡No lo sé! El caso es que me puse nerviosa y le dije que quería ir despacio, que no quería ser un rollo de una noche, un polvo a salto de mata...

—¿Y qué querías que se pusiera de rodillas en mitad de la chatarra y te pidiera matrimonio?

—Más pasión y más intensidad, sobre todo cuando me quité la ropa, me quedé en ropa interior, con un conjunto *megasexy* que estrenaba y el tío se quedó mirándome como si nada.

—¿Nada? —inquirió Jacaranda frunciendo el ceño.

—Nada. Estaba metido en la cama, tapado con una colcha de la abuela, mirándome como si fuera algo de lo más anodino. ¡Solo le faltó bostezar! Pero lejos de venirme abajo, le hice un *streaptease* brutal, con el que me gané un casto beso en la frente.

—¡Qué cabrón! ¡Por su culpa vas a tener que tirarte a un batallón para recuperar la autoestima!

—Tampoco te pases, si bien pensado fue bonito, éramos como un viejo matrimonio, de hecho después del beso se puso a hablar de su obra y a los cinco minutos se quedó frito...

—¡Joder, qué bonito! ¿Y no le despertaste de una patada en los huevos?

—¡No me hables! ¡Lo intenté todo! ¡Hasta ponerle a Pablo Alborán a toda pastilla en la oreja, que lo odia! ¡Y nada! Lo único que conseguí fue despertar a su vecino que se puso a aporrear el tabique y ya salí pitando de allí. Y no veas cómo llovía, tuve que refugiarme debajo de la marquesina de un bareto y eso fue lo mejor de la noche. Porque justo en ese momento salió el dueño y me invitó a cenar y a unas copas, es que a todo esto estaba muerta de hambre porque con Ramón apenas probé bocado.

—¡Qué desastre! ¿Y el dueño del local qué tal?

—Un chico muy majo, guapo, simpático, encantador... Me lo pasé genial con él, pero tengo a Ramón muy dentro y no veo nada más allá de él.

—¿Y sabes algo de él? ¿Te ha llamado?

—No. A lo mejor sigue durmiendo... —supuso Violeta, mordiéndose los labios de la ansiedad.

—Hay que provocarle para que te lame. Píntate los labios, quítate la bata, la camiseta y el sujetador y hazte un *selfie* con el torso desnudo.

—¿Para qué? —preguntó Violeta perpleja.

—Para ponerte el *selfie* de foto de perfil del wasap.

—¿Tú estás loca? ¿Cómo voy a ponerme una foto de perfil con las tetas al aire?

—En tetas no. Hazte la foto y justo corta por encima de los pezones. Venga, vamos, que a las doce ya sabes que siempre empieza a venir gente.

—Pero que no, ni hablar, además si me hago un *selfie* se me va a quedar una teta para arriba y otra para abajo, y solo le voy a provocar más abulia.

—¡Cruza los brazos por debajo de las tetas para juntártelas y yo te hago la foto! ¡Vamos!

A Violeta le pareció un despropósito pero estaba tan desesperada por estar con Ramón que se fue al baño, se pintó los labios de rojo y luego se lo quitó todo, como su amiga le había aconsejado.

—¡Jacarandaaaaaaaaaa ya estoy lista! ¡Ven a hacerme la foto! —gritó Violeta desde el cuarto de baño.

—Sal, que te la hago con el póster de Hawái de fondo.

—¿La foto de Hawái que tienes pegada en la pared? ¡Estás loca! ¿Y si entra alguien y me pilla de esta guisa?

—¡Deja de hablar y sal de una vez! A esta hora solo entran yayos, te da tiempo de sobra a irte a esconder al baño.

Violeta resopló, se alborotó un poco el pelo con las manos para parecer más *sexy* y salió muy nerviosa tapándose los pechos con las manos.

—Venga, haz la foto de una vez —ordenó poniéndose delante del póster de una playa de Hawái.

Jacaranda sacó su móvil y comenzó a disparar fotos, mientras aconsejaba a su amiga:

—Júntate bien las tetas, que ya verás lo poco que tarda en llamarte ese maese Basurillas.

—¡Tía, no me hagas reír! —exclamó Violeta, muerta de la risa.

—¡Eso, tú ríe! ¡Que se parta los cuernos pensando qué coño estarás haciendo para estar pasándotelo así de bien!

—A ver si se va a mosquear, mira que se si piensa que me he ido de vacaciones a una isla paradisíaca y que me lo estoy pasando bomba sin él...

—Es que eso es justo lo que va a pasar como no espabile. Así que tú no sufras, esto que estamos haciendo es por su bien...

Jacaranda estuvo un par de minutos disparando unas cuantas fotos más, luego Violeta se marchó corriendo al baño a vestirse y después cuando regresó, estuvieron un buen rato escogiendo la mejor foto para subir como foto de perfil.

—¿No crees que se me ve demasiado canalillo?

—¡Estás perfecta! ¡Pareces Miss Limones Salvajes! ¡No lo pienses más! ¡Sube la foto ahora mismo!

Violeta estaba a punto de hiperventilar de los nervios que tenía...

—Mis fotos de perfil de wasap suelen ser paisajes de mar o de montaña... Yo no estoy acostumbrada a exponerme de esta manera...

—Pues ya va siendo hora de que innoves un poquito. Hoy vas a subir una playa contigo en medio... ¡Vamos, dale!

A regañadientes, y sin estar demasiado convencida, Violeta subió la foto a su wasap y no había pasado ni un minuto cuando comenzó a recibir mensajes en los que le decían de todo...

¡Hasta su madre le estaba preguntando que desde cuando hacía *top-less* en la playa!

—¡Mi madre cree que estoy en bolas en la playa! —exclamó horrorizada.

—Dí que llevas puesto un vestido palabra de honor... ¡Y relájate, que estás preciosa!

—¡Me están escribiendo hasta los de los laboratorios! ¡Se me había olvidado la cantidad de gente del trabajo que tiene mi número de

móvil!

—¿Y qué te dicen? —preguntó Jacaranda, divertida.

—Que tengo un pelo Pantene, que ya iba siendo hora de que diera la cara, que estoy espectacular, que qué *sexy*, que qué morros, que lo mío es una delantera y no la del Real Madrid... ¡Esto es espantoso! Y espera que mi hermana me está diciendo que acaba de cambiar mi nombre en su agenda, y que ahora en vez de Violeta pone “La Pechotes”. ¡Dios mío! ¡La estoy pifiando pero bien! ¡Voy a echar por tierra mi reputación y mi futuro! ¡Para qué te haré caso! —se lamentó al borde del ataque de pánico.

—Porque sabes que soy una grandísima estratega —respondió Jacaranda tan pancha, comprobando el estado de su manicura francesa.

—Madre mía, si también me ha escrito Javier, el tío del bareto donde me refugié anoche durante la tormenta, para decirme que estoy bellísima, que en qué playa estoy, que quiere perderse conmigo...

Jacaranda hizo el gesto de la victoria con los dedos y luego habló:

—¿Ves cómo funciona?

—Funciona con todos menos con Ramón... —contestó haciendo un puchero—. Aunque pone que no se conecta desde ayer a las nueve de la noche, que fue cuando me escribió para decirme que iba a llegar un poco tarde.

—Encima te hizo esperar...

—Un poquito, tres cuartos de hora de nada...

—Vaya paquete de tío, pero el amor es así. No te preocupes que yo estaré a tu lado para cuando se te caiga la venda —dijo Jacaranda con una suficiencia que a Violeta le molestó.

—¡No se me va a caer nada porque Ramón es perfecto! —protestó Violeta—. Y mira, *aaaaaaaaaay* —gritó de pronto—, se acaba de conectar. ¡Pone en línea! ¿Me habrá visto ya? ¿Le pongo algo?

—¡Ni se te ocurra!

—¿Y si no me ve? —preguntó muerta de la ansiedad—. ¡Espera que pone “escribiendo”! ¡Me está escribiendo! ¡Ay no me lo puedo creer! ¡Ramón me está escribiendo! —farfulló con el móvil a punto de caérsele de las manos—. A ver qué pone, qué nervios más grandes, madre mía, ¡qué nervios! ¡Como tu estrategia funcione, hoy te invito a comer adonde quieras!



—¡Buenos días! —dijo Violeta, emocionada, suspirando, leyendo el wasap de Ramón.

—¿Buenos días? ¿Lleva dos minutos solo para poner “buenos días”? ¡Es más lento escribiendo que mi abuela! —observó Jacaranda, perpleja.

—¡Calla que es un artista! Voy a contestarle... “¡Buenos días!”.

—Sí, hija, sí. Responde que a este paso a las nueve de la noche tal vez saques algo en claro —bufó cruzándose de brazos.

—Está escribiendo... ¿Estará enfadado porque me marché de su casa sin decirle nada? —preguntó llevándose la mano al vientre de la ansiedad.

—Estará feliz porque eso que se ha ahorrado de desayuno —contestó Jacaranda, mientras hacía unas consultas sobre unos pedidos de gafas en el ordenador.

—Es un tío muy sensible, espero que no me lo tenga en cuenta. Es que me gusta tanto, Jacarandis... —suspiró, pegándose el móvil al pecho.

—Le vas a dar tanto amor que al final se le va a pasar lo de su síndrome y a ver con qué hace las esculturas —bromeó con la vista puesta en el ordenador.

—¡Qué pesada eres! ¡No tiene el síndrome de Diógenes! Y ahora silencio, por favor, que ya me ha contestado, dice lo siguiente: *Me alegro de que te gustara la obra en la que estoy trabajando. Estoy en un momento muy crítico del proceso creativo y tus palabras me han dado la motivación que necesitaba para seguir con mucha más fuerza.*

Jacaranda levantó, alucinada, la vista del ordenador y dedujo:

—O sea que va a echar más hierros, zapatos y trapajos a la pila de mierda que le crece en el salón. ¡Y todo gracias a ti! ¿Ves como no está enfadado? Si mientras le des jabón y le digas que es un genio, está todo perfecto.

—Perdona pero yo no soy una adaladora barata, tan solo me limito a ser sincera y a decir lo que pienso. ¡Ramón es un genio! ¡No hay más!

Y como no había más, Violeta escribió entusiasmada:

*Tu obra me conmovió profundamente, solo puedo darte las gracias por mostrármela y por regalarme una noche tan especial.*

—¿Qué has escrito? —preguntó Jacaranda mientras buscaba algo en un archivador.

—Le doy las gracias por enseñarme su obra y por regalarme una noche tan especial —respondió muy ilusionada.

—¡Buah! ¿Especial? ¡Pero si fue una porquería de noche! —gruñó Jacaranda dando un manotazo al aire—. Lo que te tenía que haber enseñado era otra cosa. Y no te engañes, el que te tiene que dar las gracias es él a ti, por esperarle casi una hora, por pagarle las tapas y por no salir por piernas en cuanto entraste en su reino de la cochambre. Pero no te las va a dar —dijo negando con la cabeza y frunciendo los labios—, porque los tíos con tanto ego jamás dan las gracias. ¡Creen que su genialidad lo merece todo!

—Eres demasiado crítica, yo prefiero verlo de una forma más positiva. ¡Soy más feliz así!

—Eres más feliz ahora, ya me dirás lo feliz que eres dentro de tres meses.

—¡Eres una agorera! Mira, lo que me acaba de escribir —habló mordiendo los labios de la ilusión—: *Me estoy fijando en las palmeras de tu foto de perfil y me han hecho acordarme de un documental que vi hace poco sobre el picudo rojo, el asesino de palmeras. Es muy interesante. Si quieres podemos comentarlo el sábado, ¿cenamos juntos? ¿Te viene bien a las diez, en el Beséame?*

—¡No me puedo creer que te haya puesto esto! —replicó Jacaranda, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar. Y de la incredulidad, se puso en pie de un respingo, y le arrebató el móvil de la mano a su amiga, para comprobar con sus propios ojos que era cierto.

—¡Sí! ¡Lo ha puesto! ¡Ramón me ha invitado a cenar! —gritó Violeta, feliz, dando saltitos en el sitio.

—Tía que hasta tu madre se ha dado cuenta de que te has retratado en bolas, que todo el mundo te ha dicho que estás guapísima y a este mandril ¿la foto solo le provoca el recuerdo de unos bichos repugnantes que se comen a las palmeras? —habló indignada, sin levantar la vista del móvil.

—El picudo rojo es un bichito monísimo, del que estoy deseando saberlo todo, mientras ceno con él... —dijo cerrando los ojos de la emoción.

—¿No te preocupa que se fije más en los posibles bichos de las palmeras que en ti? ¿No te da qué pensar?

—¡Para nada! ¡Lo importante es que el sábado ceno con Ramón! —exclamó abriendo los ojos de par en par y con una sonrisa anchísima.

—Oy sí. ¡Te lo vas a pasar teta hablando de bichos y de chatarra! ¡Apasionante! —ironizó Jacaranda echando sus manos volar.

—Pues sí. Para mí es apasionante. Tú lo has dicho. Lo que no me hace mucha gracia es el sitio, el Beséame es el bareto donde me refugié de la tormenta, y no me apetece en absoluto volver a ver al dueño —comentó mientras le arrebatava el móvil a su amiga—. ¡A ver si Javier se va a creer que voy porque me gusta! Pero bueno —dijo pensándolo mejor—, como acudiré con Ramón, tampoco pasa nada. ¡Voy a responderle que sí! ¡Que el sábado nos vemos!

Y entonces, Violeta escribió mientras el corazón le latía a mil:

*¡Perfecto! ¡Genial! ¡Me apetece muchísimo que me lo cuentes todo sobre los picudos y las palmeras! ¡Nos vemos el sábado, a las diez! ¡Besos!*

Y lo puso así, con admiraciones pero sin emoticones. Alegre pero sin alharacas. Entusiasmada, pero centrada. En su justo equilibrio. A lo que Ramón respondió:

Ok.

—Ya está. Enviado y confirmado. ¡El sábado nos vemos! ¡Yupiiii! ¿Dónde quieres comer? ¡Tu idea de la foto ha funcionado a la perfección!

—Si tú lo dices que ha funcionado... Pero acepto la invitación. Vamos a la arrocería de Juan... Espera que estoy escribiendo un wasap a mi madre para decirle que compre limones para Felipín —explicó Jacaranda, mientras escribía en su móvil.

—Pobre Felipín. Pero ¿no estará así por lo de su padre? —sugirió Violeta aun a sabiendas de que era una pregunta que incomodaba muchísimo a su amiga.

—Lo de su padre lo lleva muy bien. No hay ningún problema —replicó Jacaranda dejando el móvil sobre la mesa.

—Yo es que estaría literalmente cagada si creyera que mi padre es un extraterrestre. Y con todo el cariño te digo, Jacarandis, que me da

que el niño se pone tanto enfermo de pensar que su padre es un reptil...

—¿Qué prefieres que le diga la verdad? —preguntó retorciendo el bolígrafo que tenía en las manos—. ¿Que su padre es un cerdo que me dejó tirada? ¡Mejor que piense que me raptaron una noche de verano, en Huete, en el patio de la casa de la abuela Ramira, que me abdujeron unos extraterrestres, que me subieron a una nave y que desperté en una mesa de operaciones rodeada de reptiles!

—Creo que vive con el miedo a que los extraterrestres regresen y se lo lleven a su galaxia.

—El otro día le dio un ataque de pánico al ver una lagartija, pero es que Felipín es muy asquerosito para los bichos. ¡No creo que se le haya desarrollado ningún trauma por contarle esa mentirijilla!

—¿Mentirijilla decirle que te inseminaron artificialmente unos reptiles en una nave nodriza?

—¡Lo hago para protegerle! Se puso tan pesado con siete años para que le dijera quién es su padre que tuve que inventarme eso para no hacerle daño. ¿Cómo iba a decirle que su padre me dejó plantada porque tenía que vivir la vida? ¡Que con 34 añazos que tenía el muy cabrón se sentía atrapado en una relación!

—Pero nunca se enteró de que estabas embarazada.

—¿Para qué? —replicó poniéndose a la defensiva—. ¡Si no quería nada conmigo, porque le agobiaba el compromiso, mucho menos iba a quererlo con su hijo que es una atadura para toda la vida!

—Ya sabes lo que pienso. Creo que deberías haberle dicho la verdad...

—¡Si no volvió a llamarme y desapareció del mapa!

—Tenías que haber llamado a su madre para decirle lo que pasaba, ella te habría dado su nueva dirección.

—Él me lo dejó muy clarito cuando me abandonó: quería viajar, vivir su vida y sentirse libre. Nuestra relación le asfixiaba y necesitaba espacio, pues libre le dejé y espacio le di...

—No sé, yo creo que deberías consultar con un especialista, a mí me da que el niño está somatizando por culpa de la historietita que te has inventado sobre su padre, el reptil.

—¿Un experto va a saber más que una madre? Además lo del reptil es un secreto entre nosotros. ¡Y Felipín está perfecto! ¡Tiene las típicas cosillas de los críos de su edad! ¡No te preocupes porque...!

No pudieron seguir hablando porque entró un señor de avanzada edad para graduarse la vista y tuvieron que posponer la conversación sobre papá reptil para otro momento...



Momento que no llegó porque a Jacaranda no le gustaba hablar del asunto y Felipín además se recuperó al día siguiente de su gastroenteritis.

De quien sí hablaron y mucho fue de Ramón, cómo no, y de su cita el sábado en el Beséame, de lo que esperaba, de lo que deseaba y de lo que debía ponerse para que aquello resultara un rotundo éxito.

Dado que la foto de perfil de wasap no había hecho demasiada mella en él, Jacaranda apostaba por darle todo en la cita del sábado: vestido por la ingle, escote hasta el ombligo y taconazos. Violeta, en cambio, prefirió optar por algo más comedido, como era ella, y se puso un vestidito de estampado floral de Asos con unas bailarinas.

Se cambió en la óptica, poco antes de cerrar, y en cuanto salió del cuarto de baño, Jacaranda emitió su veredicto:

—Aburrimiento total. Solo te falta la rebequita por si refresca para parecer una yaya. ¡Así te digo ya que vas a volver a casa con el marcador a cero!

—Voy a ponerme la cazadora de cuero rosa, pero se trata de ser yo, de estar cómoda, de pasarlo bien, de conocernos poco a poco...

Jacaranda bufó, se cruzó de brazos y luego dijo:

—¡Tú lo has dicho! Poco a poco. Es más... ¡Como sigas así, no lo vas a catar ni en mil años!

—No me voy a poner escotes, ni zancos, ni tres kilos de maquillaje, quiero que me vea como soy, sin trucos, ni artificios. Yo tal cual, con mi verdad desnuda.

—¡Desde luego! ¡Lo único que vas a desnudar esta noche es tu verdad! ¡Nada más! —sentenció mientras rellenaba la ficha de un cliente en el ordenador.

—¡Gracias por tus ánimos! —ironizó Violeta, al tiempo que guardaba las monturas que acababa de enseñarle a un cliente.

—Bien pensado, lo mejor es que no pase nada, porque ¿te imaginas viviendo en una casa llena de torres y torres de mierda?

—Al lado de Ramón solo me imagino feliz y plena... —suspiró con cara de boba.

—Imagina, imagina, porque otra cosa...

—Me voy llevar estas gafas de pasta amarillas para dar un toque divertido a mi estilismo —dijo Violeta, a la vez que se probaba las gafas sin graduar frente a un espejo—. ¿Qué tal me quedan?

—Bien, pero me apuesto lo que quieras a que ni se va a dar cuenta de que las llevas...

—¡Cierra el pico, agorera! —protestó, divertida.

¿Cómo no iba a darse cuenta? A pesar de todos los malos augurios de su amiga, Violeta presentía que esa noche iba a ser especial, que iban a suceder miles de cosas y todas bonitas y mágicas.

¡No podía ser de otra manera!

Esperando lo mejor, con un pellizco de nervios en la tripa y con muchas ganas de pasarlo bien, Violeta apareció a las diez en punto de la noche en el Beséame, que estaba llenísimo de gente.

Un chico alto y rubio, con pinta de nórdico, le preguntó si tenía reserva y ella no supo qué responder. ¿Habría reservado Ramón?

—¿Hay alguna reserva a nombre de Ramón Montt? —El joven consultó en su listado de reservas y negó con la cabeza—. ¿Y a nombre de Violeta Salmerón? —De nuevo, volvió a repasar la lista de arriba abajo, bolígrafo en mano y nada.

—¿Se te ocurre algún nombre más? —preguntó el chico levantando las cejas de una forma muy simpática.

—No. ¿Hay que esperar mucho para conseguir mesa?

—Unas dos horas. Pero ¿habéis hecho reserva o no?

—Yo no, pero he quedado con una persona aquí y no sé si él...

—Espera... —El chico volvió a consultar en su listado y luego dijo—: ¿Podría ser Luke Skywalker? Dime su número de teléfono a ver si coincide...

¿Luke Skywalker? No. A Ramón no le pegaba para nada dar ese nombre, a él le pegaba otra cosa... Más de documental de bichos y esas cosas...

—¿Picudo rojo? ¡Mira a ver si hay algún picudo rojo!

—Un momento, por favor...

Cuando el chico estaba comprobando una vez más la lista de reservas, apareció Javier muy sonriente...

—Violeta, tú por aquí, ¡y con gafas para verlo todo mejor! ¡Hoy es mi día de suerte!

Javier estaba feliz de que Violeta hubiera vuelto, de que la chica de la palmera a la que no podía dejar de mirar en su wasap, estuviera otra vez en su bar, disfrazada de empollona melancólica. ¡Estaba guapísima!

Violeta le dio dos besos rápidos y luego Javier, cogiendo al chico por el hombro, preguntó:

—Stefan ¿algún problema?

—Es que esta chica no sabe si la persona con la que ha quedado ha hecho reserva y estamos comprobándolo...

—Es amiga mía. Violeta, te presento a Stefan, era mi asistente en Estocolmo y decidió venirse conmigo. No puede vivir sin mí. Yo soy así. Conocerme es amarme. Dejo huella. Luego no digas que no te lo he advertido...

—Es al revés —puntualizó Stefan agitando el bolígrafo al aire—, es él el que no puede vivir sin mí. Me manipuló vilmente y por su culpa he dejado atrás un brillante porvenir como traductor en una ciudad fría y gris, para convertirme en un recepcionista-camarero-relaciones públicas en una ciudad que me encanta, rodeado de gente guapa, divertida, loca... ¡Un horror! —explicó, muerto de risa.

—Stefanito sé bueno... ¡Me llevo a Violeta a la mesa 4!

—¡Genial! ¡Gracias, Javier! —exclamó Violeta, pensando en lo contento que se pondría Ramón cuando llegara y viera que tenían mesa.

—Gracias a ti por volver al Beséame. ¡Reconoce que lo echabas de menos!

Pues no, no lo echaba de menos y aun a riesgo de quedar como una aguafiestas, dijo:

—Me he citado aquí con Ramón... Él ha sido el que ha elegido tu bar para cenar.

Al escuchar la palabra "Ramón", a Javier se le cambió el semblante.

—El cabrón tiene buen gusto... —farfulló—. Acompañame, por favor, que te llevo a tu mesa...

Violeta siguió a Javier, sorteando a un montón de gente, hasta atravesar la sala y después un pasillo, que estaba también repleto de mesas casi todas ocupadas.

—La tuya es la última... La de *La Dama y el Vagabundo* —le informó Javier, con cierto retintín.

¿Vagabundo? ¿Eso iba con segundas? Cuando llegaron a la mesa, Violeta le aclaró bien las cosas.

—¡Ramón no es ningún vagabundo! —protestó Violeta, mientras comprobaba que el último cuadro que colgaba de la pared era el de la escena del beso con el espagueti colgando, de *La Dama y el Vagabundo*.

—¡No seas susceptible! Te doy esta mesa porque es muy romántica, muy *naïf*, muy pura, en fin: muy MonMontt y tú —dijo Javier con sorna, apartando la silla para que Violeta se sentara.

—Seguro que es eso —bufó ella, mientras se sentaba.

—Claro que sí —murmuró él, divertido, sentándose frente a ella.

—¿Qué haces sentándote? ¡He quedado con Javier a las diez! —explicó muy nerviosa.

—Te hago compañía hasta que venga. ¿Qué quieres tomar? —preguntó al tiempo que con un gesto de la mano, llamaba a una de las camareras.

—Te agradezco que me hayas dado esta mesa, pero de verdad que Ramón está a punto de llegar...

—Matea, tráenos dos cañas, por favor... —le pidió Javier a una chica que no debía tener más de 25 años, guapa, morena y con pírsines en la nariz, el labio inferior y el ombligo que llevaba al aire.

Matea se fue a por las cervezas, mientras Violeta escribía un wasap a Ramón para comentarle que había encontrado una mesa y que estaba esperándole.

—Te quedan genial esas gafas, ahora que la foto del wasap en la playa me tiene loco. ¡Es que no puedo dejar de mirarla!

—Me la hice para Ramón, en mi óptica...

—¿Tienes una óptica en Hawái? —preguntó mordaz.

Violeta envió por fin el mensaje a Ramón y luego medio enfurruñada, le explicó al chistoso de Javier:

—Mi compañera tiene un póster de Hawái en su puesto de trabajo y me sugirió que me hiciera la foto para...

—Para hacerle un F5 a ese pan sin sal. Pero ni con esas... ¿verdad? —le interrumpió muerto de risa.

Violeta le miró furiosa, pero no pudo de momento ponerle los puntos sobre las íes, porque apareció Matea con las cervezas...



—Puedes beberte la cerveza con toda confianza —dijo Javier, dando un sorbo a su caña.

—Supongo que no querrás envenenarme.

Javier pensó que sí, que quería envenenarla de amor, pero como el concepto era demasiado cursi y demasiado loco, prefirió replicar:

—Me refiero a que en mi bar las cañas están bien tiradas, prueba y verás cómo la cerveza es ligera y suave, no pesa en el estómago.

—¡Lo que pesa en el estómago es el dueño! —exclamó mientras leía el mensaje que acababa de enviarle Ramón.

*Perfecto. Todavía estoy trabajando, estoy con la inspiración a full, siento una energía muy potente, muy bestia, que no puedo ni debo controlar. Así que vete tomándote algo mientras llego. Creo que en unos cuarenta y cinco minutos, habré terminado. Nos vemos.*

Violeta se bebió casi la cerveza del tirón, mientras pensaba que Ramón era un desconsiderado y un egoísta. ¡Otra vez a esperarle casi una hora! ¿Pero qué se creía, que por ser un artistazo *sexy* y talentoso tenía derecho a todo?

Cogió su móvil, enojada, y escribió esas mismas palabras, si bien al poner “*sexy*” suspiró al recordar el moño y los tatuajes, y al poner “*artista*” recordó que serlo implicaba exigencia, sacrificio, esfuerzo, dedicación plena... ¡Madre mía! ¿Qué estaba haciendo? ¡Estaba a punto de cometer un error imperdonable! ¡Qué injusta estaba siendo con él! ¡La única egoísta era ella!

Profundamente arrepentida, borró lo escrito y en su lugar puso:

*Te espero lo que haga falta. Lo primero es lo primero. Siempre.*

Tras enviar el mensaje, probó la cerveza que estaba espectacular y después Javier le preguntó, rezando para que el artista se hubiera quedado atrapado durante un buen rato entre la chatarra:

—¿Viene ya?

—Me acaba de escribir para contarme que está en pleno arrebato creativo y que, como no puede contener esa energía de sopetón, se va a retrasar un poquito.

Javier muerto de risa, no pudo evitar soltar lo primero que se le vino a la cabeza:

—La solución a sus problemas se llama: Fortasec.

—¿Qué? —preguntó Violeta, muy mosqueada, con el ceño fruncido.

—¡Que lo que tiene se llama diarrea! ¡Tu genio se caga vivo! ¡Le intimidas demasiado con tu sensatez y tu cordura! ¡Eso es que pones cara de asco cada vez que te plantas ante la torre de cochambre!

Violeta le miró con desdén y luego le espetó:

—¿Qué dices? ¡Qué poca sensibilidad tienes! ¡Su obra me fascina! ¡Y a ver si te enteras de que los artistas son así, de que la inspiración es así!

—Por mí, genial. Ojalá se pase toda la noche echando zapatos viejos a la torre y nos deje solitos a los dos...

Violeta estaba furiosa. ¿Se podía ser más osado que ese tabernero insensible?

—Vendrá —replicó airada—. Oye y ¿tú no tienes cosas que hacer? Te recuerdo que es sábado y que tienes el bar lleno.

—Porque me ausente un poco no se va a hundir el barco, tranquila. Hablemos un poco de ti. ¿Es la primera vez que te enamoras de un tío con diarrea... creativa? ¿O eres de la que se cuelga de poetas, músicos, pintores, cantantes y titiriteros? ¡Todos con moño, por supuesto!

Javier solo quería saber si debía cambiarse de oficio...

—Mejor hablemos de ti —dijo Violeta, con ganas de jugar a lo mismo—. ¿Cómo es que no sospechaste nada cuando tu novia vikinga se compró una cama gigante?

—O sea que sí —concluyó con una sonrisa amplísima, mientras pensaba en que tendría que empezar a practicar con los guiñoles de sus sobrinos.

—Ramón es un genio. Jamás he conocido a nadie tan brillante como él y yo no me cuelgo, yo me enamoro y no lo suelo hacer con frecuencia —habló Violeta levantando la barbilla, retándole con la mirada.

—La cama grande fue un capricho mío —apuntó Javier, apoyando la cabeza en ambas manos y sin dejar de mirarla con cara de idiota.

—¿Y qué pasó? ¿Se la quedó ella?

Javier esbozó una sonrisa media perversa y removiéndose en su silla preguntó:

—¿Estás interesada en saber cómo es mi cama?

—Lo único que deseo es que venga Ramón cuanto antes.

—¿Tu primer novio tenía moño? —preguntó divertido, mientras daba vueltas a su vaso de cerveza.

—¿A qué edad te topaste con tu primera bruja? —contraatacó más divertida todavía.

—Tu primer beso. ¿Cómo fue?

Violeta lo recordaba a la perfección y solo tenía una palabra para definirlo:

—Asqueroso. ¿Y el tuyo?

—Lo sabré cuando te lo dé —contestó tras apurar su cerveza.

Violeta se quedó mirando a la boca de Javier y pensó que no tenía que besar nada mal, tenía los labios bonitos, los dientes blancos y una barba de tres días que debía hacer interesante el beso. Pero...

—Mis besos son para Ramón. Si quieres te hablo de cómo fue mi primer beso con él.

—¿Otra vez? ¡No, gracias! Con una tuve bastante... —se negó llevándose las manos a la tripa y poniendo cara de asco.

—Fue muy dulce, tan suave, tan ligero, tan tierno... —suspiró Violeta, recordándolo.

—Ni que fuera un membrillo. ¡Qué horror!

A Javier le entraron ganas de levantarse y enseñarle a esa incauta muchacha cómo era un beso de verdad, pero temió romperle sus gafas amarillas, pues sus besos eran de todo menos de membrillo, y prefirió quedarse en el sitio.

—Fue precioso. ¿Y tú después de Ingrid? ¿Has tenido algún beso reseñable?

—Aun a riesgo de parecer un pelma trastornado, te repito que el único beso importante será el tuyo. Los demás no me interesan demasiado... —dijo llevándose el dedo índice a la boca.

—O sea que ha habido más —concluyó Violeta aferrada a su cerveza.

—¿Te importan más mis besos post-Ingrid que que sea un loco de atar? —preguntó repantigándose en su silla.

Violeta, al contrario, enderezó más la espalda y habló juntando las manos:

—Sé que no eres un loco, solo un pobre ingenuo que se cree los cuentos que le cuentan las brujas de la noche.

Javier estaba convencido de que Violeta no sabía lo que estaba diciendo y desde luego que no pensaba callarse:

—Te miro y sé que es verdad. Siento que eres tú —dijo enarcando las cejas.

Violeta solo sabía que ese chico estaba muy confundido, que se estaba dejando llevar por unas falsas percepciones mágicas y casi pueriles:

—No te niego que sería bonito que fuera así, pero la realidad es otra, aunque no quieras verla.

—¡Ves tú mejor con los cristales de tus gafas de pega!

—Estos cristales se ensucian muchísimo —informó Violeta, sacando de su bolso una pequeña bayeta azul de microfibra.

—Tienes una mirada preciosa, esas gafas no le hacen justicia.

—A mí me divierten, creo me dan un toque alocado y soñador... —explicó mientras limpiaba sus gafas.

—El toque alocado y soñador te lo da creer que Ramón va a enamorarse de ti.

—¿Qué? —preguntó molesta, poniéndose otra vez las gafas.

—Que no sé quién será más ingenuo, yo por creer en brujas de cabellos rosados, o tú por no saber que los tíos como Ramón nunca se enamoran.

—¿Tú qué sabes? ¡No le conoces! —protestó dando un manotazo al aire.

—Para amar hay que salir de uno mismo y Ramón jamás lo hará. Vive ensimismado en su obra, en su arte, en su genio creador. Jamás sentirá estas ganas locas que estoy sintiendo de salir de mí, para llegar a ti... —confesó Javier, clavándole la mirada.

—¡Te equivocas! Te equivocas con Ramón y te equivocas con esas ganas locas que dices que sientes.

Javier se puso de pie y musitó con tristeza:

—Ojalá... Y ahora, perdóname, que tengo que saludar a unos amigos...



Javier no tenía que saludar a nadie y menos aún deseaba que esas ganas locas se le pasaran, porque además sabía que estaban allí para quedarse. Que lo que sentía por la chica de las gafas amarillas no era algo efímero, ni estúpido, ni ridículo, como ella pretendía hacerle creer. Pero no quería seguir hablando de ello, no de momento...

Y Violeta lo agradeció, porque así dejaba de escuchar todas esas impertinencias sobre Ramón, tan injustas además. Ella estaba segura de que Ramón no tenía ningún problema en salir de sí mismo, para ir hacia ella. Es más, intuía que lo estaba deseando, solo hacía falta un poco de tiempo y de paciencia y acabaría sucediendo.

Y en esos pensamientos estaba inmersa, cuando de repente Violeta sintió una mano posarse en su hombro, se giró y era él.

—¡Ramón! ¡Ya estás aquí! —exclamó entusiasmada, dándole dos besos efusivos.

—Acabo de terminar y me he venido en bici para llegar antes. ¡Tengo un hambre! ¿Tú has comido algo?

—No, te estaba esperando...

Y la espera había merecido la pena porque Ramón estaba más guapo que nunca, los ojos le brillaban de forma especial, su moño lucía espectacular, y la ropa que llevaba, una camiseta negra, unos vaqueros desgastados y una cazadora de cuero de cremalleras, le sentaba de maravilla.

“No se puede estar más bueno”, pensaba mientras Ramón leía la carta del bar en una especie de claqueta de cine.

Y al poco, apareció Matea con una libreta y un bolígrafo, preguntando:

—¡Hola! ¿Sabéis ya lo que queréis?

Ramón ni lo dudó:

—Sí, unas cervezas y una ensalada *Tomates verdes fritos*, hummus de berenjena *Casablanca*, cazuela de garbanzos y rabo de toro *Átame*, croquetas *La fiera de mi niña*, rabas de calamar *Gilda* y una hamburguesa *Hechizo de luna*. Creo que con esto es suficiente, pero si tú quieres añadir algo más... —le propuso Ramón, sin levantar la vista de la carta.

—Por mí, perfecto —dijo Violeta, a quien todo lo que viniera de ese hombre le parecía divino.

Matea se marchó con la comanda y Ramón le contó mientras se atusaba su espesa barba:

—Llevo todo el día trabajando y apenas he probado bocado porque además tengo la nevera pelada. Mañana pasaré por casa de mi madre a coger más tarteras. Es que llevo fatal ir al supermercado y cocinar, me distrae de lo importante.

—Claro, claro. Y además tu madre se pondrá contenta de verte... —Ella desde luego que estaba feliz de tenerlo enfrente, con esa barba, esos brazos potentes, esas manos tan fuertes, ese todo tan *sexy*.

—Le doy un poco de vidilla con mis tareas domésticas: además de la comida, le llevo la ropa sucia y me traigo la ropa limpia planchada. Ella se entretiene y a mí me resuelve el problema de las rutinas cotidianas que restan mucho tiempo a la creación.

—Si ella se entretiene... —Y mira que le costaba crearlo.

—Es más que eso, forma parte de su esencia, de lo que es, mi madre es muy hacendosa y una gran cocinera, se realiza así.

A Violeta, que apenas sabía freír un huevo y ni siquiera tenía plancha en casa, aquello le sonó a abuso, explotación y tortura; pero si el hijo que era un tipo sensible y comprometido con todas las causas justas, aseguraba que la madre se realizaba así, quién era ella para rebatirlo.

—¿Y tu obra qué tal? —quiso saber, cambiando de tema.

Ramón se llevó la mano a la frente, respiró hondo y después con una mirada intensa y esa voz rasposa tan *sexy*, dijo:

—Es muy duro, porque con mi obra estoy denunciando una realidad que me duele demasiado. Me paso el día removiendo emociones muy fuertes, sangro, me rompo, me conmuevo por completo...

Violeta se sintió muy culpable solo de pensar que había estado a punto de llamar egoísta a ese ser que era pureza y generosidad en su máxima expresión.

—¿Y ahora cómo te sientes? —preguntó Violeta, preocupada.

—Con ganas de cenar, unas ganas tremendas, es que a mí la ansiedad y la angustia creativa me provoca un vacío enorme —explicó llevándose la mano al vientre—, que calmo básicamente con meditación y canutos; pero no te voy a negar que como también soy un simple mortal, la comida siempre me tienta... ¡y más teniendo una madre que es una cocinera excelente que borda los cocidos, las fabadas, los estofados...! ¡Todo!

—Eso es una suerte, sí... —Y no ella que tenía que comer todos los días de menú en el bar de enfrente, porque su madre era una rebelde que cocinaba lo justo y rabiando.

—Lo es. Pues lo que te contaba el otro día de los picudos rojos, llegaron a España en 1994 a través de unas palmeras egipcias infectadas y desde entonces se han extendido por todo el Mediterráneo. —Mientras Ramón hablaba, Violeta se percató de que Javier se dirigía a su mesa cargado con una bandeja—. Las larvas son temibles, porque perforan el tronco hasta crear túneles de más de un metro de largo y en pocas semanas pueden destrozar a una palmera... —Violeta no escuchó nada más, solo podía pensar en qué hacía ese hombre viniendo hacia su mesa—. Después, la larva se envuelve en un capullo con fibras de la misma palmera y...

—¡Buenas noches! Aquí traigo algunas cositas... —interrumpió Javier, muy sonriente, colocando las tapas sobre la mesa.

—¡Buenas noches! Genial —dijo Ramón, sin tan siquiera mirar a Javier.

—Perdón por la interrupción, ¿hablabais de capullos? —inquirió Javier, que tenía ganas de divertirse.

—Hablabamos de la larva del picudo rojo... —informó Ramón.

—¡Ahí, sí, esos capullos! ¡Me apasiona el tema! —exclamó Javier, entusiasmado, dejando una cerveza frente a Violeta.

Violeta le miró asustada ¿no se le estaría pasando por la cabeza sentarse a cenar con ellos?

—No sé si viste un documental el otro día... —comentó Ramón, mientras daba un sorbo a la cerveza.

—El de los picudos me lo perdí, el que me fascinó fue el de las arañas-lobo —habló Javier, mientras dejaba la cazuela de garbanzos sobre la mesa.

—¿Arañas-lobo? —preguntó Ramón retirando con la lengua los restos de cerveza que tenía alrededor de los labios.

Violeta no sabía dónde meterse, se temió lo peor... ¿Pero ese hombre no tenía nada mejor que hacer que estar molestándolos?

—Sí, son muy interesantes, se caracterizan entre otras cosas por la seducción parsimoniosa... —explicó Javier, mientras dejaba el último plato que le quedaba en la bandeja sobre la mesa.

Violeta no estaba dispuesta a que ese tío le arruinara su cita, por eso le interrumpió echando chispas por los ojos:

—Muchas gracias, pero falta la hamburguesa. Si nos la puedes traer, por favor...

—¡No, no la traigas, que se me va a enfriar! Mejor más tarde... —pidió Ramón—. Y sigue con las arañas-lobo, eso del cortejo me interesa... —inquirió, mientras engullía una croqueta.

—Y a ella también, estas cosas de capullos y cortejos le interesan muchísimo, ¿a qué sí, Violeta? —preguntó Javier, mirando a Violeta que tenía la vista clavada en la cazuela de garbanzos.

—¿Os conocéis? —inquirió Ramón, mientras trinchaba una raba de calamar.

—De otra vez que he venido... —contestó Violeta encogiéndose de hombros.

—Yo he venido unas cuantas más, pero a ti nunca te había visto.

—Soy Javier, encantado —dijo tendiéndole la mano.

—Soy Ramón. ¿Y cómo es eso de la araña-lobo?

—¿Te interesa el tema de la seducción lenta, eh? —preguntó socarrón y a Violeta no le quedó más remedio que darle un puntapié para que se callara.

Mientras Javier reprimía el quejido, Ramón explicaba muy serio:

—Me interesa todo. Estoy *poliabierto* al saber y a la experiencia.

—Mira, como yo en mi bar. Todo el día *poliabierto*. Pues contaban que la araña-lobo macho para entrar en el habitáculo de la hembra, tiene que pasar un túnel largo y oscuro con suma cautela y lentitud, porque si le entraran nervios, ella se lo zamparía —explicó haciendo el gesto con la mano de que se lo comía—. Y esto va en la línea de lo que te decía antes del Fortasec, Violeta...

Ramón puso los ojos como platos y, fascinado y sin dejar de engullir croquetas, dijo:

—Buscaré el documental en YouTube.

—Sí, búscalo. Y tú también deberías, Violeta. Así entenderás muchas cosas... —Y cogiendo su bandeja, Javier se retiró... de momento.



Violeta aprovechó que Ramón se lo estaba comiendo todo, para escribirle a Javier un wasap:

*No sé a qué estás jugando, pero no me hace ni la menor gracia. Abstente de regresar a nuestra mesa, quiero tener una cita tranquila. Gracias.*

¿A qué iba a estar jugando? ¡A incordiar un poquito! Por eso, le faltó tiempo para responder:

*Te estoy ayudando a que tengas una cita tranquila. He contado lo de la araña-lobo para darte ánimos, para que veas que se puede seducir de muchas formas y que solo tienes que quedarte quieta y esperar a que Ramón recorra tranquilo el largo y oscuro túnel.*

Luego, tras dar a enviar, Javier se arrepintió de la mentirijilla que acababa de mandar y temió que Violeta se quedara esperando a que su araña-lobo llegara a ella, cuando quiera que fuese.

Y eso fue lo que pasó porque Violeta, a pesar de que sabía la retranca con la que estaba escrito el mensaje, sintió que la mejor estrategia para que Ramón fuera suyo, era tan solo esperar tranquila y confiada a que, pasito a pasito, caminara hacia ella.

Por eso soltó el móvil, se relajó y disfrutó de la cena en la que Ramón estuvo hablando de la próxima exposición colectiva en la que iba a participar, comentó que había recibido una invitación para exponer en verano en Manheim y le confesó que estaba loco por ir a ver la última obra de teatro de un amigo dramaturgo.

Por cierto, que cuando estaban a vueltas con la obra de teatro, se presentó un momento *La Dama y el Vagabundo* con una raba de calamar que a Violeta le pareció de lo más romántico.

Sucedió que mientras Ramón desgranaba el argumento de la obra teatral de su amigo, los dos pincharon la última raba de calamar que quedaba en el plato. Entonces, se miraron a los ojos y Violeta sintió que se derretía de amor, lo que no esperaba era que Ramón aprovechara su ensimismamiento para tirar de la raba de calamar, arrebatársela y metérsela en la boca tan deprisa, que se le quedó la mitad colgando.

¿Se podía ser más desconsiderado y más gañán? ¡No! De pronto, Violeta cayó en la cuenta de que lo que estaba haciendo Ramón era hacer un homenaje a *La Dama y el Vagabundo*. ¡Solo faltaba que saliera Javier tocando al acordeón la canción *Bella Notte*!

Temblando de puro nervios, Violeta se echó hacia delante con la intención de tomar delicadamente entre sus labios el extremo de la raba de calamar, tirar un poco y acabar dándose un beso sutil y tierno, que iba a dejarla sin aliento, muertecita de amor.

Sin embargo, cuando estaba a escasos cinco centímetros de la boca de Ramón, este se tragó la raba de calamar y preguntó extrañado:

—¿Por qué te acercas tanto? ¿Tengo restos de algo en la barba?

Violeta se apartó de él, bruscamente, y contestó abochornada:

—Sí... O sea quiero decir que me pareció que tenías algo, pero me he equivocado...

—Bien, pues como te iba diciendo la obra es una pasada porque...

Ramón siguió hablando y Violeta solo podía pensar en el ridículo que habría hecho, si hubiera llegado a mordisquear la raba de calamar. Estaba tan abochornada que ni se atrevía a mirar a Ramón a la cara. Pero él seguía a lo suyo, hablando sin parar y más todavía cuando Matea vino con la hamburguesa y solo su olor le retrotrajo a su infancia, a sus primeras esculturas con cinco años, con las pinzas de la ropa de su madre y los jabones Lagarto, esculturas que dieron paso a otras más ambiciosas, con 8 años, con cajas de 36 huevos y material que recogía en un vertedero cercano a su casa y obviamente, todo un clásico: no se olvidó de mencionar lo mucho que le aburría la escuela, porque obviamente él era un genio.

Lo bueno de tanta cháchara fue que a que Violeta se le pasó la vergüenza de la raba de calamar y de nuevo volvió a relajarse y a embelesarse con el relato del artista más sexy del universo. Que por supuesto era más que un físico, sobre todo admiraba en él esos valores tan hermosos que solo poseen los creadores: su rebeldía, su punto de locura, su fructífera y creativa inadaptación social, su forma salvaje y concienciada de estar el mundo, su coraje para enfrentarse a la verdad desnuda, su...

—Me tomaría el postre, pero he quedado dentro de diez minutos en un garito —anunció Ramón, a la vez que comprobaba qué hora era en el reloj de su móvil.

“¿Cómo podía ser tan cruel de interrumpir ese torrente de halagos para echarle encima ese jarro de agua fría? ¿O iban a irse juntos al garito donde le esperaban?”, se preguntó Violeta.

—¿Está cerca? —inquirió para ver si así le daba alguna pista.

—A la vuelta, me esperan una galerista y una comisaría de una *expo* que montamos, han venido a Madrid este fin de semana y me han llamado para tomar unas copas.

La frase contenía demasiados “me”, pero por si acaso Violeta osó a preguntar:

—¿Te acompaño?

—Es que vamos a hablar sobre todo de temas de trabajo, exposiciones y demás, que a ti te van a aburrir muchísimo. Mejor quédate aquí, te tomas un postre y luego unos chupitos a mi salud. Javier parece un tío majo y ya le conoces, seguro que viene encantado a darte un rato de conversación amena sobre bichos o lo que surja.

Violeta estaba perpleja, ni podía articular palabra, de hecho de su garganta salió un sonido que sonó como...

—*Grrgejegr...*

—Me voy ya. Oye, no llevo suelto —informó metiéndose las manos en los bolsillos—, y si pago con tarjeta entre que vienen, la pasan y yo que nunca recuerdo el pin, voy a llegar tarde a mi cita.

Violeta pestañeó, como cuando despiertas de un mal sueño y luego dijo:

—Tranquilo, no pasa nada. Ya pago yo...

Ramón se puso de pie, cogió a Violeta por el cuello y le dio un beso en los labios rápido, fugaz, inesperado, extraño...

—Nos llamamos.

Y Violeta, con la boca abierta, vio cómo Ramón se marchaba del Beséame, dejándola sola con las sobras de la cena y una pregunta que no se podía sacar de la cabeza: ¿lo de esa noche había sido una tomadura de pelo o una cita encantadora?

Pero lo peor de lo peor, sucedió después de que Matea se llevara los platos sucios y de que Violeta le pidiera la cuenta, pues se percató de que Javier venía hacia ella con dos caipiriñas en la mano y una sonrisa que ya le estaba provocando acidez estomacal.

—¿Adónde ha ido tu arañita-lobo? —preguntó canturreando.

—Le ha surgido un imprevisto —farfulló de mala gana.

—Pues Fortasec siempre funciona... —soltó socarrón.

—Mira déjame en paz —replicó cruzándose de brazos—. Le he pedido la cuenta a Matea, no una caipiriña.

—Yo invito —dijo Javier sentándose frente a ella, y dejando las bebidas sobre la mesa.

—Eres muy amable, y también un entrometido porque lo de la araña-lobo ha sido de juzgado de guardia, pero no puedo permitir que me invites.

—Precisamente por eso, debes dejar que te invite.

—No, gracias, no quiero dejarte. Y en cuanto a lo otro... A ver, bien pensado, lo de la araña-lobo es muy inspirador. Tal vez este chico me ame con locura, pero quiera ir lento por miedo a que yo me lo zampe.

—Bueno —murmuró Javier, llevándose la mano a la barbilla—, aquí el que más zampa es él. ¡Es que tú apenas has probado bocado!

—¿Me has estado espiando o qué?

Sí, la había estado espiando, no podía remediarlo...

—Una de mis tareas es comprobar que todo está en orden en las mesas —mintió haciéndose el profesional.

—Y voy yo y me lo creo. Pero me da lo mismo. Lo único que importa es Ramón y esta noche es que ha sido tan...

—¿Pufo? ¿Decepcionante? ¿Fracaso absoluto?

Violeta cogió la caipiriña y decidió que era demasiado pronto para irse a dormir a casa.

—¿Tú sabes mucho de besos? —le preguntó intrigada.

—Tanto como para darte lecciones diarias durante los próximos ochenta años.

—Ya. Pero no necesito lecciones. Gracias. Solo necesito que me ayudes a determinar lo que ha sido el beso de esta noche.

—¿Te ha besado esa araña fea y peluda? —quiso saber Javier, muerto de asco.

—Ha sido un pico, rápido, pero es que puede significar tantas cosas. ¿Te importa que lo hablemos?

—Prefiero dar besos que no hablar de ellos, pero si no queda más remedio...



—Cuando ya se iba, se ha puesto de pie, me ha cogido por el cuello y me ha dado un beso rápido que de verdad que no sé cómo interpretarlo, porque podría ser que... —explicó Violeta tras dar un sorbito a su caipiriña.

—Si quieres saber lo que significa ese beso tienes que analizar otras variables, el beso es lo de menos. De hecho, esta noche podría haberte dado un beso apasionado que os hubiera llevado a hacerlo desesperados en el cuarto de baño y ser sexo y solo sexo, sin más.

—Sí, a eso llego. Pero precisamente porque no va a saco es por lo que estoy confundida... Si lo nuestro fuera una historia de sexo, lo tendría mucho más claro. Follamos y punto. Pero no es el caso, aquí hay algo más, mucho más profundo y verdadero. ¿Qué? ¡Eso es lo que me mata! ¿Tú cómo lo ves? —preguntó ansiosa, mordiéndose los labios.

—¿Te ha dicho algo de las gafas amarillas?

Violeta negó con la cabeza, pero ¿realmente ese detalle era tan importante?

—No, pero no significa nada. Y más siendo él un artista, todo el mundo sabe que viven en su mundo, que son despistados, que no se fijan en estas pequeñas cosas mundanas.

—Ahora entiendo por qué yo me fijo en cosas como en la cicatriz que tienes debajo de la rodilla en forma de media luna. ¡Como no soy artista! —replicó Javier, sarcástico.

—¿Esto? —preguntó llevando la mano al lugar donde tenía la cicatriz—. Me lo hice en la sierra, mi abuelo solía llevarnos de excursión a una fuente que estaba a las afueras del pueblo, y correteando por allí, se me coló la pierna por una rejilla para el drenaje del agua.

—¿Ramón sabe que fuiste una niña salvaje? —bromeó divertido, Javier, tras dar un trago a su bebida.

—¡Tampoco te pases! Ramón es que tan intenso, su universo es tan fascinante que cuando estamos juntos prefiero que solo hablemos de él.

—¿Prefieres o no te queda otra?

—Mi vida es que no tiene nada de especial al lado de la suya.

—Pues yo sí encuentro especial a una mujer que es capaz de todo para estar con el hombre que cree que ama. No te pierdes ninguna de sus exposiciones, te cruzas la ciudad para estar con él, le alimentas, aguantas sus chapas, te plantas unas gafas amarillas... ¿Pero él? ¿Él hace algo por ti, aparte de hablar de picudos rojos? —preguntó arqueando una ceja y disfrutando de lo lindo de hacer de abogado del diablo.

—Esa pregunta es capciosa —protestó Violeta—. Además el amor es dar, yo hago lo que siento, y no espero nada a cambio. Él no tiene que hacer nada por mí. Él tiene que limitarse a ser él y punto.

—Me gustaría que vieras algo —dijo Javier con un destello tan gamberro en la mirada que Violeta se puso en guardia.

—¿Algo como qué? —preguntó temiéndose lo peor.

—Algo como el amor. ¿No es de eso de lo que estamos hablando?

—Es lo que me gustaría, que lo mío con Ramón fuera amor, sí. Pero te repito que no tengo ni idea...

—Déjame que te muestre algo que creo que puede ayudarte a aclararte. ¿Tienes prisa? ¿Te espera la arañita en alguna parte?

—Menos guasa, por favor. No, Ramón ya no va a volver. ¿Pero lo que vas a enseñarme dónde está? —inquirió intrigada, tras apurar su caipiriña.

—En la Fuente del Berro, cogemos la moto y estamos allí en un momento... —respondió ilusionado y feliz con la idea.

—¿Tú puedes ausentarte? ¡Tienes el bar lleno!

—Será solo un momento.

—¿Y no puedes darme una pista? —preguntó Violeta, porque estaba completamente perdida.

—Vamos a casa de mi abuela.

—¿A estas horas? ¿Y sin avisar? —Eran casi la una de la mañana.

—A mi abuela te la presentaré otro día, quiero que veas una cosa en el jardín.

¿Pero quién en su sano juicio enseña cosas de su jardín a la una de la madrugada? Violeta empezó a ponerse nerviosa...

—Mira, mejor lo dejamos para otro momento.

—Tienes que verlo hoy, que es cuando tienes esa confusión —insistió Javier.

—¿Qué me vas a enseñar? ¿Petunias? ¡Esto es absurdo! No puede haber nada en un jardín que me pueda ayudar a aclararme.

—Si eres un poquito paciente, te darás cuenta de que estás equivocada. Creo que te va a encantar...

—¿Y no me puedes dar un adelanto? —preguntó Violeta arrugando la nariz.

—Sí, pero perdería toda la magia. No seas ansiosa y déjate llevar. Confía en mí... —pidió Javier con una sonrisa tan encantadora que hizo que a Violeta se le despertara de golpe la curiosidad por saber qué habría en ese jardín.

—Está bien... Solo espero que la sorpresa esté a la altura de las expectativas que me estás generando...

—Solo espero que no me cueste demasiado desenterrarlo...

—¿Qué? —replicó Violeta horrorizada.

—Tranquilízate. Es broma. Yo no soy Ramón, guapa. Yo siempre estoy a la altura...

Violeta soltó una carcajada y esperó a que Javier cogiera la cazadora y las llaves, después fueron al garaje y se marcharon en moto hasta su destino...

A Javier le fascinó volver a tener a Violeta pegada a la espalda, sentir sus manos alrededor de la cintura, en esa noche de abril, despejada y primaveral, que a él le pareció maravillosa.

Condujo feliz por las calles de Madrid, hasta llegar a la puerta del chalet de la casa de su abuela, en una calle que estaba desierta...

—Confieso que estoy muy nerviosa... —susurró Violeta, tras quitarse el casco.

—Y yo que estoy muy emocionado. Eres la primera chica a la que le enseño esto que es muy especial para mí...

Violeta tragó saliva y no dijo absolutamente nada. Se limitó a seguir a Javier hasta el portón de entrada que abrió con su propia llave y luego seguirle a través de un sendero de losetas de pizarra...

—Lo que quiero enseñarte está en el otro lado... —dijo en voz baja señalando la parte izquierda del jardín que estaba oscuras.

—¡No veo nada! —se quejó Violeta en voz queda, mientras seguía caminando detrás de él.

Javier entonces iluminó con la luz de su móvil el muro blanco del chalet en el que podía leerse en letras rojas muy historiadadas: *And I love*

*you so... and you love me too. Feliz aniversario, amor de mi vida.*

Cuando Violeta aún no salía de su asombro, Javier explicó entre susurros:

—Mi abuela es muy fan de Shirley Bassey y esas palabras son parte de la letra de su canción favorita. En su sesenta aniversario de casados, a mi abuelo se le ocurrió meterse a grafitero y regalarle esto que ves —comentó sin dejar de apuntar con la luz del móvil a la pared—. Esa mañana al despertar, mi abuelo le pidió que se asomara a la ventana, la habitación de mi abuela da justo a este muro, y a ella por poco no le dio un pasmo. —Violeta sonrió, fascinada con el relato—. Se enfadó muchísimo por el “estropicio” que había hecho con la pared, empezó a agobiarse con qué pensarían las visitas cuando vinieran a casa y se toparan con “esa pintada tan horrible” y estuvo sin hablarle hasta la hora de la cena...

Entretanto Javier hablaba, Violeta no podía dejar de mirar la pintada y sentir mucha ternura hacia el abuelo grafitero...

—Pobre hombre, con la ilusión con la que la habría pintado —musitó apenada.

—Como estaba tan enojada, mi abuelo le propuso tapar la pintada con pintura y ya está. Pero ella se negó... —explicó Javier metiéndose las manos en los bolsillos—. No le dijo que le gustara, jamás se lo dijo, pero no solo se negó a que lo borrara, sino que todos los años por la fecha del aniversario, le exigía que repasara las letras, y así hasta que murió y ahora soy yo el que me encargo de hacerlo.

—Siento que él ya no esté... —susurró Violeta, emocionada.

—Hace tres días volví a repasar las letras de la tapia con pintura roja y mientras lo hacía pensaba que el amor es esto: meterse a grafitero con ochenta y cinco años para decirle al amor de tu vida que la amas tanto como a tú a ella... —concluyó Javier y Violeta sintió unas infinitas ganas de llorar.

Después, temblando y sin dejar de mirar la pintada, masculló:

—Qué bonito, Javier...



Violeta estuvo dándole vueltas a la visita a la casa de la abuela de Javier y, si bien los primeros días estaba casi segura de que con un poco de tiempo y paciencia sería posible vivir una historia de amor así con Ramón, cuando pasaron tres semanas sin tener noticias suyas, comenzó a perder casi toda la esperanza.

En todo ese tiempo lo único que había sabido de él era que le gustaba uno de sus estados de Facebook, en el que había compartido la noticia de una próxima exposición del artista.

A todo lo demás que había subido Violeta, y era todo porque solo posteaba para él, su música favorita, sus películas, sus pintores, sus paisajes desérticos..., ni se había molestado en poner un triste *MeGusta*.

—Ese tío es el clásico gorrón que no sirve ni para follor —sentenció Jacaranda, cuando Violeta estaba a punto de languidecer de pena, tres sábados después de la última cena con él.

—Él es maravilloso, la que fallo soy yo. Le aburro. No quiso llevarme con él a la cita con sus amigas del arte, porque no soy del mundillo. Soy demasiado convencional. Una *muggle* que no puede aportarle nada más que previsibilidad y tedio —dijo abatida dejándose caer en una silla.

—Quedan cinco minutos para cerrar. Píntate los morros, déjate de rollos y vámonos por ahí de fiesta.

—No tengo ganas. Prefiero irme a casa a ver alguna *pelí* y meterme pronto en la cama. Tengo mucho sueño. No duermo bien, estoy agotada de tanto pensar en Ramón. ¡Este amor me está matando! —exclamó tapándose la cara con las manos.

—Lo que te está matando es la tontería que tienes encima —replicó Jacaranda mientras archivaba unos pedidos.

—Pues la misma que tú tuviste cuando te inseminaron los de la nave espacial...

—¡Una y no más! Bien que aprendí la lección... ¡Mira cómo no ha vuelto nadie a reírse de mí!

—Es que no has tenido una relación en todo este tiempo —recordó Violeta revolviéndose en la silla.

—De eso se trata y tú deberías hacer lo mismo, te has tomado demasiado en serio a ese modernucho y mírate qué pintas se te han puesto: ¡pareces una *Walking Dead*!

Violeta se miró en el espejo de mano que usaban los clientes para probarse las gafas y la verdad es que su amiga tenía razón. Estaba pálida, ojerosa y apagada...

—Si es que si me hiciera una llamadita se me pasaría todo... —concluyó pellizcándose las mejillas para darse color.

—¡Llamadita! ¡Estás tú lista! —exclamó Jacaranda, dando un manotazo al aire—. Vete aceptando de una vez, Violeta, que antes te llama el Señor para que te metas a monja que Ramón para invitarte a cenar.

—Siempre has sido muy dura con él. Y ¿sabes una cosa? A veces le percibo, le siento, conecto con sus emociones...

—Te recuerdo que el *fumetas* es él... —habló Jacaranda, conteniendo la risa.

—Ríete tranquilamente, pero yo sé lo que me digo y creo que está pasando por un momento difícil. Siento que está atravesando una especie de crisis creativa y que por eso está encerrado y en silencio. Debe preferir vivir ese momento de angustia y vacío en soledad, para no cargar a terceros con sus problemas. ¡Me gustaría tanto poder gritarle: “Ramón estoy aquí, apóyate en mí” —dijo al borde las lágrimas, aferrándose con fuerza al asiento.

—Madre mía qué drama más metabólico, estás haciendo un novelón barato de algo que es muy sencillo: este tío va a su puta bola. Te llamará cuando le apetezca otra vez ir de tapas por la patilla. Punto. No hay más.

—Es una pena que tengas las emociones bloqueadas, Jacaranda —replicó Violeta, llevándose la mano al pecho—. Te estás perdiendo las cosas más bonitas de la vida...

—Sí, cosas tan bonitas como las que estás viviendo tú, que te torea como una becerria. ¡A mí ya no! ¡Ahora soy yo la que pone las grapas en los huevos de los tíos! —exclamó Jacaranda, mientras grapaba un par de hojas con una fuerza exagerada.

—Pues yo no veo muy sano ir por la vida con ese resentimiento.

—Es mejor ir con tu candidez y que cualquier cretino te deje con cara de muerta viviente, sin más plan para un sábado por la noche que ponerte un pijama antimorbo.

—Pues sí —replicó poniéndose de pie y yendo hacia la caja—. ¡No quiero pensar más! A ver si consigo dormir esta noche nueve horas seguidas y mañana veo las cosas con más claridad... ¡Y ahora no me hables que voy a hacer caja!

Tras hacer caja, cerraron la tienda y Violeta cumplió con su palabra. Se marchó a casa, se puso el pijama y cenó un puré de patata de polvos que le supo a cemento, tres lonchas de pavo y una manzana a juego con su aspecto.

Después, se puso la película más triste que encontró, con la intención de llorárselo todo, porque era buenísimo, porque limpiaba, porque después iba a sentirse mucho mejor. Sin embargo, cuando no llevaba ni diez minutos de película, cuando todavía el protagonista estaba sano y feliz, y corría alegremente por una playa con pinta de estar llena de tiburones, se le ocurrió echar una miradita al Facebook, más que nada por si a Ramón se le había escapado el dedo y le había dado algún *MeGusta* a sus últimos posteos y entonces lo vio.

¡A él! ¡A su Ramón!

Una tal Tesi FunFun le había etiquetado a él y a otra que se llamaba FiFiestasFull en el ¡Beséame! Estaban los tres juntos, debajo del beso lluvioso de Spiderman, sonriendo, pizpiretos y tan felices que daban ganas de vomitar. Ramón aparecía en el centro de la foto y ellas a ambos lados apoyando su cabecitas huecas en los hombros de ¡su hombre!, y luciendo caras de peces y ojos de perras en celo. ¡Las odió nada más verlas! ¡Y cuánto!

Estaba tan furiosa que cambió de canal buscando una película de tiros, bombas y destrucción sin fin, pero como no encontró nada dejó puesta la Sexta Noche que para el caso era lo mismo.

¡Crisis creativa! ¡Jacaranda tenía razón! ¡Era tonta de capirote! Bufando del cabreo que tenía encima, llamó a su amiga arrepentidísima de haber hecho caso omiso de sus advertencias.

—Jacarandis, perdona, ¡tenías razón! ¡Este tío es un cabrón! —gritó antes de que Jacaranda respondiera nada.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza? ¿A qué viene este arranque de lucidez?

—Entra en su perfil de Facebook y ahí le verás abrazado a dos zorrascas con nombre de perras, tan feliz y encantado de la vida.

—A ver...

Jacaranda abrió el perfil de Facebook y al segundo dijo:

—Disfrázate rápido de lo mismo que estas y pásame a buscar ya. Nos vamos a plantar en el garito ese, a ver qué cara se le queda a ese removedor de mierda profesional...

—Es el Beséame, el bar de Javier, el chico que te conté que me llevó a casa de su abuela y todo eso... ¡Madre mía! Y yo sin parar de defenderlo, de justificarlo, de creer en él y él me hace esto y encima delante de Javier. ¡No podía ser en otro bar! —protestó devorada por la ansiedad y el enojo.

—¡Menos lamentos y más acción! ¡Vístete deprisa y vamos para allá! Precisamente, ahora me estaba animando mi madre para que saliera a dar una vuelta... ¡Y no hay mejor plan que dar en los morros a un cerdo como ese!

—¡Estoy de los nervios! ¡No sé qué ponerme! ¡No sé ni cómo sostengo el móvil en la oreja!

—Ponte cualquier cosa y sal ya. Mete unos tacones en el bolso, que yo te llevo algo...

Violeta obedeció y a los veinte minutos pasó a recoger a Jacaranda quien nada más subir al coche, le tendió una prenda negra de seda doblada.

—Póntelo, acabo de leer en la revista Cuore que el *look* lencero es lo más esta primavera...

Violeta desdobló el minicamisón de tirantes y sin dar crédito a lo que estaba viendo dijo:

—¡Ni loca me presento en picardías en el Beséame! ¡Dame otra cosa!

—¡Es esto o esto! ¡No he traído más!

—¡Me voy a helar de frío! ¡Mira lo que marca el termómetro! ¡15 grados! Lee mis labios: ¡NO!

—Lee los míos —habló tirando de las mangas de la blazer negra que llevaba puesta—: ¡SÍ! Te pones la blazer encima de momento y al llegar al local haces tu aparición estelar con tu maravilloso *outfit* “*Boudoir: satin touch/pyjama look*”.

—¡Esto va a ser un desastre! —protestó mientras Jacaranda le metía el camisón por la cabeza.

—¡Calla que nos lo vamos a pasar teta de vaca!



A las doce la noche, como una Cenicienta rebelde, Violeta apareció en el Beséame en minicamisón, tacones y con su amiga al lado que estaba más ávida que ella por impartir a justicia.

—¡Buenas noches, Violeta! ¡Qué alegría volverte a ver! —Stefan todo sonriente salió a recibirlas, con su carpeta de reservas en la mano.

—¡Hola Stefan! ¿Qué tal? —replicó Violeta un tanto cortada, porque se sentía incomodísima con el atuendo que llevaba.

—¿Tienes reserva o te pongo en la mesa de enchufados? —preguntó diciendo esto último en voz baja.

—¿Dónde está la mesa de Spiderman? —interrumpió Jacaranda, con mucha sed de venganza.

—Jacaranda te presento a Stefan, Stefan ella es mi amiga Jacaranda...

Stefan miró a Violeta con una sonrisa entre cómplice y malévola y luego les dijo:

—Ya sé a lo que habéis venido... Pero se acaban de marchar, ¡los tres! ¡No os habéis cruzado con ellos de milagro! —contó mostrándoles sus tres dedos muy largos.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Violeta a Jacaranda, sintiéndose más ridícula que nunca con su camisón.

—¡Qué vamos a hacer! ¡Divertirnos! ¡Venga esa mesa VIP, Stefan! —pidió dándole una palmotada en la espalda.

—Os voy a dar a una que me encanta debajo del beso entre los trigales de *Una habitación con vistas*. ¡No me digáis que no es romántico!

Violeta no estaba para muchos romanticismos esa noche, pero tenía que reconocer que sí, que ese beso estaba genial...

—¡A mí todo me viene bien! Oye ¿y cómo has visto al tío del moño? ¿Estaba muy acaramelado con las *zorriperris*? —preguntó Jacaranda a Stefan.

Stefan se llevó el bolígrafo a la boca y tras pensárselo un poco, dijo:

—Ellas estaban en plan *groupie* y él se dejaba querer. Pero no —concluyó negando con la cabeza—, ahí no hay nada que rascar.

—A mí me da que ese rasca menos que un mono manco... ¡Gracias tío! ¿Dónde dices que está la mesa? —replicó Jacaranda.

Stefan condujo a las chicas hasta la mesa, en otro de los laterales del local, y mientras caminaban detrás de él, Jacaranda le susurró al oído a su amiga:

—Este chico está buenísimo. ¿A ti no te mola?

Violeta se volvió extrañada y replicó susurrando...

—¿Stefan? ¡No! Es muy crío para mí y además ¡yo tengo a Ramón dentro todavía! ¡Que no te enteras!

—Pues como yo no tengo nada dentro y la edad son un par de numeritos que no significan nada para mí, voy a tirarle la pesca y con un poco de suerte esta noche ceno salmón. ¡Amo lo nórdico!

Justo en ese instante Stefan se giró para indicarles que ya habían llegado a su mesa y Jacaranda, tras pasarse la lengua por los labios, le dijo:

—Gracias, ¡qué casualidad que el actor sea tan rubio como nosotros! —Luego agitó su melena rubia platino con ambas manos, levantó sus cejas negrísimas y le puso morritos—. ¿Nos hacemos un *selfie* de rubios? —preguntó sentándose en el asiento que estaba justo debajo de la foto y señalando con la mano la silla que tenía al lado, para que Stefan se sentara.

—Sí, claro, encantado —respondió Stefan, sentándose.

—Y ahora espera un momento que saco el palo... —comentó mientras sacaba el palo de *selfies* del bolso—. Se llama A. como un ex que tuve que la tenía muy larga y muy fina —explicó estirando el palo—, no le llamo con el nombre completo porque es una criatura de las tinieblas, si pronuncio su nombre, fiijo que me pasa algo. Y yo no tengo ganas de que se me rompan las bragas por accidente, o que me estalle el vaso en la mano.

—Ah, no, entonces no lo pronuncies, conmigo estás tranquila. ¡Yo no tengo ese problema! —indicó Stefan, mientras Jacaranda empezaba con los *selfies*.

—Lo sé. Los vikingos la tenéis dura y gorda como los brazos. ¡No he conocido una que me decepcionara! —exclamó mientras no paraba de disparar fotos, abrazada a él.

—¡Qué bueno! ¡Lo celebro, Parranda! —dijo Stefan sin dejar de sonreír a la cámara.

—Ja-ca-ran-da. ¡Me encanta irme de parranda, pero mi nombre es: Ja-ca-ran-da! —le corrigió, silabeando a tres centímetros de su boca.

—¡Jacaranda! ¡Me gusta! ¡Te pega mucho! ¡Es explosivo y simpático! ¡Cómo tú! —exclamó dándole en un beso en los labios, sonoro y agradecido, que a Jacaranda le provocó un ataque de risa.

—¡Tú sí que eres explosivo, majo! —habló guardando el palo de hacer *selfies*—. Luego seguimos que me tienes que contar muchas cosas de Suecia... —pidió poniendo la mano en el muslo del joven y después apretándolo mientras se mordía los labios.

—Lo que quieras... Ahora me voy a la puerta, que sigue entrando mucha gente. ¡Luego me paso por aquí otra vez!

En cuanto Stefan se marchó, Jacaranda dijo con los ojos en blanco:

—¡Tiene unos muslos duros para follar de pie que lo flipas! ¡Pero es que he puesto la mano a más de veinticinco centímetros del pubis y le he tocado la polla, tía! ¡Este me lo tengo que triscar esta noche, sí o sí!

Violeta lo único que tenía ganas era de regresar lo antes posible a casa, meterse en la cama y dormir y dormir y dormir.

—Perdona, pero esta noche no soy la mejor compañía —masculló compungida, mientras miraba la carta de bebidas.

—¡Déjate de chorradas y ámate! ¡Pide unos mojitos, que yo ahora vengo! ¡Me voy a ir al baño a quitarme el sujetador y revolverme un poco los pelos!

—Vale... —musitó Violeta, cerrando triste la carta.

—Pues venga, actitud. Sonrisa al canto, o te dinamizo yo a base de tortas. ¡Tú eliges! —Violeta forzó una sonrisa y Jacaranda alzó los pulgares—. ¡Así me gusta!

Violeta se quedó esperando a que alguno de los camareros viniera a tomar nota, mientras no dejaba de preguntarse dónde estaría metido Javier. ¡No había ni rastro de él! Aunque bien pensado mejor así...

Jacaranda por su parte se fue hasta el final del pasillo, se metió por debajo de la barra y entonces le vio...

¡No podía ser! ¡A! ¡El reptil! ¡El padre su Felipín, frente a ella, vestido de cocinero y pegando voces como siempre!

—¡Ay va, mi madre! ¡La Pilar! —gritó espantado, como si estuviera delante de una criatura del inframundo.

—No soy Pilar... —replicó encarándose con él.

—Después de diez años sin vernos, ¿eso es todo lo que tienes que decirme? —preguntó el reptil, dando unos pasos hasta quedarse a escasos centímetros de ella.

—Ya no soy Pilar. Aquella chica ya no existe. Mi nombre es Jacaranda y he venido a pasármelo bien —contestó levantando la barbilla y acribillándole con la mirada.

Fon miró a Jacaranda de arriba abajo y se quedó estupefacto. Rubia, cuerpazo de escándalo, vestido rojo y tacones...

—¡Estás más buena que cuando tenías treinta! ¡Joder, qué pibonazo, tía!

—Yo no puedo decir lo mismo —replicó ella con desprecio.

A pesar de que llevaba un gorro de chef, se veía que llevaba el pelo al uno porque estaba perdiendo pelo, tenía muy marcadas las arrugas de la frente y las patas de gallo, pero el resto para su desgracia... ¡estaba igual! Su mirada de follador incansable, su nariz recta, esa boca que sabía besar como nadie, el cuello de toro, los brazos fuertes y tatuados desde la muñeca al hombro, los pectorales de la muerte, la espalda de la resurrección...

“¡Mejor no seguir pasando lista que vamos a acabar follando en las cocinas!”, pensó Jacaranda, alteradísima.

—¿No me vas a dar dos besos?

—No —respondió ella, cruzándose de brazos.

—Pili, dos besos de amigo. ¡Venga, tía! ¡No me seas siesa! —Fon la cogió por los hombros para besarla en las mejillas y ella le empujó con tal fuerza que casi lo tiró para atrás.

—¡Que te he dicho que no! ¡Yo no beso a los bichos malos, por si me enveneno!

—Pues a mí no me importaría, es más puedes empezar a mordirme por el cuello —dijo ofreciéndoselo.

—¡Antes me suicido! ¡Hola y adiós! —gritó apartándolo de un empujón.

—Pili, tía, que el rencor no es sano —replicó mientras ella se dirigía al cuarto de baño—. ¡Tenemos muchas cosas que contarnos...!



Ella no tenía nada que hablar con él, ese hombre estaba fuera de su vida y de su recuerdo, “¡es que ni sentía rencor por ese reptil inmundo!”, murmuró en el baño, mientras se quitaba el sujetador que guardó en el bolso. “¿Tan importante se creía que iba a sentir odio por él? ¡Pues estaba muy equivocado! De hecho, lo había tenido enfrente y no había sentido absolutamente nada, aparte de unas pasajeras ganas de follar, que se le habían pasado al momento.

Otro gallo habría cantado si el encuentro hubiera tenido lugar hacía unos años, cuando Felipín era pequeño y todavía sentía cosas por “ese repugnante y apestoso reptil por el que ya no sentía más que una infinita indiferencia”, pensó, despeinándose con las manos hasta dejarse la melena revuelta como si acabara pasar un vendaval.

Tras mirarse al espejo y sentirse muy orgullosa de la mujer que tenía enfrente, respiró hondo y salió decidida de nuevo a disfrutar de la noche. “¿Qué más daba que el ser que más daño le había hecho en la vida estuviera rondando por ahí? ¡A la mierda con ese cretino cabrón por el que ya no sentí absolutamente nada y al que no pensaba dirigir la palabra jamás en la vida! ¡Por su Felipín!”, se prometió a sí misma besándose el pulgar y el índice puestos en forma de cruz.

Sin embargo, ese cretino cabrón por el que ya no sentía nada, le estaba esperando a la salida del cuarto de baño, cruzado de brazos y con el gorro de cocinero en la mano.

—Pili ¡qué pitones! —exclamó en cuanto la vio.

Ella le miró con sumo desprecio y feliz de comprobar que tenía unas entradas importantes, “que se jodiera que se estaba quedando calvo”, espetó:

—¡Un respeto! ¡Grosero!

—Con todo el respeto te digo que qué pitones, Pili. ¡Estoy a punto de marearme! —dijo abanicándose con el gorro.

—Por mí como si te mueres...

—Pili, joder, que podemos ser amigos. ¿De verdad que me odias tanto?

—No siento absolutamente nada por tí. Verte ha sido como abrir un viejo armario y encontrarme con una rebeca vieja, fea, maloliente y apollillada. ¡Lo mismo!

—¡Qué cosas más bonitas me dices, Pili! ¡Ya te vale! Pues tú estás guapísima, estás hecha toda una *cougar*, imagino que te comerás las pollas a pares.

¿La había llamado cuqué? ¡Eso tenía que ser algo machista y vejatorio que solo exigía una respuesta!”, pensó mientras cogía una botella de cerveza vacía de Newcastle 55cl, con la intención de estampársela en la cabeza. Si bien, cuando estaba a punto de hacerlo, Fon la cogió por el brazo y le gritó mientras le quitaba la botella con la otra mano.

—¿Qué haces, loca?

—¡A mí no me insulta nadie! ¡Y menos tú!

—¡Que no te he insultado! Te he llamado *cougar* para halagarte.

—¡Seguro! ¡A mí me vas a engañar! Eso suena a una mezcla entre cucaracha, puta y petarda —replicó con toda su rabia.

—¡Tía, tienes que viajar más! Es una expresión inglesa que se usa para las maduritas exitosas que atraen a los chicos jóvenes —explicó sin entender la tremenda rabia de esa mujer que decía sentir por él no más que indiferencia.

Si había una palabra que Jacaranda más odiara en este mundo era: “madurita”. Le parecía tan fea, tan despectiva, tan humillante que le devolvió la afrenta con sumo gusto:

—¡El único maduro que hay aquí eres tú que te estás quedando calvo y estás más arrugado que un lagarto del desierto! Así que a ver si cuidas tu lenguaje, como lo de que si “me las como a pares”. ¡Qué vergüenza! —le gritó con desprecio—. ¡Es que no se puede ser más cerdo!

—Pues antes bien que te gustaba que fuera un cerdo, todavía recuerdo aquella noche en el jardín de la casa de tu abuela en Huete. ¡Follamos como cochinos! —exclamó retorciendo el gorro con ambas manos.

—¡Calla y sé un caballero! ¡Esas cosas no se cuentan! —dijo removiéndose más el pelo con ambas manos, del mal humor que le estaba poniendo ese tío tan asqueroso.

—Ese polvo fue especial. ¿Tú sabes la de noches que me hago gayolas recordándolo?

“Fue tan especial que esa noche concibieron a Felipín, pero por supuesto no se lo iba a decir ni borracha. ¡Eso se lo iba a llevar a la tumba como que ahora se llamaba Jacaranda!”, pensó.

—¿Todavía te funciona esa cosita de mierda que tienes entre las piernas? —replicó Jacaranda, señalándole la entrepierna con el dedo índice.

—¡Te mueres porque te folle! ¡Lo sé! ¡Me sigues mirando con la misma cara de vicio de siempre!

Jacaranda estuvo a punto de coger una banqueta y partírsela en la crisma, luego recordó que era una dama y se limitó a darse la vuelta y dejarle plantado como lo que era: un árbol seco a punto de ser talado por un leñador sueco.

De regreso a la mesa, bajo el beso de *Una habitación con vistas*, bufó y, tras beberse el mojito casi del tirón, dijo:

—El reptil está ahí dentro.

—¿Afonso? ¿El padre de Felipín? —preguntó alucinada.

—¿Quién si no? ¡Ojalá fuera un reptil de verdad! Pero no. Es él. ¡Y sigue como siempre! Grosero, impertinente, maleducado, cretino, cabrón, cerdo, mamarracho, insoportable... —habló encendiéndose cada vez más—. ¿Pero qué se va a esperar de un tío que se llama Afonso? —preguntó Jacaranda, poniendo una mueca de asco, como si de repente oliera fatal—. Cualquiera ser humano en sus cabales, se habría cambiado el nombre en cuanto hubiera tenido ocasión, pero él no. A él un funcionario le puso mal el nombre y en vez de corregirlo, persiste en el error. ¡Si es el sino de su vida! ¡A mí me daría vergüenza llamarme Afonso! —exclamó colocándose bien la hombrera de su vestido pues con la refriega de la botella se le había movido de sitio—. ¡Pero él está encantado! ¡Lleva por bandera un puñetero error de un funcionario disléxico! ¡Es que no se puede ser más cretino!

—Bueno, tranquila. ¿Y le has dicho algo de Felipín?

Jacaranda miró a Violeta como si hubiera dicho la estupidez más grande del mundo y luego respondió:

—Felipín es mío y solo mío. ¡Lo tengo clarísimo! Yo no dejaría a mi hijo ni un minuto con ese impresentable. ¡Me desgracia a mi niño! —

aseguró aferrándose con saña al mojito—. Te digo que tarda tres tardes en hacérmelo yonqui, delincuente y del Atleti. ¡Me da algo! ¡Quita, quita! ¿Cómo puedes ser mi amiga y desearme todo este mal?

—Precisamente por que soy tu amiga, debo recordarte que ese señor que está ahí dentro es su padre. Por cierto, ¿está cenando solo?

—No, hija, es el cocinero. ¡Vamos, no me como yo la comida de este, ni loca! Fijo que de aquí salen todos con diarrea, porque este cocina con todos los malos instintos que tiene dentro y eso lo vuelca al plato. ¡Pobre gente, qué pena me dan! —habló mirando compasivamente a los comensales que tenía a ambos lados.

Aun a riesgo de que su amiga se enervara más, Violeta comentó:

—He cenado aquí y la comida es deliciosa.

—Tendrá ayudantes, porque todo lo que toca este con sus zarpas, lo envenena. ¡Con lo feliz que yo estaba, a puntito de comerme un buen salmón y aparece este imbécil para amargarme la fiesta! —refunfuñó echándose la melena hacia atrás de un manotazo.

—¿Quieres que nos vayamos? —preguntó Violeta, rezando para que con un poco de suerte su amiga dijera que sí.

—¡Sí hombre! ¡Me voy a ir yo de aquí porque esté ese mierda haciendo comiditas ahí dentro! ¡Yo he venido a divertirme y es lo que voy a hacer! ¿Seguirá ocupado el vikingo? —inquirió dándose la vuelta y comprobando que sí, que seguía atendiendo a los clientes—. Uy pero ese morenazo de la chupa de cuero que viene para acá con una sonrisa que te mueres está para hacerle tres favores a veinte uñas. ¡Y te mira a tí, y ya tiene mérito porque tienes una cara que parece que vengas de enterrar a tu loro!

Violeta se echó hacia delante para ver al morenazo y solo quiso desaparecer.

—¡Violeta, buenas noches! ¡Qué alegría verte otra vez! ¡No te vas a creer de dónde vengo! —dijo Javier, feliz y contento, mientras se sentaba al lado de ella.

—¿Os conocéis? —preguntó Jacaranda, divertida, y Violeta asintió con la cabeza—. Pues daros dos besitos, ¿a qué esperáis?

Violeta solo esperaba que esa tortura terminara cuanto antes...



Violeta dio dos besos rápidos a Javier y luego se lo presentó a su amiga:

—Es Javier, el dueño del bar...

—¡Encantada! —saludó Jacaranda, muy dicharachera—. ¿Y cómo tienes a ese cocinero impresentable en tus cocinas? —preguntó todavía dolida con sus palabras y “sin importarle las consecuencias, es más si le echaban: mejor. Pero ella no tenía rencor hacía él... Ninguno”.

—¿Fon? Es mi socio. ¿Lo conoces? —quiso saber muy interesado, mientras no podía dejar de mirar a Violeta que “esa noche estaba muy sexy con un vestido que parecía un salto de cama y que sin duda se habría puesto para el idiota del MonMontt”.

—Por desgracia. Salimos juntos hace unos años... —contestó Jacaranda de mala gana.

Javier cesó por un instante de mirar a Violeta para fijarse en su amiga, detenidamente, y entonces, cayó:

—¡Eres Pili! Fon me ha hablado muchísimo de ti y te conozco de foto, lo que pasa es que antes...

—Era menos rubia, sí. ¡Pero me dejas muerta! ¿Ese cerdo conserva fotos mías? —inquirió Jacaranda, sin creer lo que estaba escuchando

—¡Qué asco! ¡Seguro que se pasa el día masturbándose a mi costa! ¡Qué poca dignidad tiene! ¡Yo quemé todas las fotos tuyas en una hoguera de San Juan! —reconoció sin un ápice de culpa—. Cómo dicen que hay que quemar lo malo, lo quemé a él. Entero. Catorce álbumes y un muñequito que me compré en un bazar chino que era idéntico a él. Es que no me lo podía sacar de la cabeza. Ese tío me hizo mucho daño...

—Pues él no ha podido sacarte a ti de la suya —confesó Javier, mientras pensaba que como Fon se enterara de que estaba hablando más de la cuenta, iba a caparle como a un gato.

—No sé qué historietita te habrá contado ese mandril, pero me dejó tirada porque se sentía atrapado en nuestro “pequeño mundo”. Necesitaba viajar, conocer gente nueva, al parecer conmigo se asfixiaba el muy cabrón. ¡Sería que se asfixiaba cuando metía la cabeza entre mis tetas, porque otra cosa! —exclamó alterada, bufando de puro enojo—. ¡Hacia lo que le daba la real gana!

—Siempre le digo a Fon que lo vuestro fue un problema de *timing*, os conocisteis en un momento en el que queríais cosas diferentes. Tal vez ahora... —sugirió Javier, celestineando un poco, porque sabía lo mucho que sentía su amigo por la mujer que tenía enfrente.

—Ni ahora ni nunca —replicó Jacaranda tajante—. No puedo llevar bichos venenosos a casa, mi comunidad de vecinos podría demandarme. Gracias.

—¿Tienes pareja? —preguntó Javier, sin quitar ojo a Violeta, “que seguro que lucía esa cara tan triste por culpa de MonMontt”.

—¿Tú crees que a una tía como yo le hace falta una pareja? —repuso Jacaranda, envarándose en su asiento—. ¡Yo soy autosuficiente! ¡Yo soy mi propia pareja! ¡Soy libre como las pájaras! No quiero ataduras ni complicaciones. Yo me proveo de todo y cuando me apetece divertirme un poco más, me follo a quien me apetece y listo.

Javier pensó que “Fon lo tenía un poco complicado” por eso quiso allanarle el camino revelándole un secretito:

—Fon lleva tiempo buscándote, fue a tu pueblo por si encontraba alguna pista. Tiene que haberse llevado una alegría inmensa al reencontrarte, la misma que yo al dar al fin con Violeta... —dijo mirado a la chica del picardías negro con una sonrisa enorme.

—Ya me contó Violeta lo de la fumada del metro de Suecia. ¿Qué puedo decir? —habló Jacaranda encogiéndose de hombros—. Cada uno cree en lo que le da la gana, mientras no quite la salud ni la pasta, todo me parece bien. Pero en cuanto a mi amiga, a ver, te soy sincera —confesó llevándose la mano al pecho—, la Viole está colgadísima del tío de la chatarra, lo vamos a tener muy complicado para desintoxicarla...

Violeta se llevó las manos a los oídos y angustiada, pidió a su amiga:

—Habla de ti, te lo ruego. A Javier no le interesa para nada mi vida...

—Tía, ¿cómo no le va a interesar si eres la tía de los ojos felinos que vio la tía del pelo de estropajo?

—¡Ojos de gata y pelo rosa! —la corrigió—. ¡Pero te pido que hables de ti y el reptil!

Jacaranda miró a su amiga con ojos asesinos y temiendo que se le escapara lo de Felipín, aclaró a toda prisa:

—Le llamo así en la intimidad “reptil” y no me ha encontrado porque bien que me he encargado de borrar todas las pistas. Siempre supe que volvería a buscarme, pues ¿dónde va a encontrar a alguien como yo? —aseguró poniéndose de pie y girando sobre sí misma—. Buena tía, buena profesional y megacañón. ¡Me dirás! —exclamó sentándose otra vez.

—Eso me dice siempre Fon. A ver si ahora que vais a volver a veros con frecuencia, surge otra vez la chispa y...

Jacaranda miró a Javier levantando una ceja, desafiante y le interrumpió:

—Os quemo el bar... Te agradezco la intención, pero entre él y yo no va a pasar nada ya. Y lo de vernos con frecuencia ¿por qué lo dices?

—Porque eres amiga de Violeta y ella se pasa el día aquí.

Violeta saltó de un respingo en su asiento y protestó:

—Tampoco exageres.

—Pues tienes que saber que hoy has venido gracias a mí —informó Javier y Violeta se quedó perpleja—. Sí, no me mires con esa cara, porque es cierto. Yo he sido el que ha sugerido a las chicas que subieran la foto al Facebook...

Violeta no pudo articular palabra de lo mal que se sentía, aquello era como un puñetazo en la boca del estómago, y dolía demasiado.

—¡Muy bien hecho! —intervino Jacaranda—. Mi amiga lo que más necesita este momento son bofetadas de realidad. ¡Y esta ha sido perfecta! Unas cuantas más y se olvidará de ese botarate para siempre...

—¿Me podéis decir qué os ha hecho Ramón para que lo tratéis de esa manera? —preguntó Violeta que no cabía en sí de indignación.

—Seducirte con sus malas artes, ¿te parece poco? —contestó Jacaranda.

Javier asintió con la cabeza y luego dijo:

—Tu amiga tiene razón, Violeta. Y en mi afán de ayudarte, lo he seguido...

—¡Tú estás mal de la cabeza! —soltó enojadísima, haciendo el gesto con el dedo índice en la sien de que le faltaba un tornillo—. ¿Cuándo te he pedido yo que me ayudes?

—Así expresamente nunca, pero intuyo que querrás saber qué está pasando con el trío. Te comunico que están tomando copas en Corazón: tengo unos cuantos topos dentro que me están dando cumplida información de lo que se está cocinando ahí dentro —explicó sacándose el móvil del bolsillo y enseñandoselo—. Yo he preferido venirme porque sabía que ibas a acudir a mi bar, en cuanto vieras la foto,

y me moría por verte...

—¿Y te sentirás orgulloso y todo? —gruñó Violeta.

—¡Claro que lo está! Y tú deberías darle las gracias por la pasta que te estás ahorrando en detectives privados —intervino Jacaranda, tan práctica siempre.

—Yo lo que voy a hacer es irme ahora mismo de aquí —dijo Violeta, poniéndose su blazer.

—Tía, no seas aburrida. Si esto no acaba ni de empezar y no me digas que estás molesta con Javier, porque el chico no puede ser más majo —habló mirando a Javier que puso una cara de no haber roto un plato jamás.

Violeta se levantó y replicó muy cortante:

—Te lo digo: estoy molesta con Javier y me voy a mi casa. Esta noche ha sido un completo error...

Y justo cuando Violeta estaba colgándose el bolso, apareció Fon sin su traje de cocinero, en vaqueros y camiseta negra.

—¡Buenas noches! ¿Me puedo unir a la tertulia? —preguntó divertido, sin dejar de mirar a Jacaranda.

Ella le devolvió una mirada de desprecio infinito y luego contestó poniéndose en pie:

—Nos vamos, Javier. Encantada de conocerte. Tu bar es maravilloso, lo único que sobra es el cocinero.

—¿Eres Fon? —le preguntó Violeta muy intrigada.

—Sí y tú eres la chica de Javier —contestó dándole dos besos cariñosos.

—No soy chica de nadie —farfulló Violeta mientras le besaba.

—Sí, bueno, yo me entiendo. Os pasa como a Pili y a mí, pero es solo cuestión de tiempo que nos vayamos los cuatro por ahí de fiesta, que si unas barbacoas, que si unos partiditos de fútbol en el Calderón, que si unos viajecitos...

Jacaranda estaba tan cabreada de volver a ver a ese tiparraco que el único viajecito que se le ocurrió fue:

—¡A la mierda! Ese es el viajecito que vas a hacer y tú solito. Y que te quede claro en esa cabeza hueca que tienes que nosotros ya no tenemos tiempo más que para decirnos adiós, para siempre y por siempre. ¡Que te den! —espetó haciéndole un corte de mangas.

—¡Y a ti también! —remató Violeta, dirigiéndose a Javier.

Y las dos amigas salieron del Beséame, con la intención de no volver nunca más por allí...



—¿Me puedes decir qué es lo que he hecho mal? ¡No entiendo nada! —preguntó Fon a Javier, justo después de la espantada de las chicas.

—Me temo que ha sido un error de precipitación —respondió Javier, encogiéndose de hombros—. ¿Y lo mío qué ha sido? Porque yo solo he querido ayudarla para que se le caiga la venda de los ojos...

Sin pensárselo dos veces, Fon replicó:

—¡Error de gilipollas!

—¡Gracias tío! ¡Tus palabras me dan muchos ánimos! —exclamó Javier llevándose las manos a la cabeza de la desesperación.

—Es la verdad. En buena hora me iba yo a poner a seguir a un pintas y a dejar a mi tía de topo en el Corazón. ¡Qué vergüenza! Sacar a la pobre tía Mercedes de la cama para que te haga de espía secreta —le reprochó, mientras con un gesto de la mano pedía a Matea que se acercara.

—Estaba loca por salir a dar una vuelta, yo solo le ha dado la excusa perfecta.

—¿A qué estás esperando para decirle que se aborta la operación? —preguntó Fon, señalando con la mano el móvil de Javier.

—¿Qué dices? La operación sigue en marcha, mi tía no se va a mover de allí, hasta que Ramón se vaya...

—¿Y después qué? ¿Va a seguirle hasta su casa? ¿Le vas a pedir que salte por el balcón de la vecina para conseguir una foto de los tres follando? ¡Llama a tu tía y dile que plegue velas! —le ordenó Fon, cogiendo el móvil de Javier y poniéndoselo en la mano.

—Me ha puesto hace un rato un mensaje en el que dice que se lo está pasando bomba. Se ha ido con tres amigas y están tan divertidas, tomándose unas copitas.

—¡Copita la que me voy a tomar yo! —Y justo en ese instante Matea se acercó a la mesa para saber qué quería—. ¡Matea, *porfa*, tráeme un *gin- tonic* en copa de balón!

—¡De acuerdo, jefe! ¿Y tú quieres algo, Javi? —preguntó Matea, recogiendo el pelo en una coleta.

—De momento, no, gracias. Solo quiero que esta noche de mierda termine cuanto antes...

—No me hables —dijo Matea negando con la cabeza y con un gesto de tristeza en los labios—. El otro día invité a Blanca a que se pasara a tomar una copa el sábado y nada, ya a las horas que son, no creo que venga.

—Lo siento, por lo que parece, la noche está gafada —concluyó Javi, tristón.

—¿Qué os ha pasado? ¿Por qué han salido las chicas escopetadas? —quiso saber, curiosa.

—Es lo que estamos analizando... —apuntó Javier.

—No hay nada que analizar. Javi es gilipollas, yo soy gilipollas y tú, nena, tienes muy mala suerte —concluyó Fon, resoplando.

—Lo mío tiene mucha más tela que lo vuestro. Luego lo hablamos... Ahora te traigo tu copa, Fon.

Matea se marchó a por el *gin- tonic* y Fon siguió analizando el encuentro que había tenido con Pilar/Jacaranda...

—Es que no entiendo nada, te lo juro. Nos hemos encontrado antes cuando ella iba al cuarto de baño y solo le he dicho cosas bonitas.

—Conociéndote, mira que lo dudo —dijo Javier, arqueando una ceja.

—Sí, joder, le he dicho que estaba guapa y que no la he podido olvidar...

—¿Con esas palabras? —Javier puso una cara de incredulidad absoluta.

—No, con otras más mías, pero esa ha sido la esencia del mensaje. ¡He sido muy caballeroso, incluso hasta he sido romántico como has podido escuchar y le he propuesto ir al fútbol! ¿Qué más quiere? ¿Verme de rodillas suplicándole perdón? —habló desesperado, repantigándose en la silla.

—Deja de darle vueltas a qué quiere, que no quiere nada. O sí. Que te vayas a la mierda.

—¡A la mierda te vas a ir tú, tío, como sigas transmitiéndome tanta negatividad! —exclamó Fon, enderezándose en la silla y apretando fuerte los puños de la tensión contenida.

—Perdona, me he equivocado, esa chica te ama. Ha montado todo el pollo para llamar tu atención y que salgas corriendo detrás de ella —dijo mordaz y en un tono desganado.

Fon se lo tomó al pie de la letra, se puso de pie de un respingo y mordiéndose los labios de la ansiedad, le reprochó a su amigo:

—Javi, eso se dice antes, ahora ya verás el lío hasta que las encuentre. Aunque la tuya tenía una cara de cansancio brutal, no creo que haya querido seguir de marcha. ¡Estas van para el *parking* de Tribunal! ¡Voy volando a ver si las pillo! —informó Fon, frotándose las manos y con un punto de esperanza en la mirada.

—¿Adónde vas? —le frenó Javier, cogiéndole por el brazo—. ¡Que estaba vacilándote! ¡Que Jacaranda pasa de ti! ¡No quiere nada contigo!

Fon se soltó del brazo con brusquedad y luego, muy enfadado, murmuró:

—Tío, no estoy para bromitas, que esa tía que acaba de salir por la puerta es la mujer de mi vida —confesó con los ojos llenos de lágrimas, cayendo derrotado en el asiento.

—¿Y quién crees que es la chica que me ha mandado a la mierda a mí? ¡Pues lo mismo!

Cuando Fon estaba a punto de decir que estaban bien jodidos, apareció Matea con el *gin- tonic*...

—¡Que no decaiga, chicos! —exclamó Matea tan triste o más que ellos, dejando la copa frente a Fon—. De está también saldremos...

—Eso quisiera, pero esa mujer es como mi hígado, si me la arranco me muero. Jamás podré pasar página, estoy condenado a una merecida agonía perpetua —masculló Fon, cogiendo su copa.

—¡Fuerza, guapo! —dijo Matea poniendo la mano en el hombro de Fon y este respondió cogiendo la mano de la chica y apretándola con cariño.

—Para ti, también —musitó Fon, apenado.

Matea se marchó a atender a otra mesa y los dos hombres se quedaron en silencio, con la mirada perdida en los besos de la pared, en todos esos besos de película que ellos jamás darían a las dos chicas que acababan de perder para siempre.

Fon roto de dolor, dio un trago a su *gin- tonic* y, cuando estaba a punto de entrar en caída libre en un bucle de culpabilidad y melancolía, los primeros acordes de una canción le salvaron...

*Se agarra al cielo y piensa en mí. Lo intenta, lo intenta, lo intenta...*

—¡Eso es! —exclamó Fon, dejando de golpe la copa sobre la mesa, sin parar de mirar al techo atontado.

—¿Qué te pasa? —preguntó Javier, preocupado, porque su amigo estaba como pasmado con la vista clavada en el techo.

—Estoy sintiendo cómo un pequeño haz de luz se cuele por las rendijas de mi alma de tío cerdo, egoísta y cabrón. ¡Todavía hay esperanza! Escucha la letra de esta canción... —respondió, con la mano en el pecho y la mirada tan perdida como alucinada.

En el bar sonaba *Lo intenta* de Coque Malla...

*Y gira la rueda y nada es real, la vida se quema como una vela. Y pasa de largo el tren especial y ya no te arriesgas; ya no lo intentas...*

—¡Desde luego! —replicó Javier, resoplando—. Nos retrata a la perfección: acabamos de perder el tren especial, gracias por recordármelo. ¡Voy ahora mismo a quitar esa maldita canción!

—¡No! ¡Deja que suene! Te has quedado con la estrofa que no es. El mensaje cifrado está justo en la otra estrofa: *Se agarra al cielo y piensa en mí. Lo intenta, lo intenta, lo intenta...*

Javier miró a su amigo desesperado, se revolvió los pelos y, tras respirar hondo, habló con el ceño fruncido:

—¿De qué mensaje cifrado estás hablando?

—De este: *Lo intenta, lo intenta, lo intenta...* Es lo que tenemos que hacer. Agarrarnos al cielo y pensar en ellas. ¡Vamos a intentarlo, coño! —le arengó Fon, viniéndose arriba, de repente—. ¡No podemos bajar los brazos ahora que están en nuestras vidas! ¡Vamos a luchar por ellas como merecen! —gritó dando un puñetazo al aire—. ¿Tienes el teléfono de Violeta?

—Sí, pero no pienso molestarla más —contestó Javier, rotundo.

—Quién va a escribir soy yo —explicó Fon, entusiasmado—. Voy a ponerle una wasap a Violeta, para pedirle que le pida perdón a Pili de mi parte, un perdón sentido, sincero, infinito y puro. Dame tu móvil, Javi, que esto solo acaba de empezar... —anunció levantado los puños y agitándolos al aire.



—No solo no va a funcionar, sino que podemos estropearlo más todavía como tú mandes ese mensaje —sentenció Javier, aferrado a su móvil.

Fon tomó a Javier por los hombros y mirándole fijamente, como si quisiera hipnotizarle, le dijo:

—¡No nos vamos a rendir! ¡Nosotros jamás tiramos la toalla!

—Yo sí. Pero antes de arrojarla, me gustaría hacer algo para que Violeta duerma tranquila esta noche.

—¿El qué? —Fon soltó a su amigo, un poco decepcionado, pero a la vez expectante por lo que estaba tramando.

—Después del disgusto que le he dado con la foto de su imbécil con las chicas, tengo hacer algo para compensar... ¡Se lo debo! —contó, mientras cogía el móvil y marcaba un número.

—¿A quién estás llamando? —preguntó Fon, perplejo—. ¿Al artista para que se haga una *selfie* de él solito metidito en su cama? ¡Y luego soy yo el que lo estropea todo!

—¿Qué dices? —replicó Javier, ofendido—. ¿Qué piensas que tengo aquí? —inquirió poniéndose el dedo índice en la frente.

—¿Serrín? —contestó Fon, encogiéndose de hombros.

—¡Calla, que ya responden! —le ordenó llevándose el dedo índice a la boca para que Fon guardara silencio—. ¡Tiaaaaaaaa! ¡Tiaaaaaaaa!

¿Me escuchas? —chilló Javier, tapándose el oído libre con el dedo.

—¿Tía? ¿Estás llamando a Fififunfun? —preguntó Fon, atónito, pegando la oreja al móvil de su amigo para escuchar algo.

—¡Tiaaaaaaaa! Muévete de sitio que te escucho fatal...

—¡Eres maquiavélico! —dedujo Fon, mirando a su amigo con admiración—. Vas a pedirle a Fififunfun una foto del artista en su cama, para que Violeta duerma tranquila, y al mismo tiempo con la petición te aseguras de que esta noche estos tres terminan triscando alegremente. ¡Qué jugada de maestro! —exclamó Fon, llevándose las manos a la cara.

Javier se apartó el móvil de la oreja y negando con la cabeza, le aclaró:

—¡Estoy llamando a mi tía Mercedes! ¡No se escucha nada!

—¿En qué líos vas a meter a tu tía ahora? —inquirió Fon, cambiando la admiración casi por la regañina.

—¡Calla! Que ya parece que se escucha algo... ¡Tiaaaaaaaa! ¿Me oyes?

—Javi, *siiiiiiii*, dime. Estoy en el Corazón, sigo con la misión, no hay ninguna novedad. Este tío es un *palizas* que solo habla y habla, las tiene aburridas a las pobres —explicó la tía Mercedes, muy metida en su papel de espía.

—Tía, escúchame, hay un cambio de plan...

—¡Violeta te ha confesado que se ha enamorado de ti! ¡Genial! ¡Me quedo aquí con mis amigas a celebrarlo! —interrumpió la tía Mercedes en un tono alegre y cantarín.

—No, ojalá. Pero no. Sigue todo igual —informó Javier, con tristeza—. Solo es que no quiero que se angustie pensando que su amorcito está por ahí ligando con otras.

—¿Por qué no? ¡Así se desencanta antes, tonto!

—No es honesto por mi parte. No quiero jugar con sus sentimientos, si viene a mí que sea porque me ama, no por trucos baratos.

—¡Uy pues yo me lo estoy pasando divinamente haciendo trucos!

—Yo no. Por eso te pido que, para que mi conciencia se quede tranquila, hagas lo que te voy a decir. Escúchame bien: necesito que tus amigas y tú os hagáis una *selfie* con el escultor. ¿Crees que...?

—¡Qué divertido! ¡Hecho! —exclamó la tía Mercedes, entre risas—. Estamos cotilleando en sus redes sociales y sus obras son para hacerse pis. Pero tú tranquilo que somos grandes espías y actrices, ahora le rodeamos, nos hacemos pasar por sus fans y le pedimos unas fotitos.

—¡Y sin que salgan sus amigas, por favor! ¡Es muy importante que salgáis solo vosotras con él!

—Como digas, hermoso. ¿Y quieres que pongamos alguna cara en concreto o algo?

—Sonrientes, sí. Que se os vea encantadas de estar con él. Quiero que Violeta se quede tranquila, pensando que su Ramón está de copas con unas clientas distinguidas y de la edad de su madre.

—Qué poco sabes de la vida, Javierín. ¡Ramón tiene más peligro con nosotras que con esas dos muchachitas en flor! ¡Y de madre, nada! ¡Nosotras como mucho: hermanas mayores!

—Sí, perdona, eso quería decir: hermanas mayores. Y como Violeta sabe de la vida tan poco como yo, os ruego que os hagáis las fotos para que se quede tan tranquila.

—¿Pero no dices que quieres ser honesto, que no quieres más trucos?

—Este es el último. Lo necesito para poder estar en paz conmigo mismo.

—Mira que te complicas, Javi. Ese tío es un muermazo, Violeta se va a desencantar sola en tres tardes más.

—No sé yo... —musitó Javi, que para nada lo veía claro.

—Qué sí, hombre. Pero bueno, que entiendo también cómo son las cosas estas del amor y lo ansiosos que nos ponemos. Tú tranquilo, cielo, que yo te sigo el rollo. ¿Alguna cosa más?

—Sí, por favor, luego sube las fotos a tu Facebook y etiquétale a él. ¡Eso es lo más importante! —le rogó, Javier.

—¡No te preocupes que yo hago un álbum público y le etiqueto en todo! Ramón lo tiene todo abierto, así que ella lo verá en cuanto lo suba. ¿Lo hacemos ya o esperamos un poco?

—¡Cuánto antes mejor, tía!

—Perfecto. Entonces, te cuelgo para seguir con la misión...

Javier colgó y su amigo aprovechó para quitarle el móvil que todavía sostenía en la mano:

—¿Qué haces, loco? —gruñó Javier—. ¡Devuélveme el móvil!

—Seguir tu ejemplo. Tú has puesto tu plan en marcha, ahora me toca a mí. Voy a escribirle un wasap a Violeta, necesito que Pili sepa que estoy muy arrepentido de todo. Tengo que hacerlo... —dijo Fon, mientras buscaba el número de Violeta.

—Me parece una completa equivocación... —opinó Javier.

—¿Y qué crees que es mandar a tu tía Mercedes a que se retrate con ese tío? ¡Yo también tengo derecho a cometer mis propios errores!

—exigió Fon, sin levantar la vista del móvil.

—Haz lo que te dé la gana, pero solo te pido que dejes claro en el mensaje que eres tú. No quiero que Violeta me deteste más todavía.

—¡Descuida que soy el principal interesado en que sepa que soy yo! —Fon entonces se puso a teclear frenéticamente, no fuera a ser que Javier cambiara de opinión y, cuando terminó el mensaje, se lo leyó—: *¡Hola Violeta! Soy Fon, le he pedido a Javier el móvil para que por favor le digas a Pili que me perdone por todo. Sé que es una tía fuerte y valiente que no necesita a ningún salvador, pero necesito que sepa que puedo ser un buen amigo calvo, cerdo y arrugado. Muchas gracias, guapa, y besos para las dos. Afonso (Fon).*

—¿Se lo has enviado ya? —preguntó Javier, conteniendo las risas.

—No, todavía no. ¿Qué te parece? He intentado ser sincero... —se justificó Fon.

—No hay quien se crea que solo quieres ser un buen amigo; pero bueno, el resto del mensaje está bien. Envíalo.

—Vamos allá... ¡Deséame suerte, amigo!

Fon respiró hondo, se santiguó, mandó el mensaje y luego besó con fuerza la pantalla del móvil...

—¡Que asco! ¡Que es mi móvil, so guarro! ¡No me lo babees! —gritó Javier quitándose el de la mano y después, limpiándolo con una servilleta.

—Avisa cuando lo lea... —dijo Fon, dando otro trago a su *gin-tonic*.

—Todavía no lo ha leído... Pero mi tía acaba de publicar un álbum de 67 fotos titulado “Abiertas hasta el amanecer: de copitas con un gran artista” —contó Javier, sin dejar de pasar páginas muerto de risa.

—¡Deja que las vea, que yo también quiero reírme, tío!

Javier acercó el móvil a su amigo mientras pasaba las fotos de las cuatro señoras, rodeando al artista con caras de admiración y fanatismo diverso.

—¡Parece que están en pleno éxtasis, le miran como si fuera Julio Iglesias a punto de echarles el polvo de su vida! ¡Estas cuatro tienen más peligro que ochenta Fififufuns! ¡Violeta no concilia el sueño ni en tres meses! —apuntó Fon, sin parar de reír.

—¡Tú y tu mirada de perverso! Aquí solo se ven a cuatro amigas honorables rodeando a un artista al que admiran, sanamente, asexualmente, artísticamente.

—¡Pero si a esta de los dientes de ocho centímetros de largo se le marcan los pezones en la camisa de la excitación que tiene encima! —Fon estaba ya, doblado de la risa.

—¡Un respeto! Es Rosario, una amiga de toda la vida de mi tía. ¡Y ya no mires más! —Javier apartó el móvil de la vista de su amigo, salió del Facebook y entonces se percató de que—: ¡Me parece que ahora soy yo el que va a empezar a reír! ¡Violeta acaba de leer el mensaje...!



Y entretanto las chicas, estaban no muy lejos de allí...

—Sigo sin saber qué hacemos aquí —musitó Violeta, nerviosa, nada más poner un pie en Corazón.

—Hemos venido a divertirnos y a que te vea Ramón y rabie por el pedazo de tía que se está perdiendo. ¿Te parece suficiente? —replicó Jacaranda, rotunda, poniendo la mano en la espalda de su amiga, para empujarla a que pasara del umbral de la puerta del local.

—No entiendo cómo después de lo del Beséame, sigues teniendo ganas de marcha. ¡Es incomprensible para mí!

—Pues porque a estas alturas de mi vida ningún tío me amarga la existencia, es que ni quince segundos. ¡Y tú deberías seguir mi ejemplo! Lo primero que vamos a hacer es buscar a Ramón, que tenemos que darle para el pelo —dijo junto a una elegante barra de madera noble.

—Tía, yo me voy. ¡Esto es ridículo! —exclamó Violeta, dándose la vuelta y enfilando sus pasos hacia la salida.

—¡Lo que es ridículo es que salgas huyendo! —replicó Jacaranda, cogiendo a su amiga del brazo y obligándola a volver sobre sus pasos—. ¡De aquí no nos vamos como que me llamo Jacaranda Sepúlveda!

—¡Tú no te llamas Jacaranda Sepúlveda! ¡Eres la Pili de toda la vida! —dijo parafraseando a Fon.

—¡No me mientes al reptil que me pierdo y ayúdame a buscar dónde está ese tío!

Resoplando de pura angustia, Violeta echó un vistazo rápido al local y en seguida le vio. En uno de los rincones del Corazón, bajo la cabeza de un ciervo disecado y sentado en los elegantes sillones de terciopelo rojo, se encontraba el artista, rodeado de mujeres que le escuchaban fascinadas.

—Está ahí, debajo de la cabeza del ciervo —masculló Violeta, indicando el lugar con al cabeza.

—¿El que está con esa grupo de tías que deben sumar juntas más de trescientos años? —preguntó Jacaranda, perpleja.

—Y también están las otras chicas, las que salían retratadas con él Beséame. ¡Ay madre! —exclamó Violeta, llevándose la mano al vientre de la ansiedad, la angustia y la culpa.

—Ay madre ¿qué? ¿Qué pasa? —quiso saber Jacaranda, frunciendo el ceño.

—Pues que esas chicas deben ser sus primas y las otras señoras sus tías, si es que se ve a la legua por la comunicación no verbal que tienen —habló tapándose la boca con la mano por si alguien podía leerle los labios—. Mira cómo le miran, le escuchan y le tocan, como las clásicas tías y primas de toda la vida que vienen a Madrid a pasar el fin de semana y con las que compartes un rato entretenido.

A Jacaranda, en cambio, solo le bastaron unos segundos para llegar a otra conclusión:

—¿Tú estás viendo dónde tiene apoyada la mano la señora a la que le llegan los dientes a la barbilla?

Violeta miró a su amiga molesta, porque era más que evidente que el gesto de esa señora era meramente cariñoso.

—El ladrón se piensa que todos son de su condición... —replicó con retintín, Violeta.

—¡Ya quisiera yo a sus años ser de la condición de esa tía! ¡Te digo yo que en quince minutos más, se lo folla en los baños!

—¡Estás obsesionada con el sexo! —exclamó Violeta, poniendo cara de asco.

—Vamos a saludarle, que quiero salir de dudas... —informó Jacaranda, empujando a su amiga hacia el rincón donde se encontraba Ramón.

—¡Ni lo sueñes! —replicó Violeta, parándose en seco—. Me siento fatal, Jacaranda. Muy mal. He prejuzgado a Ramón y no me lo perdono. Yo pensando que estaba de fiesta con dos loquitas y realmente está pasando una jornada familiar de lo más agradable.

—¿Jornada familiar con esas cuatro lobazas? ¡Tú lo flipas!

—¿Pero es que no tienes ojos? —protestó Violeta, desesperada.

—Salgamos de dudas, vamos a saludarlo... —insistió Jacaranda, cogiendo a su amiga de la mano.

—¿Tú estás loca? ¿Cómo voy a presentarme a la familia de Ramón en salto de cama? ¡Yo paso! ¡Yo me vuelvo a casa, al lugar de donde no tenía que haber salido esta noche!

—¡Estás preciosa! ¡Llevas un *look* lencero chulísimo!

—Que no, Jacaranda. No —dijo cruzándose de brazos y negando con la cabeza.

—¡Pero es que tienes que salir de tu error de alguna forma!

—¿Qué error?

—¡Tía, que no entiendo cómo no ves que esas damas están follando a Ramón con la mirada!

Como Violeta sabía lo pesada que era su amiga, decidió terminar cuanto antes con ese horror, se echó toda la melena a la cara, de tal forma que solo se le veía la punta de la nariz, y le dijo a su amiga:

—Eres tú la que estás confundida. ¡A ver si te enteras de una vez de que no todo el mundo está tan salido como tú!

—¿Y para decirme eso tienes que taparte la cara con el pelo?

—Es que es la única forma de acercarme a la mesa de Ramón sin que me reconozca y poner la oreja para que te convenzas de que es una reunión familiar. Así que vamos...

Violeta cogió de la mano a su amiga y se dirigieron al rincón donde se encontraba Ramón, escuchando con atención lo que le decía la señora de los dientes largos, que seguía con la mano relajadamente posada en el muslo del artista.

Cuando estaban a punto de llegar a la mesa, Violeta musitó:

—Ahora cuando estemos a un metro de ellos, nos paramos y hacemos como si estuviéramos buscando algo en el móvil.

Y eso hicieron, de espaldas al grupo pero pegadas a él y con la vista puesta en el móvil, escucharon con toda la claridad que la señora de los dientes largos, decía con voz sensual y aterciopelada:

—Tu obra tiene mucho de arquitectónica, mucho... Percibo influencias de los primeros Libeskind, de las primeras obras de Eisenman, de aquellos dibujos maravillosos de los inicios de Zaha, incluso tienes un punto de las primeras cositas de Koolhaas que me resulta sumamente interesante, muy...

No pudieron escuchar más porque Jacaranda se echó a reír y Violeta tuvo que empujarla hacia la puerta de salida del bar.

—¿Me quieres explicar por qué te estás riendo como una loca? —quiso saber Violeta muy enfadada, mientras se alejaban del grupo.

—¡Esta tía es una crack! ¡Qué forma más buena de decirle que lo que hace no vale ni para calzar una mesa! —contestó a punto de doblarse de la risa.

—Le estaba comparando con grandes arquitectos —replicó Violeta, reprendiéndola.

—Perdona, con las primeras obras de esos genios, o sea con esas construcciones de Tente con ocho piezas que hacían cuando tenían dos añitos, con esos monigotes que dibujaban con ceras Manley cuando tenían tres. ¡Esas primeras obras! —dijo sin parar de reír.

—¡Calla, por favor! ¡Qué vergüenza! ¡Rezo para que Ramón no me haya visto! ¡Qué desastre de noche! ¡Qué desastre! —se lamentó Violeta, cuando estaban a punto de alcanzar la puerta de salida.

—¡Qué te va a ver! ¡Si está en la gloria escuchando cómo le comparan con las primeras ralladuras en la pared con rotulador de no sé qué genio!

—¡Cierra el pico de una vez, por Dios! ¡Que me va a dar algo de los nervios que tengo! —pidió Violeta, llevándose la mano al pecho, cuando ya estaban fuera del local.

—¡Relájate, tía! ¡Si hay sido muy divertido!

Violeta resopló, todavía angustiada, mirando a su amiga, y justo en ese momento sonó el tono que le avisaba de que acababa de recibir un wasap:

—¡Un wasap! ¿Será de Ramón? —preguntó muerta de nervios, todavía en la puerta del Corazón—. ¿Nos habrá descubierto? ¿Qué puede sucederme más, por favor?

Jacaranda le arrancó el móvil de la mano y le espetó poniéndose seria:

—No seas melodramática, si nos hubiera descubierto habría salido detrás de nosotras. Nada. Ese tío está feliz mientras toda esa tupa de viejas le babosean. ¡Estate tranquila! Bueno, tranquila de que no nos haya descubierto, porque por lo demás... A ese tío se lo follan esta noche las cuatro por turnos, si no al tiempo... Y ahora veamos quién te manda un wasap...

Jacaranda abrió el mensaje y leyó:

*¡Hola Violeta! Soy Fon, le he pedido a Javier el móvil para que por favor le digas a Pili que me perdona por todo. Sé que es una tía fuerte y valiente que no necesita a ningún salvador, pero necesito que sepa que puedo ser un buen amigo calvo, cerdo y arrugado. Muchas gracias, guapa, y besos para las dos. Afonso (Fon).*



—¿Quién es? ¿Qué pone? ¡Dime algo que me va a dar un síncope de los nervios que tengo! —exigió Violeta, mientras se subía la solapa de su chaqueta más por ansiedad que por frío.

—¡La madre que lo parió! —gritó Jacaranda, llevándose la mano a la frente.

—¿La madre de quién? —preguntó Violeta, devorada por la angustia—. ¿Es él, verdad? No me digas más, lo sé todo. Soy muy perceptiva. Se siente acosado y me pide que jamás vuelva a acercarme a él. Si es que soy la tía más...

—No te esfuerces en flagelarte que no es él —interrumpió Jacaranda sin levantar la mirada del móvil—. ¡Es el imbécil del reptil para pedirme perdón y que seamos amiguitos!

—¿Javier le ha dado mi número a Fon? A ver... —Violeta se acercó a su amiga para leer el mensaje.

—No. Escribe desde el número de Javier y lo firma él, ¿lo ves? Fon y entre paréntesis “Afonso”, no vaya a ser que yo tenga más amigos calvos, cerdos y arrugados que se llamen Fon. ¡Este tío es gilipollas! —concluyó Jacaranda, entregando el móvil a su amiga.

—El mensaje es muy bonito, te tiende la mano...

—La mano se la voy a tender yo, para estampársela bien abierta en toda la jeta esa fea que tiene...

—¡Fon está muy bien! ¡Es muy mono! Tú me lo describías como si fuera un reptil de verdad y parece el hermano expresidiario de Eros Ramazzotti...

—El hermano que su madre lamenta cada día no haber abortado. ¡A mí me da un asco tremendo! Le miro y solo tengo ganas de vomitar. ¿Cómo puede tener tanta cara dura de, después de diez años, pedirme perdón por wasap?

—Es un primer paso...

Jacaranda resopló, cogió a su amiga del brazo y le pidió:

—¡Llévame a casa, porque me estoy poniendo de un mal humor que voy a acabar plantándome en el bar, para que descubra en carne propia todo lo fuerte que puedo llegar a ser estampándole botellines en la cresta!

—Está bien, el *parking* está hacia a la izquierda —Las chicas se pusieron a caminar hacia el *parking* de Tribunal, mientras seguían comentando el wasap—. Pero no te enfades que el mensaje es conciliador, respetuoso y divertido. ¡Y eso de que no quiera ser tu salvador es tan feminista! —suspiró Violeta, llevándose la mano al pecho.

—Es realista. ¡Tonto no es! ¿A quién va a salvar ese? ¡No puede ni salvar su propio culo, como para ponerse a salvar el de los demás!

—Reconoce tu fuerza y tu valor y te ofrece su amistad, sin rencores ni lamentos... Es generoso por su parte, a mí me gusta. ¡Y él me ha caído genial!

—¡Tienes un ojo para los tíos, hija mía! ¡Este hace bueno a tu Ramón!

—Ramón es genial, lo triste es que pase de mí —lamentó haciendo un puchero.

—¿Triste? Tendríamos que irnos ahora mismo a celebrar que prefiera irse a follar con cuatro viejas antes que contigo, pero no puedo seguir en las calles porque voy a acabar arrastrándote al Beséame y sería un gravísimo error. Ni puedo, ni debo volver a pisar ese lugar... Solo falta que empiece a obsesionarse conmigo, porque a ese cerdo le pone muy cachondo verme furiosa —explicó haciendo tantos aspavientos con las manos que se le salió un pecho—, y descubra la tostada de Felipín.

—Jacarandis se te ha salido una teta... —susurró Violeta para que no le escucharan los cuatro barbudos que estaban a punto de pasar a su lado.

—¡Ni me hables de tetas! —exclamó a gritos cubriéndose el pecho—. Que por sí no me hubiera hecho daño suficiente, por culpa de ese cerdo-reptil, tengo que volver a casa con el marcador a cero, ¡cuando tenía al vikingazo a puntito de caramelo!

—¡Tremenda personalidad! —soltó uno de los barbudos, frente a ellas.

Jacaranda sin pensárselo dos veces le propinó tal bofetada que hizo que escupiera una muela:

—¿Tía, qué haces? —se encaró otro de los barbudos.

—¿Qué pasa? ¿Tú también quieres que te saque otra muela?

—¿Pero qué coño te ha hecho mi amigo para que le tundes así? —preguntó el chico mientras el abofeteado guardaba la muela en un pañuelo.

—Tantas barbas, tanta modernidad y ¿todavía no os habéis enterado de que el piropo es machismo callejero?

—¡Solo he alabado tu personalidad! —apuntó el abofeteado mientras guardaba la muela en el bolsillo de su pantalón.

—¡Ja! ¡Y yo me lo creo! ¡Te estabas refiriendo a mis tetas! ¡Y has dicho *pechonalidad*! ¡Que tengo orejas, majo!

—Que no, Jacaranda, que no. Que ha dicho personalidad... —masculló Violeta.

—Me has parecido tan empoderada y segura de ti misma, tan brava, tan auténtica que me han salido solas esas palabras de admiración. ¡Perdona si te han ofendido! —El barbudo abofeteado se disculpó con tanta sinceridad, se le veía tan abochornado que Jacaranda se conmovió.

—Explicado así, lo entiendo —se excusó Jacaranda, encogiéndose de hombros—. Y además es que dices la verdad. Soy así, brava. Perdóname tú a mí, que vengo de pasar una noche muy mala. Te voy a dar una tarjeta con mi *mail* para que me mandes la factura de la muela de repuesto. No te vayas a un dentista muy caro, que yo tampoco soy rica... —dijo buscando una tarjeta de visita de la óptica en su bolso.

—No hace falta, tranquila. Era una corona de un implante cimentada provisionalmente, que se hubiera acabado cayendo de cualquier forma...

—¡Pues qué peso me quitas de encima! —replicó llevándose la tarjeta de visita al pecho de la emoción—. Fíjate que cuando te he visto escupir la muela lo primero que he pensado es: “qué tío más *fake*, tan tiarrón como parece y tiene los dientes de mantequilla”. Pero con esto que me cuentas de la corona, ya lo comprendo todo... ¡Si es que hablando se entiende la gente!

—Me llamo Guillermo, por cierto, si queréis podemos seguir hablando tomando unas copas... —sugirió el joven barbudo abofeteado, sin dejar de mirar a Jacaranda con verdadera admiración.

—Yo soy Jacaranda —se presentó, cogiéndole por los hombros y dándole dos besos en las mejillas barbudas.

—¡Tienes bonito hasta el nombre! ¡Ojo que no es violencia callejera sino un hecho empírico constatable! —explicó el joven, con una sonrisa de felicidad, encantadísimo de que esa leona le hubiese arrancado de un tortazo, su corona cimentada provisionalmente.

—Sé que en este momento estás fantaseando con que te espose al cabecero de tu cama y luego te dé de tortas hasta el amanecer, pero

esta noche no puede ser... —habló Jacaranda negando con la cabeza.

—¿Y otra noche? —preguntó Guillermo, encogiéndose de hombros.

—Tampoco. No me van los sumisos. Lo siento. Encantada de conocerlos. ¡Buenas noches, chicos! —contestó lanzando un beso al aire y luego diciendo adiós con la mano.

Y cuanto se alejaron lo bastante de los chicos como para que no las escucharan, Violeta reprendió a su amiga:

—¡Jacarandis, tienes que controlar tu ira! Este incidente ha terminado bien porque este chico era apacible, pero un día nos vamos a topar con un chungo y...

—Le meto los tacones que me están jodiendo viva por el orto. ¡Está todo bien, tranquila! —habló, cogiendo a su amiga del brazo—. Y mira, que hasta he estado tentada de irnos con ellos de marcha, pero es que me conozco y habríamos terminado en el Beséame...

—Mejor que no, tal y como tienes la noche de violenta...

—¿Cuándo soy yo así? —preguntó molesta, echándose la melena hacia atrás—. Tú me conoces, soy una tía con carácter pero no soy de ir repartiendo yoyas por la vida. ¡Es ese puerco el que saca lo peor de mí!

—Eres demasiado dura con él. A mí me ha parecido simpático y además es un buen profesional, cocina de fábula.

—A mí me ganó por la comida, por la que entra por la boca y por la que me hacía en los barrios bajos. Tenía un carácter de mierda, era un bilioso apestoso, con ninguna resistencia a la frustración, pero como era tan bueno con las comidas: yo miraba para otro lado. ¡Miraba para otro lado y encima cuando lo hacía, me pegaba los polvos del siglo! ¿Cómo no iba a enamorarme? ¡Cómo me engañó el cacho cabrón!

—Eso es pasado, ahora estamos en una etapa nueva. Él te está proponiendo que seáis amigos y tú deberías considerarlo, no ya por ti, sino sobre todo por el bien de Felipín...

Jacaranda se paró en seco, miró a su amiga como si acabara de decir una barbaridad y luego, insistió, apuntándola con el dedo índice:

—Precisamente porque no hago más que pensar en el bien de mi Felipín desde que me levanto hasta que me acuesto, te repito que no quiero nada con ese tío. ¡Nadaaaaaaaaaaaaaa!



Dos semanas después, Jacaranda seguía sin querer saber nada de Fon, mientras que Violeta estaba en una nube porque había recibido tres wasaps y dos *MeGustas* del artista que mantenían vivas sus esperanzas.

Los wasaps habían sido reenvíos de fotos que denunciaban situaciones de injusticia social en distintos lugares del planeta y los *MeGustas* eran a dos videos de la obra de Ramón que ella había compartido del muro del propio artista.

No era gran cosa, pero era mucho más que un gélido silencio indiferente, porque sobre todo eran la constatación de que todavía la tenía en cuenta y valoraba que se interesara por él.

Un pequeño hilo, en suma, por el que empezar a tirar hasta que acabara ganándose el corazón del artista, poquito a poquito, gesto a gesto, sin prisa pero sin pausa...

—¡Tú interpretas como una señal hasta el verde de su bombilla cuando le ves encendido en Facebook! ¡Pero que no! ¡Espabila! ¡Que la vida es muy corta como para que estés perdiendo el tiempo con ese acumulador de mierda profesional! —concluyó Jacaranda, el sábado por la tarde después de cerrar, mientras se tomaban algo en la terraza de enfrente de la óptica donde trabajaban.

—Solo puedo pensar en él, lo demás me da lo mismo —musitó Violeta, dando un sorbo a su Coca-Cola.

—En cuanto nos tomemos esto, nos vamos por ahí de marcha... —anunció Jacaranda, con un sonrisa enorme y los ojos chispeantes.

El día además acompañaba, era una tarde primaveral de mayo, en la que el polen de los chopos flotaba en el aire como si fuera nieve de algodón. Los días ya eran más largos, hacía una temperatura deliciosa y era sábado noche. ¿Se podía pedir algo más?

Sí, solo una cosa más. Violeta tenía un plan perfecto que solo necesitaba el visto bueno de su amiga...

—Yo te iba a proponer otra cosita... —propuso mordiendo los labios.

—¿Con qué letrita? ¿Con M de megafiestón? —preguntó cantarina, Jacaranda, frotándose las manos.

Violeta negó con la cabeza, respiró hondo, carraspeó de pura ansiedad y aun a riesgo de cabrear a su amiga, respondió al fin:

—Ir al Beséame.

Jacaranda cogió cuatro patatas fritas que les habían puesto en un platillo, las engulló nerviosa y luego contestó:

—Ni muerta vuelvo a ese bareto. Conmigo no cuentas.

—Es que se me ha ocurrido que nos podíamos ir a cenar allí y luego a los postres pedirles a los chicos que nos saquen una foto con ellos...

—¿Qué chicos? —preguntó Jacaranda, sin poder dejar de comer patatas fritas.

—¿Qué chicos van a ser? ¡Fon, Javier, Stefan...! Mi idea es hacernos unas fotitos y subirlas al Facebook para dinamizar un poquito a Ramón.

—¿Dinamizarle? —inquirió Jacaranda, arqueando una ceja.

—Sí, que me vea pasándolo bien con otra gente, que se pique un poco y se vaya pitando para el Beséame.

Jacaranda miró a su amiga poniendo una mueca de asco y después le dijo:

—¿Tú crees que a ese tío sin sangre en las venas le va a importar algo verte retratada con ese trío! ¡Como si te la meten los tres a la vez por la oreja! ¡Le importa un cuerno lo que hagas! ¡Tú lo flipas, tía! ¡Este plan es una absoluta mierda! ¿Algún plan más?

—Es el único y es buenísimo.

—Vayamos a cenar a cualquier sitio y en cuanto veamos tres tíos potables, les pedimos que nos hagan unas fotos —propuso Jacaranda en su lugar, convencida de que iba a ser fácil convencer a su amiga.

—Es que Fon, Javier y Stefan son perfectos. Va a ser imposible encontrar en todo Madrid tres estilos de hombres tan distintos y a la vez tan atractivos. Solo pueden ser ellos, Jacarandis... Anda, haz un esfuerquito... —la pidió echándole una sonrisita que pretendía ser persuasiva, pero que solo consiguió encender más todavía a Jacaranda.

—¡Que yo no vuelvo por el Beséame! ¿Qué es lo que quieres un pelado con cara de lagarto, un morenazo y un rubio cañón? ¡Pues te los consigo con solo chasquear los dedos! ¡Eso está chupado para mí!

Violeta lo que quería era regresar como fuera al Beséame, pero no para dar celos a Ramón, pues sabía perfectamente que esas cosas con él no funcionaban, sino por el niño Felipín que necesitaba más que nunca que la situación de sus padres se normalizase.

El pobre llevaba en casa desde el miércoles por una molesta gastritis que tenía toda la pinta de ser una somatización más, producida por el temor a que los reptiles de la nave espacial se lo llevaran. Es más, el día anterior había estado visitándole en su casa y le había visto tan asustado y mustio que se había prometido a sí misma que le iba a devolver la sonrisa y la verdad, aunque eso supiese el esfuerzo de volver al Beséame y reencontrarse con Javier.

Pero era necesario para que Jacaranda y Fon hablaran y comenzasen a sentar las bases de una relación civilizada por el bien y la salud de su hijo.

Y todo empezaba con algo tan sencillo como arrastrar a Jacaranda esa misma noche al bar de su ex... Por eso, replicó a su amiga...

—Pero para mí no. Yo necesito que Ramón me vea con una cara relajada y feliz y para eso necesito posar con los chicos del Beséame. Con desconocidos voy a salir muy tensa, con el rostro como de estrefñida y eso no va a movilizar a Ramón a la acción.

—Te repito que a ese no le va a movilizar absolutamente nada. Pero oye, a mí tanta insistencia me está mosqueando mucho... Tú tienes demasiadas ganas de volver a ese bareto —dijo achinando los ojos—. ¿No será porque hay una razón oculta que no me quieres contar?

Violeta se envaró en su silla y sin poder ocultar cierto nerviosismo replicó:

—¿Yo? ¿Razón oculta? ¿Qué puedo ocultar yo? ¡Nada!

—¡Te conozco! ¡A mí no me engañas! Tú quieres ir al Beséame porque te mola Javier... —concluyó, con una sonrisa de satisfacción—. ¡Reconócelo! ¡No pasa nada! ¡Al revés! ¡Es Javier el que te conviene y no el pánfilo del artista!

—Que no, Jacarandis, que a mí Javier no me gusta —explicó batiendo las manos al aire—. Además todavía no le he perdonado que fuera tan manipulador como para pedirles a las primas de Ramón que se hicieran un *selfie*, ¡por no hablar de que le siguiera hasta Corazón!

Jacaranda se echó para delante para cerciorarse de algo...

—¡Tienes las pupilas dilatadas! ¡Se te han dilatado las pupilas con tan solo pensar en él! —habló Jacaranda, divertida.

—¡Me encanta, Ramón! ¡Te lo estoy diciendo! —insistió Violeta, entre suspiros.

—Venga, si reconoces que te gusta, voy al Beséame...

—¡Lo reconozco, adoro a Ramón! —soltó con cara de enamorada, llevándose las manos al pecho.

—¿Ramón? Yo por ese no me arriesgo a que el reptil vuelva a tenderme su mano amistosa, mientras me folla entera con esa mirada guarra que tiene —advirtió cruzándose de brazos y negando con la cabeza.

—¿Y si me gustara Javier sí vendrías conmigo al Beséame? —preguntó Violeta arrugando la nariz.

—¡Chica te lo estoy diciendo!

Violeta ni lo dudó: el fin justificaba los medios.

—Pues sí. ¡Me has descubierto! ¡Ya no puedo fingir más! ¡Me gusta Javier! —exclamó con un entusiasmo un tanto impostado—. ¡Muchísimo! ¡Me muero por él! No he querido decirte nada hasta ahora, pero también me gusta...

—¿Cómo que también te gusta? ¿Te gustan los dos por igual? —quiso saber Jacaranda echándose la melena hacia un lado.

—Sí, en estos días he descubierto que soy bígama —respondió Violeta, con un punto de aflicción en su voz.

—¡Bígama! —bufó dando un manotazo al aire—. Eso es porque no te has follado a Javier todavía, en cuanto te lo zumbes te digo yo que se te pasa de golpe la tontería que tienes con el sieso de Ramón.

—Ojalá, pero no sé, es que los tengo a los dos muy adentro... —mintió Violeta, echándole todo el teatro que pudo.

—¡Eso quisiera yo! ¡Tener dos dentro! Pero hija a ti no te va a hacer falta porque Javier tiene cara de tener una herramienta que vale por dos.

—¡Eso no se ve en la cara! —replicó Violeta, muerta de risa.

—Porque has catado muy pocas —explicó Jacaranda, muy seria, juntando las palmas y colocándolas debajo de la barbilla—. Si tuvieras mi bagaje te habrías percatado de que ese chico está en paz con el universo porque ha sido colmado de dones. Así que venga —dijo dando palmas—, terminate rapidito tu Coca-Cola y vamos a casa a ponernos matadoras, que esta noche vamos a liarla parda...



Pasadas las diez de la noche, Violeta y Jacaranda aparecieron en el Beséame y, como siempre, a pesar de no tener reserva, consiguieron una buena mesa...

—Os voy a poner en la del beso de Deborah Kerr y Burt Lancaster en *De aquí a la eternidad*, que lo encuentro tan pasional y tan auténtico como vosotros —les informó Stefan, tan encantador como siempre.

—Pues sí, amigo, sí —replicó Jacaranda, asintiendo con la cabeza, frente a él y apretando fuerte los bíceps de Stefan—. Así beso yo, la pena que esta noche me pillas de misión especial y estos brazos duros de momento no van a poder sostener mi cuerpo jadeante, mientras me empotras contra lo primero que salga a nuestro paso...

—¡No, mejor que no! —exclamó Stefan, abriendo los ojos como platos.

—¿Tienes alguna lesión en la espalda que te impida follar como es debido? —preguntó Jacaranda, achicando los ojos de pura curiosidad.

—No, estoy bien. Mi cuerpo responde bien a la pasión y tú eres una chica preciosa, para mí es un honor que quieras ser empotrada por mí...

—Cómo me pone que utilices la voz pasiva... —dijo Jacaranda, suspirando.

—A mí tú también me pones mucho, toda tú, pero Fon es mi amigo... —habló llevándose la mano al pecho.

—¿Y qué pinta ese en vuestras vidas? —inquirió Jacaranda, cruzándose de brazos.

—¿Me guardas un secreto? —preguntó Stefan bajando el tono de voz.

—¡Sí, claro!

Stefan acercó sus labios a la oreja derecha de Jacaranda y susurró:

—Él sigue enamorado de ti... —Después se llevó el dedo índice a los labios, para hacer el gesto de que guardara silencio.

—¿Lo intuyes o te lo ha confesado él, de viva voz? —preguntó Jacaranda tan enfadada como encantada.

—Me lo ha confesado él, de siempre.

—¿Cómo que de siempre? —quiso saber Jacaranda poniéndose en jarras.

—Desde los tiempos en que frecuentaba un bar español en el que Fon trabajaba en Estocolmo... —respondió asintiendo con la cabeza.

—¡El cabrón se marchó a Estocolmo! —exclamó Jacaranda, resoplando.

—Ha estado dando vueltas por todo el mundo y cuando se cansó recaló en Estocolmo... Tienes que hablar con él, ha tenido una vida muy interesante estos años en que vuestros cuerpos han estado separados, pero vuestros espíritus...

—Perdona, guapo, pero yo lo he tenido todo separado de ese tío. No me une nada a él, ni hoy ni nunca jamás... —habló Jacaranda, negando con cabeza.

—Pero vosotros decís que donde hubo fuego... —interrumpió Stefan que no recordaba la frase completa.

—Uy qué mono. ¡Si es que hasta te sabes dichos de vieja! —exclamó Jacaranda poniéndole morritos—. Pero no te esfuerces, donde hubo fuego solo queda una mujer que como te pille por banda te vas a enterar.

Stefan se abanicó con la mano y luego dijo entre risas:

—¡Cómo eres de brava! ¡No me extraña que tengas loquito de atar a mi amigo Fon!

—¡Paso de él! A mí solo me interesas tú. Hoy no puedo atenderte porque tengo que emplearme a fondo en otro asunto. Pero tenemos pendiente tú y yo una charlita guapa. ¿De acuerdo? —preguntó dando un manotazo a su melena platino.

—Cuando quieras, claro que sí. Y ahora ¿me acompañáis a vuestra mesa?

Jacaranda y Violeta siguieron a Stefan hasta la mesa que tenían asignada, sorteando a la cantidad de gente que había esa noche de sábado en el local, mientras comentaban:

—¿Qué es lo que te ha cuchicheado Stefan al oído? Por el contexto he podido deducir algo, pero... —musitó Violeta intrigada.

—Se supone que es un secreto, sobre Fon... Imagina —concluyó poniendo una mueca de contrariedad.

—Lo único que sé es que deberías considerar muy seriamente retomar la amistad con él.

—¿Retomar? —dijo girándose bruscamente y mirando a su amiga como si acabara de decir una estupidez—. ¡Nosotros nunca hemos sido amigos! ¡Lo nuestro ha sido atracción pura desde el primer día en que nos conocimos! ¡Folleteo mondo y lirondo!

—No sé a quién vas a engañar a estas alturas, yo creo que ni a ti misma. Te enamoraste de él, él de ti y luego se estropeó todo.

Jacaranda se paró en seco y cuchicheó enojada al oído de su amiga:

—¡Tía, no te pases! ¿Estás llamando estropicio a mi Felipín?

—¡Me refiero a vuestra relación! Y precisamente por amor a tu Felipín, deberías de pensar en tener una relación cordial con tu reptil.

—Qué pesadita eres, Violeta. Espero que no tengas pensado pasarte la noche entera con esa cantinela...

—Ya veremos... —replicó Violeta, con una sonrisa, empujando a su amiga para que siguiera caminando.

Cuando llegaron a la mesa del beso de *Aquí a la eternidad*, tomaron asiento y luego Jacaranda le recordó a Stefan, mientras se pasaba la lengua por labios:

—Tenemos algo pendiente. ¡No lo olvides!

—Hablamos cuando quieras. Que disfrutéis de la cena, chicas...

Stefan se marchó a recibir a nuevos clientes, en tanto que Jacaranda mascullaba:

—Vamos a hablar donde yo le diga...

—Te recomiendo todo. Aquí todo está riquísimo... —dijo Violeta, mientras le entregaba la carta en forma de claqueta de cine.

—Ya te digo. ¿Tú has visto bien cómo está ese vikingo? —preguntó con la mirada clavada en la figura que se alejaba de Stefan.

—Es mono. Pero céntrate, por favor, que hemos venido a cenar.

—Y a más cosas —le recordó Jacaranda—. Voy a ir un momento al cuarto de baño, pide por mí... Además, no creo que vaya a comer mucho, porque todo lo que cocine ese reptil seguro que me va a sentar fatal... Ahora vengo...

Jacaranda se levantó con la intención de ir a buscar a Javier y arrastrarlo hasta su mesa; pero con quien se encontró de bruces, al final de la barra que conducía al cuarto de baño, fue con su reptil...

—¡Pili! ¡Dime que no estoy soñando! —exclamó fascinado, contemplándola de arriba abajo.

—¿Te doy una patada en los huevos para que te cerciores? —espetó Jacaranda, muy seria, bufando.

—Ese vestido de señorita te queda tan bien...

Jacaranda llevaba un vestido azul de Teria Yabar, con estampado de tulipanes blancos, de manga francesa, cuello a la caja y faldita capeada a la rodilla, para provocar ese efecto en el reptil.

—A mí todo me queda bien —le explicó mirándole con sumo desprecio.

—Como me sigas mirando así, no respondo... —masculló Fon, acercándose más a ella todavía.

—Pues yo sí, con estas manitas y con la punteraza de estos zapatitos —amenazó Jacaranda, mostrándole sus manos y después levantando la punta del pie.

—¿Leíste el mensaje que te puse a través de tu amiga? ¿Hasta cuándo vamos a estar así, Pili? ¿Por qué no podemos ser amigos?

—Porque nunca lo hemos sido y nunca lo vamos a ser... —contestó Jacaranda, sin poder dejar de mirar a los labios de Fon.

—En eso tienes razón, yo es que te tengo delante y solo puedo pensar en una cosa... —confesó mirando a los ojos chispeantes de Jacaranda y luego a su boca que se moría por morder.

—Ah ¿es que tú piensas? —replicó mordaz, al tiempo que levantaba la melena hacia arriba con ambas manos y luego la dejaba caer sobre sus hombros, consciente como el piloto que acaba de lanzar una bomba de que solo iba a causar estragos.

—Solo en una cosa —respondió tomándola de la mano y tirando de ella para conducirla hasta una puerta que estaba a escasos metros.

—¿Qué haces, reptil? —gruñó, resistiéndose un poco, pero con unas ganas locas de tener la boca de ese cabrón en su...

¿Pero en qué bobadas estaba pensando? ¿Cómo le podía gustar tanto ese cerdo? ¡Si le odiaba y nada más que le odiaba!

Y el cerdo, por su parte, seguía a lo suyo...

—Quiero que sepas qué es en lo que no puedo dejar de pensar... —explicó mientras abría con llave la puerta.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó expectante Jacaranda, mirando la oscuridad que se dejaba ver a través de la puerta entreabierta.

—El paraíso...



Fon tiró de la mano de Jacaranda para que entrara, encendió la luz con el codo, cerró la puerta de un puntapié y luego la empujó contra una torre de cajas vacías de Heineken.

—Tú y tus paraísos de mierda —le dijo Jacaranda, mientras Fon apretaba su cuerpo contra el de ella.

—¿Cuántos tíos han sido después de mí? —preguntó Fon, a la vez que deslizaba las manos por las caderas de la chica.

—¿Y a ti qué te importa? —replicó airada, levantando la barbilla.

—¿Puedes darme una cifra? —inquirió quitándose el gorro y arrojándolo al suelo.

A Jacaranda esa pregunta le sonó muchísimo y al momento cayó en que era parte del guión de *Aquí a la eternidad*. ¡Le encantaba esa película y se la sabía casi de memoria! Así que siguió con el texto y respondió con una mezcla de crueldad y satisfacción:

—Sin una calculadora, no.

—Joder, tía, pues sí que te lo has pasado bien en mi ausencia —replicó Fon, entre celoso con carácter retrospectivo y apenado.

—¿Me has puesto debajo del beso de Burt Lancaster para hacerme esta pregunta? ¿Es lo único que te importa?

—No sé de qué beso me hablas... —replicó Fon, encogiéndose de hombros.

—Stefan nos ha dado una mesa junto al beso en la playa de la película *De aquí a la eternidad*, lo de la calculadora es una frase del guión...

Fon respiró aliviado y la estrechó contra él de tal forma que ella sintió, debajo de su tripa, la alegría que él tenía de escuchar esa respuesta.

—Haberme advertido de que estábamos jugando a las películas... —susurró Fon, con sus labios pegados a los de ella.

—No te hagas ilusiones, puedo hacer mía esa frase perfectamente.

Fon se aferró a la falda del vestido y comenzó a subirla con lentitud...

—Pero ninguno te lo ha hecho como yo... —musitó Fon al oído de Jacaranda, al tiempo que las manos de él se deslizaban por los suaves muslos de ella.

—Eso es lo que tú quisieras, como también te aviso de que no pienso follar contigo en este cuchitril.

—Yo tampoco —replicó, clavando su erección en el pubis de Jacaranda.

Ella gruñó y le besó con rabia en el cuello, mientras él colocaba las manos en sus nalgas para empujarla más contra él.

—Te odio, te odio como nunca imaginé que se podía odiar a nadie —confesó Jacaranda, orgullosa, a la vez que le quitaba desesperada la chaquetilla blanca de cocinero.

—Te odio porque me pasa igual, pero al revés: te quiero tanto como nunca imaginé que se podía querer a nadie —replicó rompiendo el tanga de Jacaranda de un tirón seco.

—Cerdo... —le espetó mirándole furiosa, mientras Fon sostenía su tanga en la mano.

—Nunca he deseado a nadie tanto como a ti —susurró, llevándose el tanga a la nariz—, y tú estás tan mojada como siempre...

Jacaranda se descolgó del hombro el pequeño bolsito, lo abrió nerviosa y sacó un preservativo que tendió a Fon:

—Póntelo, solo me faltaba que me dejaras preñada —ordenó con desdén.

—Me encantaría. Estos años que hemos estado separados, he fantaseado mucho con la idea de que te había dejado embarazada y que tú me lo habías ocultado, como en las telenovelas que ve mi madre...

Jacaranda se agachó para dejar el bolso en el suelo y así evitar la mirada de Fon...

—Qué bobadas dices...

Fon tiró de ella para que se levantara y clavándole la mirada le preguntó:

—¿Estás segura?

Ella cerró los ojos, para que Fon no pudiera escrutarlos, y comenzó a besarle por el cuello y después por el pecho, donde seguía teniendo tatuado su nombre con una letra muy historiada de lazo.

—Mira que eres hortera, cómo pudiste tatuarte Pili con esta letra espantosa —murmuró Jacaranda a la vez que lamía el tatuaje con la lengua.

Fon tomó a Jacaranda por la barbilla para forzarla a que le mirara a los ojos, mientras exigía:

—Respóndeme. Siento que esa noche en Huete pasó algo, necesito que me digas la verdad. Merezco la verdad, Pili... ¿Abortaste?

Jacaranda tragó saliva y mientras le quitaba el cinturón del pantalón vaquero, dijo:

—No. No aborté. Está todo bien. O sea, no hay nada. Esa noche no pasó nada.

—Muchas veces imagino cómo sería un hijo nuestro, lo imagino clavado a mí, no sé por qué...

—Pues no —dijo rotunda, porque Felipín era igualito a ella.

—¿Por qué dices no de esa forma tan categórica? —replicó tan excitado como suspicaz, mientras Jacaranda le desabrochaba el pantalón.

—Porque soy más fuerte que tú, en todo, y mi genética aplastaría a la tuya. Obvio —contestó a la vez que tomaba la erección enorme de Fon en su mano.

Fon rasgó el preservativo y se lo puso mientras ella sostenía su miembro, ese que se juró a sí misma que jamás tendría ni a mil kilómetros a la redonda.

—Ya lo veremos cuando te haga el primer nene... —dijo cogiéndola por la cintura y levantándola del suelo, muerto de deseo.

—¿Ah, que me vas a hacer muchos hijos? —preguntó ella mordaz, mientras rodeaba con las piernas el cuerpo robusto de Fon.

—Mi abuela Braulia los tuvo hasta los 49, estoy a tiempo de hacerte como mínimo tres —contestó a la vez que ella guiaba el miembro hasta la entrada de su vagina.

—¡Fóllame y deja de decir sandeces! —le exigió y la respuesta no se hizo esperar: Fon se la metió hasta el fondo.

Jacaranda gruñó y le clavó las uñas en la espalda fornida, mientras él la penetraba con tal dureza que comenzó a tambalearse la pila de cajas de cerveza contra la que tenía apoyada la espalda.

—Tío, no seas tan bestia que a ver si se nos van a caer las cajas encima y nos matamos de la manera más tonta... —farfulló Jacaranda, entre gemidos.

—¿Cómo quieres que lo hagamos después de diez años, Pili? —replicó penetrándola desesperado, como si fuera el último polvo de su vida.

—Yo no quiero morir aplastada por cajas de cerveza y ¡menos follando contigo! —exclamó agitando las caderas con fuerza y arañando la

espalda de Fon.

—¡Que no se caen! ¡Tranquila! ¡Aguantan bien! —aseguró, apretando fuerte las nalgas de su Pili.

—¿Cómo lo sabes? ¿A cuántas te has follado aquí? —preguntó cogiéndole por la barbilla para obligarle a que la mirara a los ojos.

—¿Tienes calculadora?

Y antes de que pudiera responder nada, sucedió lo que hasta entonces Jacaranda había estado evitando. Fon besó su boca con avidez, la devoró cuanto quiso, la mordió, la torturó y la castigó, de la misma forma que lo había hecho en sus fantasías sucias tantas y tantas noches.

Su lengua, sus labios y sus dientes no daban tregua, mientras no dejaba de penetrar a Jacaranda con la misma locura y pasión con la que la besaba.

Ella no recordaba haber besado a nadie así en su vida, los besos con Fon eran de otra galaxia, por no hablar de cómo follaba con eso que de cosita tenía poco...

Y, entonces, en plena faena, cuando las penetraciones de Fon estaban siendo cada vez más intensas, salvajes y casi dolorosas, cuando tenía su lengua en la campanilla y sus manos apretándole con fuerza las tetas, a Jacaranda le entraron unos celos absurdos. ¿Cuántas tías habrían sido empujadas contra las cajas de Heineken? ¿Cuántas caerían cada fin de semana? ¿A todas las miraría con el mismo vicio y a la vez con la misma ternura con la que le estaba mirando a ella? ¿Cómo se podía ser tan cabrón de follar de esa forma cerda y amorosa? ¡Le odiaba, le odiaba con todo!

—¡Me importa una mierda a cuantas te has follado, porque es imposible que con ninguna sientas todo lo que te sale por los ojos cuando me miras! —gritó Jacaranda, agitando sus caderas con la misma rabia que sentía en su pecho.

Fon no podía más, sus piernas temblaban por el esfuerzo de sostener a Jacaranda y su sangre estaba a punto de estallar, de tanto placer como esa diosa le estaba dando...

Después de unas cuantas penetraciones más, el orgasmo era tan inminente como la verdad. La suerte estaba echada:

—Te quiero, Pili. Te quiero... —masculló jadeante, hundiéndose dentro de ella por última vez y corriéndose entre gemidos agónicos.

—Te odio, te odio y siempre te odiaré... —le susurró Jacaranda al oído.

En respuesta, Fon deslizó la mano hasta su clítoris y apenas tuvo que tocarlo para arrancarle un orgasmo que la hizo gritar de placer, cosa que a él le hizo sencillamente feliz, inmensamente feliz. Y a ella, aunque no lo dijera, casi que también...



Fon dejó a Jacaranda en el suelo y a ella le faltó tiempo para agacharse, coger el bolso del suelo, colgárselo al hombro y exigir mientras alisaba con las manos la falda del vestido:

—Devuélveme mi tanga.

—No puedo, lo necesito como recuerdo de la noche en que volviste a ser mía... —replicó Fon, llevándose la mano al bolsillo del pantalón donde había guardado la prenda.

—¡Yo nunca he sido tuya! ¡Dame lo que es mío, cretino! —pidió moviendo los dedos de la mano.

Fon la tomó por la cintura y la estrechó contra él, con fuerza, mientras susurraba con los labios pegados a los suyos:

—De todos los bares del mundo ¿por qué has tenido que venir al mío?

Jacaranda apoyó las manos en los pectorales durísimos de Fon y empujando con rabia para separarse de él, le respondió con desprecio:

—Bogart te queda muy grande, cabrón.

—¿Bogart? —replicó con el ceño fruncido.

—¡Esa frase es de *Casablanca*, botarate! Tienes las paredes de tu bareto empapeladas de besos de películas y ¿no has visto aún *Casablanca*?

Fon de repente tuvo una idea tan brillante que se le iluminó la mirada y con una sonrisa enorme, propuso:

—Ven mañana a casa a verla, de seis a nueve estoy libre. Vivo aquí al lado, te prometo que no habrá polvos, solo una tarde bonita de *pele* y palomitas. O *pele* y lo que quieras...

—Lo único que quiero es perderte de vista para siempre —espetó dándole un empujón.

Pero Fon resistió y se quedó en el sitio, con los ojos empañados de lágrimas:

—Pili, tía, ¿me tengo que poner de rodillas para que me perdones?

Al escuchar la palabra “de rodillas”, a Jacaranda se le vino a la mente la imagen de Fon arrodillado ante su sexo, con la cabeza enterrada en su pubis, con su lengua deslizándose por... ¿Pero qué estúpidas fantasías eran esas?

Cabreada por tener esos pensamientos, resopló y luego dijo con desprecio:

—La que te va a poner la rodilla en la boca soy yo, como no te quites de mi vista...

—Pili, por favor... ¡No me puedo creer que lo que acaba de pasar entre nosotros no te haya conmovido ni un poco! —susurró echándose a un lado para facilitar su marcha.

Jacaranda puso una mueca de asco y luego se dirigió hasta la puerta, sin decir nada; solo cuando ya tenía la mano en el picaporte, se volvió para decir:

—Detesto que me llamen Pili, me llamo Jacaranda y lo que acaba de pasar entre nosotros se llama: un polvo de mierda.

Y al girarse de nuevo, con la intención de marcharse definitivamente de ese cuartucho, se percató de que en una esquina había un carro de la compra, idéntico al viejo Rolser de su abuela Inés.

—Miente todo lo que quieras, yo sé lo que he visto en tus ojos mientras nos amábamos... —habló Fon, mientras se deshacía del condón, se abrochaba el pantalón y se ponía la chaquetilla de cocinero.

—Ese carro, ¿es el carro? —preguntó Jacaranda, temiéndose lo peor.

—Sí. Ha salido buenísimo, lo uso a diario. Ha viajado conmigo por todo el mundo. ¡Me da mucha suerte!

Jacaranda furiosa, salió corriendo a por el carro de cuadros azules de su abuela Inés, que tenía tantísimo cariño y que ese desalmado le había robado vilmente justo antes de decidir abandonarla.

—Tú sabías el cariño que yo tenía al carro de mi abuela, los recuerdos que me traía de cuando nos íbamos a comprar a la plaza... ¡Cómo pudiste ser tan perverso! ¡Robarme el carro de mi abuela! —exclamó muy enojada, mientras se agachaba para abrazarse al carro.

—Te lo dejaste en mi casa y me pareció bonito llevarme un recuerdo tuyo. Además yo no te dije que te dejaba, yo te dije que necesitaba espacio, ver mundo, cambiar de aires, pero te dije que volvería...

—¡Sabías lo que el carro significaba para mí! ¡El viejo Rolser de cuadros azules! ¡Este carro es parte de mi vida! ¡Joder, cuánto orgullo sentía mi abuela cuando volvíamos de la plaza con el carro rebosante! ¡Cuántos viajes a la playa con el carro repleto de viandas! ¡Cuántas historias, cuántos recuerdos me has arrebatado, cerdo inmundo! ¡Esto tampoco te lo perdonaré jamás! —dijo Jacaranda rompiendo a llorar, abrazada al viejo carro de su abuela.

Fon se acercó hasta ella para consolarla, aun a sabiendas de que iba a rechazarlo...

—Perdona, Pili, no te pongas así. Sabía lo que el carro significaba para ti, por eso me lo llevé de recuerdo con la intención de devolvértelo a los pocos meses. Yo solo quería viajar unos meses y ver mundo, no quería nada más. Pero tú te lo tomaste como un abandono...

—No necesito ninguna explicación —habló Jacaranda poniéndose de pie.

Pero Fon necesitaba dársela, por eso se puso frente a ella y le confesó:

—Tienes que saber que a los cuatro meses de irme, regresé porque te extrañaba demasiado. Pero no te encontré en ninguna parte y nadie supo darme ni una pequeña pista: ni tus vecinos, ni en tu trabajo, ni en tu pueblo... Así que triste y desesperado, decidí seguir viajando por el mundo, con el carro de tu abuela Inés y con tu recuerdo siempre presente.

—¿Qué pamplinas me estás contando, tío? —replicó Jacaranda, bufando.

Fon solo sabía que se moría por cogerla de la cintura, besarla otra vez y hacerle el amor, hasta que acabara comprendiéndole...

—Pili solo sé que me pones como nadie, que ya estoy duro otra vez y que me muero por pasarme la vida entera follando contigo...

Jacaranda cogió el carro y lo arrastró justo para que aplastara el pie de Fon, mientras gritaba:

—¡Métela por la ranura de una caja de Heineken y goza como el cochino que eres!

A Fon las salidas de tono de la mujer de su vida solo hacían excitarlo más y más...

—¡Qué preciosa estás, Pili! Recién follada y cabreada, no hay mejor combinación.

Jacaranda le miró furiosa y, a pesar de que le detestaba como nada en el mundo, le entraron unas ganas tremendas de besarla y ponerle de rodillas para que la devorara hasta que la hiciera gritar como solo él sabía hacerlo. ¡Horror! Ese reptil se estaba apoderando de su pensamiento y no podía consentirlo, tenía que marcharse cuanto antes o corría demasiado peligro. Por eso, intentó camuflar su deseo bajo toneladas de asco, desprecio y resentimiento en la mirada, en el gesto y en la voz:

—Pues tú estás horrible: cachondo como un mono en celo y arrastrado y baboso como un caracol...

Las cariñosas palabras de su Pili le provocaron tal erección a Fon, que la tomó por la nuca, le dio un lengüetazo húmedo y lascivo en la boca y luego susurró con los labios pegados a los de ella:

—Sé que te mueres por tener mi lengua en tu c...

Fon no pudo terminar la frase porque el móvil de Jacaranda sonó y ella se puso muy nerviosa. Había dejado a Felipín malito, con su gastritis, y le había pedido a su madre que la llamara cuando se acostara. Abrió el bolso a toda prisa y comprobó que era ella:

—¡Mamá! ¿Todo bien? —preguntó dando dos pasos hacia atrás para evitar que Fon escuchara.

—Sí, Felipín está mejor de la tripa, ya está dormidito. Estate tranquila.

—Fenomenal. Gracias, mamá. En un rato estoy en casa...

Jacaranda colgó, guardó el móvil, cogió el carro y cuando estaba punto de salir por la puerta, Fon le preguntó muy intrigado:

—¿Quién es Felipín? ¿Por qué te llama tu madre para que te quedes tranquila?

A pesar de estar muerta de los nervios, de tener el corazón a mil y la boca seca, respondió:

—Es mi perro, ha estado malo del estómago y estoy preocupada.

—Qué raro me parece todo. Te conozco, Pili. Te miro a los ojos y te leo entera. Tú me estás mintiendo... ¿Quién coño es Felipín?

A Jacaranda, que apenas podía respirar de la ansiedad que tenía, no se le ocurrió mejor respuesta que decir:

—¿Ahora también te vas a poner celoso?

Y haciéndose la ofendida, huyó del cuarto de las Heineken, sin el carro de su abuela Inés y con la promesa de que nunca jamás volvería a cruzarse con ese reptil infecto...



Tras pasar por el cuarto de baño, Jacaranda regresó a la mesa donde Violeta esperaba con una Coca-Cola en la mano:

—¿Todavía no han traído la cena? —preguntó Jacaranda sorprendida, sentándose en el sitio libre que quedaba, justo enfrente de su amiga.

—Le he pedido a Matea que no la trajera hasta que tú volvieras de lo que fuera que estuvieras haciendo —contestó con una sonrisita cómplice.

Jacaranda puso un gesto de contrariedad y luego dijo:

—Nos tenemos que ir, Violeta.

—¿Felipín está bien? —preguntó Violeta, aferrada a su bebida.

—Sí, me acaba de llamar mi madre y está bien. El problema es que me he encontrado con el reptil en un pasillo, me ha roto el tanga en un cuchitril y...

Violeta soltó una carcajada, sin dar crédito...

—¿Pero cómo es posible? ¡Qué accidente más raro!

—Nos hemos liado en un cuartucho que hay al fondo —dijo sin darle importancia—, al acabar ha entrado la llamada de mi madre y el reptil ha escuchado cómo me decía que Felipín estaba bien. Le he dicho que es mi perro —confesó bajando el tono de voz—, pero no ha colado.

—¡Es genial! —exclamó Violeta, entusiasmada—. ¿Para qué si no hemos venido?

—Perdona, ese no era el plan. La que tenía que haber estado en el cuarto de las Heineken eras tú con Javier y no yo... ¿Tú crees que sospechará que Felipín es...?

Violeta dió un sorbo a su refresco y luego le respondió a su amiga:

—Tienes que decirle la verdad. Es lo mejor para todos...

—¿Lo mejor? —replicó ofendida—. ¡Ese tío no puede traer nada bueno! Y lo que más me fastidia es que no haya podido rescatar el carro de mi abuela... —Violeta puso una cara extraña, porque no tenía ni idea de lo que estaba hablando, y Jacaranda explicó—: Me dejé un día el carro de la compra de mi abuela en su casa y el tío cuando me abandonó se lo llevó, dice que se ha recorrido el mundo con él. ¡Se puede ser más cutre! ¿Quién viaja con un carro de cuadros azules de vieja? ¡Pues él! Dice que le recordaba a mí, total —recordó con un golpe de melena hacia atrás—, que ese carro está ahí dentro, en el cuarto de las Heineken, y me lo iba a haber traído, pero con los nervios de la llamada de mi madre, he tenido que salir por piernas. Bueno, como tú te vas a liar con Javier, otro día me lo rescatas... ¡No pienso volver por aquí!

—Yo no me voy a liar con Javier —aclaró Violeta, negando con la cabeza—, pero tú sí que debes intentar tener una relación al menos cordial con Fon. Y por supuesto, cuanto antes, decirle la verdad... Qué mejor excusa que el carro para que todo empiece a fluir... —propuso con toda su buena intención.

—No pienso verle más en la vida, porque entre nosotros hay una atracción sexual tremenda y donde me pille me va a romper las bragas.

—Tú eres muy pasional, te gustan los hombres intensos... —apuntó Violeta, loca porque los papás de Felipín pudieran llegar a entenderse.

—Pero este tío no me conviene para nada, es egoísta, manipulador, mentiroso... ¡No te pierdas la última! Hace un rato me ha confesado que vino a buscarme cuatro meses después de largarse... ¡Ja! ¡Es que no me lo creo para nada! —exclamó Jacaranda, dando un manotazo al aire.

—Os tendríais que sentar a hablar con tranquilidad, por el bien de Felipín. Huir no es la solución...

—No insistas, tía, que donde no hay no se puede sacar. Mejor centrémonos en lo tuyo que me vas a volver loca. ¿Te gusta Javier o no? —preguntó revolviéndose en su silla.

Violeta tenía tan claro que su amiga y Fon tenían que arreglar lo suyo, que sin dudar dijo:

—Sí. Los dos. Ramón y Javier. Y tendremos que regresar las veces que hagan falta al Beséame hasta que lo consiga.

—¡Qué pesada! Que yo no pienso volver por aquí... Y ahora sonrío que mira quién viene por ahí... —masculló Jacaranda, señalando al pasillo con un movimiento exagerado de la cabeza.

Violeta vio cómo Javier se acercaba a ellas con una sonrisa amplia, guapo porque era guapo aunque ella no sintiera nada por él, y vestido con unos vaqueros y una camisa azul que le quedaban perfectos.

—Ah, Javier... Bien... —murmuró Violeta, esperando librarse lo más rápido posible de él, haciendo el ridículo lo justo.

—¡Hola chicas! —saludó sonriente y feliz de volver a ver de nuevo a Violeta, aunque tenía clarísimo que esa chica jamás sería para él—. ¿Cómo estáis? ¡Me alegro de veros de nuevo por aquí! ¿Está todo bien? ¿Os falta algo?

—¿Nos saludas así, como si fuéramos unas clientas más? ¡Ven aquí y saludanos como Dios manda! ¡Venga esos dos besos! —exigió Jacaranda, señalándose la mejilla con el dedo índice.

—¡Sí, claro! Dos besos... —Javier cogió a Jacaranda por los hombros, le dio dos besos, y después hizo lo mismo con Violeta.

—Así está mucho mejor. Pues mira, las cosas no están bien, porque lo mío con Fon no tiene remedio. Somos muy pasionales los dos y aquí estoy con el *chirri* al aire porque tu amiguito me ha roto el tanga en el cuarto de las Heineken... —confesó con naturalidad, mientras Violeta se tapaba la cara con las manos de la vergüenza.

—¿Y por qué dices que no están bien las cosas? ¡Creo que es una noticia estupenda! —replicó Javier, muy contento por la fogosa pareja.

—No. No es estupendo. Lo nuestro no puede ser, pero lo vuestro sí —dijo frotándose las manos y con una sonrisa gamberra.

—¿Lo vuestro? —preguntó Javier, perplejo. ¿Se referiría a Violeta y él?

Violeta empezó a ponerse tan nerviosa que decidió que prefería arreglar el asunto de la paternidad de Felipín de otra manera que ya se le ocurriría, antes que seguir padeciendo el torpe celestineo de Jacaranda.

—La cosa es que como lo suyo no puede ser, nos vamos... ¡No pintamos nada aquí! Dime qué te debo de la Coca-Cola... —pidió Violeta, cogiendo su bolso y sacando la cartera.

—¿Pero qué haces, loca? —replicó Jacaranda, tomando a su amiga del brazo para que guardara la cartera—. ¡Tú ahora te tomas tu cenita con Javier, mientras yo me voy al primer bazar chino que encuentre abierto a comprarme un tanga que no pique mucho! Es que aquí donde me ves —le explicó a Javier muy seria— tan suelta y tan resolutiva, tan natural y fresca, como un pan recién hecho, no soporto ir sin bragas y a lo loco. Para las cosas del *chichi*, soy muy clásica...

—Al final de la calle hay uno que tiene de todo... —comentó Javier, intentando contener la carcajada.

—Genial. Os dejo solitos a los dos. Violeta está deseando contarte muchas cosas, se pasa el día hablando de ti. ¡La tienes en una nube! —exclamó metiéndole un codo en la tripa.

“¿Nube de amor?”, pensó Javier muy intrigado, en tanto que Violeta, que no recordaba haber pasado tanta vergüenza en su vida, se colgaba el bolso del hombro y después, le decía a su amiga:

—Espera que me voy contigo. ¡No te voy a dejar a sola!

—¡No necesito a nadie para elegir unas bragas de poliéster de 0, 90 euros! Tú te quedas aquí, hablando con Javier que hoy está más guapo que nunca.

—Gracias, Jacaranda. Eres muy amable —dijo con una sonrisa enorme.

—Y mira qué de dientes tiene, tu Javier, por favor. ¡Conserva todas su piezas, blanquitas y bien alineadas, como a ti te gustan, Violeta! —exclamó guiñándole el ojo a su amiga.

—He heredado la dentadura de mi madre, he tenido suerte porque mi padre se pasa el día en el dentista... —explicó Javier, agradecido por el don de su dentadura perfecta.

—Sí que es una suerte, sí. ¡Vamos a celebrarlo haciendo unas fotitos! A ver, siéntate al lado de Violeta con una sonrisa donde se te vean bien todos esos dientes divinos que tienes... —ordenó Jacaranda, mientras sacaba su móvil del bolso.

—Jacaranda por favor... —suplicó Violeta a su amiga, para que dejara de hacer el cretino.

—¡Calla y sonríe! —canturreó Jacaranda, mientras Javier se sentaba al lado de Violeta y sonreía abiertamente—. ¡Vamos, Violetita! ¡Smile! ¡Sonrisote! ¡Que se vea lo *happy* que estás!

Violeta forzó la sonrisa y su amiga disparó unas cuantas fotos, a la vez que le pedía a Javier:

—¡Pégate bien a ella, majo! ¡Cógela por el hombro y estrújala bien, para que salgáis los dos en la foto!

—¡Perfecto! —Javier obedeció encantado, sin dejar de preguntarse si Violeta no solo se habría olvidado de MonMontt, sino que habría descubierto que sentía algo por él. ¿Tendría tantísima suerte...?

—Ya está. Me voy a por las bragas. Os dejo solitos... Venga, chata, que te lo he puesto en bandeja —le cuchicheó a su amiga—. ¡Sed malos...!

Jacaranda se despidió lanzando un beso al aire, mientras Javier por primera vez en su vida empezó a creer en los milagros...



Javier se sentó en el sitio que había dejado libre Jacaranda, con el corazón a mil y los ojos chispeantes de ilusión y de esperanza.

—Tengo que decirte algo —le dijo Violeta, que esa noche a Javier le pareció que estaba más guapa que nunca.

Llevaba el pelo suelto y liso, se había maquillado más de lo habitual y lucía un mono naranja de Zara, con escote de pico que le quedaba espectacular. “¿Se habrá puesto así de guapa para mí?”, se preguntó Javier. Además ella se había sentado justo debajo de las bombillitas de colores que colgaban del techo y le conferían un aspecto tan luminoso y juvenil que Javier no podía dejar de mirarla, fascinado. ¿Esa diosa habría regresado a su bar por él? ¿Sería cierto que por su culpa Violeta estaba en una nube?

—Lo que quieras —habló Javier, con la voz tomada por la emoción.

Violeta se mordió los labios de los nervios que tenía y después, tras echarse la melena a un lado, dijo:

—Le he confesado a Jacaranda que me gustas, pero...

Javier por puro instinto, cogió la mano que Violeta tenía sobre la mesa y la apretó con cariño, mientras se le escapaba un suspiro:

—La brujas de pelo rosa nunca se equivocan —masculló flotando de amor.

—¡Ay Javier! Que no —dijo retirando la mano—. Que no me gustas, que es todo un teatrillo para obligar a Jacaranda a regresar a tu bar.

—Javier se agarró a la silla con fuerza para cerciorarse de que no estaba en mitad de una terrible pesadilla—. Por una razón que no puedo revelarte, pero te aseguro que es una razón muy poderosa, ellos dos tienen que llevarse bien. ¡Tienes que ayudarme a que sean amigos! ¡Tenemos que conseguir que partan peras otra vez!

—Peras... —farfulló Javier desolado, sintiendo tal dolor en la boca del estómago que estaba a punto de doblarle.

—Sí, peras, muchas peras. Es que está obcecada con que no quiere nada con él, pero tienen que entenderse sí o sí. Por eso, me he inventado el rollo de que tú me gustas y Ramón también...

—¿Y también es mentira que Ramón te gusta? —preguntó esperanzado de que al menos se había quitado a un rival de encima.

—No. Ramón es quien me gusta de verdad. La cosa ahora está un poco parada, pero es cuestión de semanas que esto remonte el vuelo...

—Vaya —musitó Javier, que estuvo a punto de marcharse al baño para echarse a llorar de frustración y de pena. ¡Qué jodido era estar tan enamorado!

Era horrible. Se sentía idiota, se sentía un pelele y además no podía dejar de pensar en cómo podía haber sido tan tonto de haberse hecho tantas ilusiones, si estaba claro que esa mujer no solo pasaba de él sino que también le odiaba por cómo se había comportado con el asunto de Ramón.

—Mi idea es colgar el *selfie* contigo a ver si espabila...

—Seguro que sí —musitó Javier, que tuvo que esforzarse muchísimo para que ese “sí” sonara verdadero.

—Y con lo de Jacaranda y Fon me tienes que ayudar, yo voy a seguir con el cuento de que me gustas para arrastrarla hasta aquí y tú pídele a Fon que no le rompa más tangas. A ver si conseguimos que se sienten y hablen con sosiego.

—¿Sosiego? —replicó Javier, alucinado—. ¿Tú has visto cómo son esos dos? ¡Jamás conocerán el sosiego!

—Pues tendrán que empezarse a conocerlo por el bien de... todos.

—Fon está enamorado de ella, loco perdido, es imposible que viva esa relación con mesura.

—Jacaranda siente por él esa clase de odio que en tres tardes puede transformarse en amor. Así que no está todo perdido... Si nos organizamos bien, puede que su historia tenga un final feliz.

—¿La nuestra también? —Y nada más formular la pregunta, Javier se arrepintió de haberla hecho.

—Es que entre nosotros no hay historia. No hay nada —respondió encogiéndose de hombros.

—¿Ni siquiera odio? —preguntó Javier con la esperanza de que fuera esa clase de odio que en tres tardes se puede transformar en amor.

—Me pareció fatal que animaras a las primas de Ramón a colgar el *selfie*, por no hablar de que las siguieras hasta Corazón.

—¿Las primas de Ramón? —inquirió Javier extrañado.

—Sí, luego me pasé por Corazón y Ramón estaba con esas chicas y unas señoras que tenían aspecto de ser sus tías.

—Te equivocas. Esas señoras no eran sus tías —dijo Javier negando con la cabeza.

—¿Por qué lo sabes? —preguntó Violeta sin comprender por qué Javier se mostraba tan seguro en su respuesta.

—Pues porque es mi tía —confesó avergonzado—. Mandé a mi tía y a unas amigas de topos, para que...

—Deja, no sigas, que ya he escuchado bastante —pidió Violeta enojada. Después apuró su refresco, resopló y dijo—: Voy a intentarlo con Ramón, voy a luchar por él, porque no me queda otra opción: no me lo puedo sacar ni de la cabeza, ni del corazón.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —replicó Javier, sintiéndose más idiota todavía.

—Lo tuyo no tiene nada que ver con lo mío. Tú eres un romántico que se ha hecho una película con la bruja de pelo rosa, la lluvia y la chica de ojos grandes, pero realmente no estás enamorado de mí.

—¿Ah no? —preguntó Javier, con suma curiosidad, a ver si se enteraba de una vez de lo que le estaba pasando.

—No. No me conoces. No sabes nada de mí. Lo único que te ha podido pasar es que te hayas enamorado de la vaga idea que tengas en tu cabeza de cómo soy yo...

—Será eso, pero que sepas que la idea de vaga tiene poco —matizó Javier, muy orgulloso de la “idea” de la que estaba enamorado.

—¿Cómo es entonces? —inquirió Violeta, enroscándose un mechón de pelo en el dedo índice.

—Perfecta. La idea de la que me he enamorado tiene el pelo ondulado y le encanta, pero en los días que ella considera especiales se lo alisa y se pone pestañas postizas —respondió Javier, divertido.

—¡No se nota nada que llevo pestañas postizas! —protestó Violeta, bajando el tono de voz.

—Yo sí que lo noto, hoy tus ojos son como ventanas que se abren a un palmeral.

—¡Qué tontería! —exclamó con un gesto de contrariedad en los labios—. Apenas se perciben porque van superpegadas al párpado con pegamento tisular...

—La idea de la que estoy enamorado no se permite que le asusten las tormentas, pero se muere porque la abracen bajo la lluvia.

—¿Y quién no? —replicó Violeta, encogiéndose de hombros.

—La idea de la que estoy enamorado lucha por lo que ama, jamás se rinde, es perseverante y generosa, inteligente y con carácter, pero le cuesta ver lo que tiene enfrente, por eso se dedica a vender gafas... —dijo mordaz, sonriendo abiertamente.

Violeta pensó que era una pena que Javier no le gustara porque aparte de ser idiota de remate, tenía una sonrisa preciosa y estaba buenísimo. Moreno, ojos azules, mirada de sátiro, barba de tres días, camisa abierta lo justo para que supiera que era un hombre de pelo en pecho, vaqueros desgastados que marcaban todo lo que había que marcar y bien marcado... Pero ella era de Ramón. Así que se limitó a preguntar mostrándose más ofendida de lo que realmente estaba:

—¿Cómo sabes que me dedico a vender gafas?

—Es fácil. No hay más que meterse en el perfil de Facebook de MonMontt para ver que todos sus posteos están regados por completo de *MeGustas* de una tal Violeta Salmerón, que trabaja en Ópticas Salmerón.

—¡Cotilla, chismoso! —bufó dando un manotazo al aire y ahora sí que enfadada de verdad—. ¿No te basta con ser un manipulador retorcido?

A Javier ese arranque de bravura le gustó tanto que echó la silla y después el cuerpo hacia delante, para estar más cerca de ella, como si así su corazón tuviera más fácil el salto al de Violeta:

—La idea de la que estoy enamorado tiene un corazón loco que estalla en su boca, por eso me muero por besarla con mis labios de lluvia —dijo mordiéndose los labios.

A Violeta ese gesto le puso tan nerviosa que se apartó todo lo que pudo y al hacerlo tiró sin querer el vaso al que le quedaba un poco de bebida:

—Vale. Ya me hago una idea de tu idea. Cambiemos de tema, que me aburro...

—Ya, sí. Se te ve muy aburrida y tranquila, muy tranquila... —replicó Javier con una sonrisa perversa, mientras ponía el vaso derramado de pie.



—Pues sí, estoy tranquilísima. Espero que no pienses que he tirado el vaso de los nervios de escucharte porque estarías muy confundido.

—¿Yo? —replicó Javier encogiéndose de hombros—. ¡Yo no pienso nada eso! ¡Qué va! —comentó irónico, mientras llamaba con un gesto de la mano a Matea para que acudiera a limpiar la mesa.

—¿Entonces me vas a ayudar a que Jacaranda y Fon se entiendan?

—Sí, pero no prometo nada respecto a los tangas... —contestó bromeando.

Y no pudo continuar la frase porque apareció Matea con una bayeta para limpiar los restos de la bebida...

—¿Vas a pedir ya la cena? —preguntó Matea mientras pasaba el trapo húmedo por la mesa.

—Me encantaría, pero mi amiga ha tenido que salir un momento y su idea es marcharse sin cenar —explicó Violeta, un poco alterada porque Javier no dejaba de mirarla.

—Pide la cena y haz política de hechos consumados —le aconsejó Matea, después de limpiar la mesa y con una sonrisa enorme.

—Su amiga es la chica de Fon —explicó Javier, divertido.

—Está como loco en la cocina, cantando y bailando, le he preguntado qué le pasa y me ha respondido: “El amor”. Me he echado a reír porque pensaba que se refería al amor en genérico, ¿y qué ha pasado con tu amiga? ¿Se han liado? —preguntó Matea chupando la punta del bolígrafo con el que tomaba los pedidos.

—En el cuarto de las Heineken y al parecer le ha roto el tanga... —respondió Violeta mientras Javier se partía de risa.

—¡Qué genial! —exclamó Matea, riéndose también.

—No, no es genial. Mi amiga dice que ha sido un error y que no quiere volver más por aquí... —explicó Violeta apenada.

—Eso es lo típico después de un *kiki* inesperado, pero volverá... ¡Ya verás como sí! —aseguró Matea, mordiendo el pirsin del labio.

—Ojalá, porque tienen que llevarse bien, como sea.

—Que sí, mujer —intervino Javier—. Haz caso a Matea, que sabe mucho de amor.

—¿Y desde cuando sé mucho de amor? —quiso saber, con cara de no tener ni idea.

—¿Puede ser desde que estás haciendo una tesis doctoral sobre el *poliamor*? —le recordó Javier, sin dejar de mirar a Violeta.

—A nivel teórico puede ser que sepa algo... Estudié Antropología y mi tesis va sobre el *poliamor*, pero a nivel práctico mi vida amorosa es muy normalita —confesó Matea, sin dejar de sonreír.

—Parece que lo llevas bien... —apuntó Violeta, sin saber por su reacción si lamentar su suerte o felicitarla por ello.

—Cuando alguien me dice que su vida amorosa es complicada, siempre les remito a Matea... —indicó Javier.

—Es un exagerado —protestó Matea, dando un manotazo al aire—. Si lo mío es muy normal. Tengo una relación abierta con un chico que es sobre todo folleteo y deporte, es profesor de gimnasia y me pone en forma—comentó sin darle importancia—, luego hace tres años se me abrió una ventanita —dijo dibujando una ventana en el aire con el dedo índice— y tengo una novia muy romántica que es jardinera y con la que conecto muy bien a nivel intelectual y emocional, pero de quien estoy realmente enamorada hasta las trancas es de mi terapeuta, una mujer de sesenta años, casada y con tres nietos. ¡Tampoco es tan complicada mi vida!

—A mí desde luego que me das esperanzas, si tú no ves complicado lo tuyo, lo mío es pan comido... —dijo Javier, entre carcajadas.

—¿Tú eres *poliamorosa* también? —preguntó Matea a Violeta, apuntándola con el bolígrafo.

—No. De momento, solo estoy enamorada del chico con el que vine a cenar el otro día.

—¿Y con él qué tal?

—Por ahora somos solo amigos, pero con un poco de tiempo y paciencia, estoy segura que acabará pasando algo importante. —Violeta no estaba nada segura, pero lo dijo más que nada para que Javier dejara de hacerse ilusiones con ella.

—¿Algo importante como que te haga una escultura de siete metros con las gafas viejas de tus clientes? Porque otra cosa me da a mí que no... —murmuró Javier, con sorna, acariciándose la barbilla con la mano izquierda llena de anillos.

Y a Violeta le encantaban los anillos, es más es que miraba la mano del tabernero y solo podía pensar en lo que le gustaba un hombre con tanta quincallería en los dedos. Pero así... en general...

—¿Y a Javierito lo tienes descartado? ¿No te mola nada? —preguntó Matea, haciendo una mueca graciosa a Javier.

—No. A ella le molan los artistas —contestó irónico—. Yo soy demasiado convencional, con mi negocio, con mis facturas y con mis pequeñas obsesiones de tabernero: los besos de cine, las brujas suecas y las chicas de ojos gatunos.

—Javi es muy artista, tiene el alma bohemia, no es nada convencional. ¡Tienes que conocerle y si eso te quedas con los dos! —concluyó Matea, divertida.

—¡Eso, tú dale ideas! Yo no quiero compartir nada con ese artistilla. Gracias.

—Ya seguimos en otro momento. Ahora me voy que tengo que atender a la gente, decidme que os traigo... —pidió Matea, sacándose la libreta que tenía en el bolsillo trasero de sus pantalones vaqueros rotos.

—Nada, gracias, voy a esperar a que regrese mi amiga.

—Como quieras, si cambias de opinión: me avisas.

Matea se marchó a atender a una mesa y en ese momento Violeta recibió un wasap... Era de Jacaranda:

*Tienes que repetir las fotos que han salido fatal, es imposible que le den celos a nadie. ¡Solo dan risa! ¡Y mucha! Arrímate bien a él y échale unas buenas miradas de te lo como todo, que estas que hemos hecho de verdad que son horribles, parece que estás con el Ronald MacDonalds, o sea cero morbo. Así, venga, ánimo y yo te espero aquí fuera. Date prisa que estoy con el chichi al aire y ya está refrescando. No era plan de ponerme la tanga en el chino. Así que, vamos, deprisita, a ver si me voy a coger una cistitis por culpa de ese cabrón.*

Violeta tenía que hacer lo que fuera para que Jacaranda regresara al bar y así seguir tendiendo puentes con el padre de su hijo. Por eso, escribió:

*Entra al bar, ponte el tanga en el baño, cenamos, nos tomamos unas copas y lo pasamos tan ricamente.*

A Jacaranda le faltó tiempo para responder:

*Como no salgas en cinco minutos, me piro. No entro a ese bareto ni muerta. ¿Tú sabes lo que podría durarme mi tanga de hilo dental transparente? ¡No quiero acabar follando tan ricamente otra vez! Recuerda: cinco minutos. Ni uno más.*

Violeta resopló y Javier le preguntó si pasaba algo...

—Jacaranda me espera fuera, no quiere entrar. Es una cabezota, pero yo lo soy más. Volveré con ella, sea como sea. De momento, necesito que repitamos las fotos, dice que no han quedado bien. ¿Te importa? —preguntó Violeta, agitando su móvil en el aire.

—Las que quieras. Encantado. ¿Cómo posamos?

—Se trata de que Ramón se ponga las pilas y la cosa avance...

Javier se levantó, colocó su silla junto a la de Violeta, se sentó, le quitó el móvil con una mano y con la otra la cogió por la cintura y la estrechó contra él.

—Déjame a mí —susurró Javier, con la mirada perdida en los ojos verdes de Violeta y con sus bocas a escasos centímetros—. De algo me tiene que servir tener un bar repleto de besos de película.

—¿Me vas a besar? —inquirió Violeta, nerviosa, con la vista clavada en los labios de Javier.

—Tú eres la quiere que la cosa avance —musitó, desviando la mirada cargada de deseo de la boca a los ojos y de los ojos a la boca de Violeta.

Violeta no soportaba más tener a ese tío ahí, frente a ella, mirándola de ese modo, con sus labios apenas a un centímetro de los suyos, sintiendo su respiración, su olor a perfume y a él... Aquello era horrible, pero en vez de apartarse solo pudo suplicar, cerrando los ojos:

—Por favor...

Y Javier comenzó a disparar con la cámara del móvil, hasta que no pudo más y cogiendo a Violeta por el cuello, la besó con verdad, corazón, saliva y sueños. Un beso de mentira, dado de verdad, como los de Bogart a Bacall, como los de Gable a Colbert, o como los de Newman a Woodward...

Un beso que podía cambiarlo todo o estropearlo todo. Pero sobre todo un beso. Su primer beso...



Un beso que quedó inmortalizado en la cámara del móvil de Violeta y que pasada una semana todavía no se había atrevido a ver.

—¿Por qué no has subido aún las fotos con Javier en el Beséame? ¿Ya pasas de darle celos al artista? —le preguntó Jacaranda a Violeta, el sábado por la tarde siguiente, cuando estaban a punto de cerrar la tienda.

—Es que he estado tan liada con el trabajo que no he tenido tiempo —mintió porque no se atrevía a decirle la verdad: tenía pánico a ver la galería de fotos y encontrarse con Javier mirándola de esa manera perversa, con la mano en su nuca y la lengua en la traquea.

—Ven a casa, cenamos y luego nos echamos unas risas subiendo las fotos —propuso Jacaranda, mientras cerraba su ordenador—. Mi madre en cuanto llegue a casa, se marcha a su excursión y no vuelve hasta el lunes, así que si quieres te puedes quedar a dormir con nosotros... A ver si Felipín mejora un poco de su faringitis, es que no acaba de salir de una y ya se mete en otra...

—Tú sabes lo que pienso —replicó Violeta mientras guardaba en un cajón las gafas que se acababa de probar un cliente.

—Sí, pero mi hijo no tiene trauma ninguno, ahora está ronco por la contaminación. ¡Está todo el mundo igual!

Por mucho que Jacaranda insistiera en mirar para otro lado, su hijo tenía un problema y muy serio, o por lo menos eso es lo que creía Violeta:

—Pienso que está ronco de tanto como calla, de no poder expresar sus miedos y emociones abiertamente.

—¡Déjate de paparruchas de revistas de pseudopsicología! —refunfuñó Jacaranda mientras se quitaba la bata.

Violeta decidió que lo mejor era comprobar con sus propios ojos cómo estaba el niño, por eso dijo:

—Cerramos y me voy con vosotros a cenar...

—¿Sabes que Felipín ha estado aprendiendo a cocinar con mi madre a mis espaldas y lo hace mejor que yo? —contó Jacaranda a la vez que colgaba la bata en un perchero—. Aunque, eso es fácil, yo no sé ni cascar un huevo, bueno, los de Fon, sí. Eso los cascaría gustosa de una buena patada. Pero ¡qué cosas! Soy una inepta, pero el nene me ha salido un cocinillas...

—Como su padre, la genética manda —dedujo Violeta, encogiéndose de hombros.

—¿Qué dices? —protestó Jacaranda, negando con la cabeza—. La culpa es de *MasterChef Junior*, le encanta ese programa y mira que yo le digo que esos niños son actores entrenados, pero él quiere ser como ellos. Son modas, hoy quiere ser chef, mañana querrá ser astronauta.

—No es una moda: el niño ha heredado el talento del padre.

—¡El padre es un pintamonas! Mi niño cocina bien, porque es muy listo y vale para todo.

—Precisamente porque es muy listo, deberías ir pensando en contarle la verdad...

—¡Qué pesadita estás con eso, hija! Si lo que quieres es ir a ver a Javier, pásate un rato por el Beséame y de paso me traes el carro de mi abuela.

—¿Y si nos pasamos las dos un momentito? —propuso Violeta, suplicando con las manos juntas.

—No me cansaré de repetirte que jamás voy a volver a pisar ese bareto, pero aunque quisiera hoy es imposible. Mi madre me está esperando para marcharse a su excursión...

—Ya iremos otro día, tranquila —replicó Violeta, como si no hubiera escuchado absolutamente nada.

—Desde luego, yo me quedaré tranquilísima esperándote en el bar de enfrente. ¿Entonces qué? ¿Te vienes a casa, cenamos, subimos tus fotos y hacemos un poco el gamberro? —añadió Jacaranda divertida.

Violeta aceptó, y ya en casa de Jacaranda, saludó a su madre antes de que se marchara a su excursión y después se quedó a solas, en la cocina, con Felipín que estaba terminando de preparar la cena...

—¿Te gustan los raviolis de *ricotta* y albahaca? —preguntó el niño, con su vocecilla ronca.

—Sí, me encantan...

—Ahora le pongo un poco de aceite y de queso parmesano y listo —explicó el niño, mientras cogía una botella de aceite.

—No sabía que fueras tan buen cocinero... —dijo Violeta, contemplando fascinada las buenas mañas que tenía el niño en la cocina.

—Cocino desde los cinco años a escondidas de mi madre, pero el otro día me pilló haciendo un estofado de calamares con verduras —confesó Felipín, con unas ojeras enormes.

—¿Y se enfadó?

—Mucho. ¿Está mi madre cambiándose de ropa? —preguntó bajando más aún el tono de voz.

—Sí, eso ha dicho... Ahora vendrá...

—Genial. Cierra la puerta, *por fa*, que necesito que me expliques algo...

Violeta obedeció al niño, cerró la puerta y susurró expectante:

—Dime...

El niño se acercó a ella y le cuchicheó al oído:

—Mi madre se inventó una película de ciencia ficción de bajo presupuesto para no decirme quién es mi padre. Se supone que es un secreto, pero yo necesito saber la verdad y a mí me da que tú la sabes, Violeta.

—Ya —musitó Violeta, sin dejar de pensar en que menuda papeleta le había tocado.

—Lo primero que pensé es que se había inventado esa trola para tapar que mi padre era un tío malísimo, pero enseguida lo descarté porque mi madre jamás estaría con un delincuente internacional o algo por estilo... ¡La conozco demasiado bien! —exclamó el niño, ladeando la cabeza.

—Es cierto, no le pega para nada —corroboró Violeta, negando con la cabeza.

—He pensado miles de cosas, pero ahora tengo casi una certeza y necesito que me saques de dudas. Hay algo que tengo claro: si mi madre no quiere que me acerque a la cocina, si se puso como una loca cuando me pilló cocinando, solo puede ser por algo... —dedujo el niño, cada vez en voz más baja.

—¿Por qué? —preguntó Violeta, ojiplática.

—Mi padre tiene que ser un cocinero y odia que yo haya heredado su don. ¿No es por presumir, eh? Que todavía me queda mucho por aprender, pero ya verás cuando pruebes los raviolis... —comentó el niño todo orgulloso.

—¿Te gusta mucho cocinar?

—Es mi pasión, pero hay algo que no me deja dormir, que me tiene enfermo... Esto tampoco se lo digas a mi madre...

—Ya lo sé. ¿Y qué te crees que ella no se lo huele?

—Ella se piensa que me he tragado su *anime* de reptiles invasores de pueblos. Ni por asomo sospecha que creo saber quién es mi padre...

—confesó el niño levantando las cejas.

Violeta casi se cayó de espaldas de la impresión, pero tomó aire y encontró fuerzas para preguntar:

—¿Quién?

—A mi madre le encantan los tíos buenos, es obvio que mi padre debe ser alguien feo y del que se avergüenza. A lo mejor soy un goma rota, el fruto no deseado de una noche loca con un cocinero poco agraciado...

—¡Ay por favor! ¡Qué cosas dices! ¡Y tú solo tienes nueve años! ¡No puedes pensar así! —le regañó Violeta.

—Me paso el día con una vieja. ¿Cómo quieres que piense? Y digo vieja con todo el respeto y amor hacia mi abuela, pero es que los viejos saben mucho y algo se me ha pegado de ella.

—Tú eres fruto del amor... —Y tras decir esto, Violeta se llevó la mano a la boca porque estaba hablando demasiado.

—Amor de una noche. Amor loco. Si hubiera sido un amor grande, yo sabría quién es. Y creo que ya lo sé, porque ella me das pistas sin querer... Yo soy muy exigente para mis cosas y un poco mandón... Cuando soy así, mi madre siempre dice: eres igualito a... Y se calla... Claro, como se supone que soy el hijo de un reptil. ¡La pobre qué guiones más malos hace! Pero bueno, su profesión es hacer gafas, no grandes tramas. Y para remate, el otro día, cuando ya había descubierto que cocinaba, me dio la pista definitiva: estaba haciendo una tempura de bacalao con salmorejo y mi abuela tardaba un montón en trocear los tomates. Yo me puse nervioso y chillé: “¡Esos tomates! ¡Deprisa! ¡Lo quiero ya!” —exclamó el niño, dando unas palmadas—. Mi madre me regañó y yo le repliqué que si me tenía que poner de rodillas para que me perdonara. Entonces, ella chilló: ¡Es que es igualito que él! ¡Igualito, igualito! ¡Es que hasta usa las mismas expresiones! Y entonces caí...

—¿En qué caíste? —preguntó Violeta, muerta de la ansiedad.

—En que mi padre es Alberto Chicote.



—¿El cocinero? —preguntó Violeta, mordiéndose los labios para no romper a reír.

—No disimules. Sé que es él. El día antes habíamos estado viendo un programa de televisión repetido donde salía haciendo un plato parecido y Chicote se puso igual que yo con los tomates... Es él —dijo totalmente convencido.

—Te equivocas...

—No. No me equivoco. Debieron conocerse una noche y pasó algo... Y entre que físicamente no es como los tiacos que le gustan a mi madre y que no querrá que piense que iba borracha o drogada cuando hizo el acto...

—¿Qué dices, Felipín? —interrumpió Violeta.

—Soy un niño pero no soy tonto. Total, que entre que ella no se debe sentir muy orgullosa de sus noches locas, y que por el carácter gruñón y mandón de Chicote debe pensar que no es un ejemplo para mí, prefiere tenerme en la ignorancia...

—Que no, Felipín. Que no. Que estás equivocado.

—¿Equivocado? ¿De qué?

—Que tu padre no es ese cocinero...

—¿Ese? ¿Entonces es otro? ¿Arguiñano? Si fuera Jordi Cruz lo habría ido contando... ¿Quién? —inquirió el niño con el ceño fruncido de la angustia.

—A ver, Felipín, me parece que...

Violeta no pudo seguir con la frase, porque Jacaranda apareció en la cocina en ese mismo momento, y para su alegría se libró de tener que seguir dando largas al niño; puesto que ella no pensaba aclararle el equívoco, eso tenía que hacerlo su madre y más valía que fuera lo antes posible.

—¿De qué habláis tan misteriosos? —preguntó Jacaranda, curiosa.

—De cocineros... —contestó el niño, alzando la barbilla.

—¿Qué tema más aburrido! ¿Cenamos ya que estoy muerta de hambre? —preguntó Jacaranda con la vista clavada en los raviolis.

Cenaron de maravilla, con tarta de chocolate amargo, mango y pistachos incluida y sin hablar para nada de cocineros, hasta que llegó la hora de que el niño se fuera a la cama a dormir y entonces...

—Os dejo a solas para que charléis de vuestras cosas... —dijo Felipín, levantándose de la mesa.

—Quédate un ratito más y me explicas las recetas de las cosas tan buenas que nos has hecho —sugirió Violeta emocionada con los platos.

—¡Tía qué coñazo las recetas! ¡Deja que se vaya a la cama que ya le toca! —replicó Jacaranda, dando un beso al niño en la mejilla.

—Antes de dormir, mientras me chupo el Phonal para la garganta, voy a verme algún video de Arguiñano... —informó muy serio, clavando la mirada a su madre.

—No te metas la *tablet* a la cama que luego te enredas y no te duermes hasta las tantas... —le ordenó Jacaranda.

—Una pregunta que me surge así, de repente... Si tuviera sangre vasca en mis venas ¿sería RH negativo, verdad? —preguntó el niño, mientras se rascaba la cabeza.

—¡Somos de Cuenca! ¡Déjate de decir bobadas! ¡A la cama! —le exigió su madre empujándole para que se fuera.

—Deja que me despida de Violeta... —pidió el niño, quien tras dar un par de besos a Violeta, le susurró al oído—: Ya seguiremos hablando...

Violeta asintió y en cuanto el niño se hubo marchado y se cercioró de que no podía escucharlas, le dijo a Jacaranda muy preocupada:

—Tienes que decirle la verdad cuanto antes, he estado hablando con él y cree que su padre es Chicote.

Jacaranda se partió de risa y luego replicó mientras se servía un poco de vino:

—La verdad es que tiene cara de reptil...

—Tu historieta de los reptiles le parece de chiste, a ver si te enteras de una vez de que él está convencido de que una noche te tiraste a Chicote drogada y él es fruto de esa locura...

—¿Por qué Chicote? —preguntó extrañada mientras daba un sorbo a su vino.

—Porque tienes una lengua muy larga y vas soltando cada dos por tres que es igualito a Fon... —explicó Violeta, en un tono que también era de regañina—. Claro como él no sabe que existe Fon, cree que repite frases del cocinero menos *sexy* de la televisión, porque según él si te hubieras liado con un Jordi Cruz gritarías a los cuatro vientos que él es su padre...

—Pues que se crea que es Chicote. ¡Lo que sea con tal de que no se junte con el reptil! —exclamó Jacaranda, cruzándose de brazos.

—Le he dicho que no es Chicote, que no es ese cocinero... Te lo he puesto en bandeja para que le digas la verdad.

—No pienso decirle la verdad, jamás. Hace mucho que decidí que Fon no formaría parte de mi vida y no pienso cambiar de opinión. ¿Recogemos y nos vamos al ordenador a subir las fotos al Facebook?

Violeta decidió dejar la conversación ahí porque, aunque era obvio que Fon ya era parte de la vida de Jacaranda y que solo faltaba determinar el cómo y el cuándo para que padre e hijo se conocieran, no era el momento más adecuado para abordar el asunto...

En su lugar recogieron la mesa y se sentaron frente al ordenador ubicado en un cuartito pequeño de paredes en color naranja.

—Súbelas con tu móvil, que es más cómodo y ya comentamos la jugada en pantalla grande —propuso Jacaranda mientras encendía la computadora.

—¿Jugada? —inquirió Violeta, enarcando una ceja—. ¿Crees que va a haber jugada?

—Si las fotos son buenas, seguro. ¡Deja que las vea! —exigió intentando arrebatarle el móvil a su amiga.

—¡No seas ansiosa! Ahora las ves en el ordenador —bramó Violeta, aferrada a su teléfono.

—Lo soy. Llevo una semana para que me las enseñes y eso solo puede ser porque sucedió algo que te niegas a ver —dedujo Jacaranda, que era toda suspicacia.

—¿Me vas a dar lecciones tú de “negarse a ver”? ¿Tú que prefieres que tu hijo crea que su padre es Chicote antes que decirle la verdad? ¿Tú que estás impidiendo a tu hijo que disfrute del amor de su padre?

—¿Amor? ¿Ese reptil siente amor por alguien que no sea él mismo? —bufó Jacaranda, molesta con las insinuaciones de su amiga.

—¿Y no serás tú la verdadera egoísta al negar a tu hijo el derecho a conocer a su padre? —replicó Violeta, batiendo las manos de tal forma que su móvil voló a las manos de su amiga.

—¡Hoy estás de un tocapelotas, querida! —protestó Jacaranda, divertida—. ¡Trae para acá este telefonito que yo también quiero jugar a lo mismo!

—¡Ni se te ocurra! ¡Te exijo que me devuelvas el móvil! ¡Ya! —ordenó cogiendo a su amiga por el brazo.

—¿Por qué tienes tanto miedo a las fotos? ¿Acaso hiciste una visitita tu también al cuartito de las Heineken? —soltó muerta de la risa, mientras buscaba las imágenes en la galería de fotos.

—¡Qué me des las fotos, Pili! —gritó, forcejeando con su amiga.

—A ver qué hay por aquí... —canturreó divertida—. ¿Te *beseó* bien ese pluscuamfollable?

—¡Que me des mi teléfono, Pilar Sepúlveda! —chilló tirando del brazo de su amiga.

—*Shhhh*. Tranquilízate que vas a despertar al niño... —susurró pero al instante gritó—: ¡Coño, coño, coño!

—¿No dices que hay que bajar el tono? —replicó Violeta, muy nerviosa—. ¿Y por qué dices tanto coño?

Jacaranda con los ojos como platos, flipada, alucinada, maravillada y feliz, respondió:

—*Guaaaaaaaaaaaaaaaau*. Porque son muy buenas, muy muy buenas. ¡De cine! ¡Son para colgar en el bar y poner un marco con bombillas de colores y rombos, miles de rombos! ¡Esto es *hot*, nena! ¡Muy *hot*! —exclamó abanicándose con la mano.

—¡Qué tonterías dices! Si fue un besito de nada... —mintió Violeta, como una bellaca además.

Jacaranda ladeó la cabeza y muerta de risa, replicó:

—Lo que estoy viendo es un besazo de todo. ¡Este tío te lo metió todo en la garganta! ¡Y a ti se te ve, *taaaaaaaaaan* encantada!

—¡Qué guarrilla eres, hija mía! Ves dónde no hay...

—¿Guarrilla? Cuando digo “todo” me refiero a pasión, a deseo, a ganas y a lengua, mucha lengua, en la foto hay mucha lengua...

Violeta respiró hondo, se armó de valor y exigió:

—¡Exagerada! ¡Trae para acá que tengo que verlo!



Violeta miró la foto y vio lo que llevaba siete días intentando convencerse de que no había sucedido. Para su horror, ahí estaba ella tomando a Javier por la nuca, entregada, rendida, loca, con los dedos enterrados en el pelo de ese chico, buscando un beso más profundo todavía, más húmedo, más salvaje... Un beso desesperado, precipitado, intenso, sentido, apasionado, encendido, tórrido, ardiente, abrasador, incendiario... ¡Fuego! Esa foto era puro fuego y Violeta sintió tal vértigo que... ¡Tenía que borrarla yaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

—Madre mía —farfulló Violeta avergonzada, mientras buscaba la opción de eliminar.

—¿Madre mía, qué? ¿No irás a borrarla?

Violeta levantó la vista del móvil y contestó muy nerviosa:

—¡Si quieres la subo a Facebook para que me la bloquee!

—¿Facebook? La foto es *hot* pero no se te ven los pezones, puede que se te marquen, pero a día de hoy Facebook no censura las fotos de los pezones duros cubiertos por tela...

—¡Déjate de pezones! No me preocupa que me bloquee Facebook, ¡me aterra que me borre Ramón!

—¡Que le den! ¿O qué pretende? La vida es así: si no espabilas, te comen la merienda ¡y bien comida porque Javier es de los que se lo come todo!

—¡Ay por favor! ¡Cállate! —suplicó ruborizada, Violeta, tapándose la cara con la mano.

—¿Por qué te pones así? ¿Te comió más cosas, aparte de la boca?

—Solo fue un beso. Este beso —explicó, mostrando la foto del móvil— y me lo dio porque yo le pedí el favor con el único fin de dinamizar un poco a Ramón.

—Un favor que casi le hace estallar los pantalones... —replicó con una sonrisa pícara.

—¡No me vaciles más, te lo ruego! Javier es un chico amable y servicial. Punto. No hay más.

—Es amable, servicial y en la foto del beso de después, está a punto de reventar los pantalones por la entrepierna.

Violeta se mordió los labios de la vergüenza y de la ansiedad que sentía y luego decidió:

—¡Voy a borrarlas todas!

—Ni se te ocurra borrar esas fotos: son preciosas. Si las borras, te vas a arrepentir toda tu vida. Yo he besado mucho y te digo que ese beso es de los buenos —dijo Jacaranda señalando el móvil de su amiga con el dedo índice.

—Es un error del sistema, un beso que no tenía que haber existido nunca y que por tanto, va a desaparecer en 5, 4, 3...

—¡No seas idiota! —replicó arrancándole de nuevo el móvil de la mano.

—Porque no soy idiota, sé que estás fotos deben desaparecer para siempre... —explicó mientras Jacaranda toqueteaba el móvil.

—Me las acabo de enviar a mí misma de recuerdo. Toma. —Le entregó el móvil—. Ya puedes hacer con las fotos los que quieras: están salvadas... —habló Jacaranda encogiéndose de hombros y haciendo la V de victoria con los dedos.

—¿Has sido capaz...?

—¿De hacerte un favor? ¡Claro! Es mi obligación como amiga. El día de la boda, proyectarás un video con los momentos estelares de vuestra relación y estas fotos tendrán que estar. ¿Tú sabes la suerte que tienes de tener immortalizado tu primer beso?

—¡Un suerte, bárbara! —ironizó Violeta, muy tensa—. ¿Y de qué boda hablas? ¿De qué primer beso? —bufó, revisando las fotos de nuevo.

—¿No es el primero? ¿Ha habido más antes? ¡Joder y parecías tonta!

—No. Ni ha habido antes ni habrá más después. Ni siquiera ha habido primer beso, esto ha sido todo un teatrillo para encelar a Ramón. No hay más —concluyó, mientras pasaba fotos a toda prisa buscando la que más le encelara pero dentro de un orden y una sensatez. No era plan de que Ramón la viera con la lengua del otro en la campanilla...

—¡Tía, me estás volviendo loca! ¿Te gusta Javier o no te gusta?

Cuando Violeta estaba a punto de responder la verdad —o sea que no sentía nada por él, aunque tampoco fuera del todo cierto, porque era imposible no haber sentido nada el día del beso, de hecho una semana después todavía le seguían temblando las piernas solo de verlo—, se percató de que no podía cerrarse esa puerta, porque tenían que regresar al Beséame como fuera, para retomar la relación de Jacaranda con Fon, así que respondió:

—Sí, me gusta, pero está la cosa muy difícil, por eso te digo que no hay más.

—¿Difícil? ¿Pero tú te has fijado en cómo te besa?

—Es porque está metido en el papel, ya te he dicho que es muy amable. Me besó porque yo se lo pedí, pero dudo mucho de que sea sincero.

—¿Qué más sinceridad quieres que la de su empalmamiento?

—Es una reacción instintiva, orgánica, pero no significa que le guste. Tenemos que volver para saber exactamente qué siente por mí... —sugirió Violeta.

—¿Qué más pruebas quieres que una polla dura y una mirada de carnero degollado? ¿Hay algo más romántico?

—Necesito más pruebas y no puedo ir sola... —respondió contundente, mientras acababa de decidirse por la foto que subiría al Facebook.

—Ya veremos —remoloneó Jacaranda, tambolireando sus dedos sobre la mesa.

—Y ahora a ver si funciona la estrategia para atraer a Ramón, creo que ya he encontrado la foto ideal —dijo mostrándosela a Jacaranda—. Estamos mirándonos, muy cerca, con complicidad, intención, intensidad y magia. ¡Me encanta! —concluyó mientras escribía algo en el teclado.

—¿Qué estás escribiendo? —preguntó Jacaranda muy intrigada.

—Ya está subida. Entra en mi muro y lo ves —respondió Violeta, entusiasmada.

Jacaranda entró en el muro de su amiga y leyó: *De cena con gente estupenda...*

—¿De cena con gente estupenda? —repitió con un gesto de extrañeza—. ¡Buah! ¡Qué cosa más sosa! ¡Qué poco arriesgas! ¡Sin riesgo no hay ganancia! Tenías que haber puesto la del morreo bajo el título: *Comiéndome a gente estupenda*. Ya verías tú si espabilaba, con esta foto, se os ve acaramelados pero mueve más a la acción una buena lengua metida bien dentro. ¡Qué duda cabe! —exclamó dando un manotazo al

aire.

—La prudencia es la madre de la ciencia —replicó Violeta, convencida de que había hecho lo correcto.

—La prudencia es la madre del aburrimiento, quita esa foto y pon la otra, alma de cántaro que...

—¡Calla! —exigió Violeta, después de que sonara la alerta de que había recibido un mensaje en el Messenger—. *Aaaaaaaaaay* que me está escribiendo.... ¡Levanta y deja que tome los mandos! Así ves lo que me pone...

Jacaranda le cedió el asiento, Violeta se metió en su perfil y fue leyendo en voz alta la conversación:

Ramón Montt: *¡Hola! ¿Cómo va todo? ¿Estás en el Besáme todavía? Porque estoy a cinco minutos y si quieres cenamos...*

—¡Jacarandis que quiere cenar! ¡Quiere cenar! —habló Violeta, emocionada, llevándose las manos al rostro.

—Está muerto de hambre, como siempre —replicó encogiéndose de hombros.

—¡Hambre de mí! Me arreglo y salgo pitando. ¡En media hora estoy allí!

Respiró hondo, se sopló los dedos para inspirarse y darse suerte, y escribió:

Violeta Salmerón: *He salido un momento porque había quedado con alguien en otro lugar, pero en media hora estoy ahí. ¿Me esperas?*

Ramón Montt: *Odio esperar. Otro día.*

—¡Dios mío! ¡La he pifiado! ¡Lo tenía en el bote y la he pifiado! —se lamentó Violeta, tirándose de los pelos—. ¡Los artistas detestan que los hagan esperar! ¡Cómo he podido cometer este error de principiante!

—¡Menudo gilipollas! Cítale otro día para zampar en otro sitio. Si este tiene hambre a todas horas.

—¿Dónde? —preguntó Violeta ansiosa con los dedos pegados al teclado.

—En el MacDonalds de Gran Vía, yo tampoco haría una gran inversión. Le compras tres BigMac y listo.

—Mejor algo más romántico, un plan de domingo bonito...

Violeta Salmerón: *¿Te apetece que quedemos mañana en el Retiro y luego comemos juntos?*

Ramón Montt: *A las doce, en las escaleras del estanque. Adiós.*



A las doce de la mañana Violeta estaba junto a las escaleras del estanque del Retiro vestida con un vestido azul y unos nervios que no le cabían en el cuerpo. Hacia un día espléndido, el parque estaba repleto de gente con ganas de sol, de césped y también de libros, porque en esos días se celebraba la Feria del Libro en Madrid, en ese mismo lugar.

Había llegado al estanque tras esquivar a cientos de paseantes que deambulaban por el Paseo de Coches, entre casetas de libros y más libros donde estaban firmando los autores.

Ella se había comprado unos cuantos, *thrillers* para su madre, novelas históricas para su padre, novelas con final feliz para ella, cuentos infantiles para sus sobrinos y había hecho cola para que Jordi Cruz le firmara su libro de recetas para Felipín.

Así que Violeta llegó a su cita, además de con el vestido azul y los nervios, cargada con las bolsas de los libros que pudo no solo ojear, sino empezar a leer porque Ramón, para variar, llegó a la cita con casi una hora de retraso...

—Perdón por el retraso —se disculpó en cuanto se bajó de la vieja bicicleta en la que venía.

—No pasa nada, estaba leyendo —dijo Violeta, con una sonrisa enorme, porque Ramón había venido y estaba más guapo que nunca con su moño, su barba, sus Ray-Ban Wayfarer blancas, una camiseta de rayas azules y unos vaqueros que debían ser más viejos todavía que la bicicleta.

—Hoy hace un día perfecto para leer. ¡Te he hecho un favor llegando tarde! —exclamó después de que dejara la bicicleta apoyada en la baranda del estanque.

—¡Sí, estoy encantada! —mintió porque tenía el culo y las lumbares doloridas de tanta espera en las escaleras, pero qué importaba ya si Ramón estaba allí, tomándola por los hombros y dándole dos besos en las mejillas, suaves y cariñosos.

—Es que he estado trabajando hasta hace nada, ya sabes cómo va esto de la creación. ¡Se me va el santo al cielo! ¡Me he pegado una ducha rápida y me he venido para acá!

—No pasa nada, me he pasado por la Feria, me he comprado unos cuantos libros y estoy aquí leyendo, tan ricamente.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó mientras miraba la portada del libro.

Y justo en ese momento Violeta se percató de que se había olvidado comprar *Pregúntale al polvo* la novela de John Fante que había tenido en la mano, de la colección Compactos de Anagrama, por menos de 9 euros además, con la intención de impresionar a Ramón, y en su lugar estaba leyendo una comedia romántica, con final feliz y portada rosa.

—Una novela... actual... chicos... chicas... la vida... el amor... —masculló, mordiéndose los labios.

—Todo lo que se escribe ahora es una mierda. Por eso no leo nada actual...

—Los clásicos son apuestas seguras —replicó Violeta, sintiéndose una estúpida por soltar tal obviedad.

—¡Paso de clásicos! No tengo tiempo de leer y casi todo me aburre. Ya no leo ni prensa, la política es un asco y lo demás: puro sensacionalismo. Pero es lo que toca, tenemos los políticos que nos merecemos, la literatura que nos merecemos y la prensa que nos merecemos.

—Menos mal que tenemos grandes deportistas: Gasol, Nadal, Javier Fernández... —apuntó para arrojar algo de optimismo, y tras decirlo se sintió más tonta todavía.

—El deporte no me interesa. Solo sé que vivimos en un mundo mediocre, habitado por gente muy pequeña —dijo en un tono grave, adusto, casi con dolor.

—*¡Hobbits?* —preguntó para distender un poco el ambiente, pero logró el efecto contrario a tenor de la cara de circunstancias que tenía Ramón.

—El mundo es una puta mierda y me parece muy frívolo hacer bromas con eso —la regañó Ramón, muy ofendido, llevándose la mano al pecho—. Me duele el mundo, me duelen las guerras, me duelen las injusticias, por eso bramo desesperado a través de mi obra —explicó sentándose a su lado en la escalera—. Es un grito desesperado que lanzo al abismo de sufrimiento, vacío y caos sobre el que caminamos en una finísima cuerda floja.

—Y lo haces genial, bramas y gritas de maravilla —dijo Violeta, emocionada como una fan, mientras guardaba el libro en la bolsa.

—Cada vez tengo más exposiciones, las comisarias me adoran, pero yo hasta que no vea mi obra en los principales museos del mundo, hasta que los coleccionistas no paguen auténticos riñones por mis creaciones, no voy a parar... No me basta con el grito, necesito que mi obra llegue, necesito ese *punch* —habló con contundencia, dando un puñetazo al aire—, que tambalee los cimientos de esta sociedad de mierda.

—Y llegará, ya lo verás. Es imposible no conmovearse...

—Es lo que busco, quiero que cuando se enfrenten a mi obra les duela tanto como a mí, que sus conciencias sangren y que no puedan dormir por las noches... —Y se levantó las gafas para mirar a Violeta con toda la fuerza de ese dolor que le quemaba por dentro.

Y Violeta suspiró porque a ese tío el dolor y la rabia le sentaban genial, le daban un brillo en la mirada tan *sexy* que ella solo quería lanzarse encima de él para consolarle a base de besos infinitos y humedísimos.

—Es justo lo que me pasa cuando estoy frente a tus esculturas... —mintió Violeta, vilmente, porque ella después dormía a pierna suelta.

Ramón la miró con intensidad, mesó su barba y luego dijo, con una voz profunda y arrebatadora:

—Eres muy especial, Violeta. A pesar de no dedicarte a esto, tienes sensibilidad, tienes un alma muy bonita y muy pura...

Violeta tembló entera, se ruborizó, se mordió los labios, estornudó por culpa de los castaños de Indias y luego musitó abrumada:

—Gracias, Ramón. Tú también eres muy especial.

—Estos días he echado de menos tu llamada... —confesó, sin dejar de mirarla con esa fuerza de artista del dolor.

—No quería molestarte...

—Tú no me molestas nunca. Es más, quiero que me llames. Me gusta sentirme perseguido, acechado, necesitado por alguien tan especial como tú —reconoció mientras Violeta se aferraba a las escaleras para que Ramón no se percatara de su temblor.

—Gracias otra vez, Ramón y ya sabiéndolo...

—No. Todavía no lo sabes todo —le interrumpió Ramón, muy serio—. Debes saber que no he tenido nunca ninguna relación importante, porque soy muy exigente en el amor. Busco a alguien muy especial, que merezca mucho la pena y tengo la intuición de que puedes ser tú...

Violeta sintió un ligero mareo y tuvo que respirar hondo para no marearse:

—¿Yo? —Pestañeó perpleja, alucinada, con el corazón a mil.

—Sí, tú. Eres sensible, eres dulce, eres generosa, eres paciente, eres noble y tienes unos ojos preciosos de un color... ¿verde? —preguntó extrañado acercándose más a ella.

—Sí, verdes —musitó tragando saliva.

—Es que es la primera vez que te los veo a la luz del día y son preciosos, verdes como...

—¿Como el trigo verde? —replicó, muerta de nervios.

Ramón tomó la mano que Violeta tenía apoyada en la escalera, entrecruzaron sus dedos y luego habló con mucha solemnidad:

—Estoy acostumbrado a estar solo y disfruto muchísimo de mi soledad. Pero estoy abierto a todo, no me cierro ninguna puerta, y menos para ti, sobre todo para ti —confesó apretando la mano de Violeta—. Así que si te esfuerzas, si luchas, si me demuestras que te importo, si me convences de que podría merecer la pena, te daré mi corazón y será solo tuyo, Violeta.

—Ramón... yo... —murmuró emocionada, con las palabras atoradas en la garganta.

—Pero tiene que ser muy fuerte y muy potente lo que me ofrezcas, mi vida es apasionante y tu amor debe estar a la altura.

—¡Estoy que no puedo ni respirar!— musitó Violeta, bajando la vista a su regazo.

—Lo entiendo, guapa —dijo cogiéndola por el mentón para obligarla a que levantara la cabeza—. Pero no te voy a engañar: el listón está muy alto.

—Ya. Eres un tío tan genial... —susurró muerta de amor por ese portento de hombre que le estaba pidiendo que luchara por su amor. ¿Se podía ser más afortunada?

—Pues ya lo sabes, nena: lucha por mí ¡duro! —Ramón le dio a Violeta un beso dulce en los labios, luego se bajó las gafas de sol y dijo—: Me quedaría contigo a comer, pero las comidas de los domingos en casa de mi madre son sagradas. ¡Hasta pronto, Violeta!

Y Ramón se marchó en su bicicleta vieja dejando a Violeta derretida de todo...



Y tanto se esforzó por demostrar a ese hombre lo dispuesta que estaba a luchar por su amor, que casi tres semanas después, a pesar de que no había respondido a sus llamadas, a sus wasaps, ni a sus mensajes por privado, ahí estaba ella colgándose en su muro una reseña de la obra de Ramón, en un blog de arte que tenía pinta de tener siete visitas al año y tres de su abuela.

—Tía, eres rematadamente idiota, pero lo entiendo: estás enamorada —concluyó Jacaranda días después, mientras terminaba de recoger.

Y además, era la última hora de un sábado lluvioso de junio, lo que confería a la indiferencia de Ramón tintes más dramáticos todavía.

—Me advirtió de que el listón estaba muy alto, pero es que no sé qué proponerle ya... —dijo lánguida, contemplando cómo su ordenador se apagaba.

—Mándale a la mierda, ¡ya verás cómo espabila! Todos estos narcisos son iguales, solo reaccionan con el castigo.

—Después de comer le escribí un wasap donde le invitaba a un microteatro en Artistic Metropól y luego cena en La Realidad, pero no responde... —informó sin levantar la vista del móvil—. Y no se ha muerto porque en su wasap estoy viendo que está conectado y no para de dar *MeGustas* en Facebook.

—¡Demasiado postureo! Eres tan poco auténtica, hija mía: mejor patatas bravas del bar de abajo y obra de teatro por los abueletes del barrio, y ya verás como viene como una flecha.

—¿Tú crees? —preguntó ansiosa por encontrar el plan ideal.

—Pues no. ¡Me parece demasiado para él! ¡Tía, pasa de ese petardo! Vámonos por ahí de marcha y que le den... —bufó Jacaranda, dando un manotazo al aire.

—No puedo. Hoy es el cumpleaños de mi sobrina Tati y... —Sonó la señal de que tenía un wasap nuevo—. ¡Espera que tengo un wasap! ¿Será suyo?

—¡Lo dudo! Tú no te follas a este hasta que no pasen como mínimo dos meses, ¡te está disciplinando, chata!

—¿Disciplinando para qué? —preguntó Violeta, angustiada.

—Porque él es el que manda, controla y domina.

—O sea que según tú me está manipulando —replicó cruzándose de brazos.

—Y según cualquiera, pero tú no puedes verlo porque estás pillada por ese mendrugo. Pero tranquila que como viene se va... Solo es cuestión de tiempo —explicó echándose la melena hacia atrás.

—¡Es Javier el del wasap! Dice que si queremos que nos podemos pasar hoy a por el carro de tu abuela —dijo Violeta con cierta decepción.

Decepción porque aunque Javier no le gustaba para nada, era agradable que se preocupara por ella, que le dijera cositas, que la besara de esa forma tan espectacular y no que le hablara de carros... La verdad era que había echado de menos que no hubiera contactado con ella en las últimas semanas y lo cierto era que ella tampoco lo había hecho con él, porque con el agobio que tenía para ganarse a Ramón, no había tenido tiempo ni de escribirle un wasap. Escribirle no por ella, sino para seguir con el tema de volver a juntar a Jacaranda y a Fon... Porque a ella no se le había perdido nada con él, le caía bien, era majo y besaba bien... Pero nada más... O eso creía. El caso es que le provocó cierta decepción que no preguntara por ella, ni comentara lo del beso, ni nada de nada, directo al grano y para hablar del carro de la abuela.

—Yo no voy a pasarme por allí, ¡ni loca! —informó Jacaranda, frunciendo el ceño y negando con la cabeza.

—¿Qué te cuesta? Si no tienes otro plan...

—Perdona, mona, pero yo siempre tengo plan. No tengo más que abrir mi carpeta de “Contactos” pedir con estos deditos —indicó moviendo deprisa los dedos de la mano— y me salen planes como setas a cada cual más sugerente... Así que como comprenderás, una mujer con una vida social y sexual como la mía, no se va a pasar un sábado por la noche arrastrando un carro de la compra por todo Madrid. ¡Tengo mejores cosas que hacer! ¡Gracias!

—Pásate un momento, te tomas una copa con Javier, saludas a Fon...

—Joder, qué pesada —bufó Jacaranda, quitándose la bata—. Que no, que a mí no me apetece follarme a Fon otra vez entre cajas de cervezas. Me apetece más un polvo de lujo y fantasía, algo más entre sedas y tules...

—¿Sedas y tules? ¿En tu maravillosa carpeta de Contactos hay algún tendero de telas o qué? —bromeó Violeta muerta de risa.

—¡Tendero de telas! ¡Qué prosaica eres! Me refiero a algo con *glamour*, con estilo, elegante y sensual con un tío ídem... —dijo soñadora echando una mano a volar.

—Le voy a decir que no podemos, que mejor otro día...

—¡Irás tú sola, porque lo que es yo! ¡Ni muerta! —protestó Jacaranda, mientras Violeta respondía a Javier.

—Mira, acaba de contestar, dice que si nos viene bien mañana por la mañana un *brunch*...

—No puedo faltar a la misa de doce de don Gregorio ni a mis tapas barriales y grasientas en el bar de Anselmo, me dan paz —indicó haciendo con los dedos el gesto de que meditaba—. Pero yo no te hago falta para nada. Acude tú y te haces un *brunch* y lo que surja con Javier. ¡Si lo estás deseando, boba!

—No, lo haría por hacerte el favor del carro.

—Lo tuyo con Javier no lo entiendo —habló mientras guardaba el móvil en el bolso—. ¿Estás jugando a hacerte la interesante con él? ¿Ya no te mola o qué?

Lo que le sucedía a Violeta es que no tenía más espacio en el disco duro de su cabeza que para Ramón, pero no todo estaba perdido y le dio tiempo a rectificar:

—Sí, es eso, estoy poniéndole las cosas difícilillas... ¡Que se lo curre!

—Con todo el cariño te digo que Javier no es tan tonto como tú. No te andes jugando demasiado con él, que al final lo vas a perder...

—Vale. Tienes razón. Voy a decirle que me paso mañana...

La idea de Violeta era pasarse por la mañana por el bar sobre todo para hablar con Fon y urdir algo para que se produjera un próximo encuentro entre Jacaranda y él. Y luego si eso, saludaría a Javier pero poco, muy poco, una cosa breve de “¡Hola! y ¡Adiós!”.

Pero llegó el domingo y la cosa se hizo un poco más larga...

Nada más entrar se encontró con que en la barra había una señora de unos sesenta años con una camiseta negra con el logo del bar, media

melenita, mirada expresiva, desenvuelta y simpática, que no conocía de nada pero que le sonaba de algo...

—¡Buenos días! Estoy buscando a Fon que me tiene que dar un carro.

—¿Eres Violeta? —Violeta asintió con la cabeza—. ¡Soy Mercedes, la tía de Javier! —dijo sacando el cuerpo por encima de la barra para darle dos besos—. Fon viene por las tardes, por las mañanas está Hache ¿lo conoces? —Violeta negó con la cabeza—. Javier se lo trajo también de Estocolmo, trabajaba con él allí, era traductor. Es sirio, llegó a Suecia huyendo de la guerra en 2011 con su familia y es un traductor magnífico, habla no sé cuántas lenguas, mi sobrino lo contrató. Luego, cuando se vino para España, se lo trajo también, a él y a su familia, que viven con mi madre.

—No sabía nada de él —habló entre sorprendida y conmovida por la historia. ¿Cuántas cosas más no sabría de Javier?

—Le llamamos Hache porque tiene un nombre muy complicado de pronunciar, entró como ayudante de Fon y ahora vuela solo. Es que se quedó casi sordo en un bombardeo y la verdad es que es el único que aguanta los gritos de Fon en la cocina. Hacen muy buen equipo, se complementan muy bien...

La historia era preciosa, pero Violeta se sintió rara, incluso hasta egoísta por haber estado hablando con Javier siempre de ella, de sus pequeñeces y de sus amores absurdos.

—Me alegro mucho —musitó con una pequeña sonrisa—. ¿Y tú podrías darme el carro? —Porque no le apetecía para nada ver a Javier, si es que estaba por ahí. ¡Se sentía fatal!

—¿Puedes esperarle un momentito que está por llegar? ¡Dime qué te pongo! —dijo cogiendo un vaso alto de cristal.

—Es que llevo un poco de prisa. ¿Tú no me puedes dar el carro? —suplicó tímida.

—Sí, pero prefiero que te lo dé él porque... —Mercedes le hizo un gesto con mano a Violeta para que se acercara y siguió hablado en voz baja—: Está loco por ti, no me perdonaría jamás que te marcharas sin verle. Así que venga, dime qué te pongo...

Violeta respiró hondo, suspiró y luego dijo porque necesitaba sentir algo cálido y suave en la garganta...

—Un vermú, por favor, solo, sin hielo ni naranja...



—Y con Ramón ¿qué tal? —la preguntó Mercedes, mientras sacaba una botella de vermú tinto Golfo—. Le conocí porque mi sobrino me envió de topo a Corazón, no sé si estás al tanto.

Violeta pensó que de eso le sonaba la cara de la tía Mercedes, luego se sentó en una banqueta frente a la barra y respondió resoplando:

—Sí. Lo sé. Pues con Ramón voy despacito.

—Mi amiga Rosario dice que debe tener alguna disfunción eréctil. Estuvo tanteándole un buen rato y esa fue su conclusión.

—Vaya... —musitó Violeta, en tanto que Mercedes vertía el vermú en un vaso bajo, sin hielos ni naranja.

—Rosario sabe de lo que habla. Se ha casado cuatro veces y ha tenido miles de aventuras. Tiene la experiencia suficiente para opinar con conocimiento de causa y dice que los tíos que lo hacen tan largo es porque ocultan algo: o están casados o su cosita no se empina.

Violeta dio un sorbo a su vermú que estaba buenísimo, a pesar de estar tomándolo a palo seco y luego dijo:

—Casado no está y en cuanto a la cosita... Con amor todo se vence.

—Con Viagra, querrás decir.

—Sí, amor y Viagra —replicó Violeta, encogiéndose de hombros y preguntándose si la amiga Rosario tendría razón.

—Yo no sé tanto como Rosario, pero a mí Ramón me pareció muy aburrido —comentó Mercedes mientras dejaba la botella de vermú en su sitio—. Es demasiado autorreferencial, encuentro que está muy centrado en sí mismo, que no tiene sentido del humor y que tiene que perder bastante, cuando por las noches se deshaga el moño.

—¿Tú crees? —preguntó Violeta frunciendo la nariz, al tiempo que ella pensaba que jamás se había imaginado a Ramón sin su moño.

—Hay que tener las facciones muy marcadas y huesudas, para que el pelo largo y la barba te queden bien como a Jesucristo.

—No te puedo decir, nunca le he visto sin moño —reconoció pensando que ya le gustaría a ella liberarle del moño en una cama.

—Pierde, ya lo verás. Se le irá todo el encanto *hipster* y mutará más en tío de las cavernas. Si te va ese rollo, perfecto; a mí es que me gustan más afeitaditos y oliendo a recién duchado, más tipo George Clooney. Conozco a un señor de clases de baile que es así, me tiene loca perdida... —confesó Mercedes poniendo los ojos en blanco—. Es clavado a Clooney, todo un caballero y si vieras como baila... pero está casado y requetecasado.

—No hay nadie perfecto —dijo Violeta, dando otro trago a su bebida.

—Habla maravillas de su mujer, de sus hijas, de sus nietos... Es un amor imposible, otro más en mi larga lista de amores contrariados —contó Mercedes, nostálgica.

—Nunca se sabe, tal vez con el tiempo...

—Qué va. Pero soy feliz así, amando en silencio, no he hecho otra cosa en toda mi vida.

—¿Nunca has tenido un amor correspondido? —preguntó Violeta, removiéndose en su banqueta de la curiosidad.

—Sí, unos cuantos, pero no salieron bien. Unas veces fue la rutina, otras el aburrimiento y otras que *se nos murió el amor de tanto usarlo*.

—Y ahora tienes una nueva ilusión...

—Sí —replicó Mercedes, con una sonrisa enorme—. No sabes cómo baila el tango, cómo me hace vibrar cuándo me toca, cómo me acaricia el alma cuando me mira, cómo me hace sentir cuando giramos y giramos en la pista de baile... ¡Me hace flotar de felicidad! Pero es de otra, qué le vamos a hacer. Me conformo con que al menos durante la hora y media que dura la clase ese hombre es mío y solo mío.

—No sabes lo que puede depararos el destino. Quién sabe, tal vez esa química que hay entre vosotros sea la antesala de...

—¡Buenos días, chicas! —les interrumpió Javier, que entró muy sonriente en el bar acompañado de un señor que era idéntico a él, pero con treinta años más y a una señora rubia, elegante, de rasgos angulosos que no dejaba de mirar a Violeta con suma curiosidad—. Papá y mamá os presento a Violeta... —dijo Javier señalando a Violeta con la mano.

—¡Hoy vas a conocer a media familia! —exclamó Mercedes divertida.

—Soy Hortensia —se presentó la madre de Javier, dando dos besos a Violeta—. Encantada de conocerte, Javier nos ha hablado mucho de ti...

—¿Sí? —preguntó Violeta, perpleja.

—Sí, no para de darnos la brasa contigo. Soy Javier, el papá de este genio —habló el padre de Javier, al tiempo que daba, con una mezcla de diversión y orgullo, una palmada en la espalda de su hijo.

—Sentaos donde queráis —dijo Javier, loco porque ocuparan una mesa no fuera a ser que hablaran de más—, que ahora os tomo nota.

—Que me la tome Stefan, ¿no ha venido? —preguntó Hortensia, buscándole por todas partes.

—Los domingos por la mañana descansa, mamá. Yo te atiendo...

—Prefiero a Stefan, pero me aguantaré. Violeta —habló la madre dirigiéndose a ella— mi hijo me había dicho que eras muy guapa, pero es que eres más que eso.

—Eres muy amable, pero soy muy normalita... —musitó Violeta ruborizada.

—Ahora entiendo por qué mi hijo ha vuelto a sonreír: eres luz. Toda su luz —aclaró Hortensia quien luego le comunicó a su hijo—: Nos vamos a la mesa del beso de *El hombre tranquilo*... —Luego cogió a Violeta por el brazo y la comentó—: Detesto las medias tintas, o se ama o no se ama, Maureen O'Hara y John Wayne son así, fuego rojo que ni el agua de lluvia puede apagar...

Los padres de Javier se sentaron en la mesa del beso de lluvia de *El hombre tranquilo* y Mercedes fue enseguida a tomarles nota, dejando así a Violeta y a Javier a solas.

—Tus padres son encantadores —dijo Violeta, porque le estaba poniendo nerviosa el silencio y porque era verdad.

—Es la imagen perfecta de lo que pasó con la Bella Durmiente treinta y tantos años después del beso.

—Es una bonita imagen...

—Porque la conversación ha durado poco y Stefan no está por aquí —confesó Javier, mientras miraba a Violeta con los ojos brillantes de felicidad por volverla a ver y sin dejar de preguntarse cómo hacía esa chica para estar cada día más guapa.

Iba vestida de manera casual, con unos vaqueros, una camiseta de rayas y unas bailarinas de estampado de leopardo, que le quedaban tan bien que él solo tenía ganas de quitarle a besos el *gloss* que llevaba en los labios.

—¿Stefan? —preguntó Violeta algo incómoda porque Javier le estaba mirando a los labios con demasiada... intensidad.

—El día que inauguramos el bar, mi padre se pasó de copas por la emoción del momento y, motivado también por los besos de las

paredes, se le fue la pinza: besó a Berta, una camarera brasileña, justo en aquel pasillo —explicó señalando el pasillo de la derecha—. Fue un beso rápido, fugaz, una cruzada de cables, pero mi madre que lo vio todo desde su silla todavía no le ha perdonado...

Violeta boquiabierta murmuró...

—Parecen una pareja muy bien avenida.

—Se llevan bien como amigos, como compañeros, pero como marido no le perdona. Hoy venimos del campo, donde tenemos una casa y donde mi padre lleva plantando hortensias desde que cometió su pecado, con el fin de expiar sus culpas y que mi madre le perdone.

—¿Y cómo va la cosa?

—Tenemos un terreno grande, me temo que mi padre va a estar plantando hortensias durante unos cuantos lustros más... —bromeó Javier, arqueando las cejas.

—¿Y la camarera? —preguntó intrigadísima.

—Tuve que despedirla, menos mal que pude colocarla en el bar de un amigo. Ella me contó que mi padre con su planta, su pelo blanco y su actitud, le recordó a Richard Gere, su actor favorito, y se dejó llevar por la pasión...

—Lo siento mucho, tus padres hacen tan buena pareja. Ojalá tu madre le perdone algún día...

—Supongo que sí, por algo no se han divorciado, pero entretanto mi padre lo cubre todo de hortensias y mi madre cada vez que viene, tontea descaradamente con Stefan. Qué le vamos a hacer, mi padre traga quina, Stefan que sabe lo que pasó y, como es un pedazo de pan, entra bien en el juego, en tanto que mi madre disfruta con su venganza.

—Qué complicado es todo y todo por un beso... Solo por un beso...

—Es que hay besos que son más que un beso, y no lo digo por el de mi padre a Berta —replicó Javier, sin dejar de mirar a los labios de Violeta.

—Supongo que sí —musitó Violeta, tapándose la boca con la mano—. ¿Y ahora me das el carro que tengo prisa, por favor...?



—Acompáñame a mi despacho que tengo el carro allí... —pidió Javier señalando al fondo del establecimiento.

—Te espero mejor, mientras termino mi vermú —dijo Violeta, temiendo quedarse a solas con él.

—Es que me gustaría que habláremos de lo de Jacaranda y Fon, en mi despacho vamos a estar más tranquilos.

Si era para hablar de eso y solo de eso, Violeta estaba conforme...

—De acuerdo...

Violeta acompañó a Javier hasta su despacho, agradable y decorado de forma *kitsch*, con muebles sacados de aquí y de allá, pero puestos con gracia por lo que el conjunto resultaba divertido.

—¿Dónde prefieres que nos sentemos en la mesa o en el sofá que era de mi abuela Antonia? —preguntó Javier, señalando un sofá de tres plazas de estampado floral.

—Lo que sea menos peligroso —se sinceró Violeta, aunque sabía que el peligro acechaba en cualquier parte.

—Sin duda, el sofá, de que pequeño solía morderlo y jamás me devolvió el ataque.

—¿Te comías el sofá? —replicó Violeta, sentándose en un extremo del sofá de la abuela.

—Detrás de ti hay una marca de mis dientes...

Violeta se dio la vuelta y se partió de risa porque lo que decía Javier era cierto.

—Entonces, me quedo tranquila, pero tú siéntate en el otro extremo. No quiero que se repita lo del otro día...

—¿Tan malo fue? —preguntó sentándose en el asiento más alejado—. He estado tentado todas estas semanas atrás de pedirte que me enviáras las fotos, pero me daba miedo a que pensaras que era un plasta...

—Colgué una foto en mi Facebook...

—La vi, pero yo digo la del beso —replicó Javier, estirando un brazo a lo largo del respaldo.

—Salió mal, fatal, no merece la pena —mintió Violeta, de la vergüenza que le daba que Javier viera la foto.

—¿Qué no merece la pena la foto o el beso? —quiso saber Javier moviéndose un poco hacia ella.

—Todo —musitó Violeta, encogiéndose de hombros—. ¿Y me puedes decir qué hacemos hablando de esto? —preguntó nerviosa, loca por cambiar de tema, pero al mismo tiempo halagada porque Javier no se hubiera olvidado del beso—. ¡Estoy aquí para hablar de Fon y Jacaranda!

—No te preocupes por ellos porque les pasa justamente lo mismo que a nosotros... —replicó, acercándose más todavía a ella, de tal forma que ya estaba en el asiento de en medio.

—¿El qué? —preguntó Violeta, separándose de él todo lo pudo, o sea casi nada.

—Que nos miramos y tenemos que besarnos —contestó sin más, como si fuera lo más normal del mundo que al mirarse le entrasen a uno ganas de besarse.

—A mí no me pasa eso contigo —mintió Violeta, al tiempo que Javier se acercaba tanto que sus muslos estaban ya pegados y podía embriagarse con su olor. Además, le fascinaban sus ojos y le volvía loca su boca, pero ella no estaba allí para besarle, porque se suponía estaba enamorada de otro, por eso añadió—: yo quiero a Ramón...

—¿Estás con él? ¡Si funcionó la foto es porque lo nuestro es más que creíble! —habló con una sonrisa enorme, pero temiéndose que la respuesta fuera que sí, que estaban juntos.

—No estoy con él. Quedamos en el Retiro y me contó lo que le pasa...

—¿Eyaculación precoz? —replicó Javier, con sorna, feliz de saber que no estaban juntos.

—Es muy exigente —contestó Violeta, sin reírle el chiste barato.

—¿Exigente con qué? —Javier colocó el brazo justo detrás de Violeta y luego volvió a sonreír de la forma tan irresistible que él lo hacía.

—¿Con qué va a ser? ¡Con el amor! No ha tenido ninguna relación importante hasta ahora porque pide mucho, necesita que le demuestren todo lo que se está dispuesto a dar y a luchar por su amor.

—Pero el amor no tiene nada que ver con eso... —dijo Javier, poniendo delicadamente la mano en el hombro de Violeta.

—Es un tío que es feliz en su soledad, por eso necesita que se le ofrezca algo que sea tan potente como para abandonar ese estado de plenitud total en la que vive.

—Ese tío es un pajillero emocional, tú te mereces a alguien que ame como tú lo haces —susurró acariciando con el dorso de la mano la suave mejilla de Violeta.

—¿Por qué has puesto una mano en mi mejilla y otra en mi hombro? —preguntó Violeta, perpleja, mirando la boca que se moría por besar.

¡Era todo tan extraño! ¿Qué le estaba pasando? ¿Cómo podía sentir deseo por Javier? ¿Cómo podía tener tantas ganas de quitarle la camiseta roja que llevaba puesta y sentir su piel sobre la suya?

—Porque voy a colocar mis labios sobre los tuyos... —susurró haciéndolo.

—Javier que no he venido aquí para... —musitó con los labios pegados a los suyos.

—Para que te bese como deseas que lo haga...

Javier tomó a Violeta por el cuello y la besó suave en los labios, una sola vez, que fue tan íntima y tan intensa que a ella no le quedó más remedio que cerrar los ojos y suplicar...

—Hazlo, por favor.

Javier posó los labios en el cuello de Violeta y lo mordió hasta arrancarle un pequeño gemido, luego volvió a su boca que besó otra vez despacio, una, dos y tres veces...

—Nunca podré solo besarte, Violeta —murmuró Javier, son sus labios pegados a los de ella.

—¿Qué? —pestañeó, deseando que siguiera haciéndolo.

Javier tomó el labio inferior de Violeta con sus labios y lo mordió ligeramente, luego lo lamió con la punta de su lengua y volvió a morderlo, esta vez con más presión...

—Que lo mío es beso y algo más, siempre será algo más...

Javier estrechó a Violeta contra él y besó sus labios que ella entreabrió, entregada, para que sus lenguas se reencontraran y aquel beso se hiciera infinito.

Y mientras se hacía, las manos de Violeta se enredaron el pelo de Javier y las de Javier se perdieron por debajo de la camiseta de rayas de Violeta, la liberaron del sujetador y dejaron sus pechos a merced de sus caricias.

Violeta sabía que lo que acababa de decir Javier era cierto, que ese chico no solo estaba besándola, que sus manos no estaban recorriendo su piel solo por puro deseo que se apaga como un fuego que apenas empieza.

Porque las caricias de Javier, que en ese instante se demoraban por su espalda, y los besos incendiarios que acababan de provocar que le arrancara su camiseta roja, eran mucho más que piel y roce en un arrebato loco, eran mucho más que humedad, saliva y tibieza.

Javier besaba buscándola, intentando atrapar su esencia, devorándola, poseyéndola, como si así pudiese despertarla de un viejo y largo sueño, y ya no pudiera perderla jamás.

Y Violeta en el centro del laberinto, quieta y anhelante, se dejaba llevar. No podía hacer más que entregarse a ese algo imparables que Javier había desatado porque, aunque sabía que podían complicarse mucho las cosas si seguía aceptando todo lo que le daba, no podía decir “basta”, no podía apartarle de su cuerpo y que cesara toda aquella locura que no tenía que estar pasando.

¿Pero en el caso de Violeta qué era? ¿Besos y algo más? ¿Besos que duran lo que quiera el deseo? ¿O besos que estaban más allá de todo eso?

Le dio igual saber la respuesta, se limitó a quitarse la camiseta, a quedarse con el torso desnudo ante Javier y susurrar:

—Quiero mucho más...

Javier pegó su cuerpo al de ella, sintió su calor y sus ganas y con el corazón latiéndole con fuerza y los ojos de un color mar extraño que brilla bajo un sol intenso, le dijo:

—Espérame...

Se besaron otra vez, se enredaron las manos y las lenguas, y luego Javier, tras ponerse a toda prisa la camiseta de nuevo, se ausentó durante unos instantes...



Javier regresó del cuarto de baño con un par de preservativos que había comprado en la máquina y volvió a sentarse al lado de Violeta, que seguía con la mitad del cuerpo desnudo.

—Tenía miedo a que te hubieras arrepentido y que ya no estuvieras... —confesó feliz de tenerla delante.

—De momento, sigo aquí —replicó Violeta, sonriente.

—La chica de los ojos verdes que apareció un día de lluvia —susurró acariciándole los labios con el dedo índice.

Violeta cerró los ojos y musitó:

—La chica que está donde no debe, pero que por nada del mundo quiere perderselo.

Javier la tomó por la barbilla y volvió a besarla en los labios despacio, mientras Violeta volvía a sacarle la camiseta.

—Me siento como si tuviera quince años y hubiera invitado a la chica que me gusta a estudiar a casa —musitó sin dejar de besarla—. Mis padres están fuera, a mi tía Mercedes que es una cotilla le va a faltar tiempo para llamar a la puerta, y yo me siento tan feliz como no recuerdo.

—¿La puerta está cerrada con pestillo? —preguntó Violeta, parpadeando muy deprisa.

—Sí, pero llegado el momento a mi tía Mercedes le va a dar todo igual y si tiene que derribar la puerta a porrazos, la va a derribar.

—Tranquilo, nos dará tiempo a vestirnos mientras lo hace... —dijo Violeta, cogiendo a Javier por el cuello y besándole apasionada.

—Me da igual todo, solo quiero tenerte...

Y Javier no dijo más, y no porque no tuviera miles de cosas por decir a esa mujer preciosa que le hacía sentir tantísimas cosas, sino porque llegaron a ese punto en el que las caricias y los besos son más precisos y certeros que cualquier palabra.

Por eso, Javier descendió con sus besos por el cuello de Violeta, luego por los pechos y así siguió recorriéndola hasta que llegó a su vientre y quiso más, muchísimo más.

Ella se desabrochó sus vaqueros que Javier retiró y luego tumbada en el sofá, Javier siguió bajando con sus besos, lentamente...

—Y yo quiero que me tengas... —susurró Violeta, mientras Javier le bajaba las braguitas. ¡Y ella que solo había ido a recoger un carro de la compra!

Javier acarició la humedad de Violeta con los dedos y luego con la lengua, arrancándole gemidos que le volvieron más loco todavía. Y Violeta, que había perdido la cuenta de la última vez que le habían hecho algo parecido, dio gracias por tanto placer, mientras enterraba sus dedos en el pelo de Javier.

Él se demoró cuanto quiso, lamió, chupó, profundizó, y cuando ya no pudo más, se desprendió de sus pantalones, abrió un condón y se lo puso con cuidado.

—Necesito estar dentro de ti, o te juro que me moriré —dijo tumbándose encima de ella.

—Te creo porque me pasa lo mismo —confesó Violeta, deslizandole las manos por la espalda de Javier hasta posarlas en su culo. ¡Y qué culo!

Javier se abrió paso entre los pliegues de Violeta y la penetró sin creerse todavía que eso estuviera sucediendo.

—Esta mañana cuando me he despertado en el campo, entre miles de hortensias y un sol hermoso, estaba convencido de que era el hombre más afortunado del mundo porque además y sobre todo iba a verte...

—¿Y ahora qué piensas? —jadeó Violeta mientras apretaba las nalgas de Javier para sentirle más dentro.

—Joder, que tal vez por soportar a Fon, por trabajar tanto o porque alguien arriba se ha equivocado de elegido, me he ganado un paraíso...

Violeta rodeó a Javier con sus piernas y le mordió los labios, susurrándole:

—Pues a mí sí me llegan a decir que hoy me iba a pasar esto, no habría venido...

—¿Y ahora te quieres ir? —preguntó Javier, entre jadeos, sin dejar de penetrarla.

—Ahora quiero que no acabe nunca...

Violeta hundió los dedos en el pelo de Javier y luego le besó en el cuello derretida de placer, porque le estaba haciendo el amor como jamás se lo habían hecho en su vida. Y no decía eso porque no tuviera memoria, que tenía y bastante, sobre todo de los polvos birriosos que había tenido, y habían sido unos cuantos, sino porque era sencillamente la pura verdad.

Ese hombre follaba tan bien que Violeta estaba al borde un orgasmo que tuvo que esperar un poco, porque Javier decidió incorporarse, tirar de ella y sentarla a horcajadas sobre él.

Violeta gimió y empezó a mover sus caderas, a hacerle el amor a él, mientras Javier descendía la mano hasta su clitoris, susurrándole entre beso y beso:

—No va a acabar nunca, Violeta. Nunca...

Javier siguió acariciándola con tal maestría que ella cerró los ojos esperando el orgasmo que llegó casi al momento...

—Bésame, por Dios, o mis gritos se van a escuchar en el bar entero... —suplicó Violeta, jadeante.

Él la besó con fuerza, salvaje, pero lo que Violeta nunca imaginó, a pesar de que de la garganta de Javier ya solo salían gruñidos agónicos y de que lo sentía en su interior más duro que nunca, era que él fuera a correrse con ella, sin cesar de devorarla y justo a la vez...

Abrazados, sin aliento y alucinados por lo que acababa de suceder, se quedaron un rato en silencio, solo sintiéndose.

Luego Javier tiró de Violeta y la tumbó sobre él, sin dejar de mirarla asombrado...

—Y yo que pensaba que este domingo iba a ser un domingo más... —susurró Violeta, risueña, mientras acariciaba el pecho de Javier.

—El mejor domingo de mi vida entera... —replicó Javier acariciándole el pelo.

—No seas exagerado —Violeta apoyó la cabeza en su pecho y sonrió feliz, aunque fuera mentira.

—Te digo la verdad. ¿Tú no sientes que esto que ha pasado ha sido especial? —preguntó tomando a Violeta de la barbilla para obligarle a que le mirara a los ojos.

—No sé... —musitó Violeta, más por miedo que porque fuera cierto, porque la realidad era que jamás había experimentado nada parecido. Había sido un polvo inesperado, pero tan intenso y tan mágico, tan íntimo y tan especial que no se parecía a nada de lo que había vivido hasta entonces.

—Yo sí sé lo que veo en tus ojos, ahí está la única verdad —dijo Javier rotundo.

—¿Y qué verdad es? —preguntó Violeta, con el corazón latiéndole fuerte junto al de Javier que latía de idéntica forma.

—La misma que yo estoy sintiendo.

Violeta apoyó otra vez la cabeza en el pecho de Javier, para que dejara de leer sus ojos y volvió a acariciar su pecho, cubierto de pelo...

—¿No te depilas nunca? —quiso saber divertida, para cambiar de tema. Tanta intimidad le estaba desbordando...

—¿Quieres que me depile para la próxima vez?

Violeta no quería pensar en nada más que en el momento presente, por eso siguió acariciándole hasta que notó una pequeña cicatriz en el pecho de Javier, junto a su corazón...

—¿Y esta cicatriz? —preguntó tocándola con la yema del dedo índice.

—Cicatrices de amor —susurró él.

—En serio...

—Que sí, que es verdad, es una cicatriz de amor. De pequeños a mi primo y a mí nos gustaba la misma niña y nos pusimos a pelear por ella a espada, o sea con dos ramas porque estábamos en el campo...

—¿Y quién ganó? —inquirió tras besar la cicatriz.

—Siempre creí que él, porque acabó casado con ella, pero ahora sé que los dos porque mi sino era perder para poder encontrarte.

—¿A mí? —replicó, emocionada, con un hilillo de voz.

—Sí, a ti...

Violeta sonrió, cerró los ojos y se quedó dormida, feliz, escuchando los latidos del corazón del hombre que besaba como nadie...





—Digo que nos perdones, tía, le he estado enseñando a Violeta fotos que tenía en el ordenador de cuando montamos el bar, de la inauguración, de las fiestas que hemos hecho y ella me pedía que le mostrara más y más... —explicó mirándola con ojos perversos—. Y se nos ha echado la hora encima...

—Siento mucho haberte hecho esperar, Mercedes. ¡Es que soy una pesada! —añadió Violeta, mordiéndose los labios.

—No quería que acabara nunca, imagínate... —habló Javier, que se lo estaba pasando en grande.

—La que lamenta haberos interrumpido soy yo, pero es que me he dejado el bolso dentro y tengo que marcharme. Lo cojo un segundito y podéis seguir con lo que estabais haciendo...

Y como si lo que hubiesen estado haciendo fuera algo tremendamente horrible, Violeta replicó asustada:

—¡No! ¡No! ¡Jamás! Yo ya me voy... tengo también muchísima prisa. Encantada de conocerte, Mercedes y gracias por todo... —se despidió dando dos besos en las mejillas a la tía de Javier.

—Gracias a ti por ponerle a Javier la cara de felicidad que tiene ahora mismo. ¡Hacía mucho que no le veía tan radiante! —replicó la tía Mercedes pellizcando la mejilla de su sobrino.

—Eso, Violeta, gracias por esta cara que me has puesto —dijo Javier, sin parar de sonreír.

—Yo no he hecho nada, es tu cara de siempre —farfulló nerviosa, mientras se colgaba bien el bolso que se le estaba deslizando un poco.

—¡Uy qué va! Tiene un fulgor en la mirada y un color de piel que yo no le he visto nunca a mi sobrino, es como si viniera de estar muy descansado. ¡Cómo si viniera de pasar un día en la playa!

—Es que ver fotos relaja mucho, ¿verdad, Violeta? —preguntó Javier, guiñándole el ojo.

Violeta esbozó una sonrisa forzada y la tía Mercedes respondió por ella:

—Pues sí que debe relajar porque a ella también se la ve con un semblante que no traía cuando ha llegado al bar. Así que a ver si vuelves pronto, maja, que os sienta muy bien a los dos... ver fotos...

—Volverá pronto, tía. ¿A qué sí, Violeta? —preguntó Javier, revolviéndose el pelo con la mano y mordiéndose el labio inferior de una forma tan sensual que no pudo evitar recordar lo bien que *beseaba*.

¿*Besear*? ¿Beso y algo más? Tenía que huir como fuera o iba a empezar a desvariar más de la cuenta. Por eso, muy nerviosa y diciendo adiós con la mano, dijo:

—Tengo mucha prisa, de verdad. ¡Adiós y gracias!



Violeta intentó no pensar en lo sucedido con Javier durante el resto del domingo, aunque no lo consiguió porque el recuerdo le asaltaba a todas horas: de hecho, apenas pegó ojo esa noche.

Por eso, cuando Jacaranda llegó al trabajo al día siguiente, se encontró a su amiga un poco perjudicada...

—¡Buenos días, Violeta! ¡Vaya careto que tienes, tía! ¿Es de estar triscando alegremente con Javier? ¿Has pasado la noche con él? —quiso saber Jacaranda curiosa.

—No, solo pasé la mañana —confesó Violeta, sin darle importancia, mientras encendía su ordenador.

—¿Con él? ¿Hubo *trikitriki*?

—Sí... —dijo Violeta, abatida, derrotada, bajando la vista al suelo.

—¿Y por qué lo dices así de mustia? ¿Folla fatal o qué? ¡Pues no tiene pinta! —soltó mientras colgaba el bolso en el perchero y se ponía la bata.

—Lo hace muy bien, para qué te voy a engañar. Besa bien, toca bien, se mueve bien, pero fue todo muy inesperado. Piensa que yo solo iba a recoger tu carro y de repente me veo en su despacho, sentada en el sofá de su abuela, con él a mi lado mirándome con ojos de... — Violeta prefirió callarse —. ¡No quiero seguir recordando! —exclamó llevándose las manos a la cara, como si así pudiera evitar los recuerdos que torturaban su mente.

—Mira que eres rara, entiendo que estuvieras así si hubiera sido un *kiki* fallido, pero si el tío se lució y te hizo las cosas bien hechas, ¿por qué lo estás viviendo como un drama? ¡Ni que te hubieras tirado a un patán picha fría! —dijo abrochándose la bata.

—Pues porque no lo esperaba y estoy desbordada...

—Te ha pasado como los pueblos donde nunca llueve y de pronto les cae una gran chaparrada: las alcantarillas no chupan y el agua todo lo desborda. Pero tú chupa, tía. Chupa que eres muy afortunada... —Violeta sonrió porque su amiga estaba como una cabra—. Acepta y traga, si esto es como una mamada.

—Por favor, deja los símiles, Jacaranda... —pidió Violeta, que no sabía dónde meterse.

—¡Qué delicada eres, hija! Bueno, pues al grano: ¡alegría que estos polvos inesperados son los mejores! —sentenció poniéndose a su lado y dándole una palmada fuerte en la espalda.

—Solo sé que estaba tan nerviosa que me fui sin el carro...

—¡Lo hiciste para tener una excusita para regresar de nuevo! ¡A mí no me engañas, pillina! —concluyó Jacaranda, frotándose las manos.

—No, no voy a volver por allí. Lo de ayer fue una cosa... extraña... y ya está, que no se va a volver a repetir —negó Violeta, con la cabeza.

—Lo de ayer te pareció anormal porque follas muy poco, Violeta. Pero te aseguro que es algo natural que algunos practicamos hasta varias veces al día —apuntó Jacaranda, con sorna.

—Qué graciosa eres. Pero no estoy preparada para repetir. Es muy fuerte todo esto que me está pasando —explicó cruzándose de brazos de la angustia que tenía encima.

—¿Qué te está pasando? ¿Te ha dicho que no quiere volver a repetir? —Violeta negó con la cabeza—. Pues entonces, no sé qué preocupaciones más tontas tienes, hija. Te acabas de tirar al tío que te gusta, te lo has pasado bien y tiene visos de continuidad, ¡lo único que nos queda es pedirnos una botella de vino bueno en la comida y celebrarlo! —canturreó moviendo sus manos como si agitara pompones.

—Ya sí... —masculló sin ningún entusiasmo.

—Oye, ¿ese tío del moño que está en la puerta a punto de entrar no es Ramón?

Violeta miró a la puerta y efectivamente era él. ¡Ramón estaba en su óptica! Llevaba desde el encuentro en el Retiro sin saber de él, ni había respondido a ninguno de sus mensajes, ni siquiera se había molestado en darle a un *MeGustas* a alguno de sus estados, pero ¡estaba a punto de entrar en su óptica! ¿Casualidad o habría ido ex profeso a visitarla?

Muerta de los nervios, se miró en el espejo donde los clientes se probaban las gafas y se percató de que estaba sencillamente: ¡horrenda!

—¡Parezco una zombi! ¡Estoy feísima! ¡Ya es mala suerte que venga el día que no he pegado ojo y estoy con la cara lavada! —se lamentó pellizcándose las mejillas, a ver si así conseguía mejorar algo su aspecto.

—¡Mejor que te vea así! ¡Que se joda! Con careto de haberte pasado la noche follando como una loca...

—¿Tú crees que tengo cara de eso? —preguntó Violeta, incrédula.

—¡Échate un poco de *gloss* y no dejes de sonreír! —ordenó Jacaranda tras tirarle el tubo de *gloss*.

Violeta lo abrió rápido y acabó de ponérselo justo cuando Ramón hacía acto de presencia en la óptica...

—¡Buenos días, Violeta! —saludó con una sonrisa tan esplendorosa que a Violeta se le escapó un suspiro.

—Buenos días, Ramón ¿qué haces por este barrio? —preguntó Violeta, dirigiéndose hacia él, temblando como una hoja.

—He venido a verte, guapa —respondió dándole dos besos.

—¿A mí? —replicó Violeta, sonrojada.

—Sí, preciosa. A ti.

Violeta se retiró un mechón de pelo detrás de la oreja, más por nervios que porque le molestara, y luego se lo presentó a Jacaranda:

—Jacaranda te presento a Ramón, el artista magnífico del que te he hablado tanto...

—¿Ramón? ¿Ramón qué? Es que me hablas de tanta gente magnífica... ¡Tienes tanta vida social! —soltó Jacaranda, haciendo que su amiga se sonrojara más todavía.

—Soy Ramón Montt —se presentó él, dándole dos besos a Jacaranda—. Encantado. Y sí, Violeta, he venido a verte —dijo dirigiéndose a ella— y ya de paso que estoy aquí, querría probarme unas Wayfarer amarillas. Llevo tiempo con el capricho, pero es que no sé si me sentarán bien. ¿Tendrías algunas por ahí para probarme?

Violeta con el corazón latiendo muy fuerte y sin dejar de suspirar, respondió embelesada:

—Sí, claro que sí... Siéntate por favor... —le pidió señalando la silla más próxima y luego yéndose al estante de las Ray-Ban para buscar las gafas amarillas.

Ramón se quedó sentado esperando a que Violeta regresara con las gafas y justo en ese instante llegó el padre de Violeta, que ya era el colmo de la mala suerte que tuviera que plantarse en la óptica justo el día que aparecía Ramón.

—¡Buenos días! —saludó su padre.

—¡Nicolás, buenos días! —respondió Jacaranda, acercándose a él y dándole dos besos.

—¡Hola! —saludó Violeta—. Papá este es Ramón...

—Ramón ¿Ramón? —preguntó su padre levantando las cejas y haciendo que Violeta se ruborizara más todavía.

—Ramón, el escultor, sí. Es que le he hablado mucho a mi padre de tu obra, te admiro tanto... —Ramón asintió con la cabeza, todo pagado de sí mismo, hinchando el pecho cual palomo orgulloso.

—Encantado, señor. Es todo un placer —dijo Ramón, estrechándole la mano.

—Voy a atenderle, que ha venido a por unas gafas... —habló Violeta que se marchó a buscar las gafas, las tomó del estante y regresó con ellas.

—Aquí las tienes —informó con una sonrisa nerviosa, sentándose frente a él.

Ramón se probó las gafas y tras mirarse un buen rato en el espejo, marcando pómulos y poniendo morritos, concluyó:

—Me quedan brutales, ¿no crees?

Violeta asintió emocionada porque era verdad que le quedaban de fábula...

—Ese modelo te queda genial, bueno en realidad tienes un rostro al que todo le sienta bien.

—Eso me suelen decir, que tengo unos rasgos tan perfectos y bien definidos que todas las gafas me quedan bien. Entonces, me las llevo —dijo guardando las gafas en el estuche—. ¿Tienes una bolsita por ahí para no llevarlas en la mano? —Violeta le tendió la bolsa, solícita y él añadió—:Me has atendido genial, eres una profesional estupenda... —dijo poniéndose de pie con esa sonrisa que tenía derretida a Violeta.

—Gracias Ramón, eres muy amable —agradeció poniéndose de pie.

—Nos vemos, guapa. Nos llamamos. Acuérdate de la conversación que tuvimos en el Retiro —recordó tomándola por los hombros y dándole dos besos cariñosos.

—Sí... —musitó entre suspiros.

—Me voy. Buenos días, señores...

Y Ramón se marchó con sus gafas amarillas dejándoles a todos perplejos...



—¿Ahora regresa? ¿O se ha ido definitivamente? —preguntó Nicolás, sin entender nada.

—¡Lo habéis espantado vosotros! ¡Tú mirando con cara de búho y Jacaranda diciendo chorradas! ¿Qué esperabais? ¡Lo habéis intimidado! ¡Muchas gracias a los dos! —replicó ofuscada, aferrándose al ratón de su ordenador, con furia.

—Pero si le ha encantado que le preguntara si era Ramón-Ramón —se defendió el padre de Violeta.

—Y yo lo único que he hecho es hacerte un favor para que vea que eres una chica divertida, interesante, con una vida apasionante —se justificó Jacaranda.

—Sí, seguro que sí —masculló contrariada, con la vista fija en la pantalla de su ordenador.

—Además con quien debes enfadarte es con él, que se ha llevado las gafas por la patilla —apuntó Jacaranda y Nicolás asintió.

Violeta levantó la cabeza de la computadora y tras resoplar muy enojada inquirió, enfrentándose a su amiga con la barbilla levantada:

—¿No te basta con habérmelo espantado que ahora también pretendes acusarlo de gorrón?

—¿Ha dicho algo de que te vaya a pagar las gafas? —preguntó Nicolás, con todo el tacto que pudo.

—No, porque es mi regalo. ¿Algún problema? —Jacaranda y Nicolás negaron con la cabeza—. Y ya te vale, papá, que tengas que aparecer justo el día que viene Ramón a verme...

—¿A verte? ¡No me hagas reír! A birlarte unas gafas: matiza —insistió Jacaranda que le gustaba siempre llamar a las cosas por su nombre.

—¿Qué no entiendes de la palabra re-ga-lo? ¡Regalo gafas a quien me da la gana! Y ahora ¿me podéis dejar trabajar? ¡Gracias!

—Yo sí molesto, me voy... —dijo Nicolás, levantando las manos.

—No, no molestas. Pero qué mala suerte que hayas tenido que venir de visita, justo el día que aparece el chico que me gusta...

—¡Buah! —bufó Jacaranda—. No la hagas ni caso, Nicolás. Si ahora le gusta otro mucho más...

—¿Ah sí? —preguntó Nicolás muy interesado en el asunto.

—Sí, ese que está en la puerta —contestó lívida mirando hacia la puerta, que Javier y Fon estaban a punto de abrir.

—¿Qué dices? —replicó Violeta, con la nariz arrugada. Y entonces, miró hacia la puerta y vio que eran ellos: Fon y Javier.

—¡Qué divertido es esto! ¡De verdad que cuánto lamento haberme jubilado! —exclamó Nicolás, mirando muy intrigado hacia la puerta.

—Tú ya has trabajado mucho aquí, ahora te toca hacerlo con Macarena y sus cuatro criaturas... —Macarena era la hermana pequeña de Violeta, que con treinta años ya tenía cuatro hijos.

—Esto está mucho más interesante, ¿y estos de la puerta que no se atreven a entrar quiénes son?

Fon y Javier estaba en la puerta de la óptica, parados y cuchicheando nerviosos...

—El de la cazadora vaquera es un imbécil y el otro de la camisa de cuadros es el chico de Violeta —contestó Jacaranda, muy mosqueada por volver a ver al idiota del reptil.

—¿A ti el que te gusta no es el artista de la cochambre? —preguntó Nicolás a su hija, que estaba a punto de romper el ratón de la fuerza con la que lo estaba apretando.

—¡Eso era antes! Ahora tu hija se ha vuelto bígama... —apuntó Jacaranda.

—Papá, no le hagas ni caso. Cuando Jacaranda no desayuna solo dice majaderías...

—Nicolás sabe que siempre digo la verdad —intervino Jacaranda, colocándose bien el pelo con las manos, sin dejar de mirar a la puerta—. Y sí, a tu hija le gustan los dos, pero con quien ha habido tomate es con este, el de la camisa de cuadros, se llama Javier y tiene un bar en Malasaña.

—¡Un tabernero! Que yo sepa en la familia no habido ninguno, él será el primero que...

—El primero de nada, papá. Que a mí este chico...

Violeta se calló porque justo en ese momento Javier se armó de valor para empujar la puerta y entrar con una gran sonrisa.

—¡Buenos días! Vengo a por gafas, a por muchas gafas...

—Eso está muy bien, muchacho —dijo Nicolás encantado—. Soy Nicolás, el padre de Violeta —explicó tendiéndole la mano—, la óptica la lleva ella. Yo estoy jubilado, pero de vez en cuando me paso por aquí a recordar viejos tiempos —siguió contando mientras apretaba con fuerza la mano de Javier— y comprobar lo fantásticamente bien que mi niña y Jacarandita llevan el negocio... ¡Son dos chicas guapas, eso salta a la vista, buenas, talentosas, inteligentes, estupendas, simpáticas, trab...!

—Papá, ya los atiendo yo... ¡Gracias! —interrumpió Violeta, que no podía pasar ya más vergüenza.

—Soy Javier Pereira, soy...

—Ya sé quién eres, el chico que le hace tilín a mi hija —le interrumpió juntando los dedos índices.

—¿Le hago tilín? —preguntó Javier, sin salir de su asombro.

—¡Mi padre te está confundiendo con otro! —saltó Violeta, con ganas de meterle a su padre una tonelada de papeles en la boca para que se callara de una vez.

—Soy Fon, Afonso Sánchez, soy socio y chef en el bar de mi amigo Javier —se presentó Fon tendiendo la mano al padre de Violeta—. Y sepa que suscribo la descripción que ha hecho de las chicas... Por cierto, ya que le veo tan puesto ¿no sabrá si yo le hago tilín a la Pili? ¡Es que yo la conozco de los tiempos que era Pili!

—Pues no tengo no tengo noticia, pero mejor será que se lo preguntes a ella...

—¡Lo que voy hacerte es tolón en la cabeza con la sartén más pesada que tengas de tu cocina! —espetó Jacaranda, con los ojos chispeantes de rabia.

—No te fíes de su respuesta, ¿Afonso dices que te llamas? —preguntó Nicolás, arqueando las cejas.

—Así es, caballero. Es que el funcionario del registro se comió la letra L...

—Y él en vez de corregir el error, presume de tener ese nombre tan ridículo. ¡Afonso Sánchez! ¿Pero quién te va a tomar en serio llamándote así? —exclamó Jacaranda, mirándole con desprecio.

—Lo encuentro muy original, le imprime carácter... —sugirió el padre de Violeta, acariciándose la barbilla.

—Gracias, señor —agradeció Fon, llevándose la mano al pecho—. Pues sí, a mí también me lo parece. Es auténtico, por eso lo mantengo, y todo el mundo me llama Fon, que también es muy carismático.

—Sí, ¡qué te llamen “teléfono” es de lo más carismático! —se mofó Jacaranda.

—De cualquier manera viene de Alfonso que es un nombre de rey, como el de tu Felipín... —sugirió Nicolás.

A Jacaranda se le mudó el semblante, miró aterrada a Nicolás y luego interpeló a Fon, muy cortante:

—¿Se puede saber que se te ha perdido por aquí?

—Vengo a graduarme la vista, debe ser por la edad, pero últimamente he notado que para leer bien el móvil tengo que alejarlo bastante.

—Eso debe ser presbicia. Jacaranda, tu Pili —aclaró Nicolás con una sonrisa—, te graduará la vista.

—No, Nicolás. Yo me niego —dijo Jacaranda negando con la cabeza y cruzándose de brazos—, que se la gradúe Violeta...

—Es que Violeta tiene que atenderme a mí —intervino Javier—. Necesito comprar muchas gafas de sol y tiene que asesorarme ella...

—¡Claro que sí, Javier! Mi hija te atenderá gustosa. ¿Verdad que sí, Violeta? —preguntó Nicolás a su hija, asintiendo con la cabeza.

—Pues no. Yo graduaré a Fon y Jacaranda que atienda a Javier...

Javier dio unos cuantos pasos hasta situarse frente de Violeta y replicar, musitando:

—Pero es que yo te necesito a ti...

Fon hizo lo mismo y mirando a los ojos de Jacaranda, muy emocionado, susurró:

—Y yo a ti, Pili.

—¡No se hable más! —zanjó Nicolás, que al fin y al cabo era el jefe emérito—. Jacaranda atenderá a Alfonso y Violeta a Javier...

—Pero papá... —protestó Violeta, molesta.

—Calla que este chico me gusta mucho más que el otro y nos va a comprar muchas gafas. Así que atiéndele y déjate de tonterías, que eso de que eres bígama es una moda pasajera...

—¿Eres bígama y yo soy uno de ellos? —preguntó Javier entusiasmado.

—Que te lo explique mientras te atiende...—terció el padre de Violeta, dando una palmadita en la espalda de Javier—. ¡Vamos chicas, a trabajar...!



Ya sentado en el autorefractómetro, Fon preguntó a Jacaranda que parecía muy concentrada realizándole la prueba:

—¿Quién es Felipín?

Jacaranda respiró hondo y tratando de disimular su nerviosismo, respondió:

—Ya te lo he dicho: ¡mi perro! Y ahora ¿me podrías dejar trabajar?

—Te conozco tanto, Pili. Tú me ocultas algo... ¿Es un tío, verdad? ¿Es tu amante? ¿Está casado, no? Por eso lo tienes oculto...

Jacaranda con tal de que dejara de hacer preguntas sobre Felipín, decidió darle la razón, al menos en parte...

—Pues mira, sí, es mi novio. Está soltero y somos muy felices. ¿Satisfecho? ¡Pues ahora cierra el pico!

—¿Y por qué le llamas Felipín? ¿La tiene pequeña? —replicó Fon, que no tenía pensado cerrar el pico para nada.

Jacaranda levantó la vista del autorefractómetro y le soltó:

—¿Qué tonterías dices! ¿Acaso no te llamas tu Fon?

—¡Y la tengo bien grande! ¡Eso es cierto! Oye, Pili y ¿le contaste a Felipín que follamos el otro día?

—¿A ti qué coño te importa lo que le cuento o le dejo de contar a mi novio? —espetó volviendo a su tarea.

—Joder, porque me interesa saber si a mí también me pusiste los cuernos...

—¡Vete a la mierda, tío! ¿A qué has venido a que te gradúe la vista o a tocarme las narices?

—Cómo eres, Pili. ¡Qué carácter! ¡Cómo me pone! Si vieras lo duro que estoy ahora mismo...

—¡Cerdo!

Fon sonrió satisfecho y se mantuvo callado hasta que sentado en la silla donde Jacaranda iba a hacerle la prueba de agudeza visual con el test de Snellen, se desabrochó la camisa y le mostró el pecho:

—Mira, me he tatuado la otra teta por ti... En la izquierda pone Pili y en la derecha Jacaranda, con la misma letra de lazo que tú detestas —explicó orgulloso, señalando el nuevo tatuaje—. Pero es que a mí me encanta y así continuó con la misma línea estética...

Jacaranda le miró el pecho fornido, que le ponía muchísimo, dicho sea de paso, y comprobó que era cierto que se había tatuado su nombre.

—¡Tú eres idiota! ¿Piensas que así me vas a conmovier o qué? —le reprochó con la vista clavada en el tatuaje, que era horrible, pero al mismo tiempo no podía dejar de mirar.

¿Por qué estaba reaccionando así? Tal vez porque nadie había hecho nada semejante por ella: tatuarse su nombre y además por duplicado. Era algo bonito, la verdad, y romántico y...

—¿A que te mola? ¿No entran ganas de rechupeteármelo bien?

Pero obviamente ese ser infecto era solo un vulgar canalla, así que tras mirarle con todo el desprecio que pudo, se limitó a ponerle unas gafas sin lentes y a seguir con el test de agudeza visual.

Después de pedirle qué identificara una serie de letras, primero con un ojo y luego con otro, Fon volvió al ataque...

—Qué *sexy* estás con la bata blanca, un día te lo tengo que hacer con la bata puesta.

—¡En tus fantasías mientras te matas a pajas, porque en otro sitio...! —Y Jacaranda se echó a reír...

A Fon la risa de esa mujer le encendió tanto la sangre, que echó una mano al culo de Jacaranda y la otra a un pecho y los apretó con fuerza.

—¡Quita cochino, que pareces Benny Hill! —le gruñó mientras apartaba las manos de Fon de su cuerpo a manotazos.

—Joder tía, si es que no puedo tenerte cerca y no tocarte. Hueles a hembra y sabes cuánto me pone tu olor... —susurró aspirando su aroma con sumo deleite.

—¡Es que ni los viejos más salidos del barrio se han atrevido a tocarme un pelo jamás! Has tenido que llegar tú para hacerme sentir...

Fon cogió a Jacaranda por la cintura y la estrechó contra él:

—Deseada. Dime que no has fantaseado nunca con que un tío fuerte y varonil como yo te folla como una bestia en esta misma silla —dijo amasando de nuevo el culo de Jacaranda.

—¿Y tú qué sabes lo que he hecho en esta silla? —replicó Jacaranda con ganas de morderle el cuello y arrancarle después toda la ropa.

—Solo sé que te miro y sé lo que quieres que te haga —contestó, poniéndole una mano en el cuello y atrayéndole hacia él.

¡Horror! Ya estaba cayendo otra vez como una mona en celo, ¡y encima en su puesto de trabajo!

—¿Seguro que sabes leer bien, cretino? —preguntó Jacaranda con los labios apenas a tres centímetros de los de Fon.

—A la perfección —susurró deslizando las manos por debajo de la bata de Jacaranda.

—¿No te atreverás? —le retó Jacaranda, mientras Fon ascendía ya por sus muslos.

—Solo porque es lo que deseas —musitó tirando del hilo de la tanga de Jacaranda.

—¡Quítame las manos de encima, ya! ¡Ten un poco de decencia, que está Nicolás afuera! —exigió, sin apartarse de él.

Y en esto que Fon tiró fuerte del hilo con la otra mano y una vez más rompió el tanga de esa mujer que decía unas cosas y quería otras.

—Ya está, manos fuera —dijo agitando el tanga de Jacaranda, al aire.

—¡Trae para acá, so guarro! —le ordenó Jacaranda, arrebatándole el tanga y guardándose en el bolsillo de la bata.

—Y te encanta que lo sea —susurró introduciendo las manos otra vez por debajo de la bata.

—¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Ya has hecho la gracia del tanga, ahora qué? —preguntó Jacaranda frente a él y separando las piernas para facilitarle el acceso a sus intimidades.

—Mi deseo sería arrancarte la bata y meter la cabeza entre tus piernas —explicó apretándole otra vez el culo con fuerza—. Pero me temo que vas a tener que conformarte con otra cosa... —aclaró empujándole hacia él.

—Tú sí que vas a tener que conformarte con un buen bofetón... —advirtió Jacaranda, con la voz quebrada, porque los dedos de Fon ya estaban perdiéndose en la humedad de su sexo.

—Cuando quieras, mientras tanto disfruta, Pili, que estás a punto de caramelo... —habló mientras torturaba a la pobre Jacaranda con sus caricias.

—¿Para esto has venido? ¿Para hacerme perder los papeles en mi puesto de trabajo? —cuchicheó entre jadeos, porque el reptil para su desgracia sabía demasiado bien cómo tenía que estimularla.

—He venido para enseñarte la teta y para decirte que estoy loco por ti —respondió mostrándole otra vez el tatuaje con la mano libre.

—Tápate anda... —masculló mordiéndose los labios de placer.

—No te angusties que ya me lamerás el tatuaje a gusto... —dijo sacando la lengua y moviéndola de forma lasciva

—¡Qué pesadilla de tío! —murmuró mientras se retorció de placer.

—Dámelo, Pili. Córrete para mí. Quiero que cada vez que entres en este cuarto te acuerdes del orgasmo tan bueno que te regaló tu Fon...

—¡Me correré si me da la gana! —refunfuñó y luego tuvo que cerrar los ojos porque ese hombre la tenía a punto de nieve.

—Así nena, así... Disfrútalo...

Jacaranda resopló y luego echando chispas de furia por los ojos le ordenó tajante:

—¿Te quieres callar de una puta vez y dejar que me corra a gusto? ¡Se va a enterar todo el barrio de que lo estoy disfrutando, gilipollas!

—Estoy tan duro que podría romper ladrillos con la polla —informó llevándose la mano al bulto sospechoso.

—Pues ahora cuando salgas te vas a la obra que hay aquí a la vuelta y te rompes unos cuantos...

—Eres una diosa, Pili, qué ganas de postrarme ante ti y beberme toda tu fuente...

—Deja la poesía para otro rato y sigue, cabrón... Que ya no puedo más...

Fon solo tuvo que acariciar un poco más a Jacaranda para arrancarle un orgasmo tan potente que tuvo que ponerle la mano en la boca para que su grito no se escuchara hasta en Australia...



Mientras Jacaranda seguía con las pruebas, fuera Violeta mostraba gafas a Javier, de malísima gana.

—Estas son las más grandes que tengo... —le dijo enseñándole unas gafas que debían cubrir la mitad del rostro.

—¿Te las puedes probar tú para hacerme una idea de cómo le quedarían a mi tía Mercedes? —le pidió juntando las manos.

—No, porque mi cara no tiene nada que ver con la de tu tía. Llévatelas y si no le gustan te las cambio por otras.

Javier se puso muy serio, alargó el brazo por encima de la mesa para coger la mano de Violeta y luego confesar:

—Estoy dispuesto a todo, Violeta. Haré lo que haga falta para que estés a mi lado...

Violeta apartó la mano y luego llevándose el dedo índice a los labios, le susurró:

—¿Quieres dejar de decir bobadas?

—Tu padre no puede escucharnos, está sentado al fondo leyendo el periódico, tan tranquilo.

—No hay nada que hablar entre nosotros —le explicó negando con la cabeza.

—Tu padre ha dicho que eres bígama...

—Estaba de broma —aclaró dando un manotazo al aire.

—Tus besos no mienten, pero tú sí y mucho.

—¿Quieres algo más? —preguntó altiva, sin hacerle ni caso.

—Unas gafas para mi madre, de concha, que no sean muy grandes...

Violeta abrió uno de los cajones que estaban a su derecha y sacó cuatro modelos de gafas que se ajustaban a la petición de Javier.

—A ver si te convence alguno de estos...

—Ponme las cuatro —dijo sin pensarlo.

—¿Las cuatro gafas? Son de marca... No son baratas...

—Me da lo mismo. Si yo estoy aquí es para estar contigo, aunque sea un rato. ¡Eso no tiene precio! —exclamó Javier revolviéndose en su silla.

Violeta le miró y reconoció que le gustaba, pero eso era fácil porque era un chico guapo, de bonitos azules, barbita de tres días, sonrisa preciosa, buen cuerpo y movimientos elegantes. Además era amable, ocurrencioso, generoso, simpático, encantador y... *sexy*.

¡Javier podía gustarle a cualquiera! Y claro que podía volver a acostarse con él, una y miles veces, pero el amor era otra cosa y era obvio que no podía sentir amor por él si acababa de ver a Ramón y se había echado a temblar como una quinceañera.

—Te agradezco que hayas venido, te agradezco lo de ayer, pero...

—Odio la palabra “pero” —le interrumpió ofuscado, apretando fuerte las mandíbulas y poniéndose más guapo todavía—. Y no tienes que agradecerme nada, lo hago por puro egoísmo: vengo para que me devuelvas la vida que me quitas cuando te vas.

—Me encantaría que las cosas fueran menos complicadas, pero Ramón ha estado hace un rato y...

—¿No te he dicho que detesto la palabra “pero”?

—¿Prefieres que te engañe? —replicó ella enarcando una ceja.

—Prefiero que me digas lo mismo que dicen tus besos...

Violeta resopló, se echó la melena a un lado y luego dijo:

—No tengo ni idea de lo que dicen mis besos, lo que sí sé es que ese chico ha venido a mi tienda y me he puesto a temblar entera. Si sintiera algo fuerte por ti, no reaccionaría así.

—Reaccionas así por inercia, lo has idealizado tanto que te pones como loca cuando lo ves aparecer, pero eso no significa nada.

—¿No dices que odias la palabra “pero”?

—Pero solo cuando la empleas tú —dijo con una sonrisa enorme que a Violeta le encantó. ¿Aunque cómo no iba a encantarle si el chico era guapísimo? ¡Eso sí que no significaba nada!

—Lo de ayer fue mi bonito, de hecho no pegado ojo en toda la noche, recordándolo...

Javier, volvió a coger la mano de Violeta, y apretándola confesó:

—Ni yo. ¿Cuándo repetimos?

—Javier no me hagas las cosas difíciles, por favor —bufó contrariada.

—¿Difíciles por qué? ¿No dices que lo que sucedió fue bonito? ¡Pues vamos a repetirlo!

—Tío no seas cabezota, que te acabo de contar que ha venido Ramón y que me he puesto tonta perdida. Contigo no me pasa eso —confesó guardando las gafas en unos estuches—. ¿De verdad que te vas a llevar todas estas gafas?

—Sí, y ahora búscame unas para Matea que la pobre está hecha polvo con su desgraciada vida *poliamorosa*.

—¿Sigue todo igual?

—Sí, de momento sí. Pero volviendo a nuestro tema, conmigo no te pones tonta porque eres tú. Puedes ser como realmente eres, sin imposturas, y yo lo mismo, contigo puedo ser el que soy y lo que soy —habló señalándose a sí mismo—. Imperfecto, pesado, inasequible al desaliento...

—¿Esto último significa que no vas a parar de darme el coñazo hasta que me lleves al altar? —bromeó mientras buscaba en un cajón unas gafas para Matea.

—Oye, si lo que quieres es boda, te pido matrimonio ahora mismo...

—¿Boda? —repitió alzando la cabeza para mirarle a los ojos divertida—. ¡Detesto la velocidad! ¡Conmigo no cuentas para una boda rápida!

—¿Para qué esperar más? Me gusta cómo eres, me encanta cómo se te ondula el pelo cuando te enfadas, adoro cómo te brillan los ojos cuando algo te emociona, me chifla cómo arrugas la nariz cuando te sientes desbordada, me apasiona tu sabor, me fascina ese cuerpo que tienes tan... —dijo trazando unas curvas con las manos.

—*Shhhhhhhhh*. ¡Por favor! ¡Que está mi padre aquí! —Violeta le mandó callar escandalizada.

—¡Y tu padre me encanta también! —replicó alzando la voz para que Nicolás le escuchara.

—¡Gracias, joven! ¡Lo mismo digo! —exclamó Nicolás, levantando la palma de la mano.

—¡Madre mía, qué vergüenza! —masculló Violeta, enterrando el rostro en el cajón donde buscaba unas gafas para Matea.

—¿Vergüenza por qué? ¡Si es algo de lo más normal! Chico conoce a bruja vikinga de pelo rosa, la bruja vaticina que el chico va a

encontrar a la chica de su vida un día de lluvia y besos, chico monta bar de besos, llueve, aparece la chica de ojos de gata, se conocen y son felices para siempre.

—Entre que se conocen y son felices para siempre, hay un pequeño inconveniente llamado Ramón —matizó Violeta, que acababa de encontrar las gafas ideales para Matea—. Estas Carrera rosas pienso que podrían encantarle...

Cuando Javier estaba a punto de replicar algo, Fon y Jacaranda salieron del cuarto donde habían estado haciéndole las pruebas y ella, que parecía un poco mareada, le pidió a Violeta:

—Cuando acabes con Javier, enséñale monturas a Fon. Tiene presbicia, entre otras cosas...

—¿Qué más cosas? —preguntó Fon asustado, pero una cara de felicidad en el rostro que no podía ocultar.

—Estupidez supina. ¿Te parece poco? —replicó Jacaranda, mirándole con desdén.

Y es que lo que acababa de hacerle ese reptil no tenía nombre, magrearla como un cerdo mientras el bueno de don Nicolás, ajeno a todo, leía su periódico a escasos metros. ¡Qué vergüenza más grande! ¡Qué poco respeto y qué poco todo! Eso es lo que pensaba Jacaranda, que se sentía muy culpable por haber permitido que ese impresentable le hubiese arrastrado hacia esa patética perdición multiorgásmica, pues con la tontería se había corrido unas cuantas veces.

—¿Por qué no le atiendes tú? —le propuso Nicolás a Jacaranda, mientras seguía pasando hojas al periódico.

—¡Eso digo yo, buen hombre! —asintió Fon—. Lo lógico es que me elija las gafas la persona que va a tener que verme a diario.

—Entonces que te las elija Javier, porque lo que soy yo: no hay cosa que más desee que perderte de vista.

—Perdona Jacaranda por meterme donde no me llaman —terció Nicolás—, pero debo señalar que te ha cambiado el semblante desde que este joven ha entrado por la puerta. Se te ve más esplendorosa, más luminosa, más...

—Bien follada —interrumpió Fon—, con el debido respeto se lo digo, don Nicolás, y no porque yo me la haya follado ahí dentro, que no, que yo sé mantener las formas, aunque ganas no me falten...

—¡Haz un favor al mundo: arráncate la lengua, grosero! —le espetó Jacaranda, mirándole con desprecio infinito.

—Jacaranda, tranquila, si el joven es así, espontáneo, abierto, natural... —medió Nicolás muy divertido con la escena.

—Gracias, por verme con tan buenos ojos, don Nicolás. Pero también me gustaría incorporar a mi *look* un puntillo intelectual, curioso y enteradillo, ¿qué tal nena si me sacas unas buenas gafas de pasta negras?

—¿Qué tal si mejor saco una escopeta y te coso el culo a tiros? —murmuró Jacaranda, deseando que ese *troll* se saliera de su vida para siempre.



El troll y su amigo se marcharon muy satisfechos con su visita a la óptica tanto que, con la esperanza de que las chicas entraran al trapo y poder iniciar así una conversación, a partir de ese día comenzaron a dar *MeGustas* y a comentar todos los estados de la óptica.

Ellas, por supuesto, que seguían molestas con la visita, no respondieron a nada. Si bien, ese pequeño gesto que a priori no tendría que tener mucha importancia, desató algo que no estaba previsto en ninguno de los guiones de los protagonistas.

Sucedió que Felipín que seguía, infatigable y con somatizaciones varias, buscando pistas sobre la identidad de su padre, se percató de que un tal Fon Sánchez, que era chef en un sitio llamado Beséame, y que se definía como amante del Atleti, los raviolis y el chocolate amargo, no paraba de dar *MeGustas* y hacer comentarios graciosos a los estados de la óptica donde trabajaba su madre.

Y como la persistencia de este tipo era muy mosqueante, y además tenía la nariz, los hoyuelos y los dientes separados como los suyos, decidió ocho días después de que su padre pisara la óptica de su madre, escribirle un privado:

Felipe Sepúlveda: *Estimado señor chef don Fon: Le escribo porque estoy muy triste. Verá, resulta que soñaba con entrar este verano en el campamento de MasterChef Junior y por las cosas de la vida, no va a poder ser. Es una pena pero como yo soy un niño luchador y decidido, se me ha ocurrido ponerme en contacto con usted para ver si me puede acoger este verano en sus cocinas y enseñarme cosas de provecho. Me encanta la cocina, se me da muy bien, soy rápido y resisto bien la presión, siempre y cuando mi equipo sea competente. ¿Me entiende lo que quiero decir? Por ejemplo, yo cocino siempre con mi abuela, bien pues cuando ella se dispersa o está pensando en sus cosas y no me atiende, a veces me pongo nervioso y grito lo normal. Por lo demás, escucho, soy disciplinado, trabajador, creativo, obediente, innovador, valiente y muy limpio. ¿Qué le parece? Espero que bien, yo solo le pido que me conteste pronto porque así si me dice que no, ya le escribo a David Muñoz que también me gusta mucho. Aunque bueno, no le voy a engañar, para mí el número 1 es usted, aunque no salga en la televisión ni en las revistas. He estado consultando la carta del Beséame y me parece muy chula y muy original. Hace cosas muy interesantes que me encantaría que me enseñara, incluso con el tiempo, no sé, cuando yo tenga 13 años o así, me molaría muchísimo que me dejara innovar con mis propias creaciones. Pero bueno, partido a partido, como dice el Cholo. Se despide ya de usted: su máximo admirador, Felipe Sepúlveda.*

Y justo cuando Felipín pulsaba la tecla “Enviar”, Fon entraba en el Beséame para afrontar otra jornada de trabajo. A pesar de que habían pasado ocho días desde que había encargado las gafas para su presbicia, todavía no había tenido noticias de PiliJacaranda. Y eso que se pasaba el día poniendo chorradas en el muro de Facebook de la óptica para llamar su atención, si bien nada conseguía conmover a esa “mujer terca y puñetera que gozaba haciéndoselas pasar putas”.

¿Hasta cuándo iba a tenerle sin sus gafas? ¿Acaso tenía pensado no volver a llamarle jamás? ¡Con PiliJacaranda nunca se sabía!

Por eso, cuando sonó la campanita del Messenger avisando que tenía un mensaje de entrada nuevo, le dio un vuelco a corazón. ¡PiliJacaranda se habría ablandado y se habría decidido al fin a contactarle!

Emocionado y temblando, sacó el móvil del bolsillo trasero de su pantalón vaquero y comprobó en seguida que el mensaje no era de PiliJacaranda, sino de un niño llamado Felipe Sepúlveda. Y solo le bastó leer su nombre, ver que tenía los hoyuelos de los Sánchez, y constatar que había nacido nueve meses después del polvazo de Huete, para cerciorarse de lo que hasta entonces solo había sido una poderosa intuición.

Después, con dos lagrimones recorriéndole el rostro y el corazón lleno de amor, leyó la carta de su hijo y como vio que estaba conectado, le escribió muy emocionado:

Chef Fon Sánchez: *¡Hola tío !*

Cuando Felipín escuchó la campana que avisaba que tenía un mensaje nuevo, ni por asomo sospechó que era del chef, pues le suponía muy ocupado.

Por eso, cuando abrió el Messenger y vio que el mensaje era de su padre, se revolvió en la silla y con un dolor de tripa enorme y una sonrisa que no le cabía en la cara, respondió:

Felipe Sepúlveda: *¡Buenas tardes, chef!*

Fon se sentó en una de las mesas del bar y tras coger unas cuantas servilletas de papel, se enjugó las lágrimas y siguió escribiendo, como pudo, a su hijo:

Chef Fon Sánchez: *Me hace muchísima ilusión que me hayas escrito y que sepas que la admiración es mutua. Hay que tener muchos huevos para dedicarse a este oficio y veo que tú los tienes, para mí sería un honor que estuvieras este verano conmigo en mis cocinas. ¿Tu familia sabe que te has puesto en contacto conmigo?*

Fon estaba seguro de que el niño estaba escribiéndole a espaldas de su madre, pero decidió tantearle para saber cómo respiraba...

Y Felipín en ese instante ni respiraba de la impresión que tenía de leer que su padre le aceptaba en sus cocinas. Con un ligero mareo y unas ganas tremendas de ir al baño de los nervios, el niño escribió:

Felipe Sepúlveda: *No lo saben. No me dejan tener redes sociales, pero las tengo y las consulto a escondidas, haciendo siempre un uso responsable y profesional. Esta es la primera vez que hablo con un desconocido y lo hago porque siento que no lo es.*

Fon respiró hondo y dio gracias a Dios porque su hijo lo hubiese encontrado. Feliz como no recordaba le escribió sin poder reprimir las lágrimas...

Chef Fon Sánchez: *Yo también lo siento, por eso necesito verte lo antes posible. Tenemos mucho que recuperar... ¿Cuándo podrías empezar?*

Felipín sintió tantos nervios que comenzó a ver borroso y se asustó:

—*Abuelaaaaaaaaaaaaaaaaa*, ven, que me estoy poniendo malo.

La abuela que estaba preparándole la merienda apareció muy asustada en el cuarto donde tenían el ordenador.

—Felipín ¿qué te pasa?

—Ponme tu tensiómetro y hazme una manzanilla o algo. Pero tú no te preocupes que son los nervios de hablar con mi padre...

La abuela se quedó lívida al ver que Felipín no solo tenía el perfil del chef Fon Sánchez abierto, sino que estaba hablando con él.

—Mira que le digo siempre a tu madre que eres más listo de lo que se cree —susurró llevándose la mano a la boca de la impresión.

—Abuela, te necesito. Quiero conocer a mi padre, necesito estar a su lado, que me enseñe muchas cosas. ¡Mi sueño es tener un padre como todo el mundo y ser un gran chef! Por fa, *abu*, por fa, ayúdame... —suplicó entre lágrimas, abrazándose a su abuela.

—Tu madre nos mata —replicó la abuela abrazándose al niño.

—Le he propuesto hacer un campamento como los de MasterChef en sus cocinas y me ha dicho que sí. ¿Tú me llevarías por las tardes para que aprendiera?

La abuela miró la foto de Fon que estaba como siempre, con unas pocas de arrugas más, pero como siempre y sonrió. Llevaba muchos años deseando que el encuentro entre el padre y el hijo se produjera y ella no iba a ser la que echara a perder la oportunidad de que las cosas fueran como deberían haber sido desde un principio.

—Dile que mañana por la tarde iremos a hablar con él, pero de momento ni una palabra de esto a tu madre... ¿Estamos?

—¡Sí, *abu!* —exclamó Felipín, feliz, besando sin parar a su abuela y ya sin dolores ni mareos.

—Vamos, díselo... —ordenó la abuela, tan contenta o más que su nieto, porque a ella Fon siempre le encantó. ¡Una lástima que la tozuda de su hija jamás le hubiera hecho caso!

Felipín puso otra vez las manos en el ordenador y escribió a un ritmo frenético:

Felipe Sepúlveda: *Mi abuela dice que mañana por la tarde podríamos pasarnos por su bar para hablar con usted. ¿Le parece bien? Como ya he terminado el colegio, podría empezar mañana mismo. Me llevaría y me recogería mi abuela, que es mi aliada. Bueno, ya me dice algo...*

A Fon le faltó tiempo para responder, sin dejar de llorar como un descosido:

Chef Fon Sánchez: *Te digo que a las seis y te suplico que no faltéis. Llevo tanto tiempo esperando esto...*



A las seis de la tarde, Felipín y su abuela abrían la puerta del Beséame con tanta ilusión como nervios. Ninguno de los dos había dormido mucho la noche anterior, ni tampoco habían podido probar bocado a la hora de la comida. Lo que no sabían es que Fon estaba igual y que solo se calmó un poco cuando los vio entrar por la puerta y el niño, en cuanto se percató de su presencia, se echó a correr a sus brazos.

—¡Chef don Fon! ¡Qué ganas tenía de conocerlo! —exclamó entre lágrimas.

—¡Joder, hijo! ¡No me llames de don! —le rogó abrazándole con fuerza.

El niño se retiró las lágrimas con el dorso de la mano y luego feliz de que ese hombre que parecía tan fuerte, tan listo y tan buen cocinero, le hubiera llamado como hijo, masculló mordiéndose los labios:

—¡Joder, padre chef Fon! ¡Joder! ¡Qué ganas tenía de tener un padre!

—Pero tampoco me llames padre chef Fon que parezco un cura. ¡Llámame papá solo, a secas, sin más! —le pidió sin dejar de abrazarle.

—¡Y no digas palabrotas, Felipín! —le regañó su abuela, que se limpiaba las lágrimas con un clínex.

—Andrea, mi gratitud eterna por traerme al niño —dijo Fon, dando dos besos cariñosos a la madre de PiliJacaranda.

—Te lo habría traído antes de haber sabido que estabas aquí —replicó poniéndole la mano en la mejilla—. Te llevo buscando mucho tiempo, pero no había ni un hilo por el que empezar a tirar. Estuve en tu pueblo, sin embargo, nadie me supo decir, y tu madre ya no vive allí.

—No, se fue a Benidorm... —explicó Fon, pensando en la alegría que se iba a llevar su madre cuando se enterara de que tenía un nieto.

—En el pueblo nadie sabía... —aclaró Andrea, apurada, encogiéndose de hombros.

—Es que se echó un novio y para que no la pregonaran, ya sabes tú cómo son en los pueblos, decidió irse sin dar más explicaciones. Pero está muy bien, está feliz en la playa...

—Me alegro mucho, hijo. —Andrea sonrió encantada de que ver a su nieto abrazado a Fon, porque el niño seguía pegado a él como un koala.

—Después de que me diera el arrebató loco de irme, volví a por Pili...

—Me lo imaginé —replicó Andrea, levantando las cejas—. ¡Sabía que volverías, pero Pili es tan terca como su padre! Que sepas que no hay día que no le reproche que esto que ha hecho contigo está fatal... Siento mucho todo, Fon —masculló mordiéndose los labios y bajando la vista al suelo.

—Mi abuela suele decir que no hay que llorar sobre la leche derramada, lo pasado, pasado está.

—¡Jopetas tengo una bisabuela! —saltó Felipín, entusiasmado.

—Vive en Benidorm. Es la que me enseñó a cocinar...

—¡Anda, como a mí la mía! ¿Y sabes una cosa? ¡Yo también soy del Atleti como tú!

—Eso no lo sabía yo —intervino Andrea, cruzándose de brazos.

—Sí, desde que tengo uso de razón soy del Atleti, pero finjo ser madridista para que mi madre no se enfade.

—Eso está muy bien, hijo —afirmó Fon, apretando orgulloso el hombro de su hijo.

—Lo de ser colchonero lo tengo muy adentro, yo sentía que esto que siento con tanta fuerza, me tenía que venir de genética. Como lo de la cocina, es que lo llevo en la sangre... —contó el niño encantado y feliz de parecerse al señor que tenía al lado y que le miraba con tanto orgullo.

—Lo cierto es que es igual que tú —le confesó Andrea a Fon—, yo siempre se lo digo a Pili. Y ella aunque haga como que no lo quiere ver, lo sabe.

—¡Hombre que lo sabe! —intervino Felipín, resoplando—. ¡No sabes la de veces que dice es igualito a...! Y se calla... sobre todo cuando grito, por eso llegué a pensar que mi padre era Chicote. Es que veo mucho sus programas y como siempre sospeché que el don de la cocina me venía de sangre...—confesó el niño encogiéndose de hombros.

—¡Ya te vale, macho! ¡Yo soy mucho más sexy que Chicote! —bromeó Fon, muerto de risa.

—Ya. A mí madre le gustan los chicos guapos, por eso pensé que mi padre tenía que ser el más feo de su larga lista de pretendientes, sin tableta de chocolate ni bíceps de los que presumir... ¿Por qué si no iba a ocultarlo?

—¿Larga lista de pretendientes? ¿Has conocido a muchos novios de tu madre? —quiso saber Fon, al que le entraron unos tremendos celos retrospectivos.

—No, a ninguno. Pero mi madre cuenta que cada vez que pone un pie en la calle le salen como cuarenta pretendientes. Es que es muy guapa y además como es tan inteligente y tan alegre, los hombres caen rendidos a sus pies.

—Yo también caí en su día pero la vida tristemente nos separó...

—¿Por qué? —preguntó el niño, frunciendo el ceño.

—Pues porque tu madre es una orgullosa, una cabezota y una vengativa...

—Sí, sí que lo es —asintió el niño—. ¡Pero tiene muchos valores!

—¿Qué me vas a contar a mí que llevo enamorado de ella toda la vida? —reconoció Fon, con resignación.

—¿Ella lo sabe? —preguntó el niño, con curiosidad.

—Claro que lo sabe. Pero no me perdona que hace diez años me entrara un agobio de juventud y decidiese irme unos meses sin ella a ver mundo. Cuando regresé a los pocos meses, había desaparecido del mapa y no volví a saber nada más de ella hasta que me la he vuelto a encontrar ahora en el bar. Pero yo siempre intuí que tenía un hijo... —dijo sonriente, revolviendo el pelo del niño.

—Y yo siempre intuí que tenía un padre. Un padre como los demás, es que mi madre me contó que mi padre era un reptil...

Fon puso tal cara de extrañeza que Andrea enseguida aclaró:

—¡Las ocurrencias de Pili! ¡Ya sabes lo fantástica que es! No se le ocurrió otra cosa mejor para que el niño no te buscara, que contarle que una noche en Huete la abdujeron unos extraterrestres reptiles y que la inseminaron en una nave.

—¡Cómo es esta mujer! ¿Se puede ser más vengativa? —bufó Fon, sin poder evitar sonreír porque la historia del reptil no podía ser más chistosa.

—No te preocupes porque yo no la creí —intervino el niño—. ¡Era una historia tan mala!

—Menos mal que eres listo, hijo mío, y no has parado hasta encontrarme porque si llega a ser por tu madre...

—Fue por todas las cosas que pones en los posteos de la óptica. En cuanto vi que eras cocinero, guaperas y con tatuajes, fue sumar dos y

dos.

—¡Si es que tengo el hijo más listo del universo! ¡Ven aquí, chaval, y dame un abrazo de los gordos!

—Con cuidado, chef, que yo aún estoy por hacer. ¡A ver si me vas a chascar un hueso!

—¡Ay que ha salido también refunfuñón como la madre! —dijo cogiéndole por hombro y zarandeándole.

—Precavido nada más. Venga ese abrazo...

Fon y el niño se fundieron en un abrazo y luego aquel propuso a Andrea:

—Si quieres te preparo una merienda rica mientras esperas a que el niño tenga su clase.

—Sí, *abu*, por fa. ¡Que me hace mucha ilusión empezar hoy! —suplicó el niño juntando las manos.

—Está bien —asintió Andrea, cómplice—, lo único que os pido es que de momento esto sea un secreto entre los tres. ¡Mi hija me mata como se entere de que he traído a Felipín a conocer a su padre!

—Tranquila Andrea, que no pienso decir ni pío a tu hija.

—¿Vamos a vivir nuestra relación siempre de forma clandestina? —replicó Felipín, contrariado—. ¡*Jo*, yo quiero que me vayas a buscar al colegio y presumir de padre molón y tatuado!

—Y yo quiero presumir de hijo molón y sin tatuar, pero como tu madre está así de atravesada conmigo, de momento vamos a empezar con las clases de cocina.

—Sí, Felipín, haznos caso... Es lo más prudente... —terció Andrea.

—Es que tu madre me odia, fíjate cómo será que me he hecho unas gafas en su óptica hace ocho días y me da que no me va a llamar nunca para que vaya a recogerlas... ¡No quiere ni verme, claro que luego cuando me ve pasa lo que pasa...!

—¿El qué? —inquirió el niño.

—Nada, hijo, que necesitamos un poco de tiempo todavía... Tal vez dos o tres siglos —masculló Fon.



Dos semanas después, en pleno julio, con el calor apretando, Jacaranda todavía no se había decidido a llamar a Fon para confirmarle que podía pasar a recoger las gafas.

—Lo estás haciendo de un largo, Jacaranda. Es el padre de tu hijo, te pongas como te pongas —le recordó Violeta, a las cinco, cuando acababan de abrir por la tarde.

—Hoy no me agobies, que me ha sentado fatal la siesta y no estoy de humor —exigió guardando un informe en un archivador.

—Si quieres le llamo yo y le cito a una hora en concreto, para que te dé tiempo a ausentarte. Es que me da cosa que el hombre esté sin sus gafas.

—¡Para lo que tiene que ver! —bufó dando un manotazo al aire.

—Hay que tomar una decisión ya, Jacarandis.

—¿Por qué no se las llevas tú al Beséame y así vuelves a ver a Javier? —propuso Jacaranda, devolviéndole de alguna manera la bola.

—No estoy preparada para verle otra vez. Va muy deprisa para mi gusto.

—¿Deprisa? Es un tío normal. Lo que no es normal es lo de Ramón, que yo no sé cómo no le mandas a la mierda de una vez y te centras en el otro.

Violeta pensó que su amiga tenía razón, si bien no se lo dijo para que no siguiera taladrándola con el asunto. Pero el caso era que desde que había sucedido lo de las gafas amarillas ya no podía verle con los mismos ojos. Lo que en un primer momento le había parecido hasta normal, con el paso de los días se estaba convirtiendo en un iceberg a punto de destruir lo que parecía que era un barco indestructible. ¿Se le estaba cayendo al fin la venda de la que hablaba todo el mundo? De momento, se pasaba los días intentando entender cómo se podía haber colgado de semejante aprovechado. Porque eso era lo que era, aunque le costara reconocerlo. Y sí, todavía seguía pensando en él, pero ahora ese pensamiento era algo parecido a esa canción horrenda que se te pega y que no puedes dejar de tararear para tu horror. En eso se había transformado Ramón; y Javier... de momento, no quería pensar en Javier, aunque no paraba de hacerlo, a todas horas. Recordaba sus ojos, sus caricias, sus gestos, sus palabras... Pero primero tenía que sacarse esa horrible canción de la cabeza para pensar plenamente en Javier.

—Me encantaría poder hacerlo, pero resulta que todavía tengo a Ramón haciendo ruido en mi cabeza.

—¿Qué clase de ruido? —preguntó Jacaranda, temiéndose lo peor.

—Un ruido que en las últimas dos semanas solo me ha hecho ignorarle: nada de llamadas, nada de mensajes, nada de *MeGustas*. Indiferencia total —explicó Violeta echando a volar las manos.

—Pues aprovecha que tienes al sin sangre en barbecho y pásate por el Beséame a ver a Javier. ¿Qué pierdes?

—Si vienes tú conmigo y así le das las gafas a Fon... —respondió más para que Jacaranda y Fon volvieran a verse por el bien del niño, que porque quisiera reencontrarse con Javier, entre otras cosas porque tenía a pánico a lo que pudiera suceder.

—¡Me niego a follar otra vez en el cuartucho de las Heineken!

—Pues entonces yo sola no vuelvo por ahí...

No quería volver porque sabía lo que iba pasar. A pesar de que tenía al artista dentro haciendo un ruido infame, sentía por Javier una atracción muy fuerte que no podía controlar, que la desbordaba y que la asustaba a partes iguales. Así que de momento prefería evitarlo...

—Lo mejor va a ser que me acerque un día de diario cuando Fon no esté, le dejaré las gafas y me traeré el carro —concluyó Jacaranda, decidida.

—Javier suele estar a todas horas, vive allí casi, pero Fon va siempre a partir de las siete de la tarde.

—Pues me planto allí antes de que llegue y así me garantizo que rescato el carro, porque como vayas tú... ¡me quedo sin él! Te vas a poner a *trikitittrakatá* y te olvidas hasta de que tienes madre...

—No creo que...

Violeta dejó la frase colgando porque de repente sonó su móvil y era Ramón. ¡Horror! ¿Qué quería ahora? ¿Cena gratis, jaboneo a discreción y gafas graduadas? ¡Pues no tenía ganas de nada!

Así que con una abulia increíble, Violeta descolgó el teléfono y musitó:

—Ramón, no puedo hablar ahora estoy muy ocupada.

Jacaranda la miró divertida, sin salir de su asombro:

—¡Por fin estás empezando a jugar en el patio de los mayores, Violeta! —susurró levantando el pulgar.

—Seré muy breve —dijo Ramón, en un tono de voz más apagado de lo normal—. Solo quería decirte que estás dos semanas he echado mucho de menos tus mensajes y tus llamadas.

—Ya te he dicho que estoy muy ocupada.

—¡Toma! ¡Otro zas! ¡Dale ahí! —la jaleó Jacaranda, lanzando un puñetazo al aire.

—Lo estabas haciendo muy bien, antes de que tuvieras tanto trabajo. Me sentía querido y la sensación estaba empezando a gustarme mucho.

¿Y sus sentimientos? ¿Lo que le provocaban a ella su indiferencia y sus silencios le importaban realmente algo?

—¿Y ahora para qué llamas? —preguntó Violeta, irritada al verse juzgada por ese tío tan egoísta.

—¡Sigue así, tía! ¡Dale duro a ese gilipollas! —ordenó Jacaranda, apretando los puños.

—Para decirte que debes seguir persiguiéndome —habló Ramón, con una voz que a él le debía parecer muy *sexy* pero que a Violeta le estaba provocando hasta sueño—, que casi me tienes, que te queda solo un último esfuerzo final y el premio va a ser muy grande, Violeta. ¡Porque yo soy bueno, nena! ¡Rematadamente bueno! Así que, preciosa, sigue que ya te queda solo un suspiro para poder acariciar con la yema de tus dedos el sueño más grande de tu vida.

—¿El sueño más grande de mi vida eres tú? —inquirió Violeta, a punto de soltar una carcajada.

—¡Tonto del culo! ¡Mándale a rebozarse en su puta mierda de arte, coño! —soltó Jacaranda, haciendo aspavientos con las manos.

—¿Acaso lo dudas? —replicó con una prepotencia que a Violeta le pareció hasta ridícula.

—¿Y el suspiro qué es? ¿Cincuenta llamadas perdidas, ochenta privados, cinco videos de mierdas que te gusten y unos audífonos para tu sordera?

—¡Qué graciosa eres, Violeta! Seguro que no te lo ha dicho nunca nadie, pero tienes un puntito cómico muy *sexy*. ¡Ay qué bien nos lo

vamos a pasar!

—Tienes razón. No me han dicho nunca nada de eso. De verdad que no sé que sería de mí sin ti —ironizó cabreada, pero Ramón no pilló para nada la ironía.

—No te preocupes, chata, que para eso he llegado a tu vida. Oye y ¿qué te iba a decir? ¿No tendrías otras gafitas por ahí en color blanco?

—¿Blanco? —Violeta sí que iba a usar el careto de ese jeta de blanco para sus dardos más envenenados.

—Sí. El sábado me invitas a cenar en algún sitio coquetuelo que te mole, te dejo elegir a ti, y me las traes.

—Ya... —replicó Violeta, resoplando.

—Y ahora te voy a colgar porque me acabo de subir a la bici y *aaah*.

Y tras el grito desgarrado, Violeta escuchó un fuerte golpe y luego el silencio:

—¿Ramón? —dijo muy preocupada—. ¿Ramón estás bien?

—¿Qué pasa, tía? ¿Te ha dejado con la palabra en la boca ese mamarracho? —inquirió Jacaranda, cruzándose de brazos.

—Estábamos hablando, me ha dicho que se subía a la bici y de repente ha gritado como Tarzán y luego he escuchado un golpe fuerte. ¿Le habrán atropellado? —preguntó llevándose la mano al pecho de la ansiedad.

—¡Con suerte un camión de ocho ejes!

—Tía, en serio, estoy muy preocupada.

—¿Ha colgado?

—Se ha cortado la llamada, voy a llamarle otra vez. —Violeta llamó a Ramón y—: ¡Está apagado! ¡Madre mía, qué golpazo se ha debido de meter! ¡Si es que ha sonado un estruendo tremendo! ¡Tenemos que llamar a una ambulancia! —habló muy nerviosa y angustiada.

—¿Te ha dicho en qué zona estaba? —Violeta negó con la cabeza—. Entonces, espera a que te llame y ya si eso vas a verle al hospital.

—¿Hospital? ¿Tú crees que será grave?

—¿Cómo ha sonado ese estruendo? *¡Boombataboom?*

—Algo así, sí...

—Nada, tranquila. Con un poco de suerte el golpazo le sirve de reseteo para esa cabeza de chorlito que tiene...



A la mañana siguiente, a eso de las once de la mañana, Violeta recibió la notificación de que Ramón acababa de encender el móvil.

—Ahora mismo ha conectado el móvil... Me voy un momento dentro a llamarle... —le susurró a Jacaranda que atendía a una clienta.

—Tranquila, si tiene fuerza para encender el móvil eso es que no se ha descacharrado demasiado...

—Eso espero —musitó Violeta, muy ansiosa.

Luego, se encerró en el cuartito de descanso donde tenían una cafetera, un microondas, una nevera pequeña, una mesita y dos sillas, y llamó a Ramón sin dejar de desear que no le hubiera pasado nada.

Durante la noche se había despertado un montón de veces con el recuerdo del grito de Tarzán y el golpetazo tan fuerte. Y lo que era peor, comenzó a entrarle el agobio de que tal vez el accidente había sido por culpa de ella, por haber sido tan cortante y dura durante la última conversación. Quizá su tono severo le había desconcentrado y había acabado provocando esa caída, que solo pedía al cielo que fuera leve. Así, se pasó la noche en un angustioso duermevela de culpa y de rezos en los que solo pedía tener pronto muy buenas noticias...

¿Habría encendido el mismo Ramón su móvil y todo se habría limitado a un pequeño susto?

Antes de llamar, volvió a santiguarse y a encomendarse a todos los santos, luego respiró hondo y llamó...

—Buenos días, Violeta. Por decir algo... —dijo Ramón, bastante enojado.

—Ramón, ¿cómo estás? ¡No imaginas lo angustioso que ha sido escuchar ese grito y después el silencio!

—Tal vez si hubieras movido un poco el culo, habrías pasado la noche a mi lado en la cama del hospital —le reprochó más enfadado todavía.

—Lamento no haber estado a tu lado, pero no sabía dónde estabas...

—Está bien. Yo solo te digo que tomo nota de todo...

Violeta hizo caso omiso al berrinche del artista porque en ese momento solo le importaba una cosa:

—¿Estás bien? ¿Qué fue lo que pasó?

—Lo que pasó es que si tú hubieras hecho lo que te dije aquel día en el Retiro, si me hubieses cuidado como merezco, no habría tenido que hacer esa fatídica llamada y ahora no estaría con el húmero roto por tres sitios, el tobillo hecho trizas y una brecha de 12 puntos de sutura en la cabeza. ¡Y menos mal que amortiguó el golpe el cubo de la basura!

—¿Te caíste en un cubo de basura? —quiso saber Violeta, a la que tal vez por los nervios, le entraron unas ganas tremendas de reírse.

—No quiero seguir hablando más. Solo te digo que voy a seguir un poco más en observación por el golpe en la cabeza, tú sabrás si crees que debes venir a verme al hospital Gregorio Marañón donde estoy cojo y manco por tu culpa...

Ramón colgó y Violeta abandonó el cuartito de descanso mordiendo los labios porque aunque debería según Ramón, sentir pena y aflicción, lo único que tenía era unas ganas locas de reírse.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jacaranda, justo después de que su cliente acabara de marcharse.

—Se ha caído a un cubo de basura y dice que es por mi culpa...

Jacaranda no pudo evitar partirse de risa y Violeta... también.

—¡Quién a hierro mata a hierro muere! ¿No le gusta tanto la basura? ¡Pues toma basura!

—¡Le debiste echar una maldición cuando le mandaste a rebozarse en su arte! —exclamó Violeta, doblada de la risa.

—¡Si lo llego a saber lo hago mucho antes! —habló sin parar de reír.

—¡Lo bueno es que no reviste gravedad! —dijo Violeta, quitándose la bata.

—¿Adónde vas? ¿No me digas que vas a volar a los brazos de ese *comemierdas* profesional? —preguntó Jacaranda, con los brazos en jarras.

—Tranquila que solo tiene un brazo bueno. Se ha destrozado el húmero y el tobillo, también tiene una brecha en la cabeza y va a estar unas horas más en observación. Me marchó al Marañón a hacerle compañía... —explicó Violeta, mientras se quitaba la bata.

—¿No te estarás sintiendo culpable de que ese tío vaya por la ciudad subido a una bici que se cae a trozos?

—La verdad es que fui un poco cabrona con él, tal vez le descentré y provoqué esa caída...

—¡Eso es lo que tenías que ser de una vez, un poco cabrona! —replicó Jacaranda, torciendo el gesto.

—Me voy —dijo Violeta, colgándose el bolso del hombro—. Vuelvo enseñada, solo quiero saber cómo está...

Cuando Violeta entró en la habitación del hospital, se encontró a Ramón tumbado con la cama, flanqueado por Tesi FunFun y FiFiestasFull que le estaban dando de comer una manzana en trocitos.

—¡Hola! ¿Qué tal va todo? —saludó Violeta.

—Parece que el golpe en la cabeza no es nada, solo la brecha. Y el brazo y el tobillo izquierdos, roturas. Afortunadamente, soy diestro y creo que sentado en una banqueta podré terminar mi obra. ¡Qué faena me has hecho, guapa!

—¿Yo?

—Sí, tú. Todo esto es por ti. Menos mal que tengo a amigas que sí muestran verdadera preocupación por mí—contestó Ramón después de tragar un trozo de manzana.

—He venido en cuanto me he enterado... —se excusó Violeta, que en ese instante solo podía pensar en que Mercedes tenía razón: Ramón se había quitado el moño y estaba horrendo con el pelo suelto. Parecía un naufrago quejica y malencarado al que solo daban ganas de dejarle de por vida abandonado en la isla.

—Ya, pero es que mis amigas se han enterado mucho antes. Aparecieron a las nueve y media de la noche en el hospital y desde entonces están aquí conmigo. Entretanto ¿tú? —inquirió señalándola con el dedo índice.

—¿Yo qué?

—¡Durmiendo a pierna suelta! ¡Tú, precisamente, la culpable de todo! —replicó Ramón, muy enojado.

Tesi FunFun y FiFiestasFull lanzaron a Violeta sendas miradas reprobatorias y luego soltaron al unísono:

—Ya te vale, tía. Pobre Ramón.

—Yo no tenía ni idea de dónde te habías caído y el móvil lo apagaste... —se defendió Violeta.

—Su hermano colgó a las nueve de la noche en Insta una foto del brazo tronchado, en el que contaba lo que había pasado, el hospital

dónde estaba y el número de la habitación... —explicó Tesi FunFun echándose la melena a un lado.

—Solo se trata de tener un poquito de interés... —remachó Ramón, tras engullir otro trozo de manzana—. Si cuando te llamé, me hubieras preguntado dónde estaba, si tuvieras un interés profundo y verdadero en mí...

—No tengo Instagram. Lo siento —insistió Violeta, encogiéndose de hombros.

—Tía, no te mereces a Ramón —intervino FiFiestasFull, mientras le daba el último trozo de manzana al accidentado.

—Es que si estás por mí, lo estás con todo —añadió Ramón masticando con la boca abierta—. Quiero a una mujer que esté a *full* conmigo, que me siga, que me acose, que me agobie, que rastree a diario mis redes sociales, que me demande a todas horas, que me haga sentir que me desea más que al aire que respira... —exigió dándose golpes en el pecho con la mano abierta buena.

Violeta respiró hondo y nunca tuvo algo tan claro...

—Espero que encuentres a esa psicópata pronto, Ramón, porque no mereces nada mejor.

—¡Qué bonito! —replicó muy ofendido—. ¡Ahora abandonas el barco como una rata! ¡Cuando más te necesito, decides pirarte! ¡Qué decepción más grande contigo, Violeta! —exclamó Ramón, llevándose la mano a la frente de la desolación.

—Pasa de ella, tío. Nosotras te cuidaremos como mereces —dijeron las coristas al unísono.

—Espero que al menos hayas tenido el detalle de traerme las gafas que te pedí... —le exigió mirándole con furia.

Y entonces Violeta, pisoteando como un trapajo sucio la famosa venda que se había puesto en los ojos, espetó:

—¡Vete a la mierda, Ramón!



Después de salir zumbando del hospital, Violeta se fue a comer como siempre a la terraza del bar que estaba enfrente de la óptica:

—He mandado a la mierda a Ramón —contó Violeta a los postres.

—¿A la mierda, mierda? —preguntó Jacaranda, rechupeteando un bombón helado.

—Sí. ¿Hay otra? —replicó Violeta mientras se comía una naranja.

—Hay mierdas de ida y vuelta y mierdas solo de ida.

—Esta es una mierda para entrar a vivir. No quiero saber nada más de él.

—¡Qué alegría tía! ¡Y tú tranquila que estoy para apoyarte en tu proceso de duelo! —Jacaranda estiró su mano y apretó con fuerza y cariño la de su amiga.

—Gracias, pero es que no llego a ni la categoría de viuda —replicó Violeta, dando unos golpecitos en la mano de su amiga.

—Ah bueno, como no te lo has tirado, el dolor es menos. ¡Mira eso que ganas!

—Pues sí. Y menos mal que entre nosotros no hubo nada, porque le he visto sin moño y tenía razón Mercedes. Entre el deprimente pijama de hospital y esas greñas, se me ha acabado de caer el mito por completo —reconoció Violeta partiendo otro gajo de su naranja.

—No te preocupes, que ya pasó... ¡Ahora a por Javier! ¡A rey muerto, rey puesto! —dijo Violeta divertida mientras daba otro lametazo a su helado.

—Deja, deja... Vamos por partes. No necesito hacerle un duelo de viuda a Ramón, pero sí la digestión propia que exige todo batracio.

—Como quieras, pero tampoco lo alargues demasiado. Javier es un tío que merece la pena. ¿Y te has fijado que sigue emperrado en ponerte cositas en los estados de Facebook de la óptica?

—Empezó poniendo: “bonitas gafas”, “preciosas monturas”, “maravillosos cristales”, “hermosísimos audífonos” y ha terminado escribiendo “besos y amor” en todas las lenguas del planeta.

—¿Besos y amor? —Violeta asintió—. ¡Tía, qué romántico! A ver si esta tarde está en el Beséame y muevo un poco mis hilos —habló poniendo ojos de intrigante.

—¿Vas a ir esta tarde a por el carro?

—Sí, y a llevarle las gafas al idiota, ¡ante todo soy una profesional! Si me encargan unas gafas, yo debo entregarlas...

—Pues sí... Muy bien dicho —asintió Jacaranda, mordiendo otro gajo de su naranja.

Y entretanto, en Malasaña, en el Beséame, Javier y Fon también comían juntos mientras hablaban de ellas...

—¿Hoy tampoco te ha llamado para que vayas a recoger las gafas? —preguntó Javier, mientras se terminaba su bistec.

—No creo que lo haga, pero me da lo mismo. Desde que Felipín ha llegado a mi vida, soy como un peluchito, todo ternura y amor —explicó pestañeando de una forma tan graciosa que Javier soltó una carcajada—. Fíjate que he estado tentado de llamarla estos días para agradecerle tamaña bendición, pero siempre me abstengo. ¡No tengo ganas de enfrentarme a esa tigresa! Bueno, sí tengo, no paro de hacerme pajas pensando en ella... Me masturbo más que cuando tenía quince años. ¿Debo ir al médico? —preguntó Fon, mientras partía un trozo de su filete.

—¿Para qué? —replicó Javier, extrañado.

—Joder, porque no creo que sea normal con 44 años estar todo el día matándose a pajas.

—Si lo que quieres es dar envidia a tu doctor... —bromeó Javier, mientras se servía un poco más de vino.

—Ponme un poco a mí, tío. —Javier llenó la copa de Fon y este siguió hablando—. Creo que es por las ganas que tengo de preñarla... Solo pienso en empotrarla y hacerla una nena, una Pilarita que me colme de dulzuras...

—Como salga a la madre... —replicó Javier, entre risas.

—PiliJacaranda cuando quiere es muy cariñosa, hay que pillarle el punto. Yo se lo tenía cogido, te lo juro, sabía dónde había que tocarla y era pura melaza. Y cuando digo tocar no me refiero solo al chichi...

—Ya, ya —asintió Javier sin parar de reír.

—Pero la pifíe y mira qué bestia ha sido castigándome. ¡Ocultarme que tenemos un hijo! Si no la conociera pensaría que es una hija de puta sin corazón —confesó tras dar un sorbo a su copa—. Pero su madre es un amor y ella es buena chica después de todo. ¡Y mira el trabajo tan maravilloso que ha hecho con mi chavall! —exclamó dejando la copa sobre la mesa—. ¡Es listo como el hambre, bueno, disciplinado, cariñoso, generoso...! ¡Me tiene flipado mi chico!

—Es un niño genial y se os ve felices cuando estáis juntos. ¡A ti te ha cambiado hasta el carácter! ¡Ya no gruñes tanto como antes!

—Joder, cómo quieras que gruña, entre las pajas que me hago a dos manos por culpa de la Pili, y lo feliz que me hace mi hijo... ¡Solo me hace falta tatuarme a la Hello Kitty en el culo para volverme un moñas total!

—Me alegro mucho por ti, Fon.

—¡Es que no veas cómo es mi hijo! ¡Al paso que lleva mi delfín, en tres semanas más vuela solo en las cocinas! ¡Ya puedes estar tranquilo, Javi, Chef Fon Sánchez, ya tiene un digno sucesor! —exclamó eufórico—. Por cierto, he estado informándome porque quiero que mi Felipín lleve mi apellido... Es indiscutible que ha heredado la genialidad de los Sánchez, se merece mi apellido con creces —dijo con orgullo tras terminar con el último trozo de su filete.

—¿Cuándo tienes pensando decirle a Jacaranda que sabes la verdad? —preguntó Javier, limpiándose la boca con la servilleta.

—De momento, voy a esperar. No quiero tener malos rollos con ella. Lo ideal sería empezar a llevarnos bien, vía birras y polvos, como hace la gente civilizada —explicó dejando los cubiertos sobre el plato—. Porque amor hay por un tubo Javi, si es que solo nos falta roce y rodaje, nada más. Y luego ya si la muy tozuda entra en razón, nos casamos y lo legalizamos todo. Pero con esta mujer nunca se sabe... Qué sé yo... —musitó y después lanzó un largo suspiro.

—¡Así estoy yo con Violeta! ¡Qué se yo! —resopló Javier, melancólico.

—¿Sigues sin noticias de ella? —preguntó Fon frunciendo el ceño.

—Lo único que hace es poner *MeGustas* a los comentarios que hago a los posteos de su óptica —contestó abatido.

—Algo es algo, es una forma de decirte: agradezco que estés ahí poniendo esas gilipolleces —replicó Fon, acariciando el filo de su copa con el dedo índice—. ¡Es que me despollo solo cada vez que recuerdo cuando pusiste “bellísimos sonotones”!

—¡Audífonos! Escribí: “hermosos audífonos”. Pero después de aquel fatal error, ahora solo pongo “besos y amor” en todas las lenguas que conozco. ¡Que se note que soy el filólogo tabernero!

—Chicos, os traigo el postre... —anunció la tía Mercedes, dejando una natillas sobre la mesa.

—Gracias, tía...

—¿A ti qué te pasa que estás tan mustio? —preguntó Mercedes a su sobrino.

—Es por Violeta —se chivó Fon.

—¿Es eso? —quiso saber, dando un manotazo al aire—. Esa chica está enamorada de ti, lo que pasa es que no termina de creerse que de repente la vida le regale un gran amor.

—¿Y por qué no se lo cree? —preguntó Javier, muy intrigado, tras probar las deliciosas natillas de su tía.

—Porque nos suele costar más aceptar las cosas buenas y bonitas que nos pasan, que los desastres y las calamidades... —respondió Mercedes encogiéndose de hombros.

—Dudo mucho que ella me tenga por algo bueno y bonito... Más bien como un incordio de tío al que no bloquea porque es buena persona.

—Pues yo tengo que ir a hablar con ella para darle las gracias por haberte asesorado tan bien con las gafas de sol. ¡Estoy encantada con ellas! Ponme un wasap con la dirección de su óptica que quiero hacerle una visita... —pidió Mercedes a sobrino, mientras recogía los platos sucios y los colocaba en la bandeja.

—¿No irás a chivarte de que estoy muerto de amor por ella? —soltó Javier, realmente con ganas de lo que hiciera—. ¡Que te conozco! —dijo mientras cogía su móvil y escribía un wasap con la dirección.

—¡Ni que ella no lo supiera! —replicó Mercedes, dando un manotazo al aire.

Después se marchó con los platos sucios y un plan perfecto en la cabeza...



El plan consistía en plantarse un par de horas después, a las cinco de la tarde en la óptica de Violeta, a quien le agradó muchísimo la visita de la tía de Javier.

—¡Buenas tardes, Violeta! —saludó Mercedes colocándose las gafas en la cabeza a modo de diadema—. Estoy de paso por el barrio, porque he quedado con una amiga, y he aprovechado para saludarte.

Lo que Mercedes obvió comentarle era que esa amiga vivía enfrente de su casa y que realmente se había desplazado hasta la óptica para celestinear un rato.

—Te agradezco que te hayas acordado de mí... —habló Violeta, muy contenta, dándole dos besos en las mejillas.

—¿Estás sola? —preguntó mirando en derredor.

—Sí, qué casualidad que mi compañera Jacaranda se acaba de marchar al Beséame para entregarle las gafas a Fon y para recoger el carro de su abuela.

—Vaya dos. Oye y el niño es guapísimo... —Y tras decirlo, Mercedes se dio cuenta de que había hablado de más, que había prometido a Fon que no iba a revelar a nadie que el niño estaba visitando a diario sus cocinas.

—¿Qué niño? —preguntó Violeta, frunciendo el ceño.

—Mi niño, mi Javier —improvisó Mercedes—. ¿No te parece guapísimo?

Violeta se empezó a poner nerviosa porque todo apuntaba a que la visita de la tía Mercedes obedecía a una estrategia de Javier... ¿La echaría de menos? ¿Pensaría mucho en ella? ¿Tanto como lo hacía ella? Porque Violeta a pesar de estar desbordada y cagada de miedo, no podía dejar de pensar en Javier. Claro que no se lo iba a confesar a su tía, por eso farfulló:

—Sí. Es muy guapo y muy buen chico.

—Pero a ti quien te gusta es Ramón... —apuntó para tirarla un poco de la lengua.

—No. Ya no... —aclaró negando con la cabeza y poniendo una mueca de fastidio.

—¿Y eso? —replicó Mercedes una sonrisa enorme, sin dejar de pensar en lo que contento que se iba a poner Javier en cuanto supiera la noticia.

—Han sido un cúmulo de cosas, pero lo que parecía increíble ha sucedido: me he desenganchado de él.

—Hija, qué suerte. Pues yo estoy cada día estoy más coladita por el señor de las clases de baile.

—¿El doble de George Clooney? —replicó Violeta, risueña.

—Sí, qué hombre... —Mercedes suspiró y se llevó la mano al pecho—: Si vieras el otro día bailando un vals, cómo nos mirábamos, cómo nos sentíamos, solo nos faltaba Viena detrás y tres mil violinistas cañones. Pero lo nuestro no puede ser... —concluyó negando con la cabeza.

—¿Por qué no puede ser? ¡Lucha por él!

—Está casadísimo, Violeta. Lo nuestro es un amor imposible, pero no me importa porque mírame: sufro como una perra pero tengo un brillo en los ojos de tanto amar en silencio, que me hace aparentar treinta años menos.

—Tienes un brillo en los ojos brutal, pero no entiendo tu resignación. Nada dura para siempre... —dijo Violeta, cruzándose de brazos.

—Hay cosas que sí. El teléfono de 1953 de mi madre, mi primer lavavajillas Kelvinator de 1979 y este matrimonio...

—Hay algo que no me cuadra, si es un matrimonio tan modélico, ¿por qué no le acompaña ella al baile? —preguntó Violeta, suspicaz.

—Porque ella detesta el baile...

—¿Y no le da pena dejar a su marido solo?

—¿Pena? Ella es feliz porque sabe que él está haciendo lo que más le gusta y él lo mismo porque a esa hora ella está gozándolas con sus nietos. Así que te repito ¡son perfectos!

—Si fuera tan perfecto él no te haría sentir esas cosas cuando bailáis...

—Él baila con el corazón, con lo que es, con su vitalidad, su pasión y su intensidad. ¡No tiene nada que ver conmigo! Es su esencia y su energía que yo capto y que me enamora.

—Mercedes a mí me da que ese matrimonio está fatal... ¡Tú tienes muchas posibilidades de que ese hombre sea tuyo!

—Nunca será mío, pero soy feliz porque me siento más viva que cuando tenía quince años. Qué delirio sentir el roce de su piel, qué estremecimiento cuando me clava la mirada, qué manera de orgasmar cuando me coge por las caderas y me eleva hasta el cielo...

—¿Orgasmar? —inquirió Violeta, alucinada.

—Es una licencia poética. Me refiero a que siempre que estoy con él, vuelo hasta las nubes... Pero dejemos de hablar de mí. Cuéntame tú lo de Ramón...

—No hay mucho que contar, la magia se ha ido, lo que siento es que por mi culpa haya tenido un aparatoso accidente.

—Lo he visto en el Instagram... —Y nada más decirlo, se dio cuenta de que había vuelto a meter la pata.

—¿Le sigues? —preguntó Violeta, extrañada.

—No, lo he visto por casualidad —mintió porque había estado durante las últimas tres horas poniéndose al día de las andanzas de Ramón —. ¿Y por qué dices que el accidente ha sido por tu culpa?

—Antes de que se cayera al cubo de basura, tuvimos una conversación en la que tal vez fui demasiado dura con él...

—¿No has leído su Instagram, verdad?

—Ni tengo, ni me interesa ver lo que pone —replicó Violeta, negando con la cabeza.

—¡Tienes que verlo! —exclamó Mercedes, sacando su móvil del bolso—. Su hermano colgó la foto y en los comentarios explica por qué se produjo el accidente...

—¿Ah, sí? ¡A ver! —dijo Violeta, situándose al lado de Mercedes que estaba buscando la cuenta de Ramón.

—Aquí lo tienes, hay una chica que le pregunta qué es lo que ha pasado y Pascual Montt responde... —La chica era FifiFiestasFull que escribía con más emoticones que palabras.

—*Ha sido por culpa de las zapatas de los frenos de la bici que estaban muy desgastadas. ¡Yo no sé cómo no se ha matado antes!* —¿Las zapatas de los frenos? ¡Pero qué broma es esta! —exclamó Violeta, echando chispas por los ojos.

—Sigue leyendo, maja...

—Llevaba más de un mes diciéndole que las cambiara porque se caían a cachos y un día de estos iba a tener un susto gordo. —¡Este tío es tonto de remate! ¡Cómo se pude ser tan gilipollas de ir en una bici sin frenos?

—Ya ves, hija, ya ves...

—La de la más veces que le advertí: “Que te vas a quedar sin dientes, bro”, “que no puedes ir por ahí subido a ese amasijo de hierros oxidados”, pero no me hizo ni caso —siguió leyendo Violeta, presa de la indignación—. “Todavía aguantan, voy a esperar un poquito más...”, me decía. Pues mira, tanto esperar y ahora está manco, cojo y casi tuerto. ¡Por listo! Y por rata, porque este con tal de no abrir el monedero es capaz de hasta poner su vida en peligro. — ¡Y el muy cabrón sabiéndolo, me ha hecho sentir culpable!

—Parece que sí... —replicó Mercedes, encogiéndose de hombros y satisfecha porque si quedaba algún rescoldo de Ramón en el corazón de Violeta, ella acababa de apagarlo.

—¡Tenía que habérmelo figurado! ¡Daba miedo ver esa bicicleta! ¡Y has leído los comentarios de la gente? ¡Es un gorrón profesional! —preguntó Violeta, perpleja con lo que estaba leyendo—; *Típico de Ramón, se estira menos que la goma de unas bragas viejas, es de traca. Siempre que viene a mi tienda me dice: “Mañana te pago” y así desde hace ocho años. Y yo traga que te traga. Qué arte tiene el cabrón para camelarme!* ¡Es su panadera! —precisó Violeta—. Y otra chica, AnaPelucas añade: *Lo mismo que a mí, desde 2009 que le arreglo la barba y las puntas, todavía no me ha pagado ni una sola vez. Pero es que es tan mono...*

—Sí, lo he leído. Sale hasta su dentista al que le ha sacado por la cara la férula de descarga. Pero tranquila que la pesadilla ya ha pasado —dijo Mercedes, apretando el hombro de Violeta—. Cuando Dios cierra una puerta, abre una ventana... Bueno, en este caso es al revés, Dios te ha cerrado un agujerito por donde no entraba ni un hilo de luz y te ha abierto una puerta enorme con una placa que pone J. P.

—¿J. P.? —preguntó Violeta que no tenía ni idea de lo que Mercedes estaba hablando.

—¡Mi sobrino! ¡Javier Pereira! Reconoce que te gusta un poco... —le habló apuntándola con el dedo índice.

¡Le gustaba demasiado! Pero no era plan de decírselo y que Javier se pasara a recogerla a la hora del cierre con un ramo de rosas y un anillo de compromiso. ¡Ese hombre no conocía la medida! Así que decidió ser prudente y soltar en un tono aséptico...

—Es un chico encantador...



Y mientras Violeta comentaba lo encantador que era Javier, Jacaranda hacía acto de presencia en el Beséame, dispuesta a dejar las gafas, coger el carro y salir pitando.

Sin embargo, lo primero con lo que se encontró fue con su madre tomándose un batido de fresa, debajo del beso del sofá de Marilyn Monroe y Tony Curtis en *Con faldas y a loco...*

—Mamá ¿qué haces aquí? —masculló sin entender absolutamente nada.

Andrea se quedó con los labios pegados a la pajita del batido de la impresión y tras dar un sorbito y por poco atragantarse, musitó:

—Es mi película favorita.

Jacaranda se sentó frente a su madre y susurró, muy nerviosa y enfadada, bufando:

—¿Dónde coño está Felipín?

Andrea tragó saliva y por puro instinto de supervivencia, respondió encogiéndose de hombros:

—En casa.

—Mamá no me vaciles que esta mañana regías perfectamente, no conozco a nadie que pierda la cabeza en cuestión de horas. ¡Exijo que me digas qué está pasando! —ordenó Jacaranda, dando un puñetazo en la mesa.

—¿Quieres dejar de montar escándalos? —le regañó Andrea entre susurros—. ¿Qué modales son esos?

—Haces dejación de tus responsabilidades como abuela y a ti lo único que te preocupa son mis modales. ¡Genial! —protestó dando un manotazo al aire.

—No te preocupes que el niño está en muy buenas manos y yo estoy aquí merendando tan ricamente... —Andrea dio un sorbo a su batido, como si fuera lo más natural del mundo estar de merienda en el Beséame.

—Mamá ¡estás empezando a asustarme! ¿No habrás traído al niño a que conozca a su padre porque no te lo perdonaría en la vida? —habló furiosa, señalándola con el dedo índice.

Andrea, entonces, por el bien de su hija, respiró hondo y dijo:

—Tenía que haberlo traído mucho antes, la pena es que Felipín haya tardado tanto encontrarlo...

Con la angustia y la desesperación de la que ve venir un tornado que lo va a destrozar todo y ya no tiene tiempo de refugiarse en un lugar seguro, Jacaranda se puso de pie y gritó con la vena del cuello a punto de reventar:

—¡La madre que me parió! ¡Traidora de mierda! ¡Vendepieles de primera!

—Pili, escúchame... —replicó Andrea con los ojos llenos de lágrimas, intentando que su hija se calmara.

—¡No hay nada que escuchar! ¡Acabas de mandar a tomar por culo a nuestro pequeño y bonito mundo perfecto! ¡A la mierda con todo! ¡Gracias mamá! —espetó mirándola furiosa.

—Tranquilízate, Pili. Fon es un amor de hombre...

—¡Flipo contigo! ¡Ese cabrón te ha debido echar algo en el batido, porque si no, no lo entiendo! ¡Espabila, madre! —exclamó dando unas palmadas—. ¡Ese tío es como el caballo de Atila, se va a llevar por delante todos nuestros esfuerzos y desvelos por hacer de Felipín un niño de bien! Más te vale que vayas escondiendo el tubo de pegamento...

—¿Pegamento? ¿Qué dices, hija? —susurró retirándose las lágrimas con los dedos.

—¡Para esnifarlo! Como sigas trayendo a mi hijo a que se junte con ese elemento, en tres semanas va a estar atracando a las viejas a punta de navaja...

—La que tienes que espabilar eres tú...

—¿Yo?

—Desde que Felipín se ve con su padre ni le duele la garganta, ni la tripa ni nada. Eres tú con tu rencor y tu venganza la que no estás haciendo ningún bien al niño...

—Lo que me quedaba por oír... ¡Voy a traer ahora mismo a ese mocoso de las orejas y nos vamos para casa echando leches!

Jacaranda se dirigió hecha una furia hacia las cocinas, mientras Andrea consideró que era más prudente quedarse rezando aferrada a su batido.

—¡Felipe Sepúlveda! ¡Quítate esa ropa de cocinero yaaaaaaaaa! —gritó Jacaranda fuera de sí, en cuanto entró en la cocina donde se encontraba su hijo vestido con una chaquetilla blanca y gorro y portando una jeringuilla en la mano.

—¡Imposible! —se negó el niño—. Estoy perfeccionando mi técnica con la esféricación inversa —explicó orgulloso, muy sonriente.

—¡Felipe Sánchez! Ni se te ocurra moverte de donde estás hasta que termines tu clase —ordenó Fon a su hijo, retando a Jacaranda con la mirada.

—¿Cómo se te ocurre darle a mi hijo una jeringuilla? —chilló Jacaranda, arrebatándole a Felipín la jeringuilla de un manotazo—. ¡A mi nene no lo haces tú un yonqui, capullo de mierda!

—¿Qué haces, mamá? ¡Que las jeringuillas no son para droga sino para el zumo que tengo que introducir en esta solución de agua con alginato!

—¡Me da igual para lo que sea! ¡Vámonos de aquí, ya! —exigió quitándole el gorro, con rabia.

—Jolín, mamá, que estoy en clase de cocina —protestó el niño tirando del gorro que su madre tenía en la mano.

—PiliJacaranda espera fuera con tu madre a que el crío termine su clase, ahora te preparo una buena tila.

Jacaranda miró a Fon con ganas de aplastarlo como si fuera una hormiga, apretó fuerte las mandíbulas y luego ladró:

—Me vas a preparar lo que yo te diga. ¡Felipín, es la última vez que te lo digo! ¡Quítate esa chaquetilla, yaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

Y tras soltar ese “ya” de sargenta que se pudo escuchar en toda Malasaña, se percató de que un poco más allá de su hijo había un señor moreno, de unos cincuenta años, preparando unos platos como si allí no estuviera cayendo la que estaba cayendo.

—Disculpe, caballero —se excusó levantando una mano y esbozando una pequeña sonrisa.

—No te preocupes, mami. Hache no oye desde que le cayeron las bombas en Siria —le explicó el niño—. Él nos lee los labios... Hache te presento a mi madre, se llama PiliJacaranda —dijo el niño interpellando a Hache.

—Niño —le reprendió Jacaranda—, que yo me llamo Jacaranda, eso de PiliJacaranda me lo dice tu pa..., —y se mordió los labios con rabia por la metedura de pata, porque el reptil jamás iba a ser el padre de su hijo—, me lo dice ese señor para mofarse de mí.

—Te equivocas, ma: mi pa te admira mucho —puntualizó Felipín, guiñando el ojo a su padre.

El grado de complicidad entre el padre y el hijo era tal que Jacaranda se puso tan nerviosa que cogió al niño por la oreja y lo trajo hacia sí.

—¡Deja de decir tonterías y vámonos a casa!

—¡Digo la verdad! ¡A la que hay que tirar de las orejas es a ti por mentir tan mal! ¡Mira que decirme que mi padre era un reptil de las galaxias! —refunfuñó el niño mientras se frotaba la oreja.

—Algo de razón no le falta a tu madre —terció Fon y Jacaranda le miró con tanta furia que matizó—: Perdón, tu madre siempre tiene razón, toda la razón. Hijo, soy un reptil de las galaxias...

—¡Tengo el mejor padre del mundo! —gritó el niño abrazándose fuerte a su padre.

—Dios mío... —murmuró Jacaranda, tapándose la cara con la mano, porque no podía resistir ver la escena.

—Es un placer conocerla, señora —habló Hache tendiéndole la mano—. Qué feliz soy de que mi hermano Fon haya logrado al fin reunir a su familia...

—¡Esos somos nosotros, mami PiliJacaranda! —celebró el niño, haciendo el gesto de la victoria con los dedos—. Ven —dijo llamándola con un gesto de la mano—, démonos un abrazo familiar y tú también Hache... —Hache se abrazó a ellos sin dudarle mientras el niño explicaba a su madre—: Hache no es su hermano de sangre pero es que el estrés de la cocina une tanto que papá y él se quieren como hermanos.

—Felipín no estoy para abrazos —replicó Jacaranda, torciendo el gesto.

—Señora, he perdido en la guerra a dos hermanos, dos cuñadas y cinco sobrinos —habló Hache emocionado—, pero hoy estoy feliz porque he ganado un hermano, una cuñada y un sobrino. Así que, venga ese abrazo...

Hache tendió la mano a Jacaranda y ella solo pudo tomarla y abrazarse a ellos, mientras Fon gritaba:

—¡Somos una familia de puta madre!

—¡Espera que falta la abuela! ¡Voy a buscarla! —exclamó Felipín, marchándose a buscar a su abuela dando saltos de alegría.



Después del abrazo familiar, Jacaranda y Fon quedaron en que el niño terminaría su clase de técnica de esferización invertida y que ya hablarían por la noche...

Jacaranda esperó a que su madre y el niño se durmieran y entonces, le llamó desde su cuarto con una sensación de pánico infinito que no había conocido en la vida. Y además se sentía tan mal que cuando Fon descolgó apenas le salieron las palabras...

—Tenías que haberme dicho que estabas dando clases al niño... —atinó a decir, pero al momento se dio cuenta de qué no estaba en condiciones de reprocharle nada.

—Espero que no les hayas echado mucha bronca...

—No —resopló Jacaranda—. Ni tengo fuerzas, ni autoridad moral. ¿Tú a qué esperas para echármela a mí? —preguntó temiéndose el chaparrón que le venía encima, y más que merecido.

—¿Por qué? Hoy ha sido el día más feliz de mi vida. Ha sido un sueño que hayamos estado ese ratito juntos... —replicó Fon con la voz quebrada por la emoción.

—Estoy fatal, Fon. Jodidamente mal. Es como si mi hijo me hubiese hecho pecatarme de que soy miope, muy miope, de que hasta hoy no veía una puta mierda... —confesó hecha polvo, sintiéndose muy culpable y una basura de ser humano.

—El que no ve nada soy yo. ¿Cuándo me vas a dar las gafas? —preguntó más por quitarle hierro y que PiliJacaranda se sintiera mejor que porque le importaran algo las gafas.

—Te las había llevado, pero con la que se ha montado... ¡Me he vuelto con ellas!

—¡Y sin el carro! ¡Genial! ¡Así tenemos una excusa para vernos otra vez! —dijo divertido.

—Tío, ¿de verdad que tienes ganas de seguir viéndome? ¿Todavía no te has dado cuenta de que soy la peor mujer del mundo, de que no tengo corazón, de que te he ocultado que tenías un hijo que te adora? —replicó rompiendo a llorar como una niña.

Y a Fon se le partió el corazón, porque no podía sentir por ella más que amor...

—PiliJacaranda, *tranqui*... Bueno, perdona, Jacaranda...

—Perdona, tú. Llámame como quieras... incluso zorra: lo merezco con creces.

—¿ZorraPiliJacaranda te parece bien? —bromeó Fon, que estaba loco por arrancar una sonrisa a la mujer que amaba a pesar de todo y con todo.

—Perfecto —contestó Jacaranda, retirándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—Pili yo miro a Felipín y solo puedo sentir gratitud por el chaval tan maravilloso que me has criado. A ver, que me he perdido muchísimas cosas y que dado lo impulsivo, temperamental y apasionado que soy yo, lo lógico es que se me hubiesen llevado los diablos al enterarme de que tengo un hijo...

—Sí, tendrías que haber reaccionado como yo lo hice en su día: odiándote, vengándome y castigándote —le interrumpió Jacaranda, culposa y arrepentida, sintiéndose tan cruel y mala que añadió—: Porque definitivamente yo me equivoqué al contarle el cuento a mi hijo: yo soy la única pérfida reptil que estaba aquella noche en Huete y no tú...

—Cariño, no te flagees más, por favor... —susurró con un nudo en la garganta.

Al escuchar la palabra “cariño” Jacaranda se sintió mucho más perversa, egoísta y cabrona, y volvió a romper en lágrimas.

—Joder, Fon, soy una mierda de persona. Esta noche en la cena, no podía mirar a la cara ni a mi madre ni a mi hijo. ¿Qué clase de bicho soy?

—Mi bicho. ¿Te parece poco? —replicó Fon, que también estaba en la cama, abrazándose a la almohada como si fuera el cuerpo de ella.

—Entendería que me quisieras quitar la custodia del niño, es más deberías hacerlo porque soy un pésimo ejemplo para él —Y se echó a llorar desconsolada.

—Pili, por favor, déjalo ya... ¡No conocía yo esta vena *masoca* tuya!

—No se trata de masoquismo, sino de justicia —dijo sonándose la nariz con un clínex que cogió de la mesilla—. Contigo estará mejor, aprenderá cosas bonitas y buenas y yo seré feliz sabiendo que mi hijo está lejos de mi influjo malvado. ¡Soy una cabrona, por Dios! —farfulló entre hipidos.

—Déjalo, nena. No sigas por ahí...

—Por favor, Fon, ¿cómo no voy a seguir si soy lo peor? —Y Jacaranda de nuevo estalló en lágrimas.

—Yo te quiero —replicó Fon, y le salió del alma.

—¿Qué? —balbuceó enjugándose las lágrimas con otro pañuelo—. ¿Cómo me puedes querer, si no merezco más que tu desprecio? A ver si te enteras de una vez: ¡soy la bruja del cuento, la madrastra, la hermanastra, la mala-malísima y Darth Vader, también! ¡Todos juntos! ¿Qué digo? ¡Soy todo eso junto y mucho más!

—No hay problema, yo soy como Chu-Lin —respondió Fon, sin dudarlo.

—¿Quién es su Chu-Lin? ¿Un osito panda amoroso?

—No, coño, el mayordomo de Angela Channing. ¡Soy como él! ¡Estoy enamorado hasta las trancas de ti! ¡Me importa una mierda que seas una criatura oscura! ¡Te acepto como eres! ¡Te amo! —gritó Fon estrujando su almohada.

—Tío, tú eres memo. ¿No te das cuenta de la putada que te he hecho? —inquirió Jacaranda secándose las lágrimas.

—No insistas, mujer, que vas a acabar convenciéndome.

—No merezco tu perdón ni tus palabras amables...

—Mira que eres dura de mollera, Pili, que yo te amo y no hay más hablar. ¡Deja de atormentarte de una vez!

—Qué fácil es decirlo cuando la culpa no te oprime el pecho y te impide respirar —explicó Jacaranda, llevándose la mano al pecho y rompiendo a llorar otra vez—, cuando no tienes la garra del remordimiento arrancándote las entrañas, cuando....

—Para Pili, hija —la interrumpió apenado por verla tan afectada—, que ya me hago una idea. Ahora mismo voy a buscarte y te vienes a dormir conmigo —informó saltando de la cama.

—¿Qué? ¿Me vas a castigar a polvos o qué?

—Qué pesadita estás con el castigo. Nada de polvos, te propongo dormir abrazados, solamente —contestó mientras se quitaba el pijama y volvía a vestirse de nuevo.

—Tú y yo no podemos dormir solamente —reconoció Jacaranda.

—Como te quedas en tu cama, no vas a pegar ojo en toda la noche. Si vienes conmigo, te garantizo que con mi abrazo podrás apagar tu mente y descansar —habló mientras se calzaba unas zapatillas deportivas.

—¿Abrazo tántrico? ¿Estás hablando de folleto relajante o de qué? —preguntó Jacaranda a la que la culpa la tenía algo dispersa.

—Hablo de abrazo reconfortante para que puedas dormir tranquila y sin pesadillas.

—Fon te lo ruego, ¡no seas tan bueno conmigo que cada vez me siento peor! —exclamó encogida, en posición fetal.

—¿Por qué? —preguntó Fon, sin entender nada, mientras cogía las llaves de su furgoneta de siempre, una Volkswagen clásica de color azul cielo.

—Toda la vida convencida de que eras un capullo ¡y resulta que la capulla soy yo!

—¿Y te das cuenta ahora? —bromeó con punto gamberro en la voz.

—Pensaba que estaba haciendo lo correcto al mantenerte alejado de mi hijo, y en realidad no he hecho otra cosa más que perjudicarlo. ¡Por no hablar del daño que te he hecho a ti! ¡Joder qué ganas de desaparecer! ¡Me siento tan miserable! —se lamentó llorando otra vez sin parar.

—Calla, Pili, hija, y hazme caso. Escribe a tu madre una nota explicándole...

—¿Una nota de qué? ¿De suicidio? ¿Me aconsejas que me mate, verdad? —replicó trágica, sin eje, desesperada.

—¡Deja de decir tonterías y escúchame! Escribe a una nota a tu madre diciéndole que vas a pasar la noche conmigo y yo ya salgo para allá. En quince minutos estoy allí —ordenó ya en la puerta de su casa.

—¿Y si mejor escribo una carta dándole gracias por todo y luego me tiro por el balcón? ¡De verdad que sería mucho más práctico! ¡Yo no aguanto esta culpa y este sentirme tan narcisa perversa!

Fon gruñó y después le exigió en un tono que no admitía réplicas:

—Lo práctico es que tu madre necesita una hija, Felipín una madre y yo una pareja, así que escribe esa puñetera nota que yo ya salgo.

—No me necesitáis para nada, solo sé hacer el mal y causar dolor...

—Eso es solo cuando te da por cocinar, el resto del tiempo lo haces de maravilla, nena.

—¡Me siento *fataaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!* —soltó con un berrido que por poco deja sordo a Fon.

—Aguanta un poco, corazón. Escribe esa nota y te llamo en cuanto llegue a tu casa...



Jacaranda, desgreñada, con los ojos hinchados y la nariz roja, se subió a la furgoneta en pijama y zapatillas y solo pudo mascullar:

—¿Todavía conservas esta antigualla? —preguntó Jacaranda, refiriéndose a la furgoneta—. ¡Si tiene más años que tu abuela!

—Va de maravilla. ¿Y tú cómo estás?

—Ya tengo que estar mal para salir a la calle de esta guisa...—contestó señalando a su pijama de corazones—. ¡Pero no puedo con mi vida! —Y rompió a llorar tapándose la cara con las manos.

—Déjame que te abrace para que te sientas mejor —susurró Fon acariciándole el cabello.

—¿No entiendes que tu cariño y tu generosidad me hacen sentir más miserable? —replicó Jacaranda, llorando más fuerte todavía—.

Arranca, por favor, antes de que me arrepienta...

—¿Arrepentirte de qué? Somos la versión 2.0 de Angela Channing y Chu-Lin, esto solo puede salir bien, perversa mía...

Fon arrancó, Jacaranda cerró los ojos y entonces sonó *Loud like love* de Placebo...

—¡Y ahora suena esta canción...! ¡No merezco tanto, joder! ¿Por qué a mí? ¿Por quéeeeeeeeeee? —se lamentó sonándose la nariz.

—PiliJacaranda no entiendo. ¿Te gusta o no te gusta? —preguntó angustiado de que su hijo no le hubiese dado bien el chivatazo.

—¡Es perfecta! ¡No me apetece escuchar otra cosa! ¡Es justo esto! Y que suene no es casual, ¿verdad?

—Me lo ha chivado el niño —confesó encogiéndose de hombros—. Es que me quedé en lo que te gustaba hace diez años... en aquellos tiempos en los que te gustaba hasta yo.

—Tú no me gustabas. ¡Me moría por ti! De qué si no me iba yo haber puesto a follar sin goma el día de Huete...

—Qué polvo más bueno...

—¡Joder de haber sido menos impulsiva podíamos haber sido tan felices! ¡Pero con mi orgullo y mi rencor me lo cargué todo! ¡Soy lo peor! —Jacaranda se tapó otra vez la cara con las manos y rompió a llorar.

—Si nos ponemos a buscar culpables, te recuerdo que fui yo el que decidí perderme durante un tiempo... —explicó Fon con la vista puesta en la carretera.

—Pero volviste a los cuatro meses y yo te castigué durante diez años.

—Porque no me tenía que haber marchado nunca, Pili.

Jacaranda respiró hondo y bajó la ventanilla para sentir el viento en la cara. Luego miró al cielo buscando alguna estrella aunque las luces de la ciudad apenas dejaban ver unas cuantas. Pero daba lo mismo porque ella sabía que estaban ahí...

¿Y acaso eso no era lo mismo que le sucedía con Fon? ¿Acaso a pesar de todo el rencor y todo el resentimiento, su amor no seguía ahí —refulgendo por encima de tantas miserias—, intacto, mágico, auténtico y especial?

—Quiero volver un día al pueblo, echo tanto de menos los cielos estrellados del verano...

—¿Quieres que vayamos ahora? —replicó Fon, entusiasmado con la idea de volver al lugar donde habían sido tan felices.

—Reaparecer después de estos años, contigo, en tu vieja *furgo*, y en pijama y zapatillas no es que sea muy buena idea —contestó Jacaranda, esbozando una sonrisa.

—Entonces, nos vamos al monte y nos pasamos la noche al raso bajo las estrellas.

Esta nueva propuesta de Fon, sin embargo, le encantó a Jacaranda quien con un punto de ilusión en la mirada, dijo:

—Mola.

Sin nada más que añadir, Fon puso rumbo a los montes del pueblo con la música de Placebo de fondo, en tanto que Jacaranda se quedó dormida en cuanto salieron a la carretera de Valencia.

Una hora después, la bella durmiente despertó cuando Fon, después de adentrarse por una carreterucha, estacionó la furgoneta en lo alto del monte con vistas a todas las estrellas...

—¡Dios mío! —exclamó impresionada ante el espectáculo que se cernía sobre ellos—. ¡Gracias por este regalo! —Y a Jacaranda se le cayeron dos lagrimones por el rostro.

—Gracias a ti, porque la idea ha sido tuya... —replicó retirando las lágrimas de Jacaranda con sus dedos.

—Me he quedado sin clínex de tanto llorar... —susurró ella, con una pequeña sonrisa.

—En la guantera tengo... —dijo Fon y al abrirla Jacaranda se percató de algo.

—¡No me puedo creer lo que estoy viendo! —exclamó Jacaranda con una alegría que Fon no tenía ni idea de dónde la había sacado.

—¿A qué te refieres?

—¡Al elefante que te regalé hace mogollón de años y que pensaba que habrías abandonado en alguna esquina siniestra del mundo! —respondió acariciando la trompa hacia arriba del pequeño elefantito que Jacaranda compró en un mercadillo de Ibiza.

—¿Por qué lo iba a tirar? ¡Si me lo regalaste para que me diera suerte!

—Como me abandonaste a mí, supuse que habrías hecho lo mismo con el elefante. ¡No creas que no he pensado en él todos estos años! —musitó ella, acariciando ahora la mantita azul llena de cristalitos espejuelados que cubría el lomo del elefante.

—Seguro que has pensado más en él que en mí —bromeó Fon, tendiéndole un paquete de clínex de la guantera.

—He pensado en los dos por igual, claro que cuando pensaba en el elefántín pensaba con cariño y cuando pensaba en ti me ponía biliosa y...

—Cachonda —le interrumpió Fon con una sonrisa malévola.

—Por favor, Fon, respeta mi dolor —le suplicó Jacaranda, frunciendo el ceño—. Hoy no tengo cuerpo para tus cerdadas...

—Si no digo nada más que la verdad, no hay cosa que me excite más que imaginarte biliosa y cachonda.

—¿Te ha dado suerte? —preguntó dando un beso al elefante en la trompa.

—¿Qué pregunta? Estás aquí conmigo a punto de pasar la noche bajo las estrellas. ¡No se puede tener más suerte! ¡Y ahora mueve el culo y deja de llorar, que lo bueno empieza yaaaaa!

Salieron de la furgoneta y Fon sacó de la parte de atrás un par de mantas, una linterna y una bolsa de plástico...

—He tenido que repostar y he comprado una botella de vino, sándwiches y chocolatinas por si nos entrara hambre... Como solo vamos a abrazarnos —aclaró no fuera a ser que Pili se hiciera ilusiones—, seguro que en algún momento tendremos hambre.

—¿Llevas en la *furgo* dos mantas? ¿Qué pasa que es habitual esto de traerse a las tías al monte? —preguntó Jacaranda, suspicaz, puesta en

jarras y ya volviendo a ser ella.

—¿Tú sabes lo exigente que es el oficio de cocinero? ¡No tengo tiempo ni de respirar! —explicó después de alumbrar con la linterna el terreno y encontrar un lugar más o menos llano y sin muchos hierbajos, sobre el que extendió la manta.

—Pero para eso está el cuarto de las Heineken... —añadió celosilla, mientras Fon dejaba la linterna en el suelo encendida junto a la manta, para que les iluminara.

—¿Te gustó, eh? ¡Ya repetiremos, PiliJaca! —exclamó sentándose sobre la manta.

—Tío, vete la mierda. No me vuelvas a llamar PiliJaca ¡que yo no soy ninguna potranca! —protestó cruzándose de brazos.

—Dame la mano y deja de gruñir que me erotiza mogollón... —Fon tendió la mano a Jacaranda y esta la tomó.

—¿Y qué no te erotiza a ti?

Fon tiró fuerte de la mano de Jacaranda que acabó tumbada encima de él.

—De ti me erotiza todo —susurró Fon, abrazando fuerte a Jacaranda.

—Entiendo que me desees porque estoy que crujo... —replicó Jacaranda mordiéndose los labios para evitar que se le escapara la sonrisa.

—¡Sonríe! ¡Y dale ahí! ¡Si no estás diciendo ninguna mentira: estás que crujes! ¡Es más, eres la tía más buena que me follaré nunca! —bromeó dándole una cachetada en el culo.

—¿Eso qué significa? —inquirió Jacaranda, pestañando nerviosa—. ¿Que piensas estar con más tías después de mí? ¿O que tienes pensado compaginarme con otras? ¿Qué? —habló levantando la barbilla y con su altanería habitual.

—¡Pili, coño, que yo no tengo más corazón que para ti! ¿Todavía no te has enterado o qué?

Fon le retiró a Jacaranda un mechón de pelo del rostro, ella suspiró y luego respondió:

—Te repito que entiendo que me desees porque la naturaleza me ha dotado de un cuerpo para el pecado, pero Fon soy más mala que la quina. No merezco tu corazón, de verdad que no... —musitó y luego apoyó llorosa la cabeza en el pecho de Fon.

—Ni que pudiera elegir no dártelo, porque hace mucho que es tuyo, mucho, tal vez desde siempre...



—Qué mala suerte la tuya que te haya tocado darle el corazón a una mala pécora como yo —musitó abrazándose fuerte a él.

—¿Y tú corazón qué tal?—preguntó Fon, levantando la barbilla de Jacaranda para mirarla a los ojos.

—¿Tengo corazón? —replicó mordaz, apartándole mirada.

—En tu pijama tienes unos cuantos...

—Tú lo has dicho, en mi pijama —murmuró apenada.

—Y en tu pecho tienes uno precioso, divino y cabrón. Si no sabes qué hacer con él, puedes dármelo con toda confianza. Prometo que lo cuidaré, que lo amaré, que lo defenderé y que lo...

—¿Follaré? —interrumpió Jacaranda, risueña, levantando una ceja porque estaba sintiendo la erección de Fon en su entrepierna.

—Te follaré el corazón y esas lágrimas de mierda se convertirán en purpurina de colores.

—Estas lágrimas de mierda me las he ganado a pulso y me acompañaran hasta el resto de mis días —dijo con los ojos vidriosos, otra vez

—. No merezco ni un gramo de felicidad, me pasaré lo que me queda de vida expiando mi culpa.

—Es un planazo, sin duda —bromeó Fon, acariciándole la espalda.

—Que a ti te pone megacachondo, a tenor de cómo estás —soltó Jacaranda, esbozando una sonrisa.

—Ya sabes lo que me pasa: tenerte cerca, me endurece —masculló encogiéndose de hombros.

—Por eso es mejor que no me acerque mucho, y no lo digo por tu pene. Me refiero a tu corazón —dijo colocando la mano en el pecho de Fon—, mi presencia puede transformarlo en un pedazo de carbón.

—Eso es en lo que se convierte cuando no estás, en una piedra negra que no me sirve para nada.

—¿Tu crees? —preguntó Jacaranda, acurrucándose contra el pecho de Fon.

—¿Tienes frío? —Jacaranda asintió, no porque tuviera frío, porque hacía una noche estúpida en la que a lo lejos hasta cantaban las chicharras, sino porque necesitaba sentir calor.

Y Fon, solícito, echó la otra manta encima de ellos. Luego, Jacaranda se giró y se quedó tumbada bocarriba, mirando las estrellas...

—¿Sabes que muchas veces me he preguntado qué habría sido de tu furgoneta? —confesó respirando el maravilloso olor a campo de noche.

—La odiabas —contestó Fon, mirando también a las infinitas estrellas que colgaban del cielo para ellos.

—Y la de veces que deseé que te quedaras tirado con ella en el callejón más peligroso y siniestro del mundo...

—Llevaba tu elefante conmigo, eso jamás me pasó —dijo Fon con una sonrisa enorme.

—Mi elefante —replicó Jacaranda, sacándolo del bolsillo del pantalón del pijama.

—¿Me has robado mi elefante? —Fon le cogió la mano para quitárselo, pero Jacaranda la cerró con fuerza.

—Déjame un poco, que ahora soy yo la que necesito suerte.

—¿Más? Tu madre y tu hijo te adoran, tu reptil favorito te ama, tienes un trabajo que te gusta...

—No sigas, por favor. Lo de esta tarde en tus cocinas ha sido como ponerme un espejo delante, por primera vez en muchos años, y verme tal cual soy: una zorrasca sin corazón...

—¡Qué pesada con lo del corazón! Mira, se me ocurre algo, igual que te pusiste Jacaranda para marcar una nueva etapa en tu vida, ¿por qué ahora no te bautizas con otro nombre para esta nueva que vamos a iniciar?

—¿Y de dónde vas a sacar una tercera teta para tatuarte Contrita? —bromeó Jacaranda, guardándose otra vez el elefante en el bolsillo.

—Amo a todas las mujeres que eres PiliJacarandaContrita —susurró Fon, tomando la mano de Jacaranda.

Jacaranda se giró, se puso de perfil mirando a Fon, y con los ojos húmedos por la pena, musitó:

—Te prometo que si algún día llego a convencirme de que tengo corazón, te lo daré...

Fon deslizó las manos la espalda de Jacaranda hasta llegar a la cinturilla del pantalón del pijama que bajó de un tirón.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Jacaranda, asustada y con el corazón latiendo con fuerza.

—Demostrarte que tienes corazón.

—¿Cómo? —quiso saber frunciendo el ceño y metiendo la manos por debajo de la camiseta de Fon para acariciar sus duros pectorales.

—Follando, nosotros siempre follamos con el corazón. ¿Con qué si no? —susurró tirando de los pantalones de Jacaranda, mientras ella desabrochaba el pantalón de Fon.

—Tú y tus demostraciones... —musitó Jacaranda, a la vez que ayudaba a Fon a desprenderse de sus pantalones.

—Soy un hombre de acción, más que de palabras... —recordó sacándose al fin los pantalones.

—A lo mejor deberíamos solo abrazarnos —propuso Jacaranda mientras deslizaba las manos por debajo de los calzoncillos de Fon y le apretaba fuerte el culo.

—Ya. Pero te gusta demasiado mi culo.

—Y esta parte también —susurró Jacaranda poniendo las manos en la tremenda erección de Fon.

—Me pasa como a mí con tus tangas... —replicó Fon, rompiéndosela de un tirón.

—¿Tienes condones en la *furgo*? —preguntó Jacaranda, mordiéndose los labios.

—La *furgo* se sigue llamando Camila... Ya sé que lo odias como todo lo mío pero...

—No le pega llamarse así y yo no odio todo lo tuyo...

—Dímelo mirándome a los ojos... —susurró colocándose encima de ella.

—Hay muchas cosas que me gustan de ti y que de tener corazón hasta podría amar... —dijo mirando los ojos de Fon que brillaban a la luz de la linterna.

—Ya... —musitó a la vez que le arrebatava la parte de arriba del pijama.

—No me has contestado a lo de los condones... —susurró Jacaranda, mientras le quitaba desesperada la camiseta.

—No los necesitamos... —masculló al tiempo que le mordía el cuello hasta hacerla gemir.

—¿Después de la que te he liado con Felipín todavía tienes ganas de más? —preguntó Jacaranda temblando de deseo, de temor y de culpa y apretando las nalgas de Fon con fuerza.

Fon descendió hasta los pechos de Jacaranda, los besó y los lamió con fiereza y luego, cuando ella creía que él ya no iba responder, le

dijo:

—Ahora lo quiero más que nunca...

Y la penetró de un fuerte empujón que a ella le hizo gritar...

—Fon por favor... —susurró Jacaranda, con dos lágrimas corriendo por el rostro.

Dos lágrimas de felicidad, porque no entendía cómo ese hombre podía querer nada con ella después de lo que le había hecho, y dos lágrimas de deseo, porque solo él era capaz de amarla de esa forma tan tierna como salvaje.

—Te dije que te haría llorar lágrimas de purpurina de colores... —susurró saliendo de ella, de esa “humedad caliente que estaba ansioso por beberse”.

Jacaranda en respuesta a ese vacío que sintió de repente, giró la cabeza, mordió el bíceps tatuado de Fon, y luego le besó desesperada en la boca...

—Lléname de ti... —exigió demandando con verdadera urgencia que ese hombre volviera a penetrarla.

Y Fon lo hizo, comenzó a hacerle el amor sin contemplaciones, con el corazón, dándole todo porque esa noche no era una noche cualquiera...

—Esta noche hemos venido a buscar a Pili, es irremisible...

Jacaranda entre jadeos, mordió el cuello de Fon y luego murmuró:

—Esa Pili ya no existe...

Fon durante unos instantes, se paró, se quedó clavado dentro de ella y con sus labios pegados a los de Jacaranda, musitó:

—No estoy hablando de ti. Hablo de una Pili nueva, de nuestra nena...

—¿Vamos a hacerla esta noche? —susurró Jacaranda, con una sonrisa enorme—. ¡Estás loco!

—Estoy loco, soy un cerdo y todo lo que tú quieras, pero esta noche vamos a follar como tú y yo sabemos. Como la noche en la que vino Felipín...

Jacaranda miró al cielo cubierto de estrellas y solo entonces supo que aquello intacto, mágico, auténtico y especial que sintieron alguna vez, nunca había dejado de estar allí...



Horas después Jacaranda se despertó con los primeros rayos del sol, abrazada a Fon que seguía durmiendo. Se sentía tan feliz que a pesar de que tenía la espalda destrozada por haber dormido sin su almohada y en una superficie tan dura, solo tenía ganas de gritar porque la noche había sido perfecta y porque su corazón, a pesar de ser una malvada cabrona, latía con más fuerza que nunca.

Y todo se lo debía a él, al reptil al que había odiado tanto y que ahora no podía sino querer porque le había devuelto a la vida. Gracias a él, amanecía siendo la misma manipuladora perversa de la noche anterior, pero sintiendo tanto amor y solo amor, que tuvo que ponerse la mano en el pecho porque creía que se le escapaba.

¡Y solo pudo sonreír de gratitud y felicidad porque a pesar de todo tenía un corazón!

Por eso, se levantó a toda prisa, y desnuda y descalza, corrió hasta la furgoneta que abrió para buscar en la guantera unas tijeras que había visto la noche anterior.

Después regresó con Fon, recogió la parte de arriba de su pijama que estaba a los pies de las mantas, se sentó junto a él y recortó con cuidado de una manga un pequeño corazón rojo, que guardó en su mano apretándolo con fuerza.

Luego, se tumbó al lado de Fon que en ese instante entreabrió los ojos...

—Buenos días, amor —susurró—. Dime que es verdad, júrame que no estoy soñando...

—Me temo que no... Este horror de ojos hinchados y pelos tiesos, soy yo —musitó Jacaranda con una sonrisa enorme, abrazándose a él.

—Estás preciosa —replicó estrechándola contra él—. Joder ¿sabes qué estoy pensando?

Como Jacaranda conocía demasiado a Fon y porque estaba sintiendo su vigor en la entrepierna, respondió risueña:

—En que no entiendes cómo puedes despertarte duro después de haberte pasado la noche follando...

—Te equivocas. Hace mucho que asumí que ninguna me pone tan cachondo como tú —farfulló entre risas.

—¿Entonces? —preguntó Jacaranda arqueando una ceja.

—En que no hubo ni un solo día de mi escapada, hace diez años, que no pensara en ti y me preguntara: ¿cómo he podido ser tan capullo de separarme de mi Pili? —confesó mientras le acariciaba el pelo.

—¿Por qué no me llamaste para decírmelo o por qué no volviste para llevarme junto a ti? Me habría encantado recorrer el mundo entero contigo... —reconoció Jacaranda, dándole un beso suave en los labios.

—Las veces que te lo sugería me decías que como mucho podrías fugarte un mes, tu mes de vacaciones —replicó Fon devolviéndole el beso.

—Es que tú pensabas trabajar de cocinero en cualquier parte, pero yo no me podía poner a trabajar por semanas en las ópticas del mundo.

—Y tenías razón —susurró besándola en el cuello—. Por eso estaba pensando que a lo mejor fui tan capullo porque era la única forma de llegar hasta aquí —musitó con los labios pegados a los de ella—. Tú y yo, en el monte, desnudos, y con toda la vida por delante —habló deslizándose la yema de los dedos por el brazo de Jacaranda—. Tal vez si lo hubiésemos hecho de otra forma, si no la hubiese pifiado, si tú no te hubieras vengado, ahora estaríamos felices y contentos, o tal vez todo se habría ido a la mierda hace mucho. ¿Qué más da ya? —dijo encogiéndose de hombros—. Lo importante es esto que tenemos ahora, que es jodidamente bueno... —concluyó cogiendo la mano de Jacaranda, que la tenía cerrada—. ¿Qué tienes en la mano?

Jacaranda respiró hondo, tragó saliva y muy emocionada, musitó:

—Mi corazón.

Fon tomó la mano de Jacaranda con delicadeza, la abrió y cogió el pequeño corazón que ella había recortado de su pijama. Luego, la besó más enamorado de lo que había estado nunca en la vida y volvieron a hacer el amor como solo se hace cuando entregas el corazón.

Cuando tres horas después Jacaranda apareció en el trabajo, Violeta se percató al momento de la felicidad de su amiga:

—¡No me digas más! Otra vez hubo cuarto de las Heineken y te viniste sin carro.

Jacaranda dejó el bolso en la mesa, se quitó las gafas de sol enormes con las que cubría sus ojeras, y confesó a su amiga:

—Me he pasado la noche follando a pelo bajo las estrellas en un monte de mi pueblo. ¡Y todo se lo debo a mi elefante de la suerte! —exclamó sacando el elefante del bolsillo de su pantalón vaquero—. ¿A que es una preciosura? —preguntó dándole un beso en la trompa.

—¿Te lo ha regalado Fon? —quiso saber Violeta divertida, cruzándose de brazos.

—Se lo regalé hace muchos años y la verdad es que estaba convencida de que lo habría tirado, pero mira tú por dónde anoche abrí la guantera de su furgoneta y me lo encontré. ¡No podía creerlo! —gritó besándolo de nuevo—. ¡Me ha cambiado la vida por completo! Es que, tía, no veas la de cosas que me han pasado desde que salí de aquí ayer a por el carro... —Jacaranda resopló, se echó el pelo hacia atrás con ambas manos y concluyó—: ¡Un giro brutal que casi me desgracia la vida para siempre!

Violeta, que acababa de sentarse en su mesa para comprobar el estado de unos pedidos en su ordenador, levantó la cabeza y preguntó muy preocupada:

—¿Qué te pasó?

Jacaranda resopló y contestó mientras se ponía la bata:

—De todo. Nada más llegar al Beséame me encontré a mi madre merendando, así que imagina el resto. Entro en las cocinas y me veo a Fon dando clase a Felipín, con un buen rollo y una complicidad... ¡Se adoran!

—¡Qué maravilla! ¡Por fin! ¡Qué alegría que por fin se conozcan! —replicó Violeta entusiasmada.

—Mi hijo encontró a Fon en Facebook, como no paraba de poner comentarios en nuestra página, sumó dos y dos, y le propuso que le diera unas clases de cocina...

—Felipín es listísimo...

—Sí. Muchísimo. Yo cuando los vi a los dos, me quedé hecha polvo, me sentí fatal, egoísta, cruel, mezquina... De repente, me di cuenta de todo eso que vosotras me advertíais pero que yo no podía ver porque no me dejaban el odio ni el resentimiento —explicó abrochándose la bata—. Y fue horrible, me quería morir, pero literal. Quería desaparecer para siempre porque no soportaba ser tan mala persona...

—¿Fon te salvó del suicidio? —preguntó Violeta, mordisqueando un bolígrafo de la curiosidad.

—Hablamos por teléfono y me encontró tan hecha polvo que me propuso que pasara la noche en su casa, abrazados. Solo abrazos.

—¡Qué encanto! —masculló Violeta, suspirando.

—Sí. Pero nosotros no podemos estar cerca sin follar. Somos pura dinamita. Y sucedió que —explicó sentándose en su mesa—, de camino a su casa, como a mí apetecía ver estrellas, cambiamos de planes y terminamos pasando la noche en el monte. Nada más llegar, fue cuando me reencontré con el elefante: yo estaba buscando un clínex porque no paraba de llorar y apareció.

—Es una monada tu elefante... Me lo vas a tener que dejar a mí para que me dé suerte —pidió Violeta, con un gesto de pena.

—Toma, a mí ya no me hace falta... —replicó, levantándose de su mesa y entregándole el elefante.

—¿Seguro? ¿Está todo solucionado? ¿Ya no te sientes cruel y malvada? —inquirió Violeta, sin atreverse a coger el elefante.

—¡Estoy feliz! A partir del momento que apareció el elefantito, todo dio un giro espectacular, polvos a discreción, romanticismo en vena, y viaje de regreso a Madrid planeando irnos a vivir juntos los cuatro y lo que venga... a una chalecito en la Piovera.

—¿Lo que venga? —preguntó Violeta partida de la risa—. Oye, pues trae para acá que yo quiero algo parecido... —pidió arrebatándole el elefante.

Jacaranda regresó a su mesa y mientras encendía el ordenador, habló sin perder ni un momento la sonrisa de los labios:

—El apartamento donde vive Fon, en Malasaña, es suyo. Lo que son las cosas, le tenía por un culo de mal asiento, manirroto y tonto perdido, pero resulta que durante estos años hizo dinero y lo utilizó bien. Hemos pensado vender nuestras respectivas casas para irnos a vivir a un lugar más espacioso y que esté cerca de la óptica.

—Entonces, perdona que te diga que tú estás así de feliz por Fon y no por el elefante... —concluyó poniendo el elefante al lado de su ordenador.

—Te equivocas porque yo estaba como una dolorosa, rota de pena y de culpa, y solo empecé a sentirme mejor cuando el elefantito regresó a mi vida.

—Ya sí —replicó Violeta mientras imprimía unos informes—. Un elefante cuyo dueño se preocupó de sacarte de la cama para que no te pasaras la noche doliente, que te llevó a un lugar perfecto bajo las estrellas y que te bajó la luna a pesar de que seas la bruja pirulí.

—Y lo más importante: me hizo darme cuenta de que tengo corazón. Por eso, se lo entregué, me lo recorté de la manga del pijama y se lo di. Es chiquitito y cabrón, pero solo puede ser suyo...



Dos semanas después de que Jacaranda entregara su corazón a Fon y el elefante a su amiga, las cosas seguían exactamente igual para esta última. Vamos, que el pobre elefante no servía para mucho más que para adornar su mesa de trabajo.

Jacaranda insistía en que se pasara por el Beséame, donde ella acudía a diario a ver a Fon y a su hijo que seguían con sus clases, y donde al parecer también a diario Javier preguntaba por ella, pero no tenía fuerzas para volver a ese lugar.

Se sentía tan ridícula y tan estúpida de haberle estado siguiendo el rollo al cretino de MontMontt, de haberse colgado de semejante bicho de alcantarilla que aunque se moría de ganas de volver a ver a Javier, prefería evitarlo solo para que no saliera el tema de Ramón.

Tal vez cuando pasara un poco más de tiempo y ya no le doliera tanto haber hecho el primo con el artista creador, volvería por el bar y a enfrentarse a Javier con todas sus consecuencias.

Sin embargo, sus planes se truncaron porque el sábado, recibió una llamada de Mercedes, la tía de Javier, y se vio obligada a regresar al lugar adonde no quería volver.

—Violeta, ¿qué tal va todo?

—Pues igual... —contestó abúlica, pues vivía en un perpetuo día de la marmota. Si bien, al escucharse su voz le sonó tan lastimera que añadió para infundirse ánimos—: Quiero decir que bien, sí. ¿Y tú?

—Te llamo porque tengo novedades respecto a lo mío con mi George Clooney. ¿Quedamos el domingo a la una en el Beséame y te lo cuento tranquilamente?

—Es que el domingo... —vaciló Violeta, mientras improvisaba una excusa creíble, porque lo que menos le apetecía era pasarse otro domingo en el sofá de la abuela de Javier.

Bueno, para ser más precisos ella tenía unas ganas de sofá que se moría, lo que no le apetecía tanto era que Javier sacara a colación el tema de Ramón, las gafas amarillas y las zapatillas gastadas de la bici del Pleistoceno.

—Por favor, te necesito —le rogó Mercedes—. Ayer sucedió algo entre nosotros que tengo que contarte. Tú eres la única que ha creído en esta historia y necesito más que nunca tu consejo. De verdad que no te lo pediría si no sintiera que es realmente importante... —pidió en un tono de súplica de lo más convincente.

Y aunque era cierto que había sucedido una novedad importante entre ella y su George Clooney, el consejo de Violeta no le urgía para nada. Lo que en verdad apremiaba era que su sobrino dejara de penar y tuviera durante un par de horas la alegría de ver de nuevo a Violeta. Además también le estaba haciendo un favor a la propia chica, que seguro que tenía las mismas ganas de reencontrarse con él, pero no lo hacía porque tenía la cabeza llena de vaya a saber qué cosas por culpa de Ramón Montt.

Entretanto, Violeta pensaba que no podía negarse a la petición de Mercedes, una mujer que siempre se había portado muy bien con ella y que parecía tener una necesidad extrema de orientación y consejo, aunque estuviera convencida de que ella no es que tuviera mucha idea de asuntos de amor.

—Está bien. Mañana nos vemos. A la una estaré allí.

Cuando Violeta llegó al Beséame, Mercedes y Hortensia, la madre de Javier, la estaban esperando sentadas en una mesa situada debajo de una foto promocional de película *Sabrina*, en la que William Holden besa a Audrey Hepburn en la mejilla y Bogart les mira con cara de ese-beso-tenía-que-ser-mío.

Obviamente, no se habían sentado ahí por casualidad, aunque Violeta recién llegada, todavía no se había percatado de las similitudes de aquella historia con la suya...

—Muchas gracias por venir, Violeta. No sabes la falta que me haces... —saludó Mercedes muy cariñosa—. ¿Qué quieres que traiga?

—Una Coca-Cola, si eres tan amable...

—¿Te gusta el pulpo? Es una novedad de nuestra carta, se llama *Pulp Fiction*, es una creación de Felipín. Si quieres probarlo...

Violeta asintió encantada de probar la tapa del niño y se sentó frente a Hortensia, a la que también saludó con dos besos.

—Todavía estoy alucinada con la foto —le dijo la madre de Javier a Violeta—, y yo que no daba un céntimo por esa relación...

—¿Ha pasado algo? ¿Están juntos? —replicó Violeta, muy intrigada.

—Mejor que te enseñe la foto y que mi hermana te cuente...

—Sí, ya estoy aquí —dijo Mercedes, dejando en la mesa el vaso con bebida y la tapa de *Pulp Fiction*, una especie de crujiente de pulpo.

—Gracias, Mercedes. Y cuéntame, por favor, que estoy en ascuas... —pidió Violeta tras dar un sorbo a su bebida.

—Fue bailando un tango el viernes, es que los tangos nos encantan a los dos y nos vinimos arriba, nos pusimos con un clásico, *La cumparsita* y se nos fue de las manos —confesó enamorada, echando a volar las manos—. Nos dejamos llevar por la pasión y, cuando la canción terminó, nos quedamos con las caras pegadas. Acto seguido, nos dimos un beso en los labios, muy rápido, fugaz, pero tan bonito... —Y suspiró emocionada.

—¡Felicidades! ¡Eso hay que celebrarlo! —exclamó entusiasmada Violeta, levantando su vaso de Coca-Cola para brindar con ella.

—Fue hermoso, pero no quiero echar las campanas al vuelo —dijo chocando su vermú con la bebida de Violeta—. Porque después del beso, nos despedimos como si tal cosa... Por eso, te he llamado ¿tú qué piensas que pudo ser el beso? ¿Un arrebato de alegría por el superbaile que nos acabábamos de marcar o significará otra cosa? —quiso saber, mordiendo los labios de la ansiedad.

—¿Lo dudas? —preguntó mientras cogía una de las minibrochetas del crujiente de pulpo—. Eso solo puede significar una cosa: ¡aquí hay tomate!

—¿Tú crees? —replicó Mercedes, arqueando una ceja.

Violeta probó la tapa del niño y tras poner cara de éxtasis, habló:

—¡Felipín es un artista! ¡Esto está buenísimo! Y respecto a tu George Clooney, me parece que os gustáis, que hay una atracción enorme y que es el comienzo de una gran historia de amor —concluyó Violeta convencida.

—Pues no te lo vas a creer, pero había una compañera haciéndonos fotos mientras bailábamos y tengo immortalizado el beso —contó cogiendo el móvil que tenía sobre la mesa—. El lunes me lo voy a llevar a imprimir en papel Kodak —explicó mientras buscaba la foto en la galería— y me lo voy a colgar en una pared del bar junto al beso de *Los Puentes de Madison*. ¡Mira aquí está! —Mercedes le mostró la foto a Violeta, y esta estuvo a punto de escupir el pulpo de Felipín de la impresión—. ¿Qué te parece? ¿A qué es guapo? ¿A que es clavado a

George Clooney?

Violeta tragó como pudo el pulpo y luego tras dar un sorbo a su bebida, masculló gélida:

—Es papá.

—¿Qué papá? —inquirió Mercedes, arrugando la nariz.

—El mío. Mi padre...

Mercedes se llevó las manos a la cara y luego, resoplando y con los ojos como platos, exclamó:

—¡No puedo creerme que Nicolás sea tu padre! ¿Pero por qué nunca me has dicho que tu padre bailaba?

—Mi padre hace miles de actividades: yoga, fotográfica, cerámica... ¡Se apunta a todo! Lo que no sabía es que fuera aficionado a ir dando besos en la boca a las señoras... ¡Dios mío qué horror! ¿Y cómo puedes decir que mi padre se parece George Clooney? ¡Pásate por mi óptica a que te revise la vista! —dijo tapándose la mano con la boca.

—Violeta que ha sido un besito en los labios que ha durado menos que un pestañeo. Y ya te he dicho que es un hombre casadísimo, tú eras la que insistías con que en esta relación había algo más —recordó Mercedes bastante apurada por la situación.

—¡Porque no sabía que era mi padre! —espetó Violeta, enfadadísima con su padre.

—Entiendo cómo te sientes —intervino Hortensia— porque viví algo parecido con mi marido en este bar y sé lo que duelen los besos estos, por muy fugaces que sean.

—¡Anda que lo estás arreglando! —soltó Mercedes a su hermana—. Mira, Violeta, estos besos son accidentes que realmente no significan nada...

—Ya. Por eso ibas a ponerlo junto a *Los Puentes de Madison*... —replicó Violeta, molesta.

—Porque había hecho una lectura equivocada del beso, pero ahora que sé que es tu padre: confirmo mi teoría inicial y te garantizo que ese beso es ¡nada! —concluyó convencida de lo que estaba diciendo.

—Mi hermana tiene razón, los besos accidentales duelen pero no son nada... —opinó Hortensia.

—Pues para no ser nada, llevas nada menos que tres años de castigo... —habló Mercedes, refrescándole la memoria a su hermana.

—Llevaba... Ya le he perdonado...

—¡Ya iba siendo hora de que lo hicieras! —le reprochó Mercedes a su hermana.

—Es que soy muy rencorosa —le confesó Hortensia a Violeta—. Lo que he hecho con mi marido está fatal, pero es que soy así. Tengo la sangre siciliana, no lo puedo evitar.

—Estaba convencida de que no le ibas a perdonar nunca —intervino Mercedes mientras seleccionaba la foto del beso con Nicolás para borrarla.

—Es que vino el otro día de plantar más hortensias con un ataque de ciática de campeonato. ¡Me dio tanta pena que le dije: ya está bien! —exclamó dando un manotazo al aire—. ¡Ni una hortensia más! ¡Le besé y ya está cerrado ese capítulo! Lo que pasa es que dice que va a seguir con las hortensias, a la gente le encanta y se ha convertido en una atracción turística, vienen hasta desde Japón a verlas. Les encanta la historia de la mujer herida y el marido capaz de todo para lograr su perdón.

—Yo no sé cómo va a reaccionar mi madre cuando se entere de que mi padre es un jubilado alegre que va besuqueando a todas... —resopló Violeta, aferrada a su vaso.

—Oye tampoco te pases —replicó Mercedes ofendida porque ni Nicolás era un viejo verde ni ella una más—, tu padre solo me ha besado a mí y fue porque terminamos el baile, nuestros rostros se quedaron pegados y la música nos empujó a juntar nuestros labios.

—No me lo recuerdes que voy a tener pesadillas con esa foto... —replicó Violeta, echándose la mano a la frente—. Mi padre, a sus años, ¡y que es abuelo! ¿Por qué no le da por el dominó o la petanca? ¿Por qué tiene que pasarse los viernes bailando tangos con señoras de buen ver?

—La foto la voy a borrar ahora mismo —contestó Mercedes, tras seleccionar la foto.

—¿Para qué? Te la ha pasado una amiga, esa amiga ya la habrá subido a su Instagram y a estas horas mi pobre madre estará abriendo su tercera de botella de vino...

—Vaya. ¿Tu madre tiene problemitas con el alcohol? —preguntó Hortensia, preocupada.

—A partir de hoy, seguro. ¡Es que no se puede ni figurar lo que anda haciendo mi padre por las tardes!

—¡Ya está borrada! —confirmó Mercedes—. Y por mi amiga no te preocupes, no tiene redes sociales. Además acabo de escribirla pidiéndole que borre la foto porque me veo horrible. No tienes nada de qué preocuparte, Violeta... —musitó para calmarla.

Saber que ya no había pruebas de los arrebatos besucones de su padre, la relajó bastante, si bien se sintió un poco culpable...

—Lo siento porque a lo mejor te hacía ilusión conservar ese beso, pero entiende que...

—Lo entiendo todo. Por eso lo he borrado, no te preocupes...

—Y pensar que te estaba incitando a que te liaras con él... ¡La que se podía haber montado! —dijo Violeta, muy angustiada.

—Violeta, hija, que no. Tranquila. Que yo sabía muy bien que no iba a pasar nada de nada, que lo nuestro era un amor imposible.

—Sí, claro. Por eso me has llamado toda emocionada para que te diera mi opinión... —replicó ofuscada.

—La esperanza nunca se pierde, pero yo te he llamado sobre todo por Javier —confesó Mercedes, con una sonrisa ladeada.

—Le gustas mucho —apuntó Hortensia—. Y como sabemos por mi hermana que ya te has desenganchado del otro...

Violeta se sintió fatal, cada vez que le recordaban el asunto de Ramón se ponía de los nervios, se sentía una completa lerda...

—Preferiría no hablar de él —pidió muy seria.

—¿De mi Javi? —preguntó Hortensia llevándose la mano al pecho.

—No, del otro... Me siento ridícula, patética, estúpida, panoli, mentecata, pringada, *pagafantas*...

—¡Deja ya de torturarte, chica! —interrumpió Mercedes—. Que todas la hemos pifiado alguna vez...

—Pero es que yo la pifio siempre —dijo revolviéndose en la silla—. No tengo ni idea del amor, es lo que me dijo Javier un día: me dedico a vender gafas porque me cuesta ver lo que tengo enfrente. ¡Tiene razón, no veo nada! ¡Fíjate con lo de mi padre! —explicó mientras cogía otra minibrocheta de pulpo—. Tú veías clarísimo que ahí no había nada y yo erre que erre, diciéndote que sí, alentándote para que acabaras en sus brazos... ¡Mi estupidez casi arruina el matrimonio de mis padres!

—No saques las cosas de quicio, con tu padre jamás habría pasado nada. Lo importante es si ahora ves lo que tienes que ver... —sugirió Mercedes, arqueando una ceja.

Violeta devoró una de las minibrochetas *Pulp Fiction* porque esa situación le estaba dando demasiada ansiedad y luego replicó:

—¿A quién?

—Jolín, Violeta, hija. ¡A Javi! ¿Por qué te crees que nos hemos puesto debajo de *Sabrina*? —inquirió Hortensia señalando el cuadro de la escena de la película en la que aparecían los tres protagonistas.

—Al principio de la película a la chica le gusta David —recordó Mercedes con una sonrisita de enredadora del amor—, pero luego se da cuenta de quien le gusta es...

—Javier —interrumpió Violeta.

—¡Al fin! —gritó Mercedes, dando una palmada—. ¡Ya nos vamos entendiendo!

—Digo que por ahí viene Javier... —aclaró cuando Javier estaba a apenas dos metros de ellas—. ¡Hola Javier! —saludó con una tímida sonrisa.

—¡Hola Violeta! —le devolvió el saludo ya frente a ella, feliz como no recordaba.

Violeta le dio dos besos rápidos en las mejillas y luego dijo sin dejar de sonreír:

—He venido a ver a tu tía y resulta que George Clooney es mi padre.

—¿No? —replicó Javier perplejo—. ¿Es una broma, no? Pero si el padre de Violeta es más tipo... Danny DeVito.

—Perdona pero mi padre mide 1, 83 cm., no lo flipes tú tampoco... —protestó Violeta, cruzándose de brazos.

Javier quiso aclararlo y lo estropeó más, como suele pasar en estos casos:

—Me refiero a que tiene su buena calva, sus kilos de más y sobre todo una cara muy simpática.

—Oye que mi padre es muy guapo, ha perdido pelo y tiene un poco de sobrepeso, pero...

—Está muy bien. Además es un señor estupendo del que podría enamorarse cualquiera, ¡claro que sí!, pero decir que es clavado a George Clooney... ¡no me jodas, tía Mercedes!

—Pues yo sí que le encuentro parecido... —replicó Mercedes, mientras repasaba la manicura de sus uñas de color azul.

—Eso le he dicho yo, tiene que pasarse por mi óptica a que le haga una buena revisión. Y tú —dijo Violeta dirigiéndose a Javier—, deja a mi padre tranquilo, que está muy feliz con mi madre. Mejor no te enamores de él... —bromeó Violeta.

Sin embargo, Javier replicó muy en serio:

—Yo no puedo, ya estoy enamorado.

Mercedes suspiró emocionada y luego le dijo a su hermana:

—Nosotras tenemos que irnos que hemos quedado, ¿verdad?

—Sí, sí. ¡Y ya vamos tarde! —mintió como una bellaca Hortensia, mientras se colgaba el bolso del hombro.

—Nos vemos otro día... Y de verdad que no me tengas en cuenta el besito de tu padre, que ha sido una nadería —insistió tomándola de los hombros y dándole dos besos en las mejillas.

—¿Has besado a Nicolás? ¿Cómo? —preguntó Javier muy divertido.

—La culpa ha sido de un tango. Nos apasionamos un poquito y nos dimos un besín en los labios... Un piquillo de nada.

Javier se partió de risa, Violeta le fulminó con la mirada y luego exigió:

—Por favor, os pido discreción, para mí esto no es nada agradable.

—Ya, tranquila, a Javi se lo tenía que contar porque estaba al tanto de todo. Pero de aquí no sale y para mí es un tema zanjado...

—Bien, gracias —masculló Violeta.

—Jamás volveré a besar a tu padre, tienes mi palabra de honor. Pero tú puedes besar a mi Javi todo lo quieras. ¡Chaitoooooooooooo, chicos! ¡Sed buenos!

Mercedes tomó a su hermana del brazo y salieron a toda prisa del bar, dejando a Violeta a solas con su destino...



—Voy a por una cerveza ¿quieres algo? —preguntó Javier que estaba más guapo que nunca.

Violeta negó con la cabeza porque lo único que quería era salir de allí cuanto antes. Sentía que era demasiado pronto para ella, que todavía no estaba preparada para enfrentarse a Javier, aunque nada más verle le hubiesen entrado unas ganas infinitas de volver a al sofá de la abuela.

Y Javier, por su parte, a pesar de que también se moría por arrastrarla hasta el mismo lugar, decidió optar por la mesura y preguntar sentándose frente a ella y ya de vuelta con su cerveza:

—¿Estás afectada por lo de tu padre?

—Ver la foto no ha sido un plato de buen gusto...

—¿Hay documento gráfico? —inquirió Javier después de dar un sorbo a su cerveza.

—Una compañera de baile immortalizó el momento, pero ya se han borrado las fotos. Ahora lo que no sé es si comentarlo con él o no —explicó Violeta, encogiéndose de hombros—, a mi madre por supuesto que no le voy a decir nada. No quiero que pase mal rato por algo que después de todo ha sido un accidente.

—Yo no diría nada, si no quieres tener a tu padre penando años como el mío... ¿Tu madre no se llamará Violeta como tú? —bromeó con los ojos chispeantes “y de un azul precioso”, pensó Violeta.

—No, se llama Margarita que son más fáciles de plantar... —replicó muerta de risa y agradeciendo que Javier la hiciera reír—. Por cierto, tu madre nos ha contado que le ha levantado el castigo.

—Sí, pero al final le ha acabado cogiendo gusto al castigo y va a seguir con las hortensias. ¡A la gente le encantan, además!

—Tiene que estar precioso el campo... —comentó Violeta, mientras se alisaba con las manos su vestido verde.

Y es que a pesar de que no estaba preparada para enfrentarse a Javier, por si acaso se había plantado sus mejores galas: un vestido verde corto de Wild Pony que se había comprado para la boda de una prima, pero que había decidido estrenar ese domingo por la mañana para ir al Beséame.

—Yo tengo pensado empezar a plantar violetas... —informó dando otro trago a su cerveza, mientras se preguntaba si Violeta habría estrenado el vestido verde que llevaba puesto, y que le sentaba de maravilla, por él y para él.

Violeta le miró extrañado y luego pregunto arrugando la nariz:

—¿Para qué?

—Por si te he molestado en algo, para pedirte perdón... —musitó Javier, apartando su cerveza a un lado.

—No me has molestado en nada —indicó Violeta encogiéndose de hombros.

—¿No me he puesto un poco pesado con lo de “besos y amor”?

—¡Al contrario, te estamos muy agradecidos! Como lo has escrito en unas lenguas tan raras parece que son palabras de gratitud que nos pone nuestra clientela de todo el mundo.

—Bueno, entonces, las plantaré para conquistarte... Lo clásico siempre funciona.

—Oye, pues ahora que lo pienso nunca me han regalado flores... —dijo Violeta, sin que le hiciera mucha gracia recordarlo.

—¿Cómo es lo de Moderna de Pueblo? ¿*Los capullos no regalan flores?*

—Los capullos no regalan ni la hora.

—Es verdad, que MonMontt siempre llega tarde...

—No me hables, no me hables... —murmuró Violeta, batiendo las manos.

—Tranquila, que no tengo ninguna gana de hablar de ese tío —aclaró Javier que tan solo deseaba que Violeta se hubiera olvidado de él para siempre.

—Tú tía te ha debido contar algo...

—Alguna cosa, sí...

Su tía le había contado todo y él había seguido por Instagram, y con palomitas, el trompazo que MonMontt se había pegado con la bicicleta.

Y Violeta aun cuando no quería entrar en pormenores, más que nada para que Javier no se matara de la risa, quiso ilustrarle un poco sobre lo que le había pasado y sucedió que lo hizo de la peor forma posible, porque no se le ocurrió otra cosa que preguntarle:

—¿Alguna vez has sentido un flechazo fulminante? ¿Te has enamorado así de sopetón y se te ha puesto el mundo del revés?

Javier respiró hondo, se revolvió los pelos con la mano, puso una mueca rara y graciosa y luego respondió:

—Lo de tu miopía emocional tenías que hacértelo ver...

—¿Yo?

—Joder, Violeta, si solo me falta tatuarme una teta como Fon donde ponga: estoy enamorado de Violeta desde el primer día que la vi mojada como un pollito —contestó marcándose el pecho con la mano.

—No tienes pectorales para tanto eslogan —bromeó Violeta.

—Lo que no quepa me lo pongo en la espalda.

—Bueno, pues a lo que iba... —dijo Violeta poniendo cordura y sensatez, y muerta de miedo porque Javier sacara el tema de su enamoramiento.

—¿Cómo que a lo iba? ¿No vas a hacer ningún comentario al respecto de mi enamoramiento súbito?

—¿Qué puedo decir? —replicó encogiéndose de hombros—. Es algo muy personal. No puedo saber qué es lo que estás sintiendo...

—Mírame bien a los ojos, anda... —pidió echándose hacia delante.

Violeta miró a Javier a los ojos y se despertaron todas las mariposas que no sabía que habitaban en su estómago.

—¡Dios! —exclamó Violeta de la impresión y lo dijo de tal forma que Javier supo sin ninguna duda que Violeta se había puesto el vestido verde para él.

—Es brutal, lo sé. Esto que siento es lo más grande que me ha pasado en la vida...

—Sí que lo es, sí... —musitó Violeta llevándose la mano al vientre.

—Yo también veo cosas en los tuyos...

—¿Sí? —sonrió.

—Muchas cosas —asintió Javier con los ojos brillantes.

—¿Y te gusta lo que ves?

—Todo. Desde siempre adoro lo violeta.

—¿Desde siempre? —preguntó Violeta, apartándose un mechón de pelo del rostro.

—Desde que de pequeño le robaba a mi abuela los caramelos de violeta que guardaba en su cuarto en un tarro de cristal —confesó con una sonrisa gamberra.

—Yo iba a comprarlos con el mío a la plaza de Canalejas, en La Violeta, y me los llevaba en una bolsita de plástico al colegio —recordó Violeta con nostalgia.

—Lo que pasa es que ya no me conformo con caramelos... —susurró Javier tan cerca de Violeta que podía casi rozar con sus labios los de ella.

—Yo tampoco —dijo Violeta, mirando a los labios y luego a los ojos azulísimos de Javier. Y como sabía lo que quería, necesitaba que Javier supiera la verdad de sus labios—: Y lo que te quería decir es que igual que un día una persona se convierte en el centro de tu universo, también sucede que otro día esa persona deja de importante por completo.

—¿Ramón ya no te importa? —inquirió a punto de besar sus labios.

—Nada —negó con la cabeza—. Eso sí, siempre le estaré agradecido porque gracias a aquella cita de mierda, terminé en tu bar.

—No tenías escapatoria, todos tus caminos iban a conducirte al mismo sitio...

Violeta no dijo nada, solo cerró los ojos y sintió los labios de Javier posarse sobre los suyos, suave y despacio, luego le tomó por el cuello, entreabrieron sus bocas y el beso se hizo más profundo y más húmedo, más largo y más desesperado, más intenso y más apasionado, así hasta casi quedarse sin aliento... Y fue entonces, cuando escucharon a Jacaranda decir:

—¡Vaya si tiene hambre la parejita!

Los dos se echaron a reír y saludaron a Jacaranda que venía con el niño y con su madre...

—Venimos a comer con Fon...

—No sabía que estaba aquí —replicó Violeta sorprendida.

—Claro, como estás tan entretenida en otros menesteres... ¿Os quedáis a comer con nosotros o preferís seguir comiéndoos a vosotros mismos? —preguntó muerta de risa.

—Lo dejaremos para luego... —contestó Violeta divertida, mordiéndose los labios.

—¿Ves cómo el elefantito hace magia? —cuchicheó Jacaranda al oído de su amiga.

Violeta solo pudo sonreír feliz, muy feliz...



Cuando acabaron los postres, una *mouse* de chocolate amargo y frambuesa inventada por Felipín, llamada *el Beso de Spiderman*, Fon pidió a Jacaranda que le acompañara a las cocinas para que le ayudara a retirar los platos...

—Yo te ayudo, papi —se ofreció Felipín, encantado.

—Tú mejor quédate aquí escuchando las críticas que hacen a tu postre —dijo Fon.

—Ya me han dicho que está muy bueno, no hay nada más que escuchar.

—Hijo no hay que conformarse nunca con las primeras impresiones, tú sigue ahí haciendo preguntas sin parar... —le explicó Fon a su hijo y después con un gesto de la cabeza le pidió a Jacaranda que le siguiera.

Jacaranda cogió unos cuantos platos sucios y siguió a Fon hasta las cocinas, donde saludó a Hache y a dos ayudantes más que estaban trabajando...

—Deja los platos sobre la encimera —Jacaranda obedeció y luego Fon se situó detrás de ella y le susurró al oído—: y ahora vámonos al cuarto de las Heineken que estoy al borde la embolia seminal.

Fon cogió a Jacaranda de la mano, la arrastró hasta la puerta que abrió de una patada y cerró con otra, y la empujó contra la pila de cajas verdes de cerveza...

—¿Cómo puede ser que vivamos juntos y tenga estas jodidas ganas de follar a todas horas? —preguntó Fon con las manos en los pechos de Jacaranda y lamiéndole los labios a lengüetazos.

Al día siguiente de la noche en el monte, Jacaranda y Fon se dieron cuenta de que no podían estar separados y él se mudó a la casa de ella, feliz además de poder compartir su poco tiempo libre con su hijo.

—Eso mismo me estaba preguntando yo. Follamos como conejos, pero no me sacio. Yo creo que es por las gafas... Me das un morbazo con gafas —susurró Jacaranda mientras se besaban apasionadamente y las manos volaban en todas las direcciones.

Y es que después de tantos avatares, Fon al fin pudo estrenar sus gafas...

—Estoy feliz con ellas porque me las has graduado tú con amor —murmuró mientras Violeta le desabrochaba el cinturón, sin dejar de besarle de forma salvaje.

—Te dan un aspecto de cerdo cabrón curioso que me tiene perraca perdida...

—Pues yo entre el escotazo de la camiseta y la raja de tu falda, no te cuento cómo tengo el trabuco —dijo Fon, entre beso y beso, desabrochándola el sujetador.

—No hace falta que me lo cuentes... —pidió Jacaranda poniendo la mano en la entrepierna de Fon y apretando hasta arrancarle un gemido.

—No he podido dejar de mirarte a las tetas durante toda la comida —habló Fon, tras dejar el sujetador sobre una silla que tenían al lado.

—¿Crees que no me he dado cuenta? —replicó Jacaranda desabrochándole la chaquetilla de cocinero y dejándole después desnudo de cintura para arriba—. Mira que es hortera el colgante que te has puesto... —comentó con la vista clavada en el pecho de Fon.

Jacaranda se refería a un colgante plateado en forma de corazón que se abría como un pastillero y en el que Fon guardaba el corazón de tellilla de pijama que ella había recortado aquel día en el monte de su pueblo.

—Esto es sagrado para mí —dijo cogiendo el corazón y dándole un fuerte beso—. Y como no es justo que yo tenga uno y tú no tengas nada...

—No me jodas que me has comprado un relicario como ese que te lo tiro ahora mismo por el váter.

Fon sonrió y se puso más duro todavía, como siempre que su chica hacía alarde de su carácter.

—Mete la mano en el bolsillo de mi pantalón, nena... —exigió convencido de que su PiliJacaranda se iba a morir de amor allí mismo.

Jacaranda deslizó una mano hasta el bolsillo y además de con una erección descomunal, se topó con una cajita de terciopelo azul...

—¿Y esto? —preguntó temblando de emoción, sujetando la caja entre sus dedos.

—Es tuyo —susurró Fon emocionado.

Jacaranda abrió la caja y se encontró con un anillo de brillantes con un diamante central talla corazón que la dejó boquiabierta...

—Me corro de lo bonito que es... —dijo Jacaranda llevándose la mano a la boca de la emoción.

—Es mi corazón y es tuyo.

Fon sacó el anillo con cuidado, miró a la mujer de su vida con los ojos llenos de lágrimas y clavó una rodilla en el suelo:

—¡No me jodas, tío! ¿Me vas a pedir matrimonio rodeados de cajas de cervezas? —protestó Jacaranda más por la costumbre de discutir por todo, que porque le pareciera una mala idea.

—Sí, porque no aguanto ni un segundo más sin pedirte que te cases conmigo PiliJacarandaAmor.

—Ah bueno, si es por eso, sí. ¡Acepto!

Jacaranda sonrió y tendió nerviosa la mano a Fon para que le pusiera el anillo...

—Te juro que va a ser divertido, nena. Tengo amor y deseo para llenarte esta vida y catorce más.

—Pues venga, trae para acá ese anillo...

Fon le puso el anillo y luego ella se arrodilló frente a él, le cogió por el cuello, le besó devorándole por completo y al fin susurró:

—Joder, cómo te amo.

—Y yo, mi amor —dijo Fon, sosteniendo el rostro de Jacaranda entre sus manos.

—¿Y de verdad que me perdonas por haber sido más mala que la bruja Pirulí, Darth Vader y el Doctor Maligno juntos?

—De verdad que sí. —Fon se sentó en el suelo y se desabrochó el pantalón vaquero.

—¿Y estás convencido de que te gusto? Mira que esto es para siempre. A ver si luego vas venir con los lamentos...

—Tranquila que voy a ser bueno y así no te vas a ver obligada a hacer el mal —contestó trayendo a Jacaranda hacia sí y, cómo no, rompiéndole el tanga.

—Tú siempre has sido bueno, incluso cuando te entró el arrebató viajero...

—Es que soy un caballero andante: siempre con ansias de aventuras, pero con una sola dama en mi corazón. Soy inquebrantable en mis afectos —confesó mientras deslizaba la mano entre los muslos de ella—. Tú has sido y serás por siempre la única y verdadera mujer de mi vida.

—A mí lo de las ansias de aventura me parece genial, pero conmigo siempre al lado... —exigió Jacaranda, con los ojos cerrados por el placer que le procuraban las caricias de Fon.

—Pegados, siempre...

—Mmmmmm.

—Te amo, PiliJacarandaAmor.

—Y yo, con todo mi corazón. Te prometo que voy a ser buena, buenísima.

—Así me gusta: vagina húmeda y corazón pleno.

—Calla y fóllame de una vez...

Fon la tomó por las caderas, la sentó a horcajadas clavándola sobre su erección y luego la besó hasta arrancarla un gemido.

—¿Has visto como te lleno?

Jacaranda asintió y comenzó a mover sus caderas de tal forma que Fon gruñó y respondió con besos y caricias más salvajes.

Hicieron el amor, desesperados y locos, y regresaron veinte minutos después a la mesa, despeluchados, arañados, mordidos y felices.

—¡Anda que no habéis tardado! ¡Y qué pintas tenéis! ¡Parece que os ha pasado por encima una manada de elefantes! —comentó Felipín en cuanto los vio aparecer.

Jacaranda se mordió los labios y sin dejar de mirar a Fon embelesada, exclamó orgullosa, enseñando el anillo:

—Es que nos hemos entretenido porque tu padre ¡me ha pedido matrimonio!

El niño cogió la mano de su madre y con los ojos como platos, gritó:

—Ahora entiendo por qué traes esos pelos, claro... De la emoción... ¡Hala tío qué flipada! ¡Vaya cacho piedra, mamá! ¡Con lo que a ti te gustan los brillos! ¿Habrás respondido que sí, no?

—¿Tú qué crees Felipín?

—Pues que sí, no hay nadie que mole más que mi padre... —dijo el niño, abrazándose a él.



Después de brindar felices y contentos con champán por el compromiso matrimonial de Jacaranda y Fon, Violeta se ofreció para llevar a su amiga, a Felipín y a su abuela a casa, puesto que los chicos tenían que seguir con su jornada laboral.

Ya en la puerta de la casa de Jacaranda, cuando la abuela y el niño se habían apeado del coche y no podían escucharlas, ella cuchicheó todavía sentada en el asiento del copiloto:

—¡Qué polvo hemos echado! ¡Memorable! ¡Cómo folla el cabrón! ¡Y cuánto le quiero, Violeta! Es un cerdo más bueno... ¡Es todo amor, te lo juro!

—Me alegro mucho por tí. ¡Qué ganas tengo de ir de boda!

—Pues para la tuya no debe faltar mucho. ¡Porque menudo morreo que os estabais pegando cuando he entrado al bar esta mañana! —exclamó Jacaranda frotándose las manos.

—Sí, pero todavía no le he expresado lo que siento...

—¿Te parece poca expresión un beso de esas características?

—Pero a lo mejor piensa que es un beso así, sin más...

—Tranquila que Javier sabe que tú no besas solo por vicio —afirmó Jacaranda, dándole unos golpecitos en el muslo.

—¿Tú crees? —preguntó Violeta, frunciendo el ceño.

—No hay más verte, con tu vestidito verde...

—¿Qué le pasa a mi vestido?

—Pues que se ve que eres una chica romántica y soñadora que solo besas por amor...

—A lo mejor Javier no lo ve...

—Chica, que la lengua la tenemos no solo para metérsela en la traquea a nuestros amiguitos. Le llamas luego por teléfono y se lo dices: oye —dijo simulando con la mano que cogía un teléfono—, que estoy pensando que a lo mejor eres tonto de remate y piensas que yo te he besado solo porque no tenía nada mejor que hacer esta mañana... Pero que no, que lo mío es otra cosa, lo mío es...

—Amor —interrumpió Violeta, convencida.

—¿Ves qué fácil? Plántaselo así y ya verás qué contento se pone.

—Llevo sintiendo cosas por él desde hace tiempo, pero como tenía la cortina de humo de Ramón, no podía verlo con claridad —reconoció negando con la cabeza—. Javier es buena persona, guapo, divertido, listo, generoso, pelma, tocapelotas, grano en el culo, pesadilla... y me ha gustado desde el primer día, pero hoy he sentido con el beso un centrifugado tal en las tripas que me he asustado y todo. Ay madre, que yo creo que me estoy enamorando hasta las trancas... —concluyó Violeta asustada, llevándose las manos a la cara.

—¿Y qué tiene de malo? —replicó Jacaranda muerta de risa.

—Que soy imbécil, ¿te parece poco? Un poco más y tardo veinte años en darme cuenta de que Ramón es un *fake-pufo-trucho*, y otro poco más y me cosco en la residencia de ancianos de que el hombre de mi vida es Javier... ¡Tengo un problema muy grave! Javier tiene razón —se lamentó llevándose la mano al pecho—. ¡Soy miope emocional!

—Lo tuyo son más bien cataratas como garbanzos. Pero lo mío es peor. Mi nombre es Diabólica Sepúlveda, te recuerdo que soy la mujer que ha ocultado a su hombre que tuvo un hijo con él. ¡Y encima ese hombre no solo me ha perdonado con una generosidad y una bondad que yo no conoceré en la vida, sino que me ha encasquetado un pedrolo —contó mostrando su anillo de compromiso— que debe haberle costado un ojo de la cara para que me case con él!

—Es que te ama...

—Y yo a él. Pero el tiempo que hemos perdido por mi sed de venganza y mi perversidad en general. ¡No me jodas, Violeta! ¡Es para matarme!

—Y ya lo hace... A polvazo limpio.

—Follamos tanto que nos hemos ganado a pulso las bandas de Mister SuperCalipo de Titanio y Miss Chichi de Acero —habló haciendo el gesto de la victoria con los dedos—. Pero no me jodas, tía, soy una mala de telenovela que merezco un castigo terrible, tipo quedarme calva de una permanente y luego que me pase por encima un camión de mercancías peligrosas, sin embargo va la vida y me compensa con amor y polvos.

—Es que la vida a veces tiene guionistas muy laxos y muy poco punitivos...

—¡Y menos mal que es así! —resopló Jacaranda, aliviada—. Fon me ha dado la oportunidad de enmendar mis errores y empezar de nuevo y te juro que no le voy a defraudar.

—Seguro que no. Se os ve tan felices juntos.

—Y a ti con Javier. Así que deja de pensar en los errores que has cometido y céntrate en lo que tienes ahora... Habla sin esas fajas de vieja que le pones a tus emociones y sincérate. ¡Saca todo para afuera! ¡Tú suelta, suelta! —exclamó moviendo las manos hacia afuera—. ¡Si él lo está deseando además! ¡Está loco por tí! Fon me ha contado que se pasa las horas hablando de ti y solo de ti. Váis a ser muy felices, ya verás... —dijo Jacaranda guiñando el ojo a su amiga—. Llámale cuando llegues a casa, desnuda para que la lengua también se te suelte, y ya me cuentas mañana...

—Vale... —musitó Violeta muerta de los nervios solo de pensar que tenía que llamar a Javier para decirle que le quería—. Mañana te cuento...

Violeta se despidió de su amiga y condujo de vuelta a su casa haciendo el guión de la llamada que haría a Javier en cuanto llegara.

Sin embargo, en cuanto se sentó en el sofá de su casa —vestida por supuesto porque ella no estaban tan loca como Jacarandis—, con el móvil en la mano, el guión tan maravilloso que se le había ocurrido en el coche, esa conversación inteligente y divertida que había registrado en su cabeza hasta con comas y puntos suspensivos, se le olvidó por completo.

¿Y ahora qué hacía? ¿Ir al grano y dejarse de rollos? Tampoco era tan difícil llamar y decir: *Hola Javier, soy yo Violeta, te llamo para decirte que te quiero*.

Violeta respiró hondo, carraspeó un poco y buscó el teléfono de Javier en la agenda, sin parar de repetir: *Hola Javier, soy yo Violeta, te llamo para decirte que te quiero*.

Pero tanta repetición lejos de sosegarla, la pusieron tan nerviosa que apenas podía respirar... “¿Se puede ser más cobarde que yo?”, se

preguntó mientras encendía la televisión, buscando algo con lo que entretenerse hasta que se le pasara ese ridículo ataque de pánico.

Después, programó el aire acondicionado a una temperatura suave, se tumbó en el sofá, se colocó un cojín debajo de la nuca y lo que en principio iba a ser una distracción pasajera mientras se le pasaban los nervios, se convirtió en una siesta de tres horas.

Cuando despertó era de noche y estaba comenzando a chispear, así que se levantó de prisa hacia la cocina para quitar la ropa que tenía tendida en la terraza. La recogió rápido en una cesta de mimbre y la llevó a su cuarto, allí se quitó el vestido verde que todavía llevaba puesto y que se había quedado hecho un guiñapo después de tanta siesta y entonces sonó el primer trueno.

Tormenta. Violeta se puso un pijama de Snoopy, recorrió la cortina de su habitación y vio que llovía a mares. La lluvia no le pilló de sorpresa porque el pronóstico del tiempo había anunciado tormentas para esa noche, pero para lo que no estaba preparada era para sentir una especie de miedo y celos que la sacudieron entera. Y luego una pregunta que no podía sacarse de la cabeza: “¿Y si esa noche aparecía una chica con ojos de gata en el Beséame y Javier la tomaba por la chica de su vida?”.

¡Horror! Y como ella no se había atrevido a decirle que le quería y se había mostrado tan tibia, a pesar del beso... ¡Podía suceder que Javier se confundiera y cometiera el error más grande de su vida! ¡Más horror! Pero eso no iba a suceder, porque la chica que visualizó la bruja sueca era ella y solo ella. Solo tenía que hacer algo y tenía que hacerlo... ¡ya! ¿El qué? Violeta pensó unos segundos y luego se le encendió una bombilla. ¡Un beso! ¡No hay nada más contundente, romántico, especial y mágico que un beso! Así que encendió la impresora y, tras buscar la foto del primer beso en el bar, aquel de mentira que fingieron para dar celos a Ramón, pero que resultó tan de verdad y que les conmovió por completo, lo imprimó en tamaño DIN-A4. Luego cogió un marco de plata en el que tenía la foto de sus padres, la sacó y en su lugar colocó la de su beso con Javier. ¡Ya compraría mañana otro marco para sus padres!

Después, abrió el armario y se puso lo primero que encontró, unos vaqueros, una camiseta de florecitas y unas Adidas blancas, porque sobre todo se trataba de ser la más rápida.

Ya en la puerta de la calle, cogió del paraguero el paraguas menos roto de todos y salió a la calle donde diluviaba... Pero qué más daba, lo importante era llegar al Beséame como fuera, darle la foto a Javier y confesarle lo que todavía no se había atrevido a decirle...





—Me encantan las tormentas —confesó Javier retirándose las gotas de lluvia de la frente con el dorso de la mano—, cuando era niño me imaginaba que estaba en el camarote de un barco pirata rumbo a alguna aventura peligrosa, pero desde que una me trajo a la mujer de mi vida, de verdad que me he hecho devoto de ellas.

—A mí me daban mucho miedo, pero de tanto calmar a Nela, una perra que tuve que tenía pánico a las tormentas, se me acabó pasando. ¡Y menos mal, porque de lo contrario no te habría conocido en la vida! —contó Violeta mientras sacaba el marco con la foto del bolso grande que llevaba colgado del hombro.

—¡Nuestro primer beso! —exclamó Javier, feliz, cuando Violeta le entregó el marco.

—Fue un beso de cine porque era un beso de mentira con muchísima verdad —explicó Violeta, tiritando de frío y de nervios.

—En mi caso, cero mentira.

—En el mío creo que también, lo que pasa es que entonces estaba un poco cegata —replicó Violeta encogiéndose de hombros.

—Pero eso ya pasó, se ha producido el milagro y ya ves de maravilla. Así que vamos a colgarlo en el lugar que le tengo reservado junto al beso de *Encadenados*, de Ingrid Bergman y Cary Grant, que es uno de los más largos y sensuales de la historia del cine...

—Como el nuestro... —Sonrió Violeta.

—El nuestro es el más largo y sensual de todos, empieza hoy y no va a acabar nunca... ¡Menuda cruz te ha caído, nena!

Javier tomó de la mano a Violeta y la condujo hasta el final del pasillo, donde colgó el retrato en el clavo que tenía reservado para el beso desde hacía mucho tiempo.

—¿Queda bien? ¿Está recto? —preguntó moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Está perfecto. Y se nos ve tan apasionados y tan guapos como Ingrid y Cary —Suspiró Violeta, sin dejar de mirar el beso.

—Qué va, qué va. Hazme caso a mí que, aunque ya veas de maravilla, yo sigo viendo más. Y te digo que a nosotros se nos ve muchísimo más guapos y más todo...

—Si tú lo dices...

—Lo digo y lo redigo... Oye, y ya que hemos cumplido con la misión de colgar el beso ¿qué te parece si vamos a mi casa y nos secamos un poco?



Javier vivía dos portales más allá, del Beséame, en un quinto con un ascensor tan lento que les dio tiempo a repetir cinco veces el beso de la película *Encadenados*.

Luego, entraron en la casa y se desnudaron el uno a la otra en el vestíbulo, entre besos y más besos...

—¿Voy demasiado deprisa? —preguntó Javier, con las ropas mojadas de ambos tiradas a sus pies—. A lo mejor no has cenado y tienes hambre...

—No he cenado y tengo hambre, pero antes me apetece hacer otra cosa —dijo Violeta, con una sonrisa pícaro, tras darle otro beso en los labios.

—Que te enseñe la casa, es el dato que te falta para enamorarte definitivamente de mí —replicó Javier devolviéndole el beso—. Si soy un guarro, sales corriendo. Si hay orden, te quedarás para siempre.

Violeta pegó su cuerpo desnudo al de Javier, le abrazó con fuerza y susurró tras morderle el labio inferior:

—Me temo que he llegado a un punto en el que me da todo lo mismo...

Javier respondió al mordisco, besándole el cuello muy despacio y luego musitó:

—Sí, claro, superar a Ramón es casi imposible, pero...

Violeta se recogió el pelo que tenía chorreando en una coleta, para que dejara de resbalarle el agua fría por la espalda y dijo:

—No lo digo por la chatarrería que tenía Ramón dentro de su casa, lo digo porque estoy en esa fase del enamoramiento en la que todo me parece maravilloso... — Y suspiró.

Javier entonces la cogió en brazos y tras atravesar un salón amplio y decorado con miles de estanterías blancas con libros y luego un pasillo con más y más estanterías, entraron en la habitación principal:

—Soy un inepto para el interiorismo, espero que me perdones... —habló Javier, tras encender los halógenos del techo.

La verdad es que en la habitación solo había una cama enorme, cubierta con sábanas blancas que no estaban muy bien extendidas, un cuadro gigante con el dibujo de la mujer que hacía las veces de logo del Beséame, un armario empotrado, una estantería con más libros y dos mesitas de noche blancas.

—Lo encuentro todo muy práctico. Es más, me encanta que te hayas estampado el logo del bar en el cabecero, no vaya a ser que te olvides de que lo tienes —concluyó Violeta, divertida, con la vista puesta en el cuadro.

—De lo que no quería olvidarme era de que existías, ese cuadro lleva ahí desde que te estoy buscando...

Violeta sonrió emocionada, mientras pensaba que por esas cosas le gustaba tantísimo Javier:

—Pues ya estoy aquí —susurró Violeta lamiéndole suavemente los labios.

—*Ummm*. ¿Te apetece una ducha caliente en mi maravilloso cuarto de baño en *suite*?

Violeta asintió y Javier, con ella que seguía en sus brazos, la condujo hasta el cuarto de baño muy moderno, con iluminación relajante y decorado en tonos blancos y negros.

—Estoy un poco ansioso, no creas —reconoció mientras la dejaba de pie, junto a la bañera—. Porque aunque dices que estás enamorada, tengo miedo a que te dé conmigo un desencantamiento súbito y que se me fastidie la vida para siempre.

—Tranquilo que no me va a dar... —respondió Violeta muy segura, metiéndose en la bañera.

—¿Por qué estás tan segura? —quiso saber Javier, entrando detrás de ella en la bañera y situándose frente a ella.

Violeta ni se lo pensó y respondió con una sonrisa enorme:

—Porque hay cosas que son para siempre, como el teléfono de tu abuela, el lavavajillas de tu tía y nosotros.

Javier miró a Violeta, esa chica de intensos ojazos verdes, su boca preciosa, su cuerpo menudo y su verdad tan desnuda como ella, y se estremeció por completo.

¿Violeta había dicho “nosotros” y “para siempre”? Porque que lo dijera él que estaba loco, era un romántico empedernido y creía en las brujas suecas era hasta normal, pero ¿Violeta?

Violeta era una chica sensata y juiciosa que iba paso a paso, que se pensaba bien las cosas, ¿sería cierto que sentía que lo suyo era para siempre?

El caso es que Javier ante la posibilidad de que eso fuera cierto sintió tal emoción en su pecho y tal deseo en su entrepierna, que no le quedó más remedio que replicar:

—¿Y por qué lo sabes? —preguntó cogiéndola por el culo y empujándola contra su erección—. ¿Por la bruja de pelo rosa en la que no crees?

Violeta rodeó el cuello de Javier con sus manos y dijo:

—Porque es lo que siento en lo más profundo de mi corazón...

Javier sintió que el corazón se le iba a salir del pecho y, muerto de amor, besó a Violeta como no recordaba haber besado a nadie en su vida. Luego, Violeta le devolvió el beso con la misma pasión, el mismo deseo y el mismo amor...

—Te quiero, Violeta... Te quiero —musitó entre beso y beso.

—Y yo... —dijo enredando las manos en el pelo de Javier.

Y así siguieron besándose, hasta que las caricias pidieron más y decidieron darse una ducha rápida, secarse con unas toallas esponjosas y enormes y dirigirse derechos a la cama gigante...

—Algún día me contarás de dónde te viene esa afición por las camas XXL... —bromeó Violeta tumbándose junto a él, de perfil.

—Es que soy muy revoltoso entre las sábanas... —replicó, acariciando la espalda de Violeta.

—Como en los sofás de la abuela...

—En la cama lo soy mucho más... —gruñó Javier, tumbándose encima de ella.

—Me alegro tanto de estar aquí... —susurró ella, mientras fuera se escuchaba cómo seguía lloviendo a cántaros.

Javier tenía bajada la persiana a la mitad y la ventana abierta, por lo que la tormenta agitaba cada tanto la cortina blanca de la habitación.

—Va a seguir lloviendo la próxima semana... —musitó Javier, mientras se perdía a besos en el cuello dulce de Violeta.

—Vendré todas las noches, entonces... —replicó ella recorriendo su espalda con las manos.

—Y cuando salga el sol también puedes seguir viniendo...

Javier descendió con los besos del cuello de Violeta a sus clavículas y de allí a sus pechos que lamíó y mordisqueó provocándola pequeños jadeos.

—Si sigues haciéndome esas cosas no me va quedar más remedio que venir a por más...

Javier siguió demorándose en los pechos de Violeta y luego continuó bajando hasta su vientre...

—Sé hacer tantas cosas que me parece que vas a tener que reservarte unos cuantos años para mí...

Y comenzó a hacerle una demostración práctica de sus habilidades, descendiendo hasta el sexo Violeta que devoró con verdadera maestría...

—Ya te dicho que lo nuestro es para siempre... —murmuró Violeta entre gemidos de placer, enterrando sus dedos en el pelo de Javier.

—Yo lo sé desde mucho antes que tú. Las brujas vikingas nunca se equivocan... —susurró Javier, recorriendo los pliegues de Violeta con la punta de su lengua.

Y aquello siguió y siguió hasta que Violeta no pudo más y se corrió con el ruido de fondo de los rayos y truenos que caían afuera y que iluminaron la habitación, como a fogonazos, unas cuantas veces...

Luego, Javier sacó un condón que había cogido de la máquina del bar y que guardaba en la cartera, se lo puso y dio la vuelta a Violeta que se quedó bocabajo.

—Te deseo tanto, Violeta...

Javier besó la espalda de Violeta, su cuello delicioso y luego la penetró arrancándola nuevos gemidos...

—Te amo —gritó Violeta, ahogando los jadeos contra la almohada.

—Y yo. Y yo. Y yo...

Y así siguieron haciendo el amor, entre truenos y jadeos, entre más “te amo” y un fuerte olor a tierra mojada, hasta que juntos sucumbieron a un orgasmo que los dejó sin palabras...



Las noches siguientes de tormenta y las que vinieron después de que el temporal remitiera las pasaron juntos en casa de Javier...

Cada día era mejor que el anterior, y aunque a veces discutían por estupideces aquello era genial, porque era la excusa perfecta para volver a meterse en la cama. Compartían risas y sueños, mantel y el vaso de los cepillos de dientes, paseos en moto y a pie, libros y *pelis*... Y aquello iba de maravilla...

Y como iba tan bien, y no tenía ninguna gana de separarse de Javier, Violeta decidió quedarse el mes de agosto en Madrid con él, y que Jacaranda se fuera de vacaciones unos días con Fon a la playa, para que el niño conociera a la bisabuela y a la otra abuela de Benidorm.

Si bien ya en septiembre, con Jacaranda de regreso, a Violeta no le quedó más remedio que irse con su familia una semana a Cádiz, porque ya nadie más soportaba hacer de “tiburón” de sus cuatro sobrinos en el agua. No obstante, aunque fue a regañadientes, luego lo agradeció porque además de compartir unos días felices con su familia, tuvo oportunidad de hablar con su padre sobre el amor y otros asuntos...

—Me alegro muchísimo de que te vaya tan bien con Javier... Me cayó genial ¡y no solo porque se llevara media tienda! —aclaró Nicolás, mientras contemplaban la puesta de sol en el mar desde la terraza de su casa.

—¿Sabes que conoces a su tía? —Violeta no hizo el comentario con la intención de sacar el tema del beso, que estaba más que olvidado, sino como dato curioso.

—¿De qué?

—Es Mercedes, tu compañera de clases de baile. ¡Yo no sabía ni que bailabas tango!

—Es que no bailo tango, lo perpetro. Soy un pato mareado, pero ¡me encanta bailar! ¡Y Mercedes es tan adorable! Ella baila muy bien, es una Ginger Rogers, y cuando la piso que es cada dos por tres, jamás se queja, hace como si nada y solo tiene palabras de aliento. ¡Cómo será de encantadora que me hace sentir como Fred Astaire! Pobre mujer, es muy buena persona y muy paciente...

—Como su sobrino, ¡lo que me ha aguantado! ¡Qué palizas le he dado cantando las excelencias de Ramón! ¡Y el tío soportaba la chapa sin rechistar!

—Pues como su tía... ¡No te digo que cuando bailamos la piso, tropiezo con ella y estoy muchas a veces a punto de matarla y la pobre mujer siempre me dice que soy un bailarín consumado! Pero si el último día, no solo le metí un rodillazo que por poco no le rompo el menisco —contó abochornado—, sino que la rematé con un pisotón en el juanete, que me desestabilizó por completo y te prometo —confesó llevándose la mano al pecho— que si no le abrí una ceja de un cabezazo fue porque ella puso los labios por delante y así pudo esquivar el golpe. ¡Tu madre se partía de risa cuando se lo conté! —dijo dando un manotazo al aire.

O sea que el beso que tal y como había asegurado la tía Mercedes había sido un accidente, y el matrimonio de sus padres, como también había apuntado ella, era tan eterno como el teléfono de la abuela. Mira que si lo de estar casadísimo era un gen y ella lo había heredado...

—¿Cuándo conociste a mamá te diste cuenta en seguida de que era ella? —preguntó Violeta cuando el sol anaranjado estaba a punto de ser engullido por el mar azul casi negro.

—No... Yo por aquel entonces estaba prendado de Bárbara, la hermana de mi amigo Braulio, y la verdad es que tardé un poco en darme cuenta de que a quien quería de verdad era a tu madre...

—¿Un poco? ¿Cuánto? —Violeta sabía que sus padres habían tenido un noviazgo de seis años, lo que no sabía es que había habido en la vida de su padre una Bárbara.

—Cuatro años.

—¿Qué? —replicó Violeta, sin dar crédito—. ¿Cómo tuviste el valor de hacer esperar a mi pobre madre cuatro años?

—Tardé en verlo, hija. Me costó... En casa de herrero, cuchillo de palo. Hacemos gafas para los demás, pero para nosotros mismos: no vemos las cosas con claridad...

¡Y ella que pensaba que había hecho esperar a Javier muchísimo!

—¡Tardamos un poco, bueno, tú mucho más que yo!

—Es que los hombres somos más tontos que las mujeres y luego, hija, ten en cuenta que la raza se perfecciona.

—Eso es verdad. Pero aparte de eso, lo importante es que al final se nos hace la luz y elegimos el camino correcto. ¡Y yo como tú, estoy en la senda perfecta! Papá estoy enamoradísima de Javier...

—Me alegro mucho, hija...

—Y creo que he heredado el gen de la pareja sólida, no sé, tengo la corazonada de que lo nuestro va para muy, muy largo... Es como esos electrodomésticos que fabricaban antes, sin la obsolescencia programada... Pues igual...

—Oye pues qué bien. De todas formas es que a los Salmerón nos pasa eso, tardamos en ver las cosas, pero una vez que lo tenemos claro: ¡vamos a piñón! ¡Pico y pala hasta el final!

Pues tan a piñón, y pico y pala, iba con Javier que lo primero que hizo Violeta cuando le quedaban 100 Km. para llegar a Madrid, después de pasarse la semanita en Cádiz, fue parar para repostar y llamarle para ver dónde quedaban: en su casa, en la suya, en el Beséame...

—¡Me muero por verte, Violeta! Ahora estoy trabajando y no puedo hablar mucho, pero te espero a las siete en el estanque de Linneo del Jardín Botánico. ¡No faltes!

Y colgó. A Violeta aquello le pareció tan extraño y misterioso que llamó corriendo a Jacaranda por si sabía algo...

—Jacarandis, acabo de llamar a Javier y me ha citado en el estanque del Jardín Botánico. ¿Tú no sabrás algo por Fon?

Jacaranda sabía que Javier la había llamado por la mañana para que le dijera cuál era la canción de amor favorita de Violeta y ella le había dicho que últimamente no paraba de cantar *Como yo te amo* de Raphael versionada por Niños Mutantes.

“¿Habría escuchado mal y habría entendido *La estatua del Jardín Botánico* de Radio Futura?” Pero es que si había entendido eso era porque: a) estaba como sordo como una tapia o b) era rematadamente idiota, o c) todo a la vez.

—No, no sé nada. —Y no mintió porque en el fondo no tenía ni idea de para qué quería saber cuál era la canción de amor favorita de su amiga.

—Me ha dicho que se muere por verme. ¿No creo que sea para algo malo, no?

—¿Algo malo como que le queda poco de vida? ¡No, no creo! ¡Ayer se zampó un plato de croquetas delante de mí!

—Algo malo como que pasa de mí... —replicó Violeta ansiosa perdida en el *parking* de la gasolinera inhóspita en la que había parado a

repostar.

—¡Qué va! ¡Está chocho por ti! ¡Si vieras la cara de gilipollas que se le pone cuando habla de ti! ¡Tranquila que eso no puede ser!

—¿Y para qué me cita ahí?

—¿Le has hablado alguna vez del Jardín Botánico?

—No...

—¡Tú relájate! —le aconsejó y por si tenía algo que ver con la canción, le sugirió—: Ponte un vestido metalizado ¡y a gozarla!

—¿Metalizado?

—Como la letra de la canción de Radio Futura: *Soy metálico en el Jardín Botánico...*

—Tía, tú estás fatal...

—Que no, boba, que es broma. Pero ponte ese vestido que los metalizados están de moda. ¿No te compraste un vestido plateado en Mango en las rebajas? ¡Pues ese! ¡Te lo plantas y a disfrutar!

—Estoy atacada. A mí estas sorpresas me ponen de los nervios...

—Son la sal de la vida. ¡Déjate sorprender! ¡Yo no paro de follar con Fon en los sitios más insospechados! ¡Soy *taaaaaaaaaaan* feliz!

—¿Cómo me va a citar en el estanque de Linneo para follar a salto de mata?

—Viole, piensas demasiado... ¡Tú fluye!

—Todavía me quedan 100 Km. para llegar a Madrid, voy a poner el manos libres y me cuentas lo que quieras a ver si así logro relajarme.

—Solo puedo hablar de Fon, mi gran amor, el hombre de mi vida, mi follador incansable... Te tengo que contar con pelos y señales nuestros días y nuestras noches en Benidorm... La de cosas que pasaron en esas playas... ¡Qué polvazos, Violeta! ¿Qué tendrán esas aguas que nos hacen sacar todo el fuego salvaje que llevamos dentro?

—Tú lo sacas en cualquier sitio...

—No, no, lo de Benidorm ha sido épico... Sube al coche y te cuento...



A Violeta el relato de los días y las noches de Jacaranda en Benidorm, le hizo llorar de risa, pero tanto que tuvo que parar otra vez para no hacerse pis encima.

Cosa que, por cierto, le vino bien para destensar y para olvidarse durante un rato de que tenía una cita extraña con Javier en el Jardín Botánico.

—Y eso fue lo que nos pasó... —concluyó Jacaranda—. ¿Oye por dónde vas que llevo más de una hora cascando?

—Ya voy por la M-40 a la altura de IFEMA, estoy a punto de llegar. Muchas gracias por acompañarme en el tramo final de mi viaje...

—¿Y qué te ha parecido? Que tú mucho reír y no dices nada...

—Es que me has dejado sin palabras, con Fon lo tienes todo. Amor, sexo, aventura, riesgo, emoción, risas... ¡Sois muy afortunados!

—Lo sé. Y como nuestro amor es tan grande, tengo miedo a veces a que nos pase como en la canción de *Annabel Lee* de Radio Futura...

—¿El qué?

—Pues lo que le pasa a la pobre de Annabel Lee que los ángeles del cielo le cogieron envidia por tener un amor enorme y le helaron el corazón...

—A ti no te va a pasar eso, entre otras cosas porque se necesitan muchos huracanes para helar el fuego de tu corazón salvaje... —aseguró Violeta muerta de risa, recordando las peripecias de Jacaranda en Benidorm.

—Eso espero... Y tú tranquila que todo va a salir genial con Javier, seguro que te ha citado para algo bonito y romántico.

—Dios te oiga... —resopló Violeta.

—Que sí, mujer, ya verás como sí... ¡Mucha suerte! ¡Y además, no olvides que tienes al elefantito!

Violeta agradeció a su amiga que le deseara suerte, porque la necesitaba y mucho y después colgó porque ya había llegado a su casa.

Subió las maletas, las deshizo, puso una lavadora, se duchó y a las seis y media ya estaba lista con el vestido metalizado para su cita en el Jardín Botánico.

Estaba tan ansiosa que no tenía la cabeza para pensar en modelitos, además había abierto el armario y lo primero que había aparecido era el vestido plateado: ¡y se lo tomó como una señal! ¡Solo esperaba que Javier no se partiera de risa al verla metálica en el Jardín Botánico!

Condujo nerviosa hasta el *parking* de Montalbán, aparcó y caminó hasta el Jardín Botánico, bajo un sol dorado de septiembre que confería al entorno una atmósfera mágica. ¿O sería el enamoramiento que tenía encima el que hacía que lo viera todo como si fuera un cuento de hadas?

No lo sabía, en cualquier caso, enamorada y ansiosa, llegó a su destino, pagó su entrada y entró por la Puerta del Rey, rumbo a lo desconocido. Más nervios. Respiró hondo y se adentró por el Paseo del Rey, atravesando las hermosas rosaledas que lo impregnaban todo con su maravilloso aroma, incluso su corazón porque Violeta empezó a sentir un dulce sosiego que sin duda atribuyó a las flores.

Mareada por el perfume floral, atravesó el largo Paseo de las Estatuas y luego se adentró en la terraza de las Escuelas Botánicas, donde ante la tremenda variedad de plantas le dio por pensar que tal vez Javier la había citado en ese lugar para mostrarle una especie rara de violetas...

Fuera lo que fuese, ya no le quedaba nada para descubrirlo porque cuando casi estaba al final del Paseo del Rey, apareció Javier de repente, delante del estanque, saludando con la mano y con el pabellón de Villanueva al fondo.

Violeta sintió que le daba un vuelco al corazón y corrió hasta él, feliz como si llevara siglos sin verle...

—¡Qué guapa estás! ¡Qué bien te ha sentado el mar! —dijo Javier tras coger el rostro de Violeta entre sus manos y besarla en los labios, en las mejillas, en la frente...

—Tú sí que estás guapo... —Llevaba una camisa negra y unos vaqueros que le sentaban de vicio, como siempre—. ¡Y tienes color en la cara! ¿Has ido al campo? —replicó devolviéndole los besos.

—He empezado a plantar violetas... —comentó entre risas.

—¿Por eso me has traído al Botánico? ¿Para enseñarme alguna variedad especial?

Javier negó con la cabeza y luego habló:

—Tú eres mi variedad especial. Qué largos se me han hecho estos siete días...

—Y a mí... —susurró Violeta cogiéndole por el cuello y besándole con lengua, con saliva, con pasión.

Javier la cogió por la cintura y la estrechó contra él, besándola con desesperación...

—Cómo te he echado de menos. ¡Qué ganas tenía de volver a mirarte a los ojos! —susurró dejando suspendido el penúltimo beso.

—Y yo. No dejo de pensar en ti a todas horas. Pero estas últimas me tienes totalmente desconcertada. ¿Cómo que es que me has citado aquí? —preguntó entre curiosa y ansiosa.

Javier suspiró, sonrió ampliamente y luego respondió misterioso:

—Quiero que escuches algo...

—¿El qué?

Javier no respondió, se limitó a sacar el móvil del bolsillo de atrás de su pantalón y se puso a consultar algo en la pantalla.

—Espera un momento... —farfulló tecleando nervioso.

—Sí, si yo espero ¿pero qué tengo que escuchar? ¿El borboteo del agua? ¿A las urracas? ¿A los ruiseñores? ¿A los mirlos? —inquirió Violeta buscando a su alrededor cosas que pudieran ser dignas de ser escuchadas.

—¡Ya lo tengo! Esto...

Javier dio al *play* y sonó la versión de *Como yo te amo* de Niños Mutantes.

—¿*Como yo te amo*? —preguntó Violeta partida de risa.

Javier sonrió, se guardó el móvil en el bolsillo de su camisa y luego preguntó:

—Jacaranda me ha chivado que es tu canción de amor favorita.

—Sí —musitó alucinada porque jamás se habría imaginado escuchar su canción en un lugar con tanto encanto.

—¿Bailas?

—¿Aquí? —murmuró extrañada.

—Es mi rincón romántico favorito, donde aprendí a “esperar sin razón”.

—Menos mal que fuiste paciente, que supiste esperar a que se me cayera la venda de los ojos...

—Habría esperado toda la vida. Por cierto, gracias por venir metalizada... Ha sido un guiño encantador... —dijo cogiéndola con una mano por la cintura y con la otra de la mano y empezando a bailar.

—Pensaba que te ibas a burlar de mí.

—No. Me encanta.

—Este lugar es precioso y ¡con palmeras!

—Sí, pero no estoy aquí para hablar de picudos —comentó con sorna—, sino para cantarte...—Y entonces, Javier comenzó a cantar sobre la música que sonaba—: *Porque yo te amo con la fuerza de los mares, yo, te amo con el ímpetu del viento, yo, te amo en la distancia y en el tiempo, yo, te amo con mi alma y con mi carne...*

Y con el último “yo” se desabrochó de golpe tres botones de la camisa y Violeta exclamó perpleja y sin parar de reír:

—¿Qué vas a hacer con la camisa?

—Te *amooooo tantoooooo yoooooooooooooo*... —cantó Javier, fatal, porque el muchacho le ponía empeño pero lo suyo no era el cante, se abrió la camisa y se señaló el pecho con el dedo índice para que ella viera algo.

Violeta se quedó boquiabierta al percatarse de que Javier no solo se había depilado el pecho, sino que también se había tatuado una pequeña florecilla, una violeta, junto al corazón.

—Dios mío... ¿Te ha dolido mucho? —musitó acariciando el tatuaje con los ojos llenos de lágrimas.

—Necesitaba tenerte en mi corazón, donde siempre estás —respondió cogiendo la mano de Violeta y apretándola contra su pecho.

—Y tú en el mío. Siempre.

—*Beséame. Beséame* y no dejes de hacerlo nunca...

La música siguió sonando, el sol todavía aguantó unos minutos más para no dejarlos solos, mientras bailaban, se *beseaban* y se decían cosas que solo ellos pudieron escuchar...



## EPÍLOGO

Un año después, Violeta y Javier regresaron al mismo lugar pero no fueron solos, esta vez les acompañaban Jacaranda, Fon, Felipín y Pilarcita una bebé guapísima que era idéntica a su padre.

La madre hubiera preferido llamarla Estrella en homenaje a las muchas que lucieron en el cielo la noche que la concibieron en el monte de su pueblo, pero al final Fon se salió con la suya y la niña se llamaba como su chica, antes de ser Jacaranda.

Felipín empujaba el carro de su hermana feliz, de hecho su vida había cambiado tanto que desde hacía un año no se había cogido ni un pequeño resfriado.

Jacaranda y Fon hacía unas semanas que habían vuelto a retomar las visitas al cuarto de las Heineken, tras el parto, y se lo pasaban como nunca.

Violeta y Javier siguieron *besándose* y dándose todo, como había vaticinado la bruja sueca que aquella tarde, la casualidad quiso que hubiese elegido Madrid como destino para sus vacaciones y que también estuviera de paseo por el estanque del Jardín Botánico...

Fue ella además la que reconoció a Javier, porque según le dijo en su idioma jamás olvidaba una cara. Y a él, que había deseado tantas veces volver a encontrársela para agradecerle que le hubiera traído a Violeta, le faltó tiempo para abrazarla de la alegría, con tanta fuerza que la levantó del suelo.

La bruja sueca de pelo rosa, reconoció en seguida a la chica de los ojos de gata, sacó el tarot de un bolso pequeño que llevaba en bandolera, se sentó en un banco de madera junto al estanque y comentó que desde que trabajaba en la Bolsa ya no cobraba, pero que seguía leyendo las cartas por gusto. Por eso, le pidió a Javier que sacara cinco cartas...

Javier lo hizo y ella le felicitó porque le aseguró que serían felices para siempre, que envejecerían juntos y enamorados y rodeados de muchos nietos. Doce en total.

—¿Y cuántos hijos? —preguntó Javier.

La bruja respondió que dos, gemelos, que estaban a punto de llegar...

—¡A pares! ¡Di que sí, tía! —exclamó Jacaranda levantando el pulgar.

Violeta le rogó a Javier, que hacía las veces de traductor, que le preguntara sobre el futuro de los niños... La bruja pidió a Violeta que sacara tres cartas y le dijo que los gemelos encontrarían el amor en un lugar que veía muy lejano y con dos mellizas de pelo rojo y una pequeña mancha marrón detrás de la oreja.

—¿Muy lejano? ¿Dónde? ¿Australia? —quiso saber Violeta, muy intrigada.

La bruja respondió que mucho más lejos, fuera del planeta, posiblemente en un viaje de turismo espacial.

—Oye pues si vamos a tener doce nietos, tengo que currar muchísimo para dejarle una buena herencia a mi descendencia... —dijo Javier—. Voy a preguntarle por el futuro del Beséame...

La bruja le aseguró que abrirían más locales en otras partes y que además veía una boda en el local, con tres personas: un chico alto y rubio, una chica con tatuajes y pirsins y otra chica de ojos rasgados...

—¿Matea, Stefan y una chica que no sé quién es? —preguntó Fon, extrañado—. ¿Policasados?

—Si lo dice la bruja, será... Yo el otro día vi cómo se echaban miraditas y la de los ojos rasgados puede ser Chaolín, la chica que vende las rosas —dijo Felipín—. Javi ¿le puedes preguntar a la bruja si ve la paz en el mundo?

—Me da mí que eso está un poco complicado... —replicó Javier, que le trasladó la pregunta a la bruja.

Ella le pidió al niño que sacara tres cartas y vaticinó que el mundo iba a ser mejor, entre cosas por personas como él, que en unos años iba a convertirse en un cocinero muy famoso, con canal de cocina propio y que encontraría el amor en una fan incondicional de su programa. Una chica que acabaría siendo presidenta del Gobierno o algo parecido y que estaba llamada a hacer grandes cosas por la paz en el mundo...

—¡Toma ya! —exclamó el niño, eufórico, levantando el puño al aire.

—Así me gusta hijo, tú como tu padre, enamorándote de una mujer poderosa. ¡Son las mejores! —concluyó Fon—. Javi, pregúntale cuántas Champions va a ganar el Atleti en los próximos cincuenta años.

Jacaranda le metió un codazo y le exigió que preguntara cosas más importantes como el futuro de Pilarita. Javier tradujo y la bruja le pidió que sacara otras tres cartas... Jacaranda lo hizo y la bruja le aseguró, sin dudarle, que su hija se dedicaría al negocio de las gafas y que encontraría el amor en un hombre destinado a marcar un gol muy importante...

—¿En la Champions? —replicó Fon con los ojos como platos—. Pregunta que si con el Atleti...

—¡Qué obsesión con el Atleti! Javier pregúntale si lo mío con este pesado es para siempre... —exigió Jacaranda.

—¡Vaya pregunta! ¿Todavía tienes que preguntárselo a una bruja para que te lo confirme? —protestó Fon.

Javier tradujo y la bruja dijo que sí, que eran unas almas viejas, reencarnadas muchas veces, que llevaban juntos muchos siglos y que lo suyo iba a durar muchos siglos más.

—¡Ya te digo, llevo rompiéndote tangas desde que era un pitecántropo! —le susurró Fon a Jacaranda al oído.

—¿Eras? ¿Estás seguro de que no lo sigues siendo? —replicó Jacaranda soltando una carcajada.

Y así estuvieron un rato más haciendo preguntas a la bruja que pacientemente respondió a todo...

Y todo, poco a poco se fue cumpliendo, porque como todo el mundo sabe las brujas vikingas de pelo rosa jamás de los jamases se equivocan...